LA ELIPSE TEMPLARIA

Abel Caballero



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE
EL AMANECER DEL TIEMPO

Librodot

EL SI

Las figuras veladas por la niebla caminaban en la misma dirección que el día. Sus pasos, apurados, se dirigían hacia poniente. Seguían la luz. Avanzaban hacia aquel lugar, el fin de la Tierra, desde el que ya no se podía continuar, so pena de ser devorados por la Gran Catarata donde los mares se vaciaban en el estrépito del fin del mundo.

Eran tierras agrestes, con luces difusas y días acortados por las brumas. El verde perenne de los valles subía hasta las montañas. Las advertencias que los caminantes llevaban en sus planos se habían quedado cortas ante las dificultades reales del terreno. Nada decían de aquel empinado valle ni de aquel río, gris oscuro, que discurría al fondo como una lengua esculpida entre las montañas, que la niebla a duras penas dejaba ver. Río Sil le habían llamado los antiguos ocupantes romanos.

Imposible vadearlo por allí. No habían seguido el Camino de Santiago; habían evitado las rutas habituales para no llamar la atención. Diez caminantes con hábitos de monjes recorriendo el Camino no podrían dejar de ser anunciados allá, en Compostella, y la misión que les había sido encomendada requería el máximo sigilo.

Las instrucciones al respecto eran terminantes: debían rodear los territorios más poblados, evitar las rutas más conocidas y, sobre todo, llegar en la fecha indicada. A costa de lo que fuese.

Aquel valle parecía infranqueable; la maleza del bosque y el barranco impedían el paso, aunque eso les aseguraba que no serían vistos. La ladera del otro lado del río aparecía llena de escalones. Pequeños muros de piedra sostenían una encima de otra incontables terrazas que en su día debieron de ser lugares de cultivo, seguramente de vid. Doce siglos antes, los ocupantes romanos llevarían cada año a Roma aquel exquisito vino, como muestra de que aquellas tierras en el fin del mundo eran útiles al Imperio.

Terrazas y muros se veían ahora desmoronados, reclamando de nuevo el trabajo de los cinco mil esclavos que habían levantado aquella colosal obra.

No podían perder mucho tiempo. Si retrasaban, todo el plan se podría

venir abajo y mucho era lo que estaba en juego para Occidente. Debían alcanzar el castillo de Lemos cuando, por segunda vez, el sol desapareciese por el fin del mundo.

No era tarea fácil y por eso habían recurrido a ellos. Se trataba de una misión arriesgada y difícil. Incluso para templarios. Tenían que iniciar aquel proceso que, una vez en marcha, ya nada ni nadie podría parar.

-Nos separaremos en tres grupos -dijo uno de los monjes de mediana edad, delgado, con aspecto recio y piel curtida por el sol-. Uno marchará una legua hacia el norte, otro hacia el sur y el resto permanecerá aquí conmigo. Buscaremos gentes del lugar que nos ayuden a cruzar el río con sus barcas. Nos reuniremos en la cima del monte escalonado -concluyó señalando la colina frente a ellos.

Sobraba cualquier recomendación de cautela. El largo camino que habían recorrido desde las húmedas y frías tierras del este de Germania, había hecho de un grupo de hombres reclutados en diferentes lugares de Europa, un destacamento compacto y compenetrado. Todos sabían cuál era su cometido.

Habían sido seleccionados personalmente por el Gran Maestre, Thibauld de Gaudin. Diez hombres que tenían en común su pertenencia, desde antiguo, al Temple. Habían luchado en las cruzadas, en Turquía, en las tierras de Argel. Fueron heridos, encarcelados. Sufrieron las miserias de la guerra, dirigieron cuerpos de ejército. Tenían experiencia. Haberlos enviado precisamente a ellos a aquella misión mostraba su importancia.

Cuando el Gran Maestre, les puso al corriente de la misión y ordenó que los instruyeran detalladamente, no preguntaron; simplemente obedecieron. Sabían cuál era su obligación y la cumplirían; su vida estaba al servicio de la Cristiandad. Así, Enric de Westfalia había ido a Argel con el objeto de provocar una revuelta del jeque Abdal, para que el mundo árabe se debilitase al atender a problemas internos. En Turquía, Joseph había conseguido alzar en armas la provincia de Ankara, paralizando un ejército que se dirigía a luchar contra la cruzada. Habían recorrido Siria, Jordania, Egipto y hasta Mesopotamia, con ejércitos, o en misiones de incursión para distraer a las fuerzas musulmanas que daban apoyo a las que ocupaban los Santos Lugares. Años de combate en la cruzada al lado de los ejércitos franceses, germánicos e ingleses, avalaban una historia de servicio al Temple.

Las instrucciones del Gran Maestre eran precisas y no dejaban nada al azar. Pero, sobre todo, les había quedado claro que el objetivo final era el Camino de Santiago, la Ruta Occidental de la Cristiandad.

-Allí hay una barca -dijo uno de los cuatro hombres que había quedado con Enric-. Si encontramos pronto a su dueño podremos descansar unas horas y aun encontrar un sitio abrigado para pasar la noche.

El barquero, un hombre rubio, casi pelirrojo, fue tan parco en palabras como los cuatro templarios. Al subir a la barca se sintieron observados, a pesar de que aquel hombre apenas los mirara. Les habían advertido; las gentes de Gallaecia eran perspicaces y misteriosas. Tuvieron la certeza de que el barquero sabía que no eran peregrinos y, mientras cruzaban el río, el silencio se hizo pesado. «Ya saben que estamos aquí -pensó Enric-. ¿Cómo se habrán enterado»?

En medio de la niebla, que al contacto con el agua oscura del río se volvía casi sólida, Enric sintió temor; allí abajo se había hecho de noche y aún faltaban dos horas para la puesta del sol. Al desembarcar, y mientras le pagaba lo convenido, su mirada se cruzó con la del barquero y sintió un estremecimiento. Todo parecía irreal y difuso.

Iniciaron la subida de la empinada ladera. Cuando se encontraban a mitad de camino, el río desapareció súbitamente de su vista. La bruma lo cubrió y la noche se hizo real.

Tenían que buscar un sitio donde pasar la noche, y si los otros grupos se retrasaban, deberían dormir a la intemperie; lo habían hecho muchas veces, incluso con más frío y con lluvia. Pero Enric no estaba tranquilo.

Sentía un hormigueo en la espalda y prefería descansar a resguardo. No le sorprendió que los otros tres templarios pensaran lo mismo. Sabía que tenían la misma sensación que él.

Tampoco le sorprendió comprobar, cuando los otros dos grupos se les hubieron unido, que también en ellos había prendido el mismo desasosiego. Todos preferían hacer noche a cubierto.

Tuvieron suerte. Encontraron pronto un galpón, donde, en época de vendimia, se guardaban los cestos y los barriles para fermentar las uvas. Allí no serían vistos, y estarían seguros.

La cena fue frugal. Tomaron la carne restante del ciervo que habían cazado en los Montes de León y agua. Los Caballeros del Temple eran sobrios y austeros. Aquella noche, con la niebla penetrando hasta los últimos resquicios del refugio, cenaron en silencio. Un silencio tenso, distinto del habitual. Los llenaban sensaciones que nunca habían sentido. Las notaban.

Las compartían. Era como si los hubiesen transportado a otro mundo, a otra tierra con diferente carácter.

Enric pasó la noche en vela. Una sensación de angustia le había calado el espíritu. Con la sangre fría que le caracterizaba, reflexionó.

¿Qué había cambiado por el solo hecho de cruzar aquel río? El barquero apenas había pronunciado diez palabras. ¿Por qué, entonces, aquella sensación de desasosiego, de haber sido descubiertos? Sin duda era fruto de

la imaginación y del efecto sobrecogedor de aquel río brumoso y metálico, de agua tan espesa, que se diría que se podía caminar sobre ella, y de la rápida caída de la noche, que, como si fuese un telón que lo había sumido todo en la oscuridad, les había alterado el pensamiento, incluso trastornándolo. Esa era, sin duda, la cuestión; aquellos fenómenos naturales y aquel valle magnético, les habrían afectado. ¿Cómo podría, ni por asomo, aquel inculto y bárbaro barquero, conocer o siquiera entender su misión? Sólo pensarlo resultaba absurdo.

Sólo ellos diez, el Gran Maestre y el que había de venir, conocían la misión. Doce templarios y el Papa de Roma. Nadie más sabía lo que estaba en juego y las fuerzas que se iban a desencadenar.

El Gran Maestre había sido tajante. Occidente tenía que mantener el Camino de Compostella abierto; era la gran ruta de la civilización cristiana. La amenaza se cerniría sobre ésta si sus dos extremos, occidental y oriental, eran ocupados por el Islam. La Cruz Templaria había sido la encargada de mantener el cristianismo en toda aquella extensión, pero Oriente se había perdido. Ya los primeros cristianos habían definido el territorio: Pedro a Roma, Santiago a Finisterre y Pablo en Oriente. Así se había decidido y así debía ser. Nada ni nadie lo habría de cambiar.

Una gran amenaza, sin embargo, empezaba a convertirse en realidad. Algunos habían temido que en el salto del primer milenio, esos dos extremos de la civilización cristiana pudiesen quedar definitiva y violentamente desgajados de la cruz de Occidente. Si esto llegaba a suceder, el ataque a las tierras del norte, la Germania, sería fácil. Sus territorios se desmembrarían e imperaría de nuevo la barbarie; Roma, aislada, ya no sería más que el último baluarte de aquella gran civilización.

Algunos de estos signos se empezaban a cumplir. Las cruzadas contra el Islam en los Santos Lugares, se habían mostrado incapaces de desalojar al infiel. Antes bien, parecía que la conjunción de Turquía con el islamismo surmediterráneo, ya no sólo fortalecía su posición en las tierras del Golán, sino que podría ser una gran amenaza que avanzase desde Oriente.

Era cierto que aquellos temores habían sido más fuertes al tornar el milenio y desde entonces ya habían transcurrido casi trescientos años. Corría el año del Señor de 1295. El mundo miraba cada vez más hacia Compostella y por eso era preciso fortalecer su ruta y su tierra. Y había que hacerlo con prontitud y certeza.

El plan era meticuloso. No podían cometer errores y por eso los habían elegido. A ellos y al que habría de venir, que se uniría al grupo en algún sitio y dirigiría toda la operación.

Enric desconocía su nombre. Sólo le habían dicho que al verle, lo reconocería inmediatamente.

Así pues, no era posible que el barquero supiera nada de aquello. Todo

eran figuraciones suyas. Simplemente, los habría observado con la curiosidad de encontrar a cuatro monjes peregrinos vadeando el río Sil tan alejados de la rutas de Compostella.

Aquellos temores carecían de sentido, pero la inquietud permanecía en ellos cuando la primera luz del alba entró en el refugio. La niebla había desaparecido, descendiendo hacia el valle. Por primera vez pudieron ver el terreno que pisaban; rodeados de altas montañas, horizontes cercanos, quebrados por los escarpados cañones que abriera el río Sil y allí detrás, al otro lado del río, el castillo de los Castro, que aunque no figuraba entre los lugares peligrosos, había que evitar. La recomendación era que no notaran su presencia.

Reemprendieron la marcha con el sol a la espalda, avanzando de nuevo en la misma dirección que el día, con paso rápido y decidido. El mundo parecía haber cambiado. Ahora todo era luminosidad. El sol se lanzaba contra la espesa vegetación, y los bosques de castaños, verdes, brillantes, despedían sus rayos de nuevo hacia el cielo. Olía a humedad limpia. Sólo montes, árboles, claridad y sonidos; el silencio de los bosques. Todo había sido un sueño de nieblas, brumas, aguas y oscuridades. Sin duda fruto de la imaginación.

Les quedaba un día. Había que apresurarse. La mañana limpia y clara invitaba a ello. Aquellos dos días que se habían retrasado en Roncesvalles, el desfiladero del milagro donde el infiel había sido detenido, pesaban ahora como losas en su marcha. Debían llegar al anochecer, y llegarían. Tierra hermosa la que estaban descubriendo; tierra desconcertante, que podía pasar de las sombras difusas a las cascadas de luz.

Por eso les habían advertido. Todos los cuidados eran pocos.

Debían llegar a tiempo, y llegaron. Cuando el sol ya no dañaba la vista al mirarlo en el horizonte, apareció la silueta del castillo de Lemos, imponente, en la cima del monte, coronando una tierra llana y fértil.

Enric volvió a sentir el desasosiego. Podía oler la fertilidad de aquel valle; sintió en la piel que la tierra que estaba ante sus ojos tenía la misma fuerza que el agua de aquel río, el Sil. Tuvo la impresión de que el castillo no había sido construido, sino que había brotado de la misma tierra. Si no, ¿cómo podía ser tan hermoso y tan poderoso a la vez? La magia flotaba en el aire. Ni siquiera en las tierras de Damasco, o en Roma, había notado nunca algo parecido.

-Antes de la puesta del sol estaremos en nuestro destino -fue lo único que Enric acertó a decir.

Nadie replicó. El silencio hablaba por sí solo.

Bullicio, ruido, gentes por doquier que cantaban y bebían. El pueblo de Monforte, a los pies del castillo, estaba todo en la calle. Alegría desbordante;

los mayores, los niños, los hombres, las mujeres, todos participaban de la magna celebración. El paso de diez monjes por las calles no sorprendió a nadie; los miraban sin recelo y sin prestarles atención. Era como si fuesen parte de la celebración, añadidos a la fiesta.

-¡Por la felicidad de doña Cristina! -brindó desde la puerta de una taberna un hombre, ya entrado en años, con aire de hospitalidad.

Los caminantes respondieron a los saludos con frases sueltas.

No era preciso indagar el camino del castillo. Bastaba con seguir a la gente.

Detrás de ellos unos caballeros con guardias de escolta y dos carruajes les alcanzaron al trote. Vestidos de fiesta, espada en ristre, las mujeres en los carros, con señas inequívocas de señorío. Los dejaron rápidamente atrás, cabalgando hacia el castillo.

Al día siguiente, tendría lugar la boda de la hija del señor de Lemos, doña Cristina, con el caballero de Avalle, de las tierras del Miño, cerca de Tul. Toda la nobleza gallega estaría en el castillo aquella noche y, con ellos, diez monjes asistirían a la ceremonia. No volvería a haber una ocasión así para hablar con los más notables señores de aquella tierra mágica y contar con su concurso.

Los señores de los condados de Betanzos, Terra Chá, Monterrey y tantos otros habían llegado ya, pero aún faltaban algunos.

Se hospedarían en el castillo y en el edificio cercano a la iglesia. La boda la oficiaría el obispo de Mondoñedo, venido expresamente para ello. No lo haría el de Compostella. Había razones que lo hacían imposible.

La subida final al castillo era en verdad empinada. Tras un día caminando sin parar, los templarios sintieron la dureza del tramo final. Pero habían llegado en la fecha límite. El primer paso estaba dado. Se había iniciado en Rotterdam y había concluido en Lemos.

-Ahora empieza a contar el tiempo -dijo Enric a sus compañeros, mientras daba un fuerte aldabonazo en la entreabierta puerta del castillo.

El sol ya se había ocultado. La parte más alejada del castillo parecía desaparecer, fundiéndose con la oscuridad. Abajo, las gentes del pueblo seguían cantando y gritando al paso de las comitivas por delante de las hogueras. Y allí, en aquella explanada frente al castillo, iluminada por algunas antorchas, a Enric le pareció que el suelo se hundía, volviéndose negro como si se abriese un abismo. Los segundos se hicieron eternos. Todo era hostil; las paredes de piedra sin una sola grieta, las torres almenadas, amenazantes, sobre sus cabezas, las herrumbres de la puerta, ocres como la plaza alumbrada por aquellas antorchas, parecían advertirles del peligro de su misión. El bullicio se detuvo en aquellos instantes de piedra.

Enric se estremeció. Le entró vértigo.

Se sintió observado por una mirada de hielo. Sabía que los guardias, los vendedores y los aldeanos que estaban en las esquinas de la plaza los miraban. Pero no era eso; sintió frío en la nuca. Se supo de nuevo descubierto, mientras una figura se fundía rápidamente con las sombras, enseñando su rostro rubio, casi pelirrojo... Deseó que la puerta se abriese al instante.

-El conde quiere veros ahora mismo. Nos ordenó que le avisáramos tan pronto llegaseis. Hace dos días que os esperamos -dijo el jefe de la guardia al tiempo que les abría la puerta.

Entraron en una amplia plaza de armas. Los templarios notaron aquella sensación de los castillos de Malta, de Francia, de Castilla... Piedra, hierro, gentes, sudor; la vida valía lo que tardaba un arma en hacer su trabajo. Aquel era su mundo.

Se sentían de nuevo fuertes, seguros y con fe en su misión.

Cuando subían las escaleras de piedra, alumbradas por antorchas, con el ir y venir de gentes, nobles a todas luces, ya habían recompuesto el ánimo. Había sido otra vez la imaginación y la obscuridad. ¿Qué habían visto?, pensó Enric.

Nada, la imponente mole de aquel castillo les había desconcertado. Gentes rubias, casi pelirrojas, había muchas por estos parajes. ¿Por qué aquella sensación de que ya había visto antes aquella silueta y aquella cara? Sin duda, las gentes se parecían aquí mucho.

-Os esperaba hace dos días -dijo el conde de Lemos-. Llegué a pensar que se había cancelado toda la operación y que habíamos sido derrotados antes de empezar. Veo con agrado que mis temores eran falsos.

Sobre la mesa brillaba la daga que Enric había depositado antes de que hubiesen cruzado una sola palabra. Era el símbolo de los grandes capitanes del Temple. Piedras rojas y blancas formando la cruz templaria.

El conde de Lemos observó a aquellos hombres que les ayudarían a recuperar el poder que habían perdido frente al clero, con los obispos y los monjes cistercienses a la cabeza. ¿Quién iba a defender las tierras del fin del mundo del invasor infiel sino los nobles? Tenían que volver a fortificarse, ser poderosos y armar un ejército para defenderse. Los conventos, ocupados en las mejoras agrícolas y en sus libros, nunca serían fortines de defensa frente al enemigo.

Él sería el encargado de dirigir la nobleza, aglutinarla, armarla y hacer que el ejército de Gallaecia fuese respetado y aun temido en todas partes. Aquel sueño de poder y venganza estaba ya en marcha. Muchas

generaciones de Lemos se habían hecho respetar y él no iba a consentir ahora que su estirpe fuese despreciada por el clero.

Aquel día en que el arzobispo de Compostella, ruin y miserable, no había accedido a reconocer su señorío, negándose a oficiar en su boda y delegando en el deán de la catedral, la humillación había herido su alma. No pararía hasta tomar venganza. Había pasado noches enteras en vela viendo al arzobispo pagar por aquella afrenta. Pero en aquel momento, la realidad cobraba forma: diez templarios en su castillo y, como contraseña, una daga sobre la mesa.

-La dureza de estas tierras... -se limitó a decir Enric, sin mencionar que había sido Roncesvalles la causa de la demora.

La cueva de Roncesvalles, que tras dos días de búsqueda habían encontrado; un gran escondrijo que, en la puerta de la otra Europa, nunca despertaría sospechas. Más fácil y más imposible. Era paso obligado de todos, y nadie la vería. Pero aquello era sólo para el Gran Maestre. Nadie más, a excepción, claro está, del que había de venir, sabría de aquel lugar en Roncesvalles.

-Tras la cena, cuando las damas se retiren a sus aposentos y el obispo se dirija a la abadía, donde hará noche, nos reuniremos. Nuestros invitados saben que unos cruzados han llegado casualmente al castillo y tienen curiosidad por oír sus historias de las cruzadas. Están descontentos por las levas y los impuestos que nos imponen los monarcas de Castilla, pero, sobre todo, piensan que el poder de los obispos y los monjes cistercienses es excesivo. Son gentes de religiosidad profunda que reconocen autoridad al clero, pero no el derecho a ejercer por delegación el poder de la corona en un país, el nuestro, que nunca tuvo rey.

Un país sin monarca, un habla propia, y con el Apóstol en su corazón, allá en Compostella. Este es el sitio, pensó Enric.

El poder lo habían ejercido los señores feudales en cada condado, en cada valle. País prodigioso al que Santiago había decidido ir a predicar y donde reposaba por los siglos de los siglos. Allí deberían haber emplazado el centro difusor de la unidad sinárquica de Occidente. No eran las cruzadas el camino, sino el propio Camino de Santiago. Lo marcaba la Vía Láctea, lo señalaba el Universo y no se habían dado cuenta. Lo miraban y no lo veían.

Era preciso instalar en Europa un gran gobierno sinárquico desde el que los hombres más sabios, justos y bondadosos rigiesen los destinos de la Europa cristiana y buscasen el renacimiento interior del ser humano. Desde Platón al Temple.

Creyeron que la vía divina eran las cruzadas: salvar los Santos Lugares y conseguir el poder en el orbe cristiano. Se habían equivocado: debían recorrer la cruz siguiendo al sol, yendo hacia Occidente, y ellos se dirigieron a Oriente. Habían perdido dos siglos y una parte de su fuerza. Este era el

lugar, y aquí estaban las señales. No había que ir desde Roma hacia Jerusalén. Tenían que recorrer primero el otro brazo de la cruz, desde Roma a Compostella. Este no era el Finis Terrae. Santiago había venido aquí en barca de piedra para señalarlo, era el principio.

Cenaron en una dependencia aparte. Desde el salón de banquetes, un amplio comedor empedrado, llegaban los sonidos de la música que, a ratos, desaparecía devorada por las voces, las risas y los ruidos de los cuencos de madera y de los servidores moviéndose con precipitación. Los platos se sucedían sin fin; los vinos se escanciaban con profusión. Todo se había reunido en forma de cena: carnes, caza, pesca de río, frutos de la tierra. Aquello hubiese mantenido a un ejército durante una semana. Se trataba tan sólo de la muestra del carácter de la tierra. Los templarios, frugales, cenaron en silencio. Enric era consciente de la importancia de la reunión que iban a tener. Aquellos nobles debían reclutar un ejército, sin despertar sospechas que pudieran alertar atenciones no deseadas. El conde de Lemos, siguiendo las instrucciones que habían recibido, se pondría a su cabeza.

Los ruidos se fueron apagando y la música ocupó todo el espacio. Una zampoña y una viola lanzaban una luz de melodías que hicieron que aquellos recios templarios fuesen aún más conscientes de la Importancia de su misión. Aún seguía la música cuando el jefe de la guardia los fue a buscar y los condujo hacia la sala de armas. En la pequeña antesala había una chimenea con un pote de castañas. Allí, al lado de la ventana, de pie tras una mesa, reluciente, blanca, rubia y azul, aquella figura le pareció a Enric una alucinación de aquella tierra mágica. La sonrisa, el pelo rubio corto, los ojos azules que lo ocupaban todo, las manos blancas..., no era real tanta belleza. Pero estaba allí y le sonreía. Fugaz, desconcertante. La puerta, al abrirse e introducirlo en la sala, deshizo el hechizo.

-El señor de Avalle, el conde de Salvatierra, el señor de Bembibre, el conde de Traba, el conde de Sotomayor.

El conde de Lemos recitó los nombres de cada uno de los más de treinta caballeros que ocupaban la sala de armas. Su curiosidad al ver a los diez monjes resultaba evidente. Eran diez cruzados que, según les había anticipado el anfitrión, peregrinaban a Compostella tras haber sido liberados en el Magreb. Procedían del sur, de Granada, a donde habían sido llevados para cobrar rescate. El favor del Apóstol los había liberado. Eran nobles templarios de países cristianos, convertidos en peregrinos en agradecimiento al Señor Santiago, que pasaban por el castillo de Lemos, fuera de las rutas habituales, porque procedían de tierras del Islam.

La narración de Enric no permitió respiro alguno. Las cruzadas, el Santo Sepulcro, la retirada de Jerusalén, la derrota, el avance islámico, el peligro del turco... los atrajeron enseguida sin recelo, porque aquello llenaba su espíritu. La Cristiandad estaba en retroceso. Aquel mensaje transmitido con tanta seguridad prendió fuertemente en unos señores, dueños de vidas y haciendas, que veían un Camino de Santiago en pleno apogeo, con miles de peregrinos de toda Europa fluyendo a través de sus tierras, al tiempo que

perdían poder. La hegemonía del clero asentado en torno al sepulcro del Apóstol, la ocupación del poder de Gallaecia por las órdenes religiosas y el debilitamiento de los señores feudales, era un terreno abonado para el mensaje de la Cristiandad en retroceso. Sólo ellos, con sus ejércitos rearmados, podían dar seguridad.

Enric supo que estaban ganando. La sombras que proyectaba la luz de las antorchas permanecían inmóviles. Nadie decía nada.

Escuchaban. Pronto el ambiente se volvió conductor. Se sintieron ellos mismos. Fuertes, poderosos, protagonistas.

Eran Occidente. Desde allí había de avanzar una nueva causa.

No podían ser meros espectadores, sino el corazón desencadenante. Por la Cristiandad, pero sin el clero. Podrían conseguir cualquier cosa.

-La historia nos reclama- pronunció con vehemencia Indalecio Avalle, un joven de apenas diecinueve años de tez pálida y ojos marrones, casi negros-. Tenemos que tomar la iniciativa.

Ir juntos. Armar un ejército. Cada uno de nosotros puede reclutar cien soldados. Un ejército de tres mil hombres, bien entrenados, sería el brazo armado del Apóstol.

Tenía fuerza. Todos asentían, aun a pesar de por lo menos doblarlo en edad. Rostros más curtidos, barbas más espesas, brazos más fuertes, aceptaban aquellas palabras y las que siguieron. Indalecio ofrecía sus tierras, allá al lado del río Miño, como campos de entrenamiento.

Lo que Enric pretendía había surgido con espontaneidad de aquella sala de armas y de un joven casi imberbe. La sorpresa de Enric y los otros templarios fue máxima cuando vieron la satisfacción del conde de Lemos. Los planes eran que fuese él el que encabezase aquella eclosión de poder. En sólo unos instantes otro se había puesto al frente y parecía del agrado de todos, hasta del conde.

La cara de alguno de los templarios debió reflejar las tribulaciones que les acometían ante aquella situación, de tal manera que el conde de Lemos aclaró con evidente satisfacción:

-Don Indalecio de Avalle contraerá matrimonio mañana con nuestra hija doña Cristina.

Aquello dejaba las cosas en su sitio. Aún mejor. Dos personas, el conde e Indalecio, harían mejor el trabajo. Serían capaces de unir a todo aquel grupo.

Un ejército para evitar la caída del sepulcro del Apóstol, para salvaguardar la ruta jacobea y para frenar el retroceso del cristianismo, era

el sentimiento de la mayoría de los presentes y el que, en verdad, animaba a Indalecio.

Un ejército para recuperar y mantener el poder de los señores feudales y para ocupar el lugar que a ellos les correspondía, pensaba el conde de Lemos.

Un ejército para el gran objetivo, Europa y su gobierno sinárquico, pensaba Enric. Sin duda, aquella era la tierra, estos los hombres, y el sepulcro del Apóstol, la causa. Las voluntades se empezaban a mover, pero aún quedaba mucho.

Instrucciones, acuerdos, juramentos, secreto, causa común, honor y palabra. Las sombras seguían petrificadas y las miradas severas. Todos comprendían lo que estaba sucediendo en aquella sala de armas. El castillo de Lemos era el testigo, Enric el transmisor e Indalecio el brazo ejecutor. Todo encajaba. La rueda comenzaba a girar y nunca más se pararía.

Al acabar la reunión, Enric se dirigió apresurado y ansioso hacia la puerta. La franqueó. Aquella mujer ya no estaba allí.

La mesa, la ventana, la chimenea, las castañas, eso era todo; la sala estaba vacía. Él la llenó con su anterior visión.

Aunque había pasado el tiempo, sentía su presencia. «Cosas de la mente», pensó. «Estas tierras mágicas actúan sobre el espíritu y más cuando el cansancio agota el cuerpo.»

Durmió mal. De nuevo sintió la sensación de desasosiego; lo dominaba el recuerdo de aquella visión. El rostro de la hermosa mujer al lado de la chimenea no se apartaba de él. Era mejor recapitular cómo había sido la reunión. Repasó mentalmente los nombres y las caras. Al principio habían mostrado la curiosidad de la novedad, pero pronto habían adquirido el aspecto grave de los grandes momentos en los que se sabe cuánto está en juego.

La intervención de Indalecio había conseguido llevar el proceso mucho más allá de lo que hubiesen podido imaginar. Un personaje con imán, sin duda, especial. Todo iba bien. Pero el pensamiento se le escapaba una y otra vez a la sala de la chimenea. Era inútil; su figura se dibujaba aun en contra de su voluntad. Fue apenas un abrir y cerrar de ojos, y aún duraba. Desde que vadeara aquel río sólido, todo eran impulsos que no controlaba. Pero la figura etérea de aquella mujer, estaba, ya no en el terreno de la magia, sino en el de lo prohibido. Mitad monje, mitad guerrero, al servicio de la Cristiandad. Caballero del Temple. Sentía un impulso como remolinos de aire, y tenía la sensación de pisar arenas movedizas.

Guerra y amor. Armas y casa. Torbellino de sentimientos. Un largo viaje desde sus tierras del Miño hasta Lemos. Una boda, una unión que le producía sensaciones que iban mas allá de sus propios sueños. Un deseo

irrefrenable de verla, de estar con ella. Fue conveniencia hasta que la vio. Entonces empezó un viaje infinito de sentimientos, más allá de la cordura.

Cristina, de apenas diecisiete años, fue para él todo. La vio y sintió que vivía. Más que nunca sintió la vida. Su alegría, su belleza, su dulzura, su sosiego le hablaban de una eternidad de felicidad que iniciaban juntos. De la impaciencia, los días no pasaban, pero ya sólo quedaba una noche. Tan sólo un sueño, que no sería, porque al final estaba ella.

Aquella noche, en la sala de armas, un nuevo tiempo se había abierto; aquellos monjes cruzados, cautivos, peregrinos de Santiago, le habían mostrado el destino en un instante. Muy pocos hombres podrían ver lo que él había visto: el deber, el poder, el ser. Su voluntad se había vuelto firme. Sabía lo que tenía que hacer. Armar un ejército poderoso. Gallaecia sería muy pronto testigo de un gran ejército al servicio del Señor para salvar Occidente.

El día llegó. Indalecio no había dormido. No lo necesitaba. Se sentía más fuerte que nunca. El castillo amaneció de repente; la luz llegó tarde, cuando ya una multitud empeñada en los preparativos se movía en todas direcciones. Los nobles y sus familias se dirigieron a la capilla y ocuparon sus sitios de acuerdo con estirpes y blasones.

El obispo de Mondoñedo, rodeado de una docena de clérigos, desde el lugar central en el altar, seguro de su poder, vio al fondo de la iglesia a los diez cruzados peregrinos. No acertaba a comprender cómo aquellos monjes, de aspecto más bien vulgar, habían sido capaces de obtener el compromiso de armar un ejército de aquellos nobles, individualistas, poco ambiciosos y acostumbrados a una vida rutinaria, si ni siquiera sabían muy bien su finalidad. Pero el hecho era de la máxima importancia. Había que poner sobre aviso al monacato cisterciense y al arzobispo de Compostella, que decidiría si era conveniente avisar al Rey y qué medidas debían tomar. Él cumpliría con dar el aviso.

Tenía gran aprecio por el conde, hombre bueno y cabal, aunque demasiado pendiente de los deseos de su mujer, la hermosa doña Inés. Hasta ahora la influencia de ésta se había limitado a cuestiones sin trascendencia, la hacienda, los cultivos, los sirvientes... Pero la noche anterior había permanecido en la antesala de armas hasta el final de la reunión. La acústica de la cúpula de la sala de armas llevaba los sonidos a la chimenea de la sala contigua. El obispo lo había experimentado como una curiosidad que le contara el conde; jugaban a las adivinanzas con las visitas.

La iglesia se le vino encima a Enric cuando vio aparecer a la señora de la ventana de la mano del conde. Aquella figura, ya imborrable, era ahora una realidad con nombre, doña Inés. No pudo reaccionar. Sus ojos se quedaron presos y no los pudo separar de ella. Su voluntad quedó sepultada bajo las piedras de aquella iglesia. Mitad monje, mitad guerrero. Todo de aquella mujer. Inmóvil. El pasado se desprendió en un instante del presente. Ya no era. El después no sería consecuencia del antes, sino del ahora. Su

misión permanecía, lo demás, no.

Todo había de ser como debía, pero no su alma.

Aquella tierra mágica empezaba a decidir su propio destino y el de todas sus gentes. Le habían advertido y no lo había creído. Desde Rotterdam a las tierras de hielo de Suecia, desde los desiertos de calor de Argel a las lluvias de las estepas del norte, desde Mesopotamia, la húmeda, hasta los bosques de Castilla, su espíritu se había curtido para el Temple y Cristo. Pero ahora no se sentía el mismo; estaba en otra tierra, con otro carácter.

Con una espada en las manos, aguardaba a Cristina. Las dos manos sobre la cruz de la empuñadura de aquella espada, pesada, brillante, que su abuelo don Indalecio le había entregado al iniciar el viaje a Lemos, diciéndole: «Sé que la usarás con honor y valentía». Su abuelo no pudo acompañarlo.

Los años y la salud se lo habían impedido. «No te volveré a ver. Pero sé que el tiempo no tendrá final para ti. Serás feliz y desgraciado. Morirás y vivirás. El tiempo curvará ante ti su elipse.»

No lo entendió. Lo quería demasiado. No lo quiso oír. De él lo había aprendido todo. La paciencia, la transigencia, el honor, la vida de su pueblo, la voluntad, el tesón pero, especialmente, la trascendencia. Todo va más allá. Cada acto tiene consecuencias. La vida es más que el tiempo que pasa, es el juego de la acción y su resultado. «Tu vida trasciende al tiempo», le dijo al despedirlo. Fueron sus últimas palabras.

Por eso decidió esperar a Cristina con su espada. La extrañeza de los invitados era patente. Jamás se había visto esperar a la desposada en la iglesia con la espada al frente.

Se juntaron ante el altar. La dulzura de Cristina apagó el furor de la espada y desvaneció una nube de temor que había inundado la iglesia. Devolvió la calma a las gentes. Así era ella. Lo había sido siempre. Transmitía su tranquilidad.

Aplacaba las furias con su presencia.

-Nunca se celebró una ceremonia ante Nuestro Señor Jesucristo con el arma de la muerte en su presencia -clamó el obispo-.

Ésta no se celebrará si no se desarma el señor de Avalle.

El obispo ejercía su poder. La reunión de la noche anterior y la presencia de Indalecio en ella estaban teniendo respuesta en aquel momento. La Iglesia era primero. Su magisterio le señaló que era aquel el momento de desbancar a aquel joven de su pequeño pedestal. Todos entendieron el significado de las palabras del obispo. Se movieron inquietos mirándose desde sus sitios.

-Espadas y cruces defendieron el Santo Sepulcro. Espadas y cruces defenderán el camino de la civilización cristiana. Esta espada y esta cruz le exigen su obligación. Con la cruz o con la espada. Su Dignidad diga qué lado quiere.

Todos quedaron paralizados. El reto no dejaba ningún margen al obispo. Indalecio había dejado libre su instinto. Todos vieron su determinación. Lo miraron con respeto, pero temieron las consecuencias. Enric vio a un hombre capaz de llevar hasta el fin cualquier cometido. Sintió, también, admiración e inquietud.

Concluida la ceremonia, el obispo, seguido de sus clérigos, salió sin hablar con nadie. Ni con el conde. Su dignidad había sido humillada por aquellos nobles. Por el de Avalle. Toda su vida estaría ya marcada por aquello. No pararía hasta vengarse. De todos. Pero, sobre todo, de Indalecio. En la puerta de la iglesia sintió el hielo de la mirada de Enric; se estremeció. Había que ir directamente a Compostella. No se podía perder ni un día. Su instinto de viejo clérigo, conocedor de las gentes, le decía que todo aquello era vital. Los comportamientos, los gestos, las miradas; algo muy grave flotaba en el ambiente. Aquel ejército. Una espada en el altar. Un reto a un obispo de Cristo. No lo comprendía. El arzobispo, sin duda, sabría qué hacer.

UN VIAJERO LLEGA A COMPOSTELLA

El barco enfiló el cabo del fin del mundo. Las brumas no permitían verlo, pero allí, detrás de aquellas nubes, estaba Finisterre, el último confín de la tierra. El navegante siempre sentía pánico a que la corriente lo arrastrase hacia la Gran Catarata. En cierta ocasión en que se apartó demasiado de la tierra, incluso llegó a oír su estrépito. Desde entonces el temor lo acompañaba siempre que navegaba aquella costa.

Esta vez también. Aunque sólo se oía el viento, la lluvia y el mar.

Ya sólo quedaba la recalada, fondear y dejar al pasajero.

Había sido un viaje especial. Desde Roma a Marsella, Valencia, Lisboa y Finisterre. Los tres primeros puertos estaban en las rutas habituales y conocidas. La Costa de la Muerte, de paso para el norte, tampoco era rara. Pero fondear en la cala, detrás del Finisterre, era inusual. Y más aún lo era un viaje desde Roma a Finisterre con un solo viajero y su equipaje.

Ninguna carga. Tres escalas de pocos días y dejar al pasajero en Finisterre eran su único cometido.

Apenas había hablado con él en todo el viaje. Vestía de blanco y rojo. Barba rubia, expresión distante y altiva, estatura intermedia. Había hecho la mayor parte de la travesía en su cámara y solamente había subido a dar unos paseos por cubierta al amanecer y al atardecer. La posición del barco, las previsiones y el estado del finar eran las únicas palabras que había cruzado con él. Tenía acento francés y hablaba un buen italiano. El navegante, genovés, que ya había visto de todo, enseguida notó que no sólo era de la alta nobleza, sino que sus órdenes se cumplían inmediatamente.

No necesitaba esforzarse para tener autoridad. Se sentía tan pronto como hablaba.

Cuando alcanzaron las costas de Gallaecia, el viajero había subido a la cubierta y no había parado de tomar notas sobre unas cartas marinas que había desplegado. Ya le habían advertido que la navegación de aquella parte del mundo se haría bajo sus instrucciones. Así habían entrado en dos de las rías, una al lado del río Miño y la llamada de Arousa. Después bordearon la

costa navegando hacia Finisterre. El viajero quería recorrer todos los acantilados y ver su aspecto. El día no ayudaba; la lluvia pegada al mar no permitía ver la costa y acercarse más era un gran riesgo. Con razón le llamaban la Costa de la Muerte. Con temporal era la más temible del mundo.

De un lado los rompientes contra unos acantilados cortados con cuchillos del diablo y con rocas vivas, listas para clavarse en el casco de los barcos, que a veces hasta se movían para atrapar a los navegantes. Del otro, la Gran Catarata. Pero aquel día, el mar era amigo, la lluvia enemiga y el viento suave. No había visibilidad.

-Siga navegando hacia la costa -le dijo secamente el viajero.

En el contrato de transporte no figuraba el jugar con la vida.

Pero el navegante no tuvo ni un asomo de duda. Le ordenaba seguir a ciegas hacia la costa y lo haría. En la voz del viajero sintió como un salvoconducto contra los elementos.

Mantuvo el rumbo. Allí estaba y así apareció de repente, majestuoso, el Fin de la Tierra. El Finisterre imponente; alto, vertical, verde. Nacía del mar al cielo. El Fin del Mundo tenía que ser así. El barco se empequeñeció al ver aquel coloso. Pero siguió navegando porque ese era su oficio.

Tomaron sondas, midieron calados, comprobaron fondos, observaron las rocas; el viajero lo anotaba todo. Así hasta que hubieron recorrido todos aquellos mares. Pasado el mediodía enfilaron la cala, al abrigo del coloso. Parecía una gran boca que los iba a tragar. El viajero hizo más anotaciones. La lluvia volvió a cerrar la tierra y se quedaron a ciegas. Arriaron las velas y mantuvieron el ancla lista por si las corrientes los arrastraban. El navegante, buen marino genovés, sintió el pánico del naufragio. Pero la calma del viajero, que seguía sin moverse, lo tranquilizó. La lluvia levantó y la cala de Finisterre apareció, acogedora, ante ellos. El navegante se sintió de nuevo seguro. Junto a las barcas varadas sobre la arena, trabajando en las redes extendidas, unas mujeres observaban atentamente el barco.

Pocas veces un barco tan grande había entrado allí, como no fuese para refugiarse del temporal. Ya estaban avisados por la presencia de tres caballeros, carruajes y soldados. Algo estaba pasando. No cruzaron ni una palabra con los pescadores.

Se habían alojado en la casa del cura, dos días antes. Se turnaban vigilando el mar desde lo más alto del acantilado.

Los habitantes del pueblo, aun acostumbrados a temporales y a desgracias de barcos nórdicos, estaban visiblemente inquietos. No acostumbraban a ver a caballeros armados en el pueblo. Se temían una invasión vikinga, aunque ya nadie del lugar recordaba ninguna. Pero no importaba, todos los resquicios de la aldea seguían respirando desgracias y naufragios. Eran gentes curtidas. Sonreían cuando se les recordaba que

generaciones atrás encendían hogueras para, en las noches oscuras, atraer a los barcos y hacerlos encallar en aquella costa diabólica, la Costa de la Muerte; después el saqueo. Cuando se les hablaba de ello, ni asentían, ni negaban. Sólo sonreían. Quizá pensando en tiempos mejores.

Cuando el viajero saltó del bote a la playa, los tres caballeros pusieron pie a tierra, e inclinaron la cabeza hasta que les dirigió la palabra. Varios pescadores descargaron cuarenta baúles y arcones. Uno, redondo y plano, grande y pesado, fue descargado con especial cuidado, bajo la atenta mirada del viajero.

-Pongámonos en marcha -dijo mientras se dirigía a un caballo con silla blanca y roja, más lujosa que las otras.

Un escudero le ayudó a montar e, inmediatamente, con los tres caballeros a su lado y los criados y soldados a pie detrás, la comitiva se puso en marcha.

El navegante, desde el barco, los vio marchar. Desaparecieron tras la loma, encima de la playa. No se sorprendió del aspecto aguerrido y noble de la comitiva. Era una repetición de lo que ya había visto en otros lugares.

En Ostia, el puerto de Roma, la noche de la partida, había llegado acompañado por el cardenal Musatti y escoltado por la guardia papal. El cardenal había subido al barco deseándole buen viaje e inclinando la cabeza ante él. El navegante no entendía mucho de esto, pero no creía que el cardenal Musatti, conocido de toda Roma y hombre de gran poder en el Vaticano, tuviese esa deferencia con cualquiera. Incluso el hecho de que el viaje fuese acordado por orden del cardenal y pagado de antemano era inusual. Sobre todo silencio. Era lo que le habían exigido.

Sin ninguna explicación. Pero con buenas razones. Con silencio cobraría el precio convenido y sin él no seguiría de navegante. Enseguida supo lo que le convenía. Y a él, de todo aquello, sólo le interesaba el flete del viaje. No presentaba más riesgo que cualquier otra travesía. Sólo le inquietaba aquella singladura final en el Finisterre. Su silencio estaba garantizado.

La llegada a Marsella se hizo de madrugada. Aprovecharon las primeras luces del alba, en un mar encalmado, para arribar y fondear. El viajero permaneció en su cámara hasta que bien entrada la noche, tres botes, con gentes arriadas, se abarloaron al barco; el viajero bajó a uno de los botes, donde tres figuras que la poca luna apenas permitía ver, lo recibieron con inclinación de cabeza; se oyó: «Señor…».

Desaparecieron en la oscuridad, en silencio.

La noche siguiente, la comitiva, tan silenciosa como había partido, regresó. Navegaron ininterrumpidamente hasta Valencia; recorrieron toda la costa mediterránea de las tierras de Francia, la costa catalana, el delta del

Ebro, Peñíscola... Nada interesaba al viajero. Sólo el amanecer y el atardecer. El orto y el ocaso. Hasta Valencia. Tierra de infieles hasta bien pocos años antes. Conquistada primero por aquel caballero castellano, Rodrigo Díaz de Vivar, de eterna lealtad a un rey menor. Su romance era conocido por toda Europa. «Un Caballero de Europa», había susurrado el viajero mientras apoyaba en la borda unos manuscritos en los que se podían leer las palabras Mío Cid.

Atracaron en los muelles del Grao, donde, también por la noche, unos caballeros templarios lo fueron a buscar. Dos días había permanecido fuera del barco. Iniciaron una nueva singladura, esta vez hasta Lisboa. Habían cruzado las Columnas de Hércules, Europa y Africa, en un día diáfano. No fueron interceptados; el navegante sabía que navegando por mitad del estrecho tendrían franquicia. Desde allí, donde acababa Europa, los seguidores del Profeta habían amenazado el sueño de la civilización cristiana. Contra su costumbre, el viajero estuvo todo el tiempo al lado del timonel. Observó inmóvil el norte. Toda su atención se centró en aquella gran roca. El sur no le interesó. El navegante no adivinaba qué pasaba por la mente de aquel hombre cuando, absorto, clavaba su mirada en el borde septentrional de aquellas tierras.

El recibimiento en Portugal fue diferente. Desde que enfilaron o Mar da Palla, la entrada de Lisboa, fueron seguidos desde tierra por un grupo de jinetes que les daban la bienvenida con aquella simbólica escolta. Al atracar en los muelles, una guardia de infantes rindió honores al viajero. Fue trasladado en un carruaje con los emblemas reales. Una guardia quedó al lado del barco. Nada pudo averiguar el navegante. Le pareció entender que era un enviado de gentes muy importantes, amigas de Portugal. Tampoco le interesaba; lo suyo era el silencio y la discreción. Sin embargo le intrigaba que el viajero no siguiese su viaje a Gallaecia por tierra; sin duda no sabía de la bravura de aquel mar.

La estancia en Lisboa, prevista para dos días, se prolongó durante catorce más. El navegante y su tripulación escucharon que el viajero se aposentaba en las cercanías del Pazo Real.

Oían frases sueltas, de reyes, nobles, obispos, cruzados y ejércitos, y la atención con que la guardia armada los trataba no dejaba ninguna duda de que, allí también, el viajero era un personaje importante. Una madrugada, un cortejo se aproximó al barco; el viajero se apeó de un carruaje y abrazó al hombre que venía con él. Los guardias presentaron armas. La puerta se cerró y el carruaje partió con toda una nube de soldados a su alrededor. El viajero subió la pasarela y, tras ordenar que llevasen a su cámara dos cofres de hierro que pesaban como si fuesen macizos, mandó levar anclas. Se encerró en su cámara y no salió hasta el anochecer.

El navegante volvió de sus recuerdos. Su viaje había concluido y había que volver a Roma. Mientras izaban el ancla, vio que en la playa un hombre subía a un bote con remeros y se dirigía al barco. Aguardó con curiosidad. No se le ocurría qué tendría que decirle.

-¿Adónde os dirigís? -preguntó el del bote, un hombre con aspecto de alta cuna.

-Hacia el Mediterráneo, contestó el navegante sin querer concretar mucho. Después de todo iba hacia allá.

-Querría ser vuestro pasajero hasta Aveiro, puerto portugués, a cuatro días de travesía -le dijo el hombre de la barca.

El navegante lo conocía bien, era un puerto fácil. No lo entretendría demasiado y obtendría un dinero adicional, aunque no fuese mucho.

Acordaron el precio. Echaron una escala. El hombre del bote subió a bordo. No llevaba equipaje. El barco inició la navegación saliendo de la ría y dejando Finisterre por la popa.

El navegante volvió a oír el estrépito de las cataratas del fin del mundo. Sintió temor y se acordó del viajero. Estaría cabalgando con su comitiva hacia algún sitio. Con él allí no tendría miedo.

A Sergio le habían dicho que estuviese atento a la llegada de la comitiva. Los sirvientes tendrían que estar en sus puestos y todo preparado para que el señor se sintiese en Compostella como en su propia casa. De hecho, aquella iba a ser su casa durante bastantes años, si no no la hubiesen comprado, pagando, además, un precio tan alto. Le habían ordenado adquirir una casa digna de una persona de abolengo, en el centro de la ciudad, lo más próxima posible a la puerta sur de la catedral. Iba a ser habitada por varias personas y tendría que tener un servicio acorde con sus moradores, además de dar aposento a la guardia personal del señor.

Cuando el embajador de Portugal le había hecho el encargo, pensó enseguida en la casa que se encontraba justo enfrente de la plaza de las Platerías, al comienzo de la rúa del Villar.

Era una casona sobria, con muros de fortaleza y digna de un rey. En tiempos había sido aposento del arzobispo.

Confiaba en que todo fuese del agrado del nuevo propietario, e incluso albergaba la esperanza de ser designado responsable de la administración. No sabía de quién se trataba; sería alguien que querría retirarse allí, cerca de la tumba del Apóstol, en un viaje sin retorno por el Camino como peregrino eterno. Muy importantes debían ser los favores que el Apóstol le habría concedido para permanecer allí de por vida. Quizá la victoria en una gran batalla, quizás haber salvado la vida en una emboscada... Viajaba sin su esposa y, siendo extranjero, necesitaría a alguien que le llevase todo lo relativo a la casa y a la guardia. Dinero no parecía faltarle.

La comitiva se acercaba por la rúa del Villar; los hombres a caballo precedían a los carros. Todo estaba listo para servir una buena cena, y las

habitaciones dispuestas. Sin necesidad de que dijesen nada, enseguida supo quién era el propietario; no era su caballo, ni su forma de vestir... eran sus ojos; transmitían solemnidad. Antes de que el señor hubiese llegado, la guardia que lo acompañaba se adelantó y desmontó, vigilando atentamente a toda la hilera de sirvientes que esperaban.

Sergio se dirigió hacia él y, al tiempo que titubeaba «Señor...», trató de ayudarlo a desmontar, pero cuando quiso darse cuenta ya estaba a pie a su lado.

-¿Es esa la puerta sur de la catedral? -preguntó sin ni siquiera reparar en la casa, dirigiendo su mirada hacia el majestuoso edificio. Sin dar tiempo a Sergio a contestar, se encaminó con paso rápido hacia la puerta. Los tres caballeros lo siguieron y detrás toda la guardia. Sergio decidió hacerlo también. El señor subió las escaleras rápidamente y se quedó inmóvil delante del arco izquierdo de la puerta; sus tres acompañantes se quedaron unas brazas detrás. En silencio, mantuvo su mirada fija durante mucho rato en aquel arco.

Sergio sintió que algo importante sucedía. Le pareció que el aire se volvía denso y pesado; el tiempo se eternizó. Nadie se atrevía a hablar. El señor y los tres caballeros no separaban su mirada de la puerta. Los guardias tenían la misma sensación de respeto que Sergio ante no sabía qué.

Cuando llegaban a la catedral, los peregrinos entraban rápidamente dirigiéndose a la Cripta para después tocar con los cinco dedos la columna del maestro Mateo, santiguándose con el agua y sentándose en su sitio en espera de la hora de la misa. Pero aquel era un peregrino muy especial. Seguía allí, inmóvil, delante de la puerta, sin entrar. El tiempo pesaba y se volvía hostil. Sergio notó que los demás también estaban incómodos pero, al igual que él, no se atrevían a moverse. Sólo Dios sabe cuánto tiempo había pasado cuando el señor, volviéndose y sin mediar palabra, encaminó sus pasos hacia la casa; bajó las escaleras sin premura, lo que dio tiempo a Sergio a adelantarse y esperarlo en la puerta.

-Señor, sus aposentos están en el primer piso y, cuando ordene, la cena estará servida.

No obtuvo respuesta. El señor entró en la casa, subió las escaleras y cerró tras él la puerta de sus habitaciones. Los sirvientes entraron los baúles, incluido aquel redondo tan grande y tan pesado. No fue fácil subir las escaleras con aquel bulto de casi dos brazas de diámetro. Pusieron guardias en la entrada del aposento, y en la puerta principal de la casa; eran órdenes de uno de los tres caballeros, que se acomodaron en las habitaciones de la antesala del señor.

Durante la cena, los tres caballeros le contaron cosas que parecían interesar mucho al señor. Hablaban francés, y aunque Sergio no lo comprendía del todo, sí entendió que se referían a la catedral, al Apóstol, al Camino de Santiago, a Europa, al arzobispo .... Oyó nombres de personas,

extranjeros sin duda y nombres de ciudades de Francia e Italia. El señor no hablaba, escuchaba, sin mirar a los que le informaban.

Cenaron poco. Muy poco. Sergio se preocupó. Quizá no les había gustado la cena, aunque los franceses eran amantes de la caza y del pescado del Atlántico. Lo sabía por haber atendido a otros peregrinos, también de abolengo. La empanada ya no era tan unánimemente aceptada. El vino del valle del Ouro quizá no había sido una elección acertada; el vino francés era bueno.

Se levantaron tan pronto el señor lo hizo y uno de ellos se acercó a Sergio. Le habló con brusquedad.

-El señor de Clermont quiere que os quedéis a su servicio.

Dejad todas vuestras otras ocupaciones, las posadas y la cerería, y dedicaos solamente a atender esta casa. Recibiréis las instrucciones directamente de mí. Soy Denis de Languedoc.

El señor se levanta al amanecer; sus comidas son siempre frugales: un solo plato. No es persona de banquetes. No puede perder el tiempo. Se os avisará de sus planes en cada momento. Mucha gente vendrá por esta casa, personas de la ciudad y peregrinos del Camino. Todos tienen que ser recibidos con cortesía, para que se sientan en su casa, pero sin ostentación, como corresponde a gentes del Camino de Compostella.

Sergio asintió sin poder ocultar su satisfacción. Ya sabía que en aquel puesto tendría poder y unos buenos ingresos. Pero ahora veía que eran gente de la más alta estirpe, con lo que las posibilidades se ampliaban. Nadie adquiría una gran casa al lado de la catedral, si no era de la alta nobleza y, siendo extranjeros, dependerían mucho de él.

-No escatiméis en los sirvientes. Contratad cuantos sean precisos. Deberán ser gentes de fiar. Dentro de unos días llegará un cuerpo de guardia con veinticinco hombres y deben tener un lugar de residencia en las cercanías de la casa.

Aquello sí que no se lo esperaba Sergio. La presencia de media docena de hombres de guardia ya le parecía poco habitual, pero aquello era un pequeño destacamento. Dudó si debería ponerlo en conocimiento del deán de la catedral, aunque sería romper la confianza que estaban depositando en él; además quizá no hiciese falta, ya que enseguida repararían en su presencia. No parecía haber nada oculto en ello; podrían estar allí para dar protección a los peregrinos franceses, que, ciertamente, eran los más numerosos. Además no era raro que grupos de peregrinos se agrupasen y viajasen protegidos por guardias armados. Pero más de treinta soldados superaban la guardia del arzobispo.

Sin duda el señor de Clermont era persona de gran abolengo.

Hablaría con el deán.

-Mañana a primera hora saldremos hacia el Palacio de Gelmírez.

El carruaje tiene que estar preparado desde el amanecer -le dijo Denis de Languedoc a modo de despedida.

Sergio durmió mal aquella noche. Todos aquellos acontecimientos tan rápidos le habían desorientado, a él, que estaba acostumbrado a los más diferentes señores y nobles.

Aquellos nobles caballeros iban a ser recibidos por el mismísimo arzobispo Rodrigo, que incluso era llamado por el Papa de Roma para asistir a los concilios de la Cristiandad.

Pero lo que más le inquietaba era el recuerdo de aquella imagen inmóvil, clavada delante de la puerta de la catedral.

No por lo insólito de que no entrase, sino porque ahora la recordaba con una gran luminosidad, con claridad diáfana, como si le diese el sol. Pero había sucedido al oscurecer, cuando el sol ya se había ocultado por detrás del monte Pedroso. Sin duda era un recuerdo trastornado por la impresión que todo aquello le había causado.

Ni siquiera llegó a conciliar el sueño. Lo llamaron muy temprano, como había ordenado. Se fue a comprobar que el carruaje, que había llegado muchos días antes, estuviese listo. Era de color negro con un escudo blanco y rojo en las puertas.

El señor de Clermont desayunó en sus habitaciones y tan pronto las campanas anunciaron la misa de madrugada en el altar mayor, descendió las escaleras. De blanco y rojo. Los tres caballeros también vestían de blanco y rojo. No supo por qué, pero le pareció que no vestían igual. Partieron los cuatro en el carruaje. Les seguían sus soldados. El Palacio de Gelmírez, residencia del arzobispo, estaba escasamente a doscientas brazas, pero la gente importante siempre iba en carruaje.

El arzobispo aguardó de pie a que el señor de Clermont y los tres nobles que lo acompañaban, precedidos por el deán, recorriesen el salón del Palacio de Gelmírez. Detrás de él, también de pie, el cabildo catedralicio en pleno. Era el recibimiento que correspondía a los reyes o a los enviados reales con plenos poderes. Las instrucciones para esta bienvenida las había dado el arzobispo en persona y fueron cumplidas escrupulosamente.

Mientras se acercaba, el arzobispo estudió detenidamente a aquel personaje. Lo enviaba don Dinís, el Rey de Portugal, con quien convenía tener las mejores relaciones; era un rey poderoso, que disponía de un ejército en Braga, a muy pocas leguas de Gallaecia; y un ejército podía ser para defender o para atacar. Clermont, le habían dicho, era un poderoso noble francés, señor de Auvergne, capaz de movilizar un ejército de cinco mil

hombres que venía a Compostella a ponerse a las órdenes del Apóstol. Era persona culta, cristiano de pro, que tenía la firme creencia de que el Camino de Santiago era la vía de la civilización.

Le pareció inquietante. Tenía aspecto serio y porte altivo; todo lo que de él sabía desprendía un cierto misterio. No iba a poner en duda las referencias provenientes del rey portugués. Ciertamente no. Pero un noble francés, capaz de movilizar tal ejército, aposentado en Compostella, requería de referencias. Ya había enviado un mensaje a Roma y otro a la Reina regente castellana, para saber a qué atenerse. De momento solamente había desplazado una guardia de pocos hombres, una guardia personal. Se había establecido en la casa de las Platerías, para lo que el deán había dado permiso. Por ahora todo era satisfactorio. Todo excepto aquella extraña cuestión de que la noche anterior no hubiese entrado en la catedral, limitándose a permanecer largo rato ante la puerta, sin duda impresionado por su grandiosidad. Quizás querría ser recibido en el altar mayor por el propio arzobispo, como correspondía a su rango, y por eso no había entrado.

Clermont besó el anillo del arzobispo Rodrigo, a lo que éste correspondió con una inclinación de cabeza, tomando ambos asiento, tras dos breves «Monseñor», «Señor de Clermont».

La conversación, en latín, pudo ser escuchada por todo el claustro catedralicio y por los tres caballeros.

-Monseñor Rodrigo, mi satisfacción por estar en Compostella supera cualquier otro privilegio que el señor Jesucristo hubiese querido concederme en esta vida. Esta ciudad, el gran epicentro de la Cristiandad, es digna de vivir y morir en ella. Esa es mi intención, para lo que quiero pediros vuestro consentimiento, vuestro beneplácito y, si ello no fuera demasiado, vuestro consejo espiritual.

El arzobispo no se esperaba algo así. El empaque con que estas palabras fueron pronunciadas y la propia figura de Clermont le estaban impresionando. No pronunció palabra alguna, sabiendo que su visitante iba a continuar. Con un gesto bondadoso de comprensión, asintió con la cabeza.

-Esta ciudad perdurará por los siglos de los siglos y verá etapas de un esplendor tal que aún hoy nos sorprendería.

Occidente peregrina a Compostella. Pero este lugar fue elegido para mucho más. Pronto el mundo se asombrará de Santiago de Compostella y sabrá por qué el Apóstol lo eligió para iniciar la evangelización de la Iberia. Yo quiero contribuir y ser testigo de la historia. Todo mi esfuerzo y empeño será para que la obra de Nuestro Señor pueda seguir su curso.

El arzobispo, hombre sabio y sereno, supo que tenía que seguir escuchando. Volvió a asentir con la cabeza.

-Os pido que me autoricéis a construir un hospital para dar cobijo a los

peregrinos de la gran Europa que lleguen con las huellas del cansancio o de la enfermedad y a que pueda desplegar soldados, que yo costearé, para dar una mayor protección al Camino. Una autorización del arzobispo de Compostella aseguraría a reyes y señores del noble fin de esta guardia armada. Estarían directamente a vuestras órdenes.

La desconfianza del arzobispo había desaparecido completamente. Aquel hombre decía lo que sentía, no había doblez en sus palabras. Sus ojos estaban limpios.

-Compostella recibe siempre a sus peregrinos, ya sean ricos o pobres, hombres de letras o iletrados, caminantes o caballeros, gentes de paz o de guerra. Así nos lo encomendó el Apóstol. Vos seréis tan bien considerado como vuestras obras merezcan. Por el bien que hagáis, tendréis nuestra gratitud y la de los peregrinos del Apóstol, que tan necesitados están, tantas veces, de cuidados. Vuestros hombres serán bien recibidos en el Camino, ejerciendo la guardia al lado de los hombres de armas de reyes y nobles, del Temple, Caballeros de Santiago... Nuestras puertas estarán siempre abiertas para vos. Franqueadlas.

El diálogo continuó con detalles de la recepción que se celebraría en la catedral. Misa Mayor de peregrino. La ubicación del hospital fue otro de los temas que trataron durante un buen rato.

El arzobispo acompañó a Clermont hasta la puerta, mostrando así su agrado. Pasaron bajo los arcos de piedra de la gran sala del Palacio de Gelmírez, que además de salón de recepciones era también comedor. De esto daban fe las figuras de piedra esculpidas en los arcos que, reproduciendo comensales y viandas, eran una muestra del culto a la comida de aquellas gentes del fin del mundo. Descendieron las escaleras de piedra, estrechas y húmedas, verdeadas por el musgo. El arzobispo despidió a Clermont en la puerta que daba a la gran plaza del pórtico del maestro Mateo. Vio como el carruaje se alejaba unas brazas y se detenía frente a la obra del más grande maestro del mundo. Supo que Clermont estaba viviendo un instante inolvidable, viendo aquel pórtico de entrada al sepulcro del Apóstol. El arzobispo subió a sus aposentos y por la ventana vio que el carruaje negro aún seguía en medio de la explanada, frente al Pórtico de la Gloria. No se quedó a verlo partir porque tenía que recibir al obispo de Mondoñedo, que inopinadamente había llegado a Compostella y quería despachar sin demora con él un asunto que, según decía, era de la máxima gravedad e importancia.

El obispo don Pedro de Mondoñedo era hombre cabal, amable y caritativo, pero fácilmente exasperable. Siempre decía lo que pensaba. No era muy dado a comportamientos diplomáticos y ya había tenido bastantes contratiempos por su carácter explosivo. El arzobispo lo notó visiblemente alterado; casi no cruzaron saludos, tal era la premura con la que rompió a hablar, contando de forma entrecortada todos los acontecimientos que habían sucedido en el castillo de los Lemos. Una reunión casual, celebrada en la noche de vísperas de las bodas, en la que los nobles habían decidido

armar un ejército, cuando unos peregrinos, liberados de Túnez, los aturdieron narrando el renacimiento del Islam. Aquel Avalle, enardecido, encabezando la conspiración de armas y el conde de Lemos, su gran amigo, dando respaldo a tamaño hecho. Pero lo más grave había sido la humillación, delante de la Eucaristía y frente a la más rancia nobleza gallega, a un príncipe de la Iglesia.

El arzobispo lo escuchaba con gesto grave. Cuando el obispo hubo acabado su relato, le aconsejó que descansase de aquel viaje tan apresurado. Ya departirían al final del día, le dijo; pero su preocupación era tan aparente que el desasosiego se añadió a la cólera del obispo de Mondoñedo.

No recordaba el arzobispo nada semejante a lo que le contara don Pedro. Él mismo había tenido algún problema con el conde de Lemos, pero ambos habían sabido llevar la cuestión sin magnificarla. Un ejército en Gallaecia y un insulto a la Iglesia. Había que atajar todo aquello, antes de que fuera a más. Lo más preocupante era que en la iglesia nadie hubiese levantado su voz en defensa del obispo. Eso mostraba la difícil relación entre el clero y los nobles, que querían más poder del que les correspondía y trataban de obtenerlo recortando el que legítimamente detentaba la Iglesia.

Quizá la Iglesia había extremado las cosas en los últimos años y fuese necesario algún gesto. No había tiempo que perder.

Llamó a su secretario, un cura joven, de gran inteligencia, el padre Fermín y le dio instrucciones para hacérselas llegar a todos los obispos y abades de los monasterios cistercienses.

Había que ponerles al tanto de la reunión y los acontecimientos del castillo de Lemos, ordenándoles la máxima atención al reclutamiento de tropas en todos los condados. Era preciso saber quiénes actuaban y cuántos hombres reclutaba cada uno. Pero, sobre todo, había que procurar que tal movilización no se produjese. Con buenas formas y presiones inteligentes, debía convencerse a cuantos nobles se pudiese de la inutilidad de tamaña empresa. El Islam estaba en retroceso en la Península, y el Camino, que recorría todas las tierras de Europa, era cada vez más frecuentado y seguro. Debían alabar el buen ánimo e intención de la empresa, pero era ciertamente innecesaria. En su lugar, había que celebrar una reunión con la nobleza, clero y embajadores en Compostella, quizás en la festividad de Santiago.

Las instrucciones eran particularmente concretas para los obispos de Tui y Lugus. Desde Tui tenían que extremar la vigilancia en las tierras del Miño, señorío de los Avalle, para seguir muy de cerca los pasos de Indalecio. No convenía enviar ningún emisario para dialogar. Era mejor, por ahora, proceder con cautela y conocer todos sus movimientos. Sin embargo, el obispo de Lugus debía hablar con el conde de Lemos para convencerlo de que retirase su apoyo y que serenase las actitudes, en especial la de su yerno. Gran futuro podría tener don Indalecio si supiese encauzar sus esfuerzos en la buena dirección.

Librodot

Fermín comprendió que era cuestión importante que tenía que ser evacuada con prontitud y discreción. Las cartas tenían que partir aquel mismo día. Se escribieron y correos del arzobispo partieron esa misma tarde hacia todos los rincones de Gallaecia.

El arzobispo se dio cuenta de que la nobleza había perdido la calma; venían tiempos de tribulaciones. Aquellos señores, gentes de bien, con las ansias guerreras doblegadas por la tranquilidad, mantenían la autoridad en sus condados y comarcas, pero con un poder menguado por la presencia de una Iglesia con grandes propiedades y más poderío económico que ellos. Los conventos cistercienses, con grandes extensiones de tierras cultivadas, eran focos rurales de poder. Las ciudades, Betanzos, Lugus, Mondoñedo, Tul y Compostella, tenían como referencia principal los obispados. Las catedrales eran centros de poder casi absoluto. El rey de Castilla confiaba más en la Iglesia, en los laboriosos cistercienses y en los obispos de Gallaecia con el de Compostella a la cabeza, que en aquellos nobles, que sabía demasiado orgullosos y, sobre todo, apegados a su tierra. Nunca se desplazaban a la corte; vivían, en algunos casos con modestia, ignorándola, aunque leales y respetuosos con el Rey.

Habían despertado. Una noche cualquiera, en un incidente, tomaron conciencia de su fuerza y en presencia de unos peregrinos y ante el reto de un joven a la Iglesia, las voluntades se habían acrisolado. El arzobispo no era persona de violencias, pero había que avisar también a la Reina.

Le escribió una misiva, sin alarmarla pero poniéndola al corriente de la situación. Unos días antes le había evacuado la consulta sobre Clermont. Ahora le comunicaba un inicio de revuelta y la informaba del ejército que Clermont quería desplegar en varias guarniciones a lo largo del Camino. La carta salió ese mismo día. Con la misma diligencia que las demás. Decidió posponer cualquier información a Roma.

Llamó de nuevo a su secretario, tocando la campanilla que había sobre la mesa.

-¿Quién es el encargado de la casa del señor de Clermont? -le preguntó.

-Sergio Sande, un buen comerciante y hospedero de la ciudad, a quien Monseñor encargó de la cerería -explicó Fermín.

-Concierta una entrevista con él y dale todas las facilidades para la atención del señor de Clermont. Como ya escuchaste, quiere construir un hospital. Decide con él su ubicación, lo más cerca posible de la catedral. Quiero una especial atención a sus deseos. La recepción en la catedral se hará con los máximos honores. El Domingo del Señor será el mejor día.

A Clermont se le haría una recepción pública con rango regio.

Fermín no recordaba haber dispensado aquel tratamiento a nadie que no fuese de estirpe real. Claro que él llevaba poco tiempo en el Palacio

Arzobispal.

-Haz pasar al deán -le dijo el arzobispo mientras se retiraba.

Había que poner al cabildo al tanto de la situación, porque dentro de poco Compostella sería un hervidero de rumores que convenía atajar lo antes posible.

El deán, hombre que ya lo había vivido todo, escuchó sin pestañear la narración del arzobispo. Ya había notado muy agitado al obispo don Pedro de Mondoñedo; además, los cocheros no tienen reparos en hablar y un deán tiene oídos en todas partes. Sobre todo en la catedral y en el Palacio Arzobispal.

Era preciso que el incidente fuese atribuido a excesos del alcohol de un joven que no había sabido parar de beber la noche anterior a su boda. No era persona demasiado cultivada, ni importante, y el obispo de Mondoñedo había demostrado una gran prudencia ignorando sus palabras y concluyendo la boda. Pero el insulto se pagaría. Roma siempre cobraba. Compostella también.

Al arzobispo le pareció bien lo que el deán aconsejaba. Era mejor no mencionar nada relacionado con el ejército, ya que eso daría al incidente una dimensión que no convenía. Tampoco era conveniente hablar de excomuniones ni de venganzas.

Primero deberían desactivar aquella movilización y después ya llegaría el tiempo en que se cobrase la deuda.

-Ponte en contacto con Denis de Languedoc, jefe militar del señor de Clermont, y decidid cuántos hombres va a movilizar; no pongas ningún límite a sus pretensiones. Sería recomendable que centrasen su vigilancia en Gallaecia, ya que los templarios y el Rey de Aragón cubren el resto del Camino.

Doscientos hombres en Gallaecia y unos pocos en León serían suficientes, pero si pretendiesen más, no te niegues. Alega consultas y ya decidiremos. La presencia de este ejército debe conocerse por doquier. Dará mas seguridad al Camino.

El deán no necesitaba más aclaraciones. Tanto él como el arzobispo sabían lo que estaban poniendo en marcha. Un ejército de trescientos hombres, de origen francés, bajo la autoridad del arzobispo y costeado por un peregrino, sería una noticia que correría como una centella tan pronto se hiciese pública la noticia, en pocos días toda Gallaecia lo sabría. Los nobles, los primeros.

El arzobispo calculó que los informes del Papa y del rey castellano llegarían en pocas fechas, con lo que podría emitir el salvoconducto del ejército sin correr ningún riesgo. No lo haría sin el beneplácito real, aunque,

en lo referente a Clermont, ya no tenía ninguna duda; su instinto le decía que sería providencial. Además satisfacía al rey de Portugal.

El deán salió a reunirse con la Curia, a la que informó con todo detalle. Era una cuestión que atañía a toda Compostella.

Lo entendieron; ellos lo entendían todo. Al concluir se cruzaron con el obispo de Mondoñedo, que entraba en la cámara arzobispal, a platicar con su buen amigo el arzobispo. Ya iba más sereno. El descanso y saber que se estarían tomando las medidas oportunas le había sosegado el espíritu y calmado la ira.

Hablaron de la Iglesia en Gallaecia, de la nobleza y de las órdenes religiosas, especialmente del Císter, que se había ocupado, con buenos resultados, de mejorar los cultivos; era preciso mantener aquellas mejoras que tanta hambre habían saciado. Tenían que actuar con sabiduría y prudencia, porque cuando los reyes de Castilla, ocupados en las guerras, desatendían los asuntos de Gallaecia, ellos eran los garantes del orden y de la paz.

Cuando la húmeda noche compostelana entró en la cámara y los sirvientes encendieron las velas, aún seguían conversando.

Tras la cena, el de Mondoñedo abandonó la cámara. Volvía a ser el gran prelado de la Iglesia gallega. Se quedaría en Compostella hasta el domingo y asistiría a la recepción de Clermont. Se acostó satisfecho y se durmió enseguida.

Sergio volvió a levantarse con el alba. El señor, que también madrugaba, desayunaba al amanecer y Sergio quería supervisar personalmente su servicio. Le subió el desayuno. El señor había pasado toda la tarde anterior encerrado a solas en sus habitaciones. Sergio, al subirle la cena, lo había visto rodeado de baúles abiertos en los que se veían códices y pergaminos. Seguramente había pasado todo el día leyendo, pero eso a él no le importaba.

Denis de Languedoc, ya levantado, se dirigió a él.

-A mediodía nos reuniremos en la planta baja. Allí estará también el señor de Hansa. Vamos a hacer algunos cambios en la casa. Habrá que contratar canteros y carpinteros. La obra se deberá realizar lo antes posible; no reparéis en gastos.

Sergio tenía un día muy atareado. Sabía que estaba recibiendo un gran poder y que los primeros días de esta nueva situación iban a requerir de toda su capacidad.

-Allí estaré, señor.

Un albacea le había citado para después de la segunda misa en el

despacho del secretario del arzobispo. La cita era inusual.

En una ocasión había sido recibido por el ayudante del deán de la catedral, cuando le concedieron los derechos de la cerería.

Pero esta vez era el secretario del arzobispo. No le habían dicho de qué le quería hablar, pero era obvio.

-Señor -continuó Sergio-, he sido citado por el secretario del arzobispo, sin duda para tratar de las cuestiones relacionadas con el hospital y con la casa. Espero vuestras instrucciones.

Denis fue muy conciso.

-Una buena localización para el hospital. Es imprescindible que esté muy cerca de la catedral. Si es preciso derribar viviendas, que se derriben. En lo referente a la casa, planteadle lo que consideréis más apropiado para el bienestar del señor.

Se lo delegaban todo. Sergio se encontraba en un solo día con más poder del que nunca hubiese podido soñar. Había que administrarlo bien, para los señores, para la ciudad y para él.

Debía entrevistarse con los gremios, con los comerciantes, con los mayordomos de la nobleza y con los acaudalados de la ciudad. Era preciso que todos conociesen directamente a través de él lo que su señor iba a hacer. Un hospital requería de mucho trabajo. Los gremios y los comerciantes tendrían que estar al tanto, y sería conveniente contar con la opinión de los nobles. Le evitaría a su señor envidias que nunca eran buenas y él sería el intermediario. Durante las próximas semanas y aun en los próximos meses, estaría muy atareado.

Pronto sonaron las campanas de la segunda misa y Sergio se dirigió al Palacio del Arzobispo. Nunca se debía hacer esperar a la Iglesia. Subió las escaleras de la plaza de las Platerías. Las contó. Impares. La Quintana de Muertos estaba casi desierta. Dos mujeres cargadas con cestos de manzanas la cruzaban muy deprisa. Subió las escaleras que llevan a la explanada de la Azabachería. Las contó también. Pares. Desde lo alto de las escaleras, la catedral parecía distinta.

Destacaba la gran cúpula, la que le transmitía la fuerza a la ciudad. Descendió la pequeña cuesta y se dirigió a la puerta lateral del Palacio. Había hecho aquel trayecto, desde la rúa del Villar hasta la Azabachería, cientos de veces. Miles. Pero esta vez le parecía diferente; la plaza y el empedrado eran distintos. Para Sergio, Compostella había cambiado.

Decidieron enseguida la ubicación del hospital. En los terrenos de la explanada del pórtico del maestro Mateo, justo al lado del Palacio de Gelmírez. A Sergio le parecía que aquella ubicación del hospital era muestra de la buena voluntad del arzobispo. Debería trasmitírselo a su señor. Era el

mejor lugar de Compostella.

Las otras cuestiones eran menores. La recepción sería el domingo. El arzobispo quería conocer a qué misas acudiría Clermont; se le reservaría un sitio. La despedida no le pasó a Sergio desapercibida.

-Presentad nuestros respetos al señor de Clermont; cualquier cosa que podamos hacer en su servicio, será un honor para nosotros.

El todopoderoso secretario del arzobispo se ponía a su disposición. No era mera cortesía. El alto clero no mostraba cortesía más que con los poderosos. Sergio lo sabía.

A mediodía, los dos caballeros bajaron las escaleras. Hansa, consultando unos planos, trazó unas rayas en el suelo. No eran rectángulos, como podría corresponder a unas habitaciones.

Sergio sólo vio líneas, sin formar ninguna figura concreta.

Dedicaron todo el día al trazado.

En contra de lo que le habían dicho unas horas antes y, a juzgar por las instrucciones que le dieron, no parecían tener mucha prisa en la reforma.

-Tened disponibles cinco equipos de canteros y carpinteros, de diferentes sitios. Tienen que ser los mejores. En esta construcción menor queremos comprobar su habilidad para contar con ellos en la obra más importante, el hospital. En diferentes etapas iremos levantando las paredes de esta construcción, para evitar que los equipos coincidan y que su laboriosidad merme por su vigilancia mutua. Yo mismo supervisaré directamente la obra -concluyó Hansa-. ¿Cuánto tiempo tardaréis en reclutar los cinco grupos?

-Unos treinta días -dijo Sergio, calculando que algunos tendrían que venir desde Tui y que la poca prisa estaría motivada por el deseo de contar con los mejores constructores.

Clermont había permanecido, de nuevo, todo el día en sus habitaciones; incluso había almorzado allí, acompañado por los tres caballeros. El devenir en la casa fue muy similar en los días siguientes. El señor permaneció en sus aposentos, rodeado de textos y pergaminos. A veces, cuando le subía la comida, lo encontraba inmóvil, mirando por la ventana hacia la puerta de las Platerías, aquella que tanto le había llamado la atención la noche de su llegada.

Sergio inició su ronda de contactos según había dispuesto.

Resultó fácil. La ciudad estaba conmocionada por la llegada de aquellos nobles peregrinos. La noticia se había extendido, como el arzobispo vaticinara: construirían un hospital y pondrían un ejército a disposición del

arzobispo. Todos querían ser recibidos y conocer a Clermont. Sergio siguió su programa con gran meticulosidad. Incluso hubo de atender a mucha más gente de la que pensara.

El domingo, toda la ciudad estaba en la catedral. Muchas horas antes de la recepción, burgueses y comerciantes ya ocupaban sus bancos y reclinatorios. La nobleza también ocupó sus sitiales. A mediodía todas las cabezas se volvieron. El señor de Clermont apareció debajo del pórtico de la puerta de las Platerías. Se quedaron mudos por la sorpresa. No había entrado por el excelso pórtico del maestro Mateo, como era debido. Lo había hecho por el lateral derecho de la cruz romana. Se quedó inmóvil bajo el arco izquierdo del pórtico. La multitud abrió paso, mientras un murmullo recorría la catedral.

Iba de blanco y rojo. Avanzó, majestuoso, con paso lento.

Detrás los tres caballeros, también con el blanco y rojo templario. Les seguían treinta guardias desarmados, con los yelmos en las manos y treinta sirvientes. Era una comitiva ciertamente notable. No por el número, que no era grande, sino por el porte.

El arzobispo hizo acto de presencia en el altar mayor cuando el señor de Clermont y su comitiva avanzaban por el pasillo abierto por la gente que, de pie, abarrotaba la catedral.

Sesenta canónigos, curas y diáconos lo flanqueaban. Desde la peregrinación y coronación de Alfonso X, cincuenta años atrás, nadie había visto recibimiento semejante. La gente sintió la solemnidad del momento. El arzobispo también. Era más que recibir a un enviado del rey de Portugal. Era más que el ejército que había prometido. Era más que el hospital. Era más que la misiva firmada por el cardenal Musatti, ordenando un trato privilegiado para Clermont, a quien Roma debía tanto.

Era más que todo eso. Era algo que hacía de aquel momento algo casi irreal.

Los rostros de los fieles se volvieron borrosos. Notó que no podía respirar. Los sonidos no fluían. Las luces se desvanecían a medida que Clermont avanzaba. El arzobispo tuvo la sensación de que la catedral se movía y se apoyó en el deán. Cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, Clermont ya estaba delante de él. Lo bendijo y se sentó. Clermont ocupó su sitial frente al altar mayor. Todo volvió a ser real entonces. El aire se podía respirar de nuevo, la luz inundó el recinto y los murmullos hicieron que la gente recobrara la vida.

El arzobispo, sobrecogido, sintió un escalofrío. Miró al de Mondoñedo y supo que le pasaba lo mismo. Era el efecto de aquel peregrino del Apóstol, que ocupaba el centro de la cruz de la catedral de Compostella. En aquella cruz, que el sol iluminaba en el mediodía de su camino hacia occidente y donde los peregrinos rezaban al Señor Santiago, Clermont hizo que los más

ancianos recordasen que allí mismo se había coronado a un rey.

La misa del peregrino se celebró en silencio. Fue atendida con devoción, aunque todos miraban al señor de blanco y rojo. Era el centro de atención. Llegó el momento de la ofrenda al Apóstol. Dos caballeros acercaron a Clermont un cofre metálico plano. Lo dejaron a su lado. Se puso en pie.

-Señor Santiago, Apóstol de Occidente. Hace casi mil años llegasteis, desde Oriente, a estas tierras, con el nombre del Señor en los labios. Encontrasteis gentes de alma noble que alabaron y extendieron el nombre de Cristo. Compostella fue la elegida. Vos sabéis por qué. El mundo tomará conciencia cuando la gloria de esta ciudad y de esta catedral sea tal que ni Roma, ni Alejandría, habrán visto esplendor igual. A ese fin prometo dedicar el resto de mi vida y aun mi muerte. A conseguir y completar lo que vos iniciasteis allá en el Gólgota hace mil años. El esplendor será con el milenio de la estrella. Permitidme que en la elipse del tiempo esté yo con vos.

Los caballeros abrieron el cofre y extrajeron una plancha de oro que levantó un murmullo de admiración en toda la catedral.

Clermont los acompañó hasta dejarla a los pies del altar, en posición vertical. El oro cegaba tanto, que casi nadie vio que tenía un grabado e, incrustada, una pequeña piedra negra.

El arzobispo contestó en lengua romance, la misma que había usado Clermont.

-En nombre del Señor Santiago, del Papa de Roma y de la Cristiandad, reconocemos vuestra obra y os proclamamos Peregrino del Apóstol. Aceptamos vuestra ofrenda, que quedará depositada en el altar mayor. El Apóstol llegó a Gallaecia hace mil doscientos ochenta años. Hoy os recibe a vos y acepta vuestra encomienda personal. Lo que así se hará saber por doquier. Se os distingue como señor de Saint Jacques. Se os dará el mismo tratamiento que a un embajador de la catedral del Apóstol.

El ambiente le había podido. Al nombrarlo embajador, había ido demasiado lejos. Pero no se arrepintió. Se sintió seguro. Supo que había tomado una decisión acertada delante de toda Compostella. Incluso había corregido el error de fechas que Clermont había cometido al usar la lengua romance, que quizá no conocía muy bien. Hacía 1280 años que el Apóstol había llegado; era el año del Señor de 1295, no el 995. Lástima que algunas de las frases que el ilustre peregrino había pronunciado no se habían entendido muy bien. Habría sido mejor que hubiera usado su magnífico latín. Claro que el pueblo no lo hubiese entendido. Y allí estaba toda Compostella.

UNA FORTALEZA EN EL MAR

La barca parecía un punto oscuro que avanzaba rasgando suavemente el mar, en esa ocasión apacible y tranquilo, en otras furioso e intratable. Era como si un pedazo de aquella isla, no muy grande, se hubiera desgajado y cobrase vida, desplazándose lentamente hacia la costa. Cuando arribaba al embarcadero, la barca parecía tragada por la tierra.

Cada día, de madrugada, un pedazo de la isla Coelleira se unía al valle de Viveiro, para separarse de nuevo al mediodía, cuando la barca, volviendo a la isla, se empequeñecía a medida que se acercaba a ella.

Bernardo de Quirós, desde su ventana, veía la fortaleza que los templarios habían edificado en medio de la isla Coelleira.

Era una construcción con gruesos muros. Un embarcadero de madera, en la parte sur de la isla, estaba listo para ser derribado en cuanto una nave enemiga quisiera acercarse.

Aquella pequeña isla, fortificación inexpugnable, aseguraba que el valle de Viveiro y las tierras al norte de Lugus no serían invadidas por hordas nórdicas. Si la invasión se produjese por el sur, sería el refugio militar de retirada.

Sus moradores, templarios procedentes de toda Gallaecia y de las tierras contiguas de Asturias y León, eran guerreros consumados. Su misión consistía en guardar toda aquella costa y la cumplían con esmero. Incluso ahora, que ya no se temía ninguna invasión por mar. Se les había ordenado permanecer alerta y así lo habían hecho durante los últimos cien años.

Desde allí habían salido hombres camino de las cruzadas, a Portugal y hacia las tierras de Al-Andalus para luchar contra el infiel. Caballeros procedentes de la Coelleira habían participado en la toma de Sevilla al lado del rey castellano Fernando III, aquel monarca que había querido conocer Gallaecia. Había viajado a las tierras del Miño, allá por la vía romana de Salvatierra, permaneciendo en ellas varios meses, en lugar de los pocos días que pensara.

Sin duda, la belleza y el poder del río, le habían cautivado.

Un año después, nadie se había sorprendido cuando concedió el Señorío al Avalle recién nacido.

Había viajado también al territorio más al norte, al cabo de la Estaca y al valle de Viveiro. Quiso conocer la fortaleza templaria y permanecer en ella durante algunos días. Fueron días de plática y de estudio de tácticas militares con sus moradores. Había repasado con ellos los más antiguos textos de guerra, orientales, griegos y latinos, verdaderos compendios de inteligencia militar. Hablaron de cuánto interesaba una península libre del Islam.

No había podido quedarse más tiempo por las tierras secas. Su tarea lo reclamaba allá de Castilla, pero allí había encontrado reflexión e impulso. Se hizo acompañar a la corte por algunos de aquellos caballeros, conocedores de tantas reglas de la guerra y de la paz, para seguir la instrucción.

Durante muchos años, templarios de la fortaleza Coelleira habían acompañado al Rey.

Uno de ellos volvió con el encargo de preparar la estrategia para la toma de Sevilla. El rey sabía de la importancia de aquella batalla. Tenía que ser un triunfo que resonase en todos los confines de la Cristiandad y del Islam. Si se tomaba Sevilla al primer intento, el Islam, en la península, ya no dejaría de retroceder.

Trabajaron en la estrategia durante muchas semanas. Atacarían Sevilla desde el río, que remontarían en navíos. Los que formasen la avanzadilla tendrían que estar especialmente preparados; gruesas cadenas cruzarían el río, y habría que romperlas con la proa de los barcos; maniobrar en un río estrecho no era tarea fácil. Pero de buques, ellos sabían más que nadie, porque vivían en el mar.

Elaboraron un plan que presentaron al monarca. Lo aceptó y les pidió que participaran en la batalla, dirigiendo las naves y tomando parte en el combate. El 23 de noviembre del año del Señor de 1248, cayó Sevilla y los templarios de la Coelleira volvieron a su fortaleza.

Cuando la barca hubo arribado, dos monjes vestidos con los colores blanco y rojo desembarcaron. Bernardo bajó las escaleras de su casa, montó a caballo y al trote se dirigió al embarcadero. Los monjes lo aguardaban. Descendió del caballo tan presto como había montado.

-¡Maestre!, ¡Frey Lorenzo!, tengo lista la encomienda que me encargasteis. Los herreros del sur del valle han fundido la pieza según vuestras instrucciones. Es tan pesada que resulta casi imposible de mover; hemos tenido que montarla encima de un carromato tirado por dos bueyes.

Bernardo hablaba con excitación. Sin duda se sentía satisfecho de su cometido. Sus veinticinco años y la amistad y respeto que sentía por los

templarios de la Coelleira se traslucían en su entusiasmo. Casi se había criado en la fortaleza. Allí había aprendido acerca de la naturaleza humana, de cómo ha de ser un buen gobernante, paciente, justo y magnánimo. De cómo conseguir que los siervos respetasen a su señor. De cómo un comerciante o un artesano agradecido es mucho más útil para el señor que uno resentido. También adquirió pericia en el uso de las armas. De la espada y la lanza, como un caballero. Allí supo del honor y del valor.

Había aprendido de la guerra y de la astucia. De cómo un buen estratega ganaría batallas con menos pérdidas de hombres, aprovechando las debilidades del enemigo. El valor había de ir por fuerza acompañado de estrategia, preparación de la batalla y estudio del enemigo.

Mucho había aprendido acerca de la guerra y de los hombres. Un día grey Conrado de Monteforte, maestre de la encomia templaria de la Coelleira, en uno de sus paseos vespertinos, le había hecho pensar mucho cuando le dijo:

-Bernardo, vuestros conocimientos sobre la estrategia militar superan a los de los capitanes del ejército del Rey. Podríais conducir un ejército a grandes victorias. Mucha es vuestra fuerza, vuestra valentía y vuestro conocimiento. Cualquier fortaleza sucumbiría ante vuestra capacidad y estrategia. Pero sois impulsivo y no sabéis aún bastante de la naturaleza humana. Sois noble y de buen natural. Meditad siempre mucho hacia dónde dirigís vuestra fuerza y vuestro conocimiento. Sé que lo haréis siempre a favor de la causa noble de Nuestro Señor Jesucristo. Pero, a veces, las fuerzas del mal tuercen las voluntades, haciendo que confundan las cosas. El nombre del Señor se puede usar para causas distintas a la de Él.

Bernardo había pensado mucho en esto. A él no le pasaría.

-Calmaos Bernardo -le dijo el maestre-. «Veamos la pieza primero. Después ya veremos si sirve para nuestros fines.»

Frey Contado era un hombre entrado en años, reflexivo y estudioso. En otros tiempos había destacado por su bravura y destreza en el uso de las armas. Pero de eso hacía ya muchos años.

Se dirigieron caminando hacia la torre de los Quirós, un pazo solariego, construido en piedra y almenado. Un sólido muro rodeaba la casa, que con su torreón se veía desde toda la ría.

Era un paseo habitual. El maestre ya lo había hecho antes con don Fernando, el padre de Bernardo, y el maestre anterior con el padre de don Fernando. Aquella familia era la prolongación natural del Temple y el pazo el lugar de residencia de los monjes al dejar la isla. Siempre había sido así.

A su paso por las estrechas calles de Viveiro, la gente los saludaba. Sentían gran respeto por aquellos caballeros que, durante siglos, habían alejado cualquier temor de invasión. En tanto en la Coelleira se

vislumbrasen las almenas de una fortaleza y sus caballeros se paseasen por sus calles, la vida en Viveiro tendría valor. Eran hombres de guerra amigos.

La familia Quirós, señores del valle y dueños de las tierras, siempre habían tratado bien a sus gentes, y éstas les obedecían a ojos ciegos. En varias ocasiones habían reclutado soldados para ponerse al servicio del monarca castellano. Los campesinos habían tomado las armas sabiendo que los Quirós cuidarían de ellos y de sus familias. Muchos morirían, pero sus mujeres e hijos seguirían bajo el cuidado del señor. Eran fieles con los Quirós en la guerra y en la paz. Y lo seguirían siendo mientras el señor de Quirós y el maestre hiciesen juntos aquel recorrido. Sus pasos resonando en la piedra eran los sonidos de la concordia y de la seguridad. Ahora eran tiempos de paz.

Mientras se acercaban al pazo, Bernardo notó que el maestre estaba más serio que de costumbre. Casi no había seguido la conversación. Permanecía en silencio mientras Bernardo y Lorenzo hablaban de los artesanos y de su buen hacer en piezas de bronce, de cómo se fundían los metales dándoles la forma apropiada y de la importancia de conseguir aleaciones cada vez más duras. Las batallas se ganaban con las armas y el que fuese capaz de adelantarse en su fabricación, vencería.

Entraron en el patio del pazo y, sin parar a refrescarse con el vino que una joven les ofrecía, se dirigieron hacia un carro que portaba un cilindro de hierro. El maestre lo observó con detenimiento. Medía una braza y media de largo y un cuarto de braza de diámetro. Hueco en su interior, vaciado por una de sus bocas, en la otra mostraba un orificio del tamaño de un clavo. Toda la superficie había sido cuidadosamente pulida.

Tras observarlo el maestre, visiblemente satisfecho, asintió con la cabeza.

-Una obra perfecta -dijo-. Felicitad al artesano. Es exactamente lo que quería. Creo que va a funcionar. Será una revolución en la guerra. Nunca más se librarán las batallas según los cánones de Alejandro. Toda la táctica de combate tendrá que ser replanteada.

La expresión del maestre había cambiado. Toda su atención estaba centrada en aquel cilindro de bronce. Lo tocaba por dentro, por fuera. Lo medía en cuartas. Sentía su grosor, su fuerza, su poder. Sabía que iba a funcionar.

-Mañana lo embarcaremos en una balsa y lo trasladaremos a la isla. Haced los preparativos para su embarque. En la isla lo descargarán las gentes de la fortaleza. Ya hemos construido un soporte especial con ruedas para su transporte. Funcionará.

Le era tan difícil no demostrar su entusiasmo que acabó por aumentar la excitación de Bernardo.

-Probémoslo aquí -propuso-, podemos mandar a alguien a la isla por el polvo que lo hará funcionar.

-No -atajó el maestre-, tenemos que ser cuidadosos. Ya os explicamos el peligro que esta arma puede tener y no debemos arriesgarnos. Si hemos esperado tantos meses mientras lo preparábamos, podemos esperar unos días más. Probemos, eso sí, vuestro vino, que nos será ahora de gran provecho. Y si vuestra esposa fuera tan amable, nos gustaría saludarla.

Entraron en la casa. Josefa los esperaba desde que habían entrado en el patio. El maestre la conocía desde que había pronunciado sus primeras palabras. Una mujer morena, pelo negro; no muy alta, ojos vivos. Tan pronto el maestre la abrazó, rompió a hablar del funcionamiento de la hacienda, de la reparación del cobertizo donde se guardaban las cosechas y de la necesidad de ampliar las dependencias de los sirvientes.

Ella dirigía, con buen tino, la casa. Necesitaba que el maestro constructor de la Coelleira le hiciese la ampliación del edificio. El maestre asintió. Nunca le había negado nada.

No era posible. Josefa Murías, extrovertida y amable, no pedía ayuda. Decía con naturalidad lo que necesitaba.

Tenían dos hijas. Retratos calcados de su madre. Eran la continuación de aquella familia de Fonte Sacra que había dado aposento a la partida de caballeros de la Coelleira que se dirigían hacia los montes de León, hacía ya más de cien años.

Desde entonces, parada obligada y deseada de todas las partidas de templarios.

-La próxima semana nos visitará mi hermana Raquel -anunció Josefa-. Viene de recorrer las tierras de Gallaecia y del norte de Portugal. Confío en que esta vez se quede entre nosotros.

-Y se case -la interrumpió Bernardo-. En vez de viajar debería casarse y tener hijos. Aunque es la hermana menor, sus sobrinas ya tienen uso de razón y ella aún sin marido.

-No la obligues a hacer lo que no quiere. La conocemos y sabemos de su firme criterio y voluntad. Se casará cuando crea que debe hacerlo -le amonestó el maestre.

Efectivamente la conocían muy bien. Su voluntad ya había quedado manifiesta cuando, con dieciséis años, se había fugado de su casa, tras una discusión con su padre. Un año había pasado en un convento en las tierras del sur, hasta que decidió volver. Nada ni nadie fue capaz de convencerla antes.

El maestre se alegró de la noticia. Le gustaba el ímpetu de aquella

joven. Él también tenía un anuncio que hacer.

-Dentro de unos días se incorporará a la guardia de la isla un caballero francés, Gastón de la Tour. No es habitual recibir caballeros de otras provincias, pero este noble de Provenza, de valor probado en la cruzada, quiere ser caballero de Castilla-Portugal.

Ahora todos somos de tierras ibéricas. Hace tiempo que no nos encomiendan extranjero alguno.

-Parecéis preocupado por la noticia -inquirió Bernardo.

-No me preocupa que él y otros caballeros franceses formen guarnición con nosotros. Es la historia de Gastón la que infunde respeto. Su vida es una leyenda que le acompaña a todas partes y que le precede en el camino. Allí adonde viaja, su sino trágico va con él. Con él y con los que le acompañan.

Cruzó la mirada con el otro monje, Lorenzo, y se calló. Se quedó con la vista fija en la ventana del aposento que daba al mar, mirando a la Coelleira, mientras el silencio se hacía en la estancia. Aquella expresión que Bernardo había advertido antes, cuando caminaban hacia el pazo, volvió a su faz.

Aquella narración inconclusa inquietó a Bernardo y a Josefa, pero sabían que era inútil preguntar. El maestre Conrado hablaría cuando considerase que era el momento.

Josefa ordenó que sirviesen la comida. Interesaba apurar el tiempo. Los monjes tendrían que volver pronto a la isla, para preparar el desembarque de aquella pieza de bronce. Los menesteres de la hacienda volvieron a ocupar la conversación.

-Mañana embarcaré hacia la isla en la balsa que transporte el cilindro de hierro. Podría seros de ayuda en el traslado -interrumpió súbitamente Bernardo.

Su ayuda era innecesaria, pero los tres entendieron que su presencia en la isla era precisa. Algo estaba pasando. No era nada concreto, el aire quizá. Pero él sabía que en aquel instante su sitio estaba en la Coelleira. Se había criado en aquella casa viendo la isla y en la isla viendo su casa. Los suyos eran su familia y los monjes-caballeros. Bernardo era el engarce de gentes y tierras. Era la lengua de arena que fijaba la isla a la costa y el nexo con aquellos caballeros que vivían en un castillo «en medio de los mares, bañado por la espuma».

Su instinto, ahora inquieto como su espíritu, le señalaba la isla. El maestre fijó en él su mirada y asintió en silencio.

Un rato después, de pie en el torreón, Bernardo observaba cómo la barca que transportaba al maestre navegaba hacia la isla.

Tras dar las instrucciones para el transporte y el embarque del bronce al día siguiente, los había acompañado hasta el embarcadero.

Viéndolos acercarse a la isla, ahora ensombrecida por el atardecer, sentía que su vida era aquel trayecto. Lo había navegado cientos de veces. De joven lo había hecho alguna vez a nado. Iba a la isla a estudiar, a ejercitar las armas o, simplemente, acompañando a algún monje. En ese momento sentía que aquel punto que se alejaba de la costa, e iba a ser devorado por la isla, era él. En la barca iba su maestro, casi su padre, como tal lo quería, navegando un mar que era suyo.

Se sentía allí, en el mar. Entre la isla, con la fortaleza en el centro, y la tierra, con gentes que hoy querían a los monjes, pero quizá mañana no. El respeto a los templarios era un sentimiento profundamente enraizado en el valle de Viveiro, pero podía no serlo tanto en las tierras más al sur. La isla y la tierra hoy eran amigos y Bernardo estaba en medio. Pero si mañana no lo fuesen y estallara el conflicto, ¿dónde estaría él? Se agobió y empezó a sudar. El sol se ocultaba por detrás de la Estaca de Bares cuando el bote ya había sido devorado por la isla caníbal. En medio de la oscuridad, Bernardo sintió el reflejo de la ría en el aposento de la torre; se dio cuenta de que su presencia en la casa no era más que una imagen. Él estaba en la ría, entre la tierra y la fortaleza. Aquella lengua de agua se tintó de rojo vivo. Era sangre que corría por encima del agua. Le dolían los ojos. Los tuvo que cerrar.

Las voces llamándolo lo sacaron de su ensimismamiento. Bajó las escaleras y entró en la sala iluminada con antorchas y velas. Cuando sus hijas se abalanzaron sobre él, los sentidos retornaron a su cuerpo. Recobró la tranquilidad, y al cabo de un rato, su sobrecogimiento anterior le pareció un sueño. Se había quedado dormido. El cansancio y la oscuridad del atardecer en el torreón lo habían vencido. Al día siguiente embarcaría para la isla.

Se despertó y por los sonidos y la claridad supo que era bien entrada la mañana. Cuando salió al patio, los bueyes ya estaban uncidos al carro. Mientras desayunaba, el carro se puso en marcha. Se despidió de Josefa. Pasaría una o dos noches en la isla.

El caballo adelantó al carro y cuando llegó al embarcadero, la balsa ya estaba atracada y lista para recibir la carga. Allí, de pie, aguardaban dos monjes y cuatro sirvientes. Un bote se había abarloado a la balsa y sus doce remeros remoloneaban por el embarcadero a la espera del cargamento. Habían montado una suave rampa de tablones entre el embarcadero y la balsa.

-Llevaremos el carro con el caño de bronce tal como viene desde vuestra casa -le aclaró uno de los monjes al ver su curiosidad por la rampa de madera-. No lo descargaremos.

El embarque del carro con el caño de bronce se hizo con celeridad. La

dirigió con precisión uno de los dos monjes. Fue fácil. Sabía lo que hacía. Nadie del pueblo había acudido a ver la extraña pieza que cargaba el carro de los Quirós. No era necesario. Todos sabían cómo era, quién la había fundido y que sería llevada a la fortaleza. No preguntaban cuál era su finalidad. Sabían que era para la guerra, como tantas otras cosas que en el pueblo se habían hecho. Aún se acordaban de aquellas largas tiras de hierro en punta, que habían acabado en la proa de los barcos que tomaron Sevilla cortando las cadenas que protegían el río Guadalquivir como si fuesen cuerdas de esparto. Aquello también se utilizaría algún día en una batalla. Y se sabría que lo habían hecho ellos, allí, en Viveiro.

Bernardo embarcó en la balsa, de pie al lado del carro, junto a los dos monjes. Los remeros tendieron dos cuerdas desde el bote a la balsa y empezaron a remar con ritmo rápido. Pronto la balsa estuvo en medio de la ría. La mar ayudaba con su calma. Era de agradecer, porque la carga era pesada. La estela que iban dejando no encontraba obstáculo hasta llegar a tierra. Bernardo la observó mientras volvía a recordar tantas travesías que había realizado. A un lado, su pueblo, al otro, su fortaleza. Él en medio. Volvió a inquietarse. A medida que se acercaban a la isla sentía que los muros de la fortaleza, siempre para defender, se volvían paredes para separar. No sabía de qué, pero aquellos muros eran para separarlo a él.

Una barca de pescadores lo sacó de su ensimismamiento. Iba en su misma dirección. Les dio alcance y durante un largo rato, navegó a su lado; eran recios remeros aquellos pescadores. No los reconoció, ni a los hombres, ni al bote.

Seguramente eran de otra ría y habrían venido a Viveiro a surtirse de redes. Se acercaron aún más, hasta situarse a pocas brazas. Seis hombres remaban, mientras otro iba largando una red y dos más, sentados en las bancadas, con cuerdas en las manos, no parecían participar activamente en la pesca.

Bernardo los miró distraídamente.

Estaban tan cerca que hasta vio el grueso anillo que llevaba uno de ellos, que vestía una capa de pescador muy raída, por debajo de la cual asomaba una manga de túnica azul. Pensó en gritarles que no se acercasen más, no fuesen a abordarlos, pero ya ellos, buenos conocedores de la mar, cayeron a estribor y se alejaron.

En el embarcadero de la isla, el maestre y varios monjes los esperaban. Bernardo saltó a tierra el primero y se dirigió a frey Contado. Lo abrazó. Sintió la emoción del encuentro con la isla, como si llevase años sin pisarla. Desde allí las murallas de la fortaleza eran aún mas imponentes.

Inexpugnables.

-Ayer, mientras os íbais, tuve un mal presagio -le dijo al maestre.

El viejo templario comprendió el abrazo emocionado que le había dado.

-Contadme -le pidió mientras le señalaba el camino a la fortaleza.

Se pusieron en camino, sin esperar a la descarga del carro.

Bernardo le narró el sueño.

-Habrá sido el cansancio y la mención que hice a la leyenda de Gastón. No le deis más importancia -le tranquilizó el maestre.

-Sí, tenéis razón. Pero todos tenemos que conocer el alcance último de nuestros actos. Vos mismo me lo dijisteis. Temo no saber medir los míos en algún momento. Algo me dice que me puedo equivocar. Yo aún no tomé parte en batalla alguna. Ni cruzada, ni lucha contra el infiel en el sur del reino. No sé si mis decisiones serán sabias. No temo a la guerra, ni al dolor, ni a la muerte. Temo al error. Y lo que ayer sentí fue la responsabilidad de la decisión equivocada.

-Tenéis razón -reconoció el maestre-. No basta la decisión de buena fe. Es precisa, además, la inteligencia. Pensad siempre a quién beneficia vuestra actuación. Y sabed bien cuáles son los intereses de vuestros consejeros, para saber si os aconsejan por vuestro bien o por el de ellos. Sosiego y cabeza para las decisiones. Corazón y fuerza en las actuaciones.

Sabed que la equivocación, al lado de vuestros amigos, es menor que la equivocación al lado de vuestros enemigos. Si os equivocáis de esta última forma, comprobaréis que la soledad hendirá vuestro espíritu, todo se volverá hostil y la conciencia no os dejará vivir.

Bernardo asentía. Al lado del maestre se sentía más seguro.

-¿Cuántas veces al acabar la batalla no sentisteis el peso de que os habíais equivocado y que eso había costado mil vidas?

-Más de las que quiero recordar y menos que otros muchos. Pero siempre puse todo de mi parte para acertar. Estudio, reflexión y oración. Sólo Dios es infalible. Alejandro y César cometieron errores. Todos los generales de la historia se equivocaron. Pero sólo los grandes supieron darse cuenta.

Ya estaban ante la puerta de la fortaleza. Era de madera de castaño con refuerzos de hierro y tan sólida que parecía una prolongación de la muralla de piedra. Estaba abierta. Entraron a un patio hexagonal. Un pozo en el centro daba a un aljibe.

Bernardo había calculado en más de un año el tiempo que aquel depósito mantendría abastecida de agua a la guarnición de la fortaleza. La pesca era abundante y si la lluvia no fallaba, soportarían un sitio enemigo eternamente. Los visigodos, allá por el siglo V, habían elegido un lugar

estratégico para su iglesia y su guardia. Los templarios lo habían señalado, hacía siglo y medio, como uno de sus lugares de guardia y custodia.

Era la encomienda más septentrional de la provincia de Portugal-Castilla-León.

Resultaba tan segura, que allí se guardaba la más importante biblioteca del arte de la guerra de todo el Occidente. Allí se encontraban los tratados de guerra de Alejandro, de Pipino, de Escipión, de César; los del guerrear egipcio, etrusco y del Islam en las tierras de Argel y en la península Ibérica; la Poliorcética, de Eneas el Táctico, las Estratagemas, de Polieno, y otros textos griegos y del lejano Oriente, que hablaban de vastos movimientos de tropas. Tratados del arte de la guerra en tierra firme, del sitio de las ciudades, de la navegación, de batallas navales en el Mediterráneo y en la brumosa Europa del Norte. Bernardo había tenido acceso a ellos. Sólo había estudiado una pequeña parte. No conocía los idiomas nórdicos, ni griego, ni árabe, ni lenguas orientales.

Sólo el latín y el romance, en el que casi no había nada escrito.

Desde el patio se veía el gran torreón central decagonal, casi redondo, que contenía aquellas joyas del saber militar.

Siempre había freires estudiando la guerra. Leyendo y escribiendo. Porque allí se diseñaban estrategias que el Temple demandaba desde todo el mundo. Mapas de ciudades enemigas con diseños y notas para su sitio y asedio. Rutas de avance por tierras del Islam, de Francia, de Germania, de Italia. Rutas de célebres generales, Aníbal, Escipión, Alejandro..., y los errores que habían cometido servían para nuevas estrategias de conquista.

Libros que nadie, excepto unos pocos, había visto nunca. La biblioteca estaba dividida en círculos concéntricos, separados por muros de piedra. Una vez dentro, se veía que no era una, sino tres torres concéntricas. Tenía cinco pisos, cada uno dividido en cuatro cuadrantes. Para que no hubiese ruidos, según decía el maestre. Una escalera subía por la parte exterior del muro. A la altura de cada piso, una plataforma circular daba acceso a cuatro puertas, cada una de una estancia. Para acceder a las estancias de la torre intermedia había que subir otra escalera que partía también desde la plaza de armas. Discurría entre dos muros, completamente interior y oscura. La misma configuración que la exterior.

Circular en cada piso y una puerta a cada estancia. En la torre interior lo mismo, aunque él nunca había estado. Suponía Bernardo un total de sesenta salas para leer y guardar libros.

Bernardo no había visto en ningún sitio una construcción semejante. Había tardado algún tiempo en entender su estructura. Y cuando inquiría al respecto, siempre obtenía la misma respuesta, por el ruido y para favorecer la soledad y recogimiento del lector. «Leer, que es entender, requiere de atención y ésta se facilita con el recogimiento», le decía el maestre.

La entrada a la torre exterior se permitía a todos. El maestre les asignaba la sala correspondiente a su lectura. Tan sólo unos pocos tenían acceso a la torre intermedia y, dentro de ésta, a algunas salas concretas; otras requerían de una licencia especial. A la torre interior solamente tenía acceso el maestre. Nada se sabía de sus libros, ni de su estructura.

Bernardo suponía que estaba dividida en cuatro salas por piso.

Así le salían las sesenta salas. El maestre, cuando le había preguntado, se había limitado a afirmar: «Algunos de los libros que allí se guardan son piezas únicas en el mundo.

Requieren un cuidado especial y una atmósfera limpia, sin cambios de temperatura. La presencia del hombre los arruinaría. Yo me encargo de su cuidado. La forma de la torre es la que conviene a su mejor atención. El mundo futuro tiene derecho a conocer esas joyas de la cultura universal».

Bernardo tenía acceso a toda la torre exterior y a cinco salas de la intermedia. Una en cada piso. Pero siempre los cuadrantes opuestos de cada piso. En el primero le correspondía el cuadrante norte, en el segundo piso el sur, en el tercero el norte y así sucesivamente. Se conoce que los libros que le interesaban estaban así distribuidos. En ninguna de estas cinco salas de la torre intermedia se repetían los caballeros con los que coincidía. Sería una casualidad, porque en la torre exterior coincidían en varias, o quizás era debido a los diferentes intereses de aquellos señores de la guerra.

Bernardo enseguida aprendió, casi de niño, que las reglas de la fortaleza eran estrictas. Nunca se preguntaba cuál era el estudio de los demás, su procedencia o destino. Cada uno contaba lo que creía conveniente.

-Comeremos y después nos ocuparemos de montar el bronce -dispuso el maestre.

La comida fue tan frugal como animada. Hablaron de Francia. El maestre quiso que uno de los caballeros narrase su estancia en la encomienda de Cherburgo, el gran puerto templario del país.

El monarca francés, Felipe IV el Hermoso, había accedido al trono en el año de 1285, generando gran entusiasmo. Era hombre inteligente y con el firme propósito de que su reino fuese poderoso; deseaba una Francia con más peso en Occidente. No veía con buenos ojos a los ingleses, que ocupaban territorios del oeste de la Galia y deseaba llevar su influencia a las tierras alpinas. La participación de Francia en las cruzadas no había traído un mayor reconocimiento de su país. Creía que era preciso un nuevo balance de poderes en Europa otorgando más peso a Francia y para eso quería contar con el Temple, no como brazo armado, que lo eran de Cristo y de la Iglesia, sino como transmisores de una nueva hegemonía franco-occidental.

Librodot

¿Quién si no podía garantizar el orden en Occidente? El Islam había sido detenido en Poitiers. Pronto habría que parar al turco. Las tierras nórdicas no tenían ejércitos, el Sacro Imperio Germánico se debilitaba en luchas intestinas. El sur de Hispania libraba su propia batalla contra un Islam adormecido para la guerra por la civilización y su disfrute.

Los británicos, desde Ricardo, no habían dejado oír su voz.

Sólo quedaba Francia y él, el Rey, era quien tenía aquella superior responsabilidad.

-Son los intereses de los reinos -opinó el maestre Conrado-, y el Temple está por encima de ellos. La Cristiandad reclama la unión, no la imposición. Europa no se unirá jamás por la guerra, sino por la paz. El rey francés defiende su poder, no el de la Cristiandad.

Todos asintieron. Ellos sabían más de la guerra que nadie. Por eso eran conscientes de que la guerra sólo anexiona con el exterminio. Un noble no acepta la esclavitud. Prefiere la muerte. Y la muerte genera más rebeldía y más guerra.

-En los próximos días se incorporarán a la guarnición tres caballeros franceses; los envía el maestre de la Provenza.

Acaban de regresar de Tierra Santa y permanecerán con nosotros hasta nueva orden. Quieren estar aquí varios años.

Uno de ellos -prosiguió- es Gastón de la Tour, un noble francés. Su historia recorre Occidente como un estigma. Gastón se enamoró de una joven, Guillermina, hija de un artesano sin sangre noble. Aunque su amor, inmenso, no tenía límites, cuando sus padres la obligaron a casarse con otro hombre, un herrero de la villa, Gaston, débil, no se opuso. Ella, desesperada, aseguró que antes de casarse con otro se moriría, pero dejaría la mano fuera de su tumba para que Gastón pudiera ponerle el anillo de desposada. El amor era eterno, la vida no.

Transcurrido un tiempo, cuando ya templario se dirigía hacia su encomienda, al pasar por delante del cementerio tuvo una espantosa visión: de una tumba salía una mano. Con el horror dibujado en el rostro entró en el cementerio. En la lápida leyó un nombre, Guillermina. El dolor lo laceró. Desesperado huyó de aquel lugar, mientras una voz de un anciano le decía: "Mi hija murió por vuestra cobardía. Pasaréis el resto de vuestra vida demostrando vuestra valentía ante la sangre de los vuestros".

La maldición se hizo realidad. En el viaje de vuelta a su castillo, una partida de ladrones los atacó matando a uno de sus más leales amigos. De ningún consuelo le sirvió a Gastón el haber dado muerte con sus propias manos a todos los salteadores.

En la cruzada, su primo Mercier murió en batalla a su lado, al igual que el capitán de su guardia. Toda la compañía fue aniquilada en una incursión nocturna. Sólo él, luchando valerosamente, sobrevivió.

Os cansaría con el relato de la estela de sangre amiga que va dejando tras él. Ahora, quiere retirarse a nuestra fortaleza, buscando recogimiento para su espíritu y calma a sus tormentos. Espero que brindéis vuestra amistad a Gastón.

Aquí no llegará la guerra, su maldición ha de tocar algún día a su fin.

Bernardo se sintió muy cerca de un hombre con tal sufrimiento.

-Espero que sea mi huésped allá en el valle -se ofreció-.

Hemos de mostrar hospitalidad a quien la necesita. Las maldiciones no llegan a nosotros, los cristianos con fe.

Fueron interrumpidos por un caballero que informó al maestre del desembarco del caño de bronce.

-Está ya en la colina al lado de la muralla, preparado para ser montado en el armazón de madera reforzada con hierro, según las instrucciones del freire Lorenzo.

-Veamos los preparativos -propuso el maestre.

Se levantaron y salieron al patio, donde un grupo de caballeros se ejercitaba en el uso de la espada. Al pasar el maestre pararon su entrenamiento y saludaron.

-Venid con nosotros -les instó-. Vamos a seguir el montaje de la nueva arma que hemos construido.

La comitiva, de unas dos docenas de caballeros, salió del castillo, dirigiéndose a la parte de la isla que veía al norte, donde había un pequeño acantilado. El carro con el caño de bronce estaba al lado de una pieza de madera con ruedas y una hendidura del tamaño del caño en su parte superior. Un grupo de hombres lo levantó, con gran dificultad, y lo colocó encima de la plataforma, encajado en la hendidura, con la parte hueca mirando hacia el mar y el agujero pequeño hacia arriba. En esto insistía mucho Frey Lorenzo, el armero.

-Queda demasiado holgado -observó una vez fue depositado encima de la plataforma-. Serán precisas unas cuñas de madera y unos aros de hierro que hagan que la madera y el bronce sean la misma pieza. No puede haber ni una uña de holgura.

-Tendremos que esperar unos días para hacer la prueba -dijo el maestre-. No os precipitéis. Sabemos que es un arma peligrosa.

El enemigo puede esperar.

Aquella boca, aun apuntando al mar, resultaba amenazadora. El sol desaparecía por la Estaca, y en las sombras el bronce y su fauce eran aún más negras. Bernardo no entendía el uso de aquel grifo de hierro. Sabía que era una especie de catapulta que funcionaba con fuego, que producía un polvo que los monjes conocían. No sabía cómo era aquello, pero viéndolo allí, sentía su fuerza. Su instinto guerrero se lo decía.

Por la noche, en la cena, no se habló de otra cosa. «Lanzará el hierro a más de cien brazas», decía el armero. El hierro, una especie de pesa de las que se usaban en las básculas, pero del tamaño del ancho de la boca del caño, parecía de un peso suficiente como para que Bernardo dudase de la veracidad de aquella afirmación.

Al acostarse, Bernardo se asomó al ventanuco de su habitación y allá, en tierra firme, dibujadas por la luna vio las formas de la colina donde estaba su pazo. En medio la lengua de mar.

Se acordó de sus hijas y su Josefa. Desde allí las sabía seguras.

Los dos días siguientes los empleó en ejercitarse con la espada y la lanza, disparando la ballesta, pero, sobre todo, hablando de estrategia militar. El maestre le había pedido que preparase el sitio de una fortaleza usando aquella nueva arma.

Cien brazas de alcance.

-Leed este manuscrito de la batalla del sitio de Niebla, en el año 1257, ordenado por nuestro rey don Alfonso -le aconsejó el maestre-. Los del Islam usaron el trueno.

En aquella narración Bernardo comprobó que los defensores árabes habían usado una estruendosa arma que sembrara el pánico y la muerte entre los cristianos. El número de bajas de los sitiantes había sido demasiado alto. Supo del efecto de aquella arma, unos cajones que reventaban con gran estruendo, que en nada se parecían al caño de hierro.

Se dedicó a pensar cómo sitiar la Coelleira con aquella catapulta. No creyó que fuese posible. Aquella fortaleza era inexpugnable.

-No habrá ejército que triunfe sin un altísimo número de bajas. Es del todo imposible un sitio rápido y sin bajas -le dijo a los caballeros que con el maestre discutían el plan de asedio.

-Comprobaréis que es posible y sin gran dificultad usando esta nueva y terrible arma -aseguró Frey Lorenzo.

La incredulidad era general. Pero Bernardo sabía que de guerra y armas

aquel hombre sabía más que nadie.

-Mañana recibiremos los nuevos herrajes que hemos encargado y lo probaremos. Estoy seguro de tener razón. Cien brazas de alcance -insistió el armero.

El plan de Bernardo de usar barcazas con rampas para subir y bajar las piezas les pareció adecuado. Se podría disparar desde las barcazas en medio de la ría.

Un caballero entró en la sala donde estaban reunidos y acercándose al maestre le dijo al oído unas palabras. Su cara se iluminó.

-Que desembarquen y vengan inmediatamente -ordenó-. Caballeros -continuó-, la esposa de Bernardo, doña Josefa, y su hermana doña Raquel están en el embarcadero de la isla. He ordenado que se les permita desembarcar y dirigirse aquí. Estarán todo el día con nosotros. Sé que las reglas son estrictas. Pero pertenecen a la familia Murías, que muchos de vosotros conocéis, y que nos hospedaron durante años en las tierras de Fonte Sacra. Templarios por historia y afecto.

Raquel Murías. Él le había puesto el nombre de la mujer de Jacob, el que había dormido sobre el Betilo, aquella piedra de la que le habían hablado en la cruzada y que aquel hombre buscaba. Cuando regresó de Tierra Santa y vio aquella niña recién nacida, pensó en Raquel y en el Betilo. Y ella fue Raquel. Había hecho honor a su nombre. Tenía un fuerte carácter, era inteligente y afectuosa. La consideraba casi su hija y la quería más que a nadie. Hacía casi dos años que no la veía; había emprendido un viaje por las tierras de Gallaecia, del que ahora regresaba. Desde pequeña había sabido que su firme voluntad la llevaría a labrarse su propio destino. Le gustaba oírla hablar de cómo eran su tierra y su rey. Nunca le había gustado un rey que no vivía en su tierra.

Quería un orden distinto. Pero le preocupaba su rebeldía respecto a cosas que no se podían cambiar.

El maestre bajó al patio de armas y, cuando aún no había llegado al pozo, una joven morena, de pelo negro, alta y delgada, cruzó corriendo la puerta de la fortaleza y abrazándolo, casi se colgó de él.

-Maestre. Cuántas cosas te tengo que contar. He visto el mundo. Es como me dijiste. -Se separó para verlo-. Me llena de alegría verte de nuevo.

-A mí también, Raquel. A mí también.

-Llegué hoy y Josefa me dijo que Bernardo estaba aquí, con vosotros. Me faltó tiempo para venir a saludarte. Tengo tanto que contarte. Me rondan multitud de ideas y quiero llevarlas a cabo.

Necesito de tu consejo. Tenemos que hacer muchos cambios en este

reino…

-Cada cosa a su tiempo -la interrumpió el maestre. Josefa les había alcanzado y juntos se dirigieron a la sala donde estaban los templarios.

Cuando entraron, todas las miradas se clavaron en aquella hermosa joven morena. Su cara brillaba. Sus ojos negros, bellísimos, destelleantes, los miraron a todos de tú a tú, con una cierta altivez pero con aprecio. Sintieron que una mujer les aguantaba, con seguridad y fuerza, la mirada; a ellos, los caballeros templarios de la Coelleira.

-Raquel, de la estirpe de los Murías -enfatizó el maestre-. Yo mismo le puse su nombre cuando volví de Tierra Santa, va para veinte años.

Los caballeros inclinaron la cabeza. Las palabras del maestre aumentaron la sensación de fuerza que percibieran en aquella mujer. Ella saludó con una sonrisa.

-Estoy ante Caballeros del Temple, a los que admiro y respeto desde niña. Mi maestre, Frey Contado, y vosotros me enseñasteis el mundo de lo justo. Estar en esta sala es un honor y forma parte de mi recuerdo.

La sorpresa se reflejó en los rostros. Si nada habitual era que una mujer entrase en aquella sala, aún lo era menos que tomase la palabra. Muchos tardaban semanas e incluso meses en atreverse a hablar al grupo. Y sólo los más respetados lo hacían en aquel tono y con aquella naturalidad.

Bernardo se acercó y abrazó a su cuñada y a su esposa. El maestre nombró a Josefa; todos la conocían por haber sido huéspedes suyos en el pazo del valle.

Los caballeros fueron saliendo, quedándose solamente unos pocos, los más antiguos, además del maestre. Todos conocidos de la familia de Quirós. Raquel, una vez sentados en torno de la mesa, inició la narración de su viaje por las tierras de Gallaecia. Un gran país, de tierras fértiles, hombres trabajadores, mujeres hacendosas, pero con poca ambición de ser. Nobles que se conformaban con su vida tranquila, en sus condados, sin darse cuenta de que su tierra estaba siendo desatendida. No tenían hombres de armas y estaban atentos a la más mínima muestra de cuál podía ser la voluntad del Rey, al que nunca veían, para atenderla; todos decís que era para no caer en desgracia, ya que sus vecinos sí que cumplían los deseos del Rey. Ninguno veía con entusiasmo la situación, pero no se atrevían a decirlo. Se limitaban a dejar pasar el tiempo.

-Vi una tierra que, siendo origen del cristianismo, retrocede a medida que se expulsa al Islam. Cada vez tenemos menos poder y menos influencia -concluyó Raquel.

-¿Cómo te fue en Compostella? -preguntó el maestre.

Mientras, Frey Conrado pensaba en lo notable de la narración de Raquel. No había hablado de la belleza del país, sino de sus gentes. Eran ellas las que le importaban.

-Es la ciudad más bella del mundo. En sus dos plazas, la Quintana y el Obradoiro, confluyen la cultura y la pasión, la religión y la política. En Compostella, la belleza de la piedra confunde los sentidos. Es el centro de la civilización, el corazón de Gallaecia, pero un corazón que late con lentitud. No da suficiente impulso. Gallaecia va lenta porque Compostella está centrada en sí misma. Necesita un nuevo espíritu. Estamos en tiempos nuevos y allí aún no los sintieron.

-Nadie nos une para tener más fuerza -afirmó Bernardo-. La semana pasada recibí una carta del conde de Lemos, llamándome a una reunión. Algo sucedió en la boda de su hija, a la que a mi pesar no pude asistir. Surgió un fuerte conflicto entre su yerno, el señor de Avalle y el obispo de Mondoñedo. Me habla de que no hay ejército en Gallaecia y que es preciso que nos veamos. Raquel tiene razón. Estamos en tiempos de mudanza.

-Siempre son tiempos de mudanza -sentenció el maestre-. Lo que importa es saber hacia dónde se va y qué es lo que se pone en marcha. Realeza, nobleza, clero, órdenes, todo está en cambio permanente. En Francia, en Castilla, en Portugal, en Germania y en Italia. Pero lo que importa es lo que se mueve en Roma, en Estrasburgo y en Compostella. Esta ciudades forman el triángulo donde se decide todo.

Raquel y Bernardo no entendieron muy bien lo que el maestre quería decir, pero el brusco final de sus palabras indicaba que no iba a seguir. No le pidieron que les aclarase su significado. Sabían que aquello era todo lo que iban a oír.

-Vuestro bote tiene que salir, si no queréis que la noche os sorprenda en el mar -les aconsejó Lorenzo.

-Os acompañaré -dijo Bernardo-. Maestre, ¿cuándo haremos funcionar el arma? No me gustaría estar ausente.

-No os preocupéis. Si hiciésemos alguna prueba, sería para asegurar el buen funcionamiento del arma cuando esté delante el poderoso y entendido señor Quirós de Viveiro -ironizó el maestre.

En el viaje de vuelta las dos hermanas hablaban sin parar de lo que habían hecho en el último año. Irían a ver a sus padres, allá en las tierras de Fonte Sacra. Bernardo sabía que en aquellas conversaciones sólo ellas, acompañadas de sus recuerdos, tenían cabida. Josefa sentía una gran admiración por su hermana.

En medio de la ría, Bernardo volvió a notar aquella sensación de unos días atrás. No dijo nada. No quería preocupar a su esposa. Fijó su vista en Raquel y la notó serena. Pero él no se tranquilizó.

Librodot

Se acostaron tarde. Hablaron y recordaron juntos vivencias y tiempos pasados. La noche los despidió casi de madrugada.

Raquel se despertó con el ruido de un trueno. No oyó la lluvia. Al notar que la luz, aún débil, anunciaba el alba, quiso seguir durmiendo, pero un nuevo trueno le indicó que era mejor levantarse y aprovechar el día. En el comedor ya estaban Bernardo y Josefa. La lluvia no se oía pero el trueno se volvió repetir por tercera vez.

AGNANI, PAPA DE ROMA

-Id lo más aprisa que podáis -dijo el cardenal Touraine a sus palafreneros.

No era conveniente llegar tarde a la llamada del cardenal Bertrand de Goth; no era hombre dado a miramientos y había que estar en palacio a la hora. Su ayudante le acababa de avisar de que De Goth lo llamaba con la máxima urgencia; el retraso estaría justificado, pero con De Goth daba igual, sus requerimientos eran órdenes y tenía que estar a la hora.

Además iban a tratar asuntos de gran importancia.

Ya hacía rato que había anochecido y, en aquella gran ciudad, la Roma capital del mundo, la vida empezaba temprano y acababa con el sol. Los palafreneros no tuvieron que esquivar ni caminantes, ni carruajes. Iban deprisa. El cardenal Touraine descorrió las cortinillas y fue disfrutando de aquella hermosa ciudad que siempre había admirado. Cuando, en otros tiempos, residiendo en París, tuvo que dejarlo todo, amistades y familia, para cumplir la orden de irse a Roma, lo había hecho con sumo agrado.

A aquella hora, casi desierta, era aún más hermosa. Las siluetas de los palacios aparecían recortadas por la luz de la luna, que les daba vida. La vía Apia, la calle de San Pedro, el Palacio de Agnani tenían corazón y le hablaban. Él les contestaba con su satisfacción.

La grandeza del Imperio Romano asomaba en aquellas piedras que aún mantenían el recuerdo de otros tiempos. El circo, el teatro llenaban el espíritu de Touraine con los influjos del Imperio y su poder. Pasase lo que pasase, Roma era Roma.

Ellos venían de Francia, un país que había sido preferido por otros intereses y que debía ocupar el sitio que le correspondía. Era el país más poderoso de Europa y por ello su papel tenía que ser hegemónico. En la política, en las armas, en las letras y, por supuesto, también en la Iglesia. No podía aceptarse que en un Occidente francés, la Iglesia fuese romana. Tenía que ser también francesa. Pero Roma era aparte; una ciudad inigualable.

Llegaron al palacio del cardenal De Goth. Una mansión regia que

utilizaba la mitad del año, cuando residía en Roma. La otra mitad la repartía entre París, Marsella, Lyon y aquel pequeño pueblo, Aviñón, en el que había nacido y que tanto le gustaba. Los sirvientes y la guardia del cardenal lo esperaban. Con presteza abrieron la puerta del palafrén y lo saludaron con una respetuosa reverencia. Había hombres armados por todas partes. El cardenal De Goth tenía la más poderosa guardia de Roma, más aún que la del propio Papa. Cuando alguien hacía algún comentario sobre lo nutrido de su guardia, De Goth siempre contestaba que una guardia pretoriana había hecho emperador de Roma a Claudio, el más justo de toda la era romana. Y lo decía con tal contundencia que dejaba sorprendidos a sus interlocutores. Era cómo lo decía, pero, sobre todo, lo que decía.

Muchos reyes europeos hubiesen deseado aquel palacio para sí.

Touraine entró apresuradamente en el salón de pasos perdidos, un inmenso corredor en el que cientos de personas no parecerían demasiadas. Allí estaban, de pie, hablando en un grupo, los cardenales Lyon y Botticelli, el príncipe Rainieri, el embajador francés en la Santa Sede, el capitán Depardieu y los napolitanos Prizzi y Leone. Con él eran ocho. Respiró con alivio. Aún faltaban algunos. El aviso también les habría llegado un rato antes, pero estarían a la hora. De eso estaba seguro.

No se equivocó, mientras se acercaba al grupo oyó detrás el ruido de gente subiendo la escalinata real; cuando hubo alcanzado a los que esperaban, ya los dos rezagados, el cardenal Wanessa y el conde Tenia, avanzaban por el salón con paso apresurado.

No tuvieron tiempo para saludarse. El secretario del cardenal De Goth abrió una puerta y señalando el interior de una pequeña biblioteca, dijo:

-Señores, el cardenal os ruega que entréis.

Era una biblioteca de madera negra, repleta de códices y pergaminos cuidadosamente ordenados. Además de una mesa escritorio con un gran sillón, sólo había sillas y sillones formando un semicírculo frente a la mesa. Se quedaron de pie delante de los sillones. La disposición de la reunión les era conocida. El cardenal De Goth la presidiría sentado en su gran sillón detrás de la mesa. Detrás de él un cuadro de san Pedro en el martirio daba a la biblioteca un aire de sacristía.

No tuvieron que esperar. De Goth entró por una puerta lateral y, sin decir una palabra, ocupó su sitio, depositando unos pliegos encima de la mesa. Todos se sentaron en silencio.

-Pietro, el que fuera el Papa Celestino V, ha muerto -anunció De Goth sin ningún preámbulo.

Su voz, contundente y segura, sonó como un latigazo.

Aquella noticia no impresionó en absoluto al auditorio, que sabía que

aquel anciano llevaba ocho meses encerrado en las mazmorras de Fumone, en Ferentino. Ya era un milagro que hubiese resistido tanto tiempo.

-Su destino estaba trazado desde que el obispo de Ostia tuvo la idea, extravagante pero acertada, de proponerlo como salida al conflicto del cónclave. Aceptamos, pero todos sabíamos que sólo estabamos ganando tiempo -continuó De Goth-. Coronábamos a un Papa muerto. Y así fue. Era un personaje casi grotesco, que nunca debió haber aceptado.

Hubo un asentimiento general. Todo el Vaticano sabía que el mandato de Celestino V había sido una prórroga del cónclave.

Nunca fue Papa, sólo un anacoreta en el Vaticano. Cuando lo encarcelaron, nadie había levantado la voz en su defensa, porque dudaban si no acabaría apoyando a su propio carcelero, Bonifacio VIII. Y en cuanto a afectos y lealtades, en Roma y el Vaticano, algunos, más parecían depender del poder y de su ejercicio que del espíritu. Y Pietro nunca detentó, y mucho menos ejerció, el poder. Solamente rezaba.

-En este momento nos puede ser de mucha ayuda -continuó De Goth-. Con su muerte podemos mover los sentimientos de las gentes.

Un hombre santo, obligado al sacrificio de ser Papa, forzado a abdicar por las maquinaciones de Agnani y después, anciano y enfermo, encarcelado por aquel hasta la muerte. Una historia así encrespará los ánimos en contra de Bonifacio.

Poned a todos vuestros ayudantes, escribientes y sirvientes a pregonarlo por Roma. Tenemos que conseguir que el entierro de Pietro sea una gran protesta contra el Papa causante de su muerte. Bonifacio fue su carcelero y su asesino -prosiguió De Goth-. De vivo no nos sirvió de ayuda, pero lo hará ahora que está muerto. Proclamad por toda Roma que fue un hombre santo y que debe ser canonizado. Tenemos que extender la infamia por toda la Cristiandad. Bonifacio VIII tiene las manos manchadas de sangre; esta cantinela debe recorrer todo Occidente.

Los partidarios de un Papa romano se les habían adelantado con la elección de Bonifacio VIII y era preciso desgastarlos, en especial al Papa. Todos los asistentes coincidían con De Goth; era una buena estrategia.

El cardenal Botticelli hizo una señal para que se entendiese que quería hablar. Todos lo miraron. Era inusitado solicitar la palabra; en aquellas reuniones sólo se hablaba por invitación expresa de De Goth. Los duros ojos negros del cardenal francés se clavaron en él.

-Hablad -lo conminó.

-He sabido por los guardias de la torre Fumone que antes de morir, Pietro escribió unas cartas. Están en poder del jefe de la guardia. En una, dirigida al Papa Bonifacio VIII, le profetiza una terrible muerte, diciéndole:

«Has subido como una zorra, reinarás como un león y morirás como un perro».

Sería conveniente que esta carta se conociese en toda la Cristiandad.

Todos, en su fuero interno, sintieron un cierto alivio.

Ciertamente había razón en solicitar la palabra.

-¿Podríamos hacernos con esa carta? -preguntó De Goth.

-Estoy seguro de que sí -contestó Botticelli-. No será muy caro conseguirla.

-Hacedlo y enviad copias a todos los obispos -ordenó De Goth-.

El señor Guillaume de Nogaret se encargará de que se conozca en toda la Cristiandad-.

En una esquina de la biblioteca, casi en la penumbra, un hombre de mediana edad, calvo, de estatura media, más bien grueso, había seguido atentamente la reunión. Al ser señalado por De Goth, todos repararon en su presencia, que hasta ese momento había pasado inadvertida.

-El señor Nogaret -continuó De Goth- también se encargará de hacer que el rumor se extienda entre nobles, alta curia y hombres de letras. Tiene que llegar a cada rincón. Todos, nobles, alto clero, pueblo llano y campesinos, tienen que estar indignados cuando asistan al entierro.

Estaba bien pensado. A ninguno de los presentes le quedó duda alguna de la determinación del cardenal De Goth de ser Papa.

En otras ocasiones su nombre se había barajado como uno de los más seguros papables. Tenía un gran poder. Dirigía con mano férrea a todos los cardenales franceses y napolitanos y a una parte de los centroeuropeos. Lo apoyaban con todas sus fuerzas, el Rey de Francia, con quien mantenía una estrecha relación, y el Rey de Nápoles. Tenía también buena relación con los reyes de Hungría y de otros países cristianos. Su poder llegaba a todas partes; pero aun así no había conseguido el Papado. En el cónclave de los dos años tuvo finalmente que transigir con la designación de Pietro, a quien despreciaba públicamente. Agnani, después, le había cogido desprevenido consiguiendo la mayoría de los cardenales y forzando la dimisión de Celestino V, todo en poco más de una semana. En aquella ocasión De Goth había infravalorado la capacidad de maniobra de la Curia romana. Todos los allí reunidos tenían la seguridad de que esta vez no ocurriría; finalmente sería Papa.

Tras un breve silencio, De Goth continuó.

-El punto débil de Agnani es su desmedido afán de poder. Eso es lo que

finalmente provocará su derrocamiento. Su soberbia y su creencia de que el poder terrenal del Vaticano tiene que estar por encima de reyes y príncipes serán nuestras más importantes armas en su contra.

-No tardará mucho -continuó De Goth- en intentar fortalecer su poder, y esto lo enfrentará con reyes y condes de toda Europa.

Va a promulgar una bula, que llamará Unam Sanctam, en la que proclamará la hegemonía de la Santa Sede sobre todas las naciones cristianas; los monarcas le deberán reconocimiento y sumisión. Más adelante reclutará ejércitos de la Santa Sede en todos los centros religiosos de renombre. Roma, en primer lugar, tendrá el ejército más poderoso de Europa, le seguirá Compostella, al final del Camino, que también estará guarnecida. París acogerá al tercer ejército, mientras el cuarto se establecerá en alguna ciudad del norte de Francia o Germanía, quizás Estrasburgo, aunque aún no lo tiene decidido.

El argumento será dotar de guardia a las catedrales.

Mucho está en juego. Agnani debe fracasar. Procederemos con suma cautela, pero con premura. Yo visitaré a Agnani próximamente. Quiero provocarlo para que en su enorme soberbia muestre sus verdaderas intenciones. Viajaré después a París para ver al rey Felipe, al que ya he enviado esta tarde mensajes sobre los movimientos de Agnani y de la Curia vaticana.

Es preciso que sepamos a qué banqueros va a recurrir para pagar sus ejércitos; tenemos que bloquear cualquier préstamo.

Hablad con las familias romanas acaudaladas que pudiesen sufragar aquellos gastos dijo dirigiéndose a Botticelli y a Lyon-. La información que obtengáis debe ser transmitida inmediatamente al señor Nogaret.

Algunos de los presentes ya habían visto a aquel hombre, pero nunca habían reparado demasiado en él; sin embargo ahora, en sólo unas horas, se había vuelto imprescindible. Pero De Goth sabía muy bien lo que quería y no les dejó mucho tiempo para digresiones.

-Esta vez -prosiguió-, los Orsini, del movimiento prorromano, acabarán convirtiéndose en nuestros aliados cuando vean que Agnani, desde el Vaticano, los reta. Tardarán pero lo harán, y sin contrapartida alguna, para conservar su poder actual. Todo lo que tenemos que hacer es poner en su conocimiento las intenciones de Agnani y esperar. Bastará con que surja el comentario en los círculos nobles de Roma, que vos -dijo señalando al príncipe Rainieri y al conde Tenia-, os encargaréis de hacer circular.

-Dentro de unos años, todos los nobles y monarcas de Europa desearán la caída de Bonifacio. El pueblo lo creerá cruel por haber matado a Pietro y ese será el momento.

Librodot

Touraine se alegró de estar al lado del poderoso cardenal.

Aquel era un buen plan. En la expresión de los demás se leía la misma sensación. Todos respetaban, y aun temían, a De Goth, y en aquel momento, todavía más.

Tan pronto acabó de hablar, De Goth se levantó y, sin despedirse, abandonó la biblioteca. Se pusieron en pie y nadie se movió hasta que hubo desaparecido. Touraine salió con el representante francés ante la Santa Sede.

-Es preciso aplicar el plan con meticulosidad -dijo el embajador-. Bonifacio VIII tiene que ser frenado en su impulso antifrancés.

-Es más que un impulso antifrancés. Bonifacio es un Papa que dañará a la Iglesia y a la Cristiandad -aseveró Touraine-.

Primero irá contra Francia y, después, contra otros países. No sabrá ver que los pueblos quieren y respetan a su rey, porque viene de Dios para ellos. Y también quieren al Papa porque representa a Dios. Pero el Rey es suyo y el Papa es de todos.

Ni reyes, ni pueblos aceptarán un Paparey. Bonifacio no lo entiende y eso será su perdición.

El embajador francés asintió:

-Tenéis razón. Ahora nosotros le haremos ver su error desposeyéndolo de su fuerza.

-Ése es nuestro objetivo, pero no será fácil. Bonifacio sabrá pronto de nuestras intenciones y, aunque no conozca nuestro plan en detalle, reaccionará. Debemos estar preparados.

-Sí, debemos tener protección -dijo el embajador-. La solicitaré al cardenal De Goth. El rey Felipe IV nos facilitará gustoso guardias de su ejército.

-No lo creo conveniente, le dijo Touraine cuando ya habían alcanzado la puerta. Es preferible que los reclutemos nosotros aquí y que no haya tanta presencia francesa, que no sería bien vista.

El embajador ya sabía del buen criterio de Touraine, hombre inteligente y sereno. Había sido un gran acierto trasladarlo al Vaticano. Los intereses franceses le debían mucho. No era hombre dado a odios ni rencores. Incluso sus enemigos, los prorromanos, lo respetaban. Era el único cardenal francés al que Agnani dispensaba alguna distinción. En pleno cónclave de los dos años había sido el cardenal Touraine el que mantuviera la palabra con los cardenales romanos. Siempre recomendó sosiego.

Agnani le había transmitido a él su aceptación a la propuesta del obispo de Ostia. Le había dicho que o se aceptaba esa solución o la Iglesia se rompería. Touraine le había creído y había convencido a los suyos, evitando un cisma. Aquello había creado un respeto mutuo que aún duraba.

Cuando se disponía a subir a su palafrén, Nogaret se le acercó con paso rápido.

-Monseñor Touraine -lo detuvo-, el cardenal De Goth desea que le acompañéis mañana a su audiencia con el Papa Bonifacio.

Touraine se dio cuenta de que debía haber exteriorizado en su rostro la sorpresa que le habían producido aquellas palabras, porque Nogaret añadió inmediatamente:

-Me lo ha transmitido personalmente el cardenal.

No era De Goth persona que llevase acompañantes a sus entrevistas, y mucho menos para una audiencia con el Papa de la Cristiandad. Sería por su mejor relación con Agnani, pero no serviría de mucho cuando De Goth estuviese delante.

-El cardenal me honra con su confianza -contestó Touraine.

-Os espera a mediodía -concluyó Nogaret.

A aquella hora, la luna iluminaba la ciudad aún con más fuerza. Ordenó a sus palafreneros ir despacio. Quería pensar y la belleza de Roma le ayudaba. Era un momento crucial de la historia el que le había tocado vivir. Sabía que estaban delante de un cambio en la civilización de Occidente; conocía bien la historia de Roma. Aquella ciudad había albergado el mayor poder y la más importante cultura de la historia de la civilización mil años antes. Ahora, la que había sido la más grandiosa urbe de Occidente no era más que una sombra triste y lánguida de aquella capital del Imperio. Pero seguía latiendo.

Nunca había dejado de ser el corazón del mundo. Edificios en ruinas, palacios destruidos, monumentos devastados por los invasores y por el peor de los adversarios, el tiempo; pero la ciudad seguía viva. Y aquella noche de luna llena, mucho más viva aún. Los edificios le acompañaban en el camino, las esculturas lo miraban. Todo estaba ahora más vivo, porque iniciaban una nueva era.

Touraine era consciente del retroceso que había traído la invasión de los bárbaros. Cuando el Imperio Romano se resquebrajó y perdió su poder, los pueblos latinos se habían encerrado en sus murallas almenadas. El esplendor que recorriera todo el orbe quedó apagado por las sombras de la barbarie. Unos pueblos guerrearon contra otros y el Imperio se desmoronó.

Roma, el corazón de Occidente, estaba empezando a latir con más

fuerza. Sentía que las piedras respiraban. La sangre de aquel cuerpo iba a ser francesa. Era lo mismo que había sentido muchos años atrás, en Notre Dame, siendo apenas un cura recién ordenado; la catedral estaba viva.

París y Roma. Francia y el Vaticano. Aquella era la solución al problema. De esa conjunción vendría el renacimiento de la antigua cultura: un estado fuerte, Francia, con un rey poderoso, Felipe, y un Papa distinto, De Goth. Sería el renacer de Occidente. Pero era preciso que otros países se incorporasen a la órbita francesa; Germanía, Aragón, Castilla, Nápoles... deberían ser partícipes del proyecto. Cada uno en un grado diferente, pero todos deberían estar. No se les doblegaría por la conquista, sino por el interés. Estarían al lado de Francia si eso les aseguraba la estabilidad.

Este era el papel del rey de Francia. Más política y menos armas. Sólo la política aseguraría su hegemonía. Pero no confiaba mucho en que el Rey fuese de la misma opinión. Quizás optase por las armas. Sabía de su inclinación a la guerra. y De Goth tampoco era dado a acuerdos políticos.

La audiencia del día siguiente desvelaría el tono de la relación entre Francia y Roma. Siendo el Papa y el cardenal hombres de poder y de carácter, todo vaticinaba que de allí saldría la confrontación abierta; ni siquiera había que descartar que, si se dejaban llevar por sus impulsos, Roma y Francia acabasen en guerra. Touraine sabía que tarde o temprano habría guerra, pero convenía a los intereses franceses y de Occidente que fuese lo más tarde posible y no entre Francia y el Vaticano, sino entre el Vaticano y una unión de países, dirigidos por Francia. Siendo así, la victoria militar sería fácil, la unión política vendría de forma natural y la caída del Papa sería inevitable.

Aquella audiencia le preocupaba. La soberbia de un Papa y el carácter de un cardenal, ambos con un odio mutuo infinito, podría dar al traste con el plan que el propio De Goth les había confiado. No osaría intentar convencer al orgulloso cardenal de la conveniencia de tratar al Papa con respeto y deferencia, ni siquiera por el propio interés de la causa francesa. Sería un atrevimiento que lo enfurecería y empeoraría la situación. Pero aquella audiencia tenía que acabar bien y ese era su trabajo. Para pensar cómo conseguirlo sólo le quedaban la noche y la sabiduría de Roma. En ellas confiaba.

Al día siguiente, y fiel a su norma de no hacer esperar ni un instante a De Goth, sus palafreneros llegaban a palacio bastante antes del mediodía. Pese a que aún era temprano, Nogaret ya lo esperaba en la puerta. Era persona atenta a sus obligaciones, pensó Touraine.

Tras los saludos de rigor, Nogaret lo condujo a la biblioteca, donde se habían reunido el día anterior. Las sorpresas no habían acabado: De Goth lo esperaba de pie en el centro de la sala. Aquello era insólito.

-Estaréis extrañado de esta invitación a la audiencia con el Papa -arrancó De Goth, sin ningún saludo previo-. Vuestra presencia es necesaria

porque desde hoy vos vais a ser el que mantenga las relaciones directas con el Vaticano en nombre de los cardenales franconapolitanos.

La cara de sorpresa de Touraine le volvió a delatar.

-Conocéis a Agnani mejor que yo. Prestad atención a su sinceridad y no tengáis reparo en participar activamente en la audiencia cuantas veces lo deseéis y creáis oportuno. Tenemos que conocer sus intenciones.

-Lo mejor -sugirió Touraine- será dejarlo hablar. Es hombre poco discreto y dado a alardear de sus éxitos. Preguntémosle y dejémosle hablar sin contrariarlo con nuestras opiniones. Si se produce una discusión y aflora su ira, no habrá forma de conocer su verdadero pensamiento.

Inmóvil e inescrutable, lo miró fijamente. Touraine había encontrado la forma de que la audiencia no fracasase. Sabía que lo había convencido.

De Goth se encaminó hacia la puerta; se acercaba la hora de la audiencia. Miró a su izquierda, ordenando con el gesto a Touraine que se situase allí. Cuando bajaban las escaleras retomó la conversación.

-Debo extender mi actividad y mi presencia a todo el orbe cristiano. Para derrotar a Agnani necesitaremos aliados. He de viajar por toda la Cristiandad, desde Sevilla hasta las tierras de Rusia, y conseguir el apoyo del clero, de obispos, de cardenales, y de reyes y nobles. Debemos ganarlos para nuestra causa. Por eso mi presencia en Roma va a ser menor. Vos ocuparéis mi lugar aquí. El rey Felipe lo considera conveniente. Incluso me ha pedido que me acompañéis en nuestra próxima audiencia en París, por Adviento. Quiere conoceros.

Touraine sabía que no había nada que añadir. Aquella era una decisión del cardenal De Goth y del rey de Francia. Por más que estuviera de acuerdo, no cabía ni decirlo.

Salieron al patio donde estaba el carruaje de De Goth, tirado por sus seis vistosos caballos blancos. Llevaba los emblemas del rey de Francia. Una guardia de por lo menos cincuenta hombres armados y a caballo los esperaba. Otros cincuenta iban a pie. Touraine se quedó asombrado. Aquello era casi un ejército y sólo iban a una audiencia con el Papa de Cristo, el Paladín de la Paz.

Subieron al carruaje. Nogaret, tras ellos, cerró la portezuela. Salieron a la calle. La sorpresa de Touraine fue en aumento; allí los esperaría otro centenar de guardias armados. Era una comitiva ciertamente impresionante. A medida que avanzaban por las calles de aquella gran ciudad la gente se apartaba. Admiraban aquella procesión de hierro y fuerza.

Todos sabían que era el cardenal francés.

No se oían comentarios. La gente los miraba y callaba. Fueron

recorriendo, a paso lento, la ciudad, enfilando la colina Vaticana. Salieron de las murallas, ahora ya en desuso como fortificación militar, y delante de ellos apareció el Vaticano. Lo conocían como la palma de la mano. Edificado sobre la piedra de Pedro, sobre su tumba en la que la inscripción rezaba: «Pedro ruega a Cristo Jesús por los santos cristianos enterrados cerca de su cuerpo», en un cementerio, para que la Iglesia no olvidase nunca que se erigía en el Reino de los Muertos y de la Resurrección. Pero desde entonces había transcurrido mucho tiempo.

Seguía en construcción. Unas amplias escalinatas, que conducían a otras tres puertas del acceso principal, le daban el empaque que la Ciudad Santa merecía. El carruaje se detuvo al pie de las escalinatas. Los soldados lo rodearon mientras se bajaban. La torre de aguja sobresalía por detrás de la entrada, recta y desafiante, apuntando hacia el ciclo. El pórtico columnado a su derecha y la casa de las diez columnas a su izquierda. Avanzaron hacia la puerta central. Estaba cerrada. Unos curas los aguardaban frente a una puerta lateral. De Goth avanzó recto hacia la puerta cerrada; sus guardias lo rodeaban.

Touraine, a su lado, comprendió que el Papa estaba retando al cardenal francés. Éste jamás entraría en el Vaticano por una puerta que no fuese la principal, la que usaban los reyes.

Nogaret dijo unas palabras al capitán de la guardia y cinco hombres, corriendo, entraron por la puerta lateral. Cuando De Goth llegó ante la puerta central, ésta se abrió.

Entraron en un enorme patio rectangular, flanqueado por soportales sobre gruesas columnas. En el medio del patio, una fuente de piedra cubierta; detrás, otra descubierta, justo delante de la iglesia de San Pedro. La basílica de la Cristiandad. Touraine sentía que aquello era el centro del mundo; de allí emanaban la civilización, la cultura y la fe.

El mundo se extendía en círculos concéntricos desde aquel punto. Cuanto más cerca del centro, más cerca de Dios.

La salutación de dos cardenales de la Curia vaticana, sacó a Touraine de su ensimismamiento.

-Su Santidad Bonifacio VIII os da la bienvenida y os aguarda en su palacio -saludaron a De Goth señalando el palacio papal, un recinto fortificado y almenado, flanqueado por un torreón.

Una parte de la guardia de De Goth, a pie, los acompañaba.

Nogaret detrás de él. Cuando, tras atravesar todo el patio, llegaron a palacio, la guardia vaticana les rindió honores.

Aquello calmó los ánimos. La provocación inicial había sido innecesaria.

Entraron. Los guardias les esperaron fuera. Se les unieron cuatro cardenales vaticanos. Uno de ellos, el primado de Roma, los saludó efusivamente. De Goth fue frío con él; Touraine, sin embargo, lo trató con familiaridad.

-Cardenal Tussi -dijo tras los saludos de éste-, nos agrada volveros a encontrar y aún más que nuestro encuentro sea en la sede de San Pedro.

-El mismo sentimiento nos embarga a nosotros. Hoy es un gran día en este palacio. Nos visita el cardenal De Goth, un gran príncipe de la Iglesia; su presencia nos enorgullece -respondió el cardenal Tussi en voz audible para De Goth.

Conocían bien el palacio. Su estilo regio y su cuidada presencia, adornos, cuadros y esculturas, lo convertían en la mayor joya de arte de la Cristiandad. Touraine, que siempre pensaba en la iglesia de los pobres, no pudo reprimir una sensación de orgullo, envidia y vergüenza simultáneas: el orgullo de ser cardenal de una Iglesia que atesoraba y cuidaba el arte y la belleza; la envidia de que no hubiese en Francia algo semejante y la vergüenza de que una iglesia de pobres albergase aquel lujo.

Alcanzaron el salón Pontifical, al que se accedía a través de una altísima puerta blanca, con cuarterones dorados, que casi llegaba al techo. Al acercarse, los guardias que la flanqueaban retiraron sus picas y la puerta se abrió. Una inmensa sala apareció ante ellos. Al fondo, sentado en un sillón, el Papa Bonifacio VIII, rodeado de cardenales y sacerdotes, les aguardaba.

De Goth avanzó con paso seguro. No tuvo prisa. Casi se regocijó moviéndose con lentitud. Unos pasos detrás, Touraine y los otros cardenales vaticanos. Se hizo el silencio. La tensión flotaba en toda la sala. Se estaban encontrando, por primera vez desde que Agnani accediera al pontificado, los dos hombres más poderosos de la Iglesia de Cristo. Enemigos.

Irreconciliables. Con un odio mutuo infinito.

Cuando el cardenal francés estuvo a la altura del Papa, se quedó de pie, inmóvil. Ni un gesto de saludo, ni una deferencia con el Papa de Cristo. Mirada altiva y distante. Ni una inclinación de cabeza. Eran dos iguales. Así lo entendieron todos. Bonifacio permaneció sentado; el Papa de Cristo no se levanta ante nadie, ni ante príncipes de la Iglesia, ni ante reyes de la tierra. Señaló a De Goth un sillón a su derecha y éste lo ocupó. Touraine y los demás cardenales se sentaron en los suyos. El silencio hizo eterno el instante. De Goth y Bonifacio se miraban fijamente con la fiereza de dos lobos. Ninguno hablaba. El tiempo transcurrió hasta que por fin Touraine tomó la palabra:

-Señor, el cardenal De Goth, príncipe de la Cristiandad, obispo de París, os solicita audiencia pública.

-Cardenal De Goth -dijo Bonifacio-, os concedemos audiencia y la palabra.

Un respiro de alivio rompió el silencio. Aquello había funcionado.

-Señor -habló el francés-, he querido compartir con vos mi preocupación por el estado de Roma y de otras naciones cristianas. Sería bueno que dejásemos atrás nuestras antiguas disputas del cónclave y nos esforzásemos por ser la iglesia de la paz.

No cabía duda de que aquella audiencia no iba a ser protocolaria. Estaban ya en el corazón de sus discrepancias, aunque con los modos vaticanos, no con los franceses. El Papa fue también directamente a la cuestión.

-Estamos contentos de poder hablar con vos de las cuestiones del espíritu y de los hombres, de Roma y de París. Será una larga plática, por lo que es mejor que dejemos que los que nos acompañan puedan dedicarse a sus tareas. Rogaría al cardenal Tussi que permanezca con nos.

Todos los asistentes abandonaron de mala gana la inmensa sala de audiencias; su disgusto era patente. Aquella audiencia sería parte de la historia, ya no del pontificado de Bonifacio VIII, sino del Vaticano, y deseaban presenciarla. Pero eran los designios de Su Santidad.

Touraine permaneció en su sillón. Miró a su alrededor: cuatro príncipes de la Iglesia en aquella inmensa sala. Eran pequeños y parecían minúsculos. Así era el poder, se tenía porque los demás lo aceptaban, ya fuese por aprecio o por miedo. Allí estaba todo el poder de la Iglesia y mucho del poder de los pueblos y, sin embargo, la sala estaba casi vacía. Sólo eran cuatro; realmente sólo eran dos. Pequeños pero inmensos.

-Vendrán buenos tiempos para el Vaticano -auguró el Papa-.

Solamente con un Vaticano fuerte podremos arbitrar en los conflictos de las naciones. En otros tiempos al Vaticano se le respetaba y aun se le temía. Así pudimos empeñarnos en las cruzadas. Entronizamos reyes y nombramos condes. Las órdenes religiosas ampliaron sus encomiendas. Era un Vaticano fuerte y la Cristiandad con él. Cuando nosotros nos debilitamos, los países disputaron entre ellos, porque el poder terrenal es conflictivo y egoísta si no está acompañado de la espiritualidad. Y eso solamente el Vaticano lo puede aportar.

Miró desafiante a De Goth, que no eludió la mirada. Era su turno.

-Sí, tenéis razón, se precisa una Iglesia y un Papa fuertes.

Pero la cuestión es cómo lo vais a conseguir, con qué aliados, con qué fuerzas. Qué reyes estarán con vos. Cuál es el papel del Temple. Muchas preguntas que necesitan de respuesta. Y yo no las conozco.

De Goth había sido muy hábil y prudente, pensó Touraine.

-Todas vuestras preguntas pueden ser contestadas -afirmó el Papa-. Nunca podrá haber un Vaticano fuerte sin un ejército propio. No podrá ser el Temple, que está fuera del Vaticano; reclutaremos uno. Daremos protección a países y condados y ellos contribuirán con sus dádivas a su sostenimiento.

-¿Y Francia? -interrumpió De Goth-. ¿Cuál sería el papel del país más poderoso de la Cristiandad?

Seguía yendo recto al objetivo.

-Francia es grande y poderosa. Su papel es otro. Deberá estar a nuestro lado, asumiendo nuestros arbitrajes y sumando su fuerza a la nuestra. Igual que el Imperio Germánico. Ambos cooperarían con el Vaticano.

Touraine supo que De Goth había entendido aquello como un desafío, pero reaccionó con frialdad.

-¿Y si Francia o Germania no estuviesen de acuerdo con alguna de las decisiones vaticanas?

-Si fuese asunto interno del propio país primaría su criterio.

En cambio, en asuntos externos, validaría el del Vaticano -respondió con contundencia el Papa.

-¿Y si no aceptasen esa norma? -preguntó De Goth.

-Deberá ser aceptada. Lo contrario sería un imperio francés o germánico. Ningún pueblo lo asumiría -aseguró el Papa.

-Lo que vos planteáis sería un imperio vaticano -respondió De Goth con gran tranquilidad.

-Un imperio vaticano basado en la fe de Cristo -atajó rápido el Papa-. Los pueblos aceptarán nuestra hegemonía espiritual y no la considerarán una injerencia en su soberanía. Cristo es rey en todo el orbe.

-¿Y cuando algún país no esté de acuerdo con las decisiones vaticanas? -intervino De Goth.

-El ejército y la autoridad moral lo solventarán -concluyó el Papa.

No cabía duda de que Bonifacio sabía lo que quería y lo llevaría a cabo. Touraine creyó que tenía que intervenir. Lo hizo preguntando.

-¿Cómo comunicaréis a la Iglesia vuestras intenciones, de forma pontifical o como una opinión?

La pregunta era de las que tocan las esencias. El Papa respondió sonriente.

-Estamos redactando una encíclica que verá la luz muy pronto.

Todo Occidente conocerá nuestra voluntad. La conocerán y la compartirán.

-¿Estáis dispuesto a que una decisión terrenal y en suma política tenga el rango de encíclica? -preguntó Touraine-. La Cristiandad os verá como un Papa rey.

-Eso es lo que deseo. Si no es una encíclica lo haremos como bula. Pero será norma que imprima carácter a la voluntad que nos anima -respondió contundente el Papa.

-¿Cómo reclutaréis el ejército? -preguntó De Goth en tono suave-. Será una difícil tarea, incluso para un Papa.

Había acertado, pensó Touraine. El Papa no se resistiría a la vanidad de demostrar que él sí podía.

-El reclutamiento ya se está llevando a cabo. Los amigos del Vaticano en Roma nos han dado apoyo moral y material y se están haciendo las levas en las tierras del sur. Son buenos soldados. Coincido en que es misión difícil, pero la completaremos a satisfacción.

-¿Cubriréis en el despliegue inicial la petición de algún rey o conde? -preguntó De Goth.

-Tenemos peticiones, pero el ejército se quedará en Roma -respondió Bonifacio mirándolo fijamente.

Aquella respuesta significaba mucho. Tenía aliados y se iba a fortificar en Roma. Si aquello se cumplía, Bonifacio sería demasiado fuerte; no podrían derrocarlo.

Poco más quedaba por hablar, pensó Touraine. Pero De Goth no era de la misma opinión.

-¿Cuáles son vuestras intenciones en Compostella y en Estrasburgo? -preguntó-. ¿Y en París?

-Son tres centros de la Cristiandad que deben tener sus prerrogativas bajo la tutela de Roma -contestó el Papa.

-¿Conocéis Aviñón? -preguntó De Goth.

-Sé que es vuestro lugar de nacimiento y territorio afín a Vuestra

Señoría. Nunca he estado allí, como vos sabéis bien -respondió el Papa.

Touraine notó la atención con que De Goth había seguido estas respuestas. El día anterior ya les había hablado de aquellas ciudades.

La audiencia tocaba a su fin. Todos habían conseguido su objetivo; el Papa sonreía satisfecho; había transmitido a su enemigo el cardenal De Goth y, por ende, al rey de Francia, su voluntad, sus intenciones y su fuerza. Pero le extrañó el brillo que vio en los ojos de su rival. Su satisfacción también era visible. Demasiada. No encontraba razones para ello. Más bien creía que debería tener motivos de preocupación.

-Os ruego saludéis al rey Felipe de Francia en nuestro nombre -concluyó Bonifacio a modo de despedida. No se movió del solio pontificio.

-Así lo haré -respondió De Goth poniéndose en pie. Sin ninguna deferencia, dio la espalda al Papa y caminó decidido hacia la puerta.

Touraine iba a su lado. Tussi permaneció con el Papa. Una despedida así era un insulto y una afrenta. El odio de aquellos hombres se atrevía a todo. Touraine vio como el cardenal sonreía. El desplante al Papa lo henchía de satisfacción.

Nogaret, separado de la Curia vaticana, les aguardaba; vio la cara de De Goth y su rostro se relajó. Recorrieron de vuelta los corredores de palacio, los acompañó un cura. Ningún cardenal. Al ver que Tussi no salía con ellos, supieron que algo había sucedido y la Curia vaticana entendía cualquier gesto por menor que fuese.

Ya fuera del palacio, la guardia los rodeó. Cruzaron en silencio el patio de la basílica de San Pedro y salieron al exterior. El carruaje y su escolta los aguardaban. De Goth se volvió y miró el Vaticano. Su expresión ahora era distinta.

Reflejaba el profundo odio que sentía en su alma por todo lo que albergaban aquellos muros.

Se acomodaron los tres en el carruaje, que inició la marcha con todo aquel enjambre de guardias rodeándolo. Nogaret miraba fijamente a De Goth, que, eufórico, le dijo:

-¡No sabe nada! ¡Nada! -Reparó entonces en la presencia de Touraine y recobró su frialdad-. Nuestro plan sigue adelante.

Ahora es más necesario que nunca.

Volvieron al palacio. La comitiva causó el mismo efecto que a la ida. Pero ya toda Roma sabía de la visita del cardenal francés al Vaticano, escoltado por un ejército. Aquello había surtido efecto. Hicieron el camino en silencio. De Goth, después de su explosión de euforia al entrar en el

carruaje, se había sumido en un mutismo total. Estaba ensimismado.

Touraine hubiese querido hablarle de la audiencia, pero comprendió que aquel no era el momento; De Goth iba encerrado en su pensamiento y nada lo sacaría de él.

Cuando ya en palacio se bajaron del coche, De Goth se limitó a decirle:

-Estad preparado para el viaje a París. Saldremos tan pronto se celebre el entierro y los funerales de Pietro. Debemos seguir tirando también de ese hilo.

Mientras se dirigía a su palafrén, Touraine vio a De Goth alejarse hablando animadamente con Nogaret. Éste asentía. De nuevo tenía el semblante con el que había entrado en el carruaje después de la audiencia. Gesticulaba con vigor cuando desaparecieron escaleras arriba.

Touraine saboreó el atardecer romano. Habían sucedido tantas cosas en tan poco tiempo, que no había tenido tiempo aún para digerirlas. Todo era vertiginoso. De nuevo le parecía que los edificios se movían, que caminaban a su lado. Todo estaba en cambio. Veía transcurrir el tiempo. No podía ordenar bien las ideas. Algo no encajaba, pero no sabía qué. Él salió de la audiencia preocupado, De Goth eufórico. Se le había escapado algún detalle. Sin duda, los acontecimientos iban demasiado rápidos y él era hombre de reflexión.

Tan pronto llegaron a su residencia, su secretario lo abordó sin darle tiempo a bajar del palafrén.

-No sé si conocéis la noticia -dijo precipitadamente-. El Papa Pietro ha muerto en su cautiverio. Se dice que fue torturado y que sólo se le alimentaba con pan y agua. La gente en la calle culpa a Bonifacio de su muerte. Los ánimos están exaltados. Se dice que el cardenal De Goth y vos mismo habéis ido a exigir al Papa que se celebren unos magnos funerales y a recriminarle su actitud. El cardenal De Goth quiere que se le beatifique.

Ciertamente los encargados de difundir el rumor se habían esmerado en su trabajo.

-El funeral y el sepelio se celebrarán mañana en la basílica de San Pedro -continuó su secretario-. El deán de la basílica os solicita que seáis uno de los oficiantes.

Touraine no supo discernir si aquella petición era favorable a sus intereses o no. Pero no se podía negar. Avisaría a De Goth.

Después de cenar se dio cuenta de que en todo el día no había comido nada. Estaba cansado. Se acostó y se durmió al instante.

La basílica estaba atestada. El ambiente era de respeto e indignación.

Calma tensa y silencio. Allí estaban todos: nobles, cardenales, obispos, gentes de la ciudad. Toda Roma despedía a aquel anacoreta, Pietro el Santo, al que sólo un año antes habían rogado que fuese Papa.

Touraine, desde la sacristía, observaba a los fieles. Aquella calma se rompería en cualquier momento. Sólo dos sillones permanecían vacíos, el sitial del Papa, en lugar destacado, y el de De Goth, entre los príncipes de la Iglesia. El sitial vacío del Papa obedecía al protocolo litúrgico: entraría después de los oficiantes del funeral. Él era la autoridad. El de De Goth era un hecho insólito. Ya debería estar allí.

-Leeréis a los fieles esta carta del Papa -le dijo el deán a Tussi, que sería el primer oficiante, entregándole un pliego-.

Acaba de ser escrita. El Papa está preocupado por los rumores que corren por Roma. Quiere tranquilizar a la población.

Leedla antes del oficio.

-Lo haré tan pronto como el Papa entre en la basílica -aseguró Tussi.

-Entrará rodeado por la guardia vaticana -dispuso el deán-. No podemos correr ningún riesgo. Además se están apostando guardias y gentes nuestras por toda la basílica. Si algo pasara, pedid calma en nombre del Señor.

Era evidente que habían tenido capacidad de reacción y estaban preparados. No iban a ser víctimas propiciatorias. Todos los oficiantes eran conscientes de la ausencia de De Goth, pero nadie dijo una sola palabra. La presencia de Touraine lo impedía. Tussi se entretenía demasiado en los preparativos y cuando ya todo estuvo listo, aún se puso a leer atentamente la carta del Papa y los textos del oficio. De Goth seguía sin aparecer.

-Debemos empezar -aconsejó uno de los cardenales oficiantes-.

La espera encrespará aún más los ánimos.

El silencio se quebró con el ruido de los asistentes al ponerse en pie. El aspecto de la basílica era imponente.

Repleta de gente. Las puertas abiertas. Touraine vio que el inmenso patio de columnas exterior estaba también abarrotado.

Quizás hubiese fieles incluso fuera de los recintos vaticanos.

Reparó entonces en el túmulo funerario, negro y rojo, sobre el que estaba un ataúd negro. Allí reposaba aquel infortunado Pietro, al que la llamada de reyes, de cardenales y de Roma, había conducido al dolor, a la ignominia, al encierro y a la muerte. Una pieza más en aquel juego del nuevo poder de Occidente. Como aquellos emperadores de transición en el Imperio

Librodot

Romano, ellos no importaban; importaba el poder.

Mientras tomaba asiento en el coro, con los oficiantes, pudo ver a muchos de los asistentes. Los cardenales vaticanos, los condes Orsini y Colonna, el de Venecia, los cardenales Musatti, Bocasin y Ratzinger, el de Nápoles, el de Lisboa...

Allí estaba todo el que era algo. El sitial del Papa y el de De Goth seguían vacíos. La atención se centró en ellos. Los fieles seguían en pie. Cuando los oficiantes se sentaron, nadie los siguió; todos querían ver. Pasaron los segundos.

Nadie rompía el silencio. Tussi estaba visiblemente afectado.

Los curas vaticanos mostraban rostros descompuestos. Unos hombres entraron por la puerta lateral que daba al palacio del Papa y bloquearon las puertas principales, el pasillo y el acceso al sitial de los cardenales. Un obispo ocupó el puesto de De Goth.

Cuando el Papa Bonifacio VIII, precedido por su cortejo, apareció en la puerta del altar mayor, el órgano inició sus acordes. Con parsimonia, se dirigió al solio papal. Se sentó.

La música se desvaneció y de nuevo se hizo el silencio. La multitud pudo ver a un Papa desafiante, altivo y orgulloso. No traslucía tensión. Sólo poder, que parecía llenar la basílica.

Tussi, ya más sereno, se puso en pie y se dirigió al púlpito.

Subió las escalerillas y desde allí arriba pudo ver la multitud. La tensión había bajado. La situación parecía estar bajo control. Cuando se disponía a leer la carta del Papa, se oyó un murmullo procedente del patio de columnas. Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta principal. El murmullo se fue haciendo más fuerte. Tussi, desde el púlpito, intentaba ver lo que sucedía en el patio, pero sólo veía las cabezas vueltas y el arremolinamiento de gente en la puerta de la basílica. Nadie veía nada, pero todos sabían lo que estaba pasando. Un numeroso grupo de guardias entraba, como una cuña, abriéndose paso entre la multitud. La gente se apartaba facilitando la tarea. Cuando alguno trataba de impedirles el paso, era lanzado hacia un lado, sin miramientos. El pasillo se desalojó de fieles; incluso aquellos que habían salido de las dependencias papales abrieron paso. En medio de los guardias avanzaba De Goth. Más parecía un rey que un príncipe de la Iglesia. Mostraba actitud digna y semblante serio; aquel era el funeral de un santo. Ante el pasillo abierto, su guardia se quedó a mitad de la basílica. De Goth avanzó solo, sin escolta y sin acompañamiento. Las miradas fijas en él. La de Bonifacio VIII también. El obispo que había ocupado su asiento se levantó rápido. De Goth se volvió hacia la multitud y, tras un breve instante, se sentó.

Todas las miradas se tornaron hacia el Papa que, rojo de ira, se limitó a

hacer un gesto a Tussi para que procediera.

Obedeció al instante, leyendo la carta del Papa.

-Ha fallecido un gran hombre. Un hombre de oración, de meditación; un Papa bueno, querido por todos. Dios lo ha llamado a su lado. Nos, el Papa Bonifacio, sentimos la tristeza de sucederlo cuando él no se sintió capaz de soportar sobre su débil cuerpo el peso del papado. Le pedimos que se quedase con Nos para tener cerca su consejo y su oración. Así lo hizo. Hemos pasado con él largas horas. Hemos conocido de su sabiduría y de su bondad. Le hemos procurado atenciones y seguridad. Cristo Nuestro Señor lo ha llamado. Ahora disfruta de la paz divina. Su ausencia es Nuestro dolor y Nuestra pena.

Touraine pensó que aquella carta papal iba a aplacar los ánimos. Se equivocaba. Desde la plaza, donde no se oía la plática, empezaron a oírse voces; no se entendía lo que decían. Pero eran voces airadas.

Comenzaron la ceremonia. La música del órgano apagó el sonido de las voces. Los guardias vaticanos se dirigieron hacia el centro de la plaza. Las voces continuaban, cada vez más fuertes. Nada podían hacer los guardias y encargados vaticanos. Tussi se dio cuenta de la situación; era preciso acabar la ceremonia lo antes posible. Decidió no pronunciar el sermón que había preparado.

-El mejor recuerdo a Pietro será el silencio -dijo sencillamente-, el silencio que habla sin palabras. Que hablen los sentimientos. Que hable el silencio.

Se quedó inmóvil. Los de dentro de la basílica ordenaron silencio a los de fuera. Estos obedecieron. Habló el silencio.

Tussi había conseguido su objetivo.

Siguió el funeral, los responsos y el ite missa est. El sepelio en la basílica. Música y silencio respetuoso.

El Papa se puso en pie; De Goth también. Ambos se encaminaron hacia la salida. El Papa por la puerta principal del altar; el cardenal por la puerta principal de la basílica. Un pasillo abierto por la multitud para el francés. Otro por la Curia para el Papa. Dos destinos en permanente separación. Una voz retumbó en toda la basílica:

-Bonifacio, De Goth, la sangre de Pietro estará sobre vuestras cabezas durante toda la eternidad.

Todos miraron hacia la columna de donde había salido la voz.

Un hombre con aspecto de ermitaño, pobremente vestido, lloraba.

-Lo llamasteis, lo arrebatasteis a las montañas, lo trajisteis y lo matasteis. El Papa Bonifacio, el cardenal De Goth, los cardenales y los reyes. Todos lo matasteis.

Aquella voz desgarrada fue lo último que Touraine oyó, mientras De Goth y el Papa abandonaban la basílica. Tras ellos, en silencio y pensativa, salió la multitud. Estaban desconcertados.

La comitiva se puso en marcha. Hacia París. Hacia Notre Dame, pensaba Touraine. Viajaba en el mismo carruaje que Nogaret. En otro, detrás de ellos, iban los ayudantes de De Goth, mientras que éste viajaba solo en el suyo, situado en medio de la comitiva. Guardias y caballos de carga. Una comitiva así por las rutas de Italia y de Francia no pasaría desapercibida.

Nogaret se lo había dicho. De Goth iría solo en su carruaje, pero a lo largo del viaje se haría acompañar por alguno de los viajeros, para departir con él. Así Touraine sabía que tendría la oportunidad de trasmitirle su desconcierto, acrecentado por el funeral de Pietro.

Las primeras jornadas transcurrieron sin novedad. Apenas vieron a De Goth en los palacios en los que pernoctaban.

Durante el día no hablaba con nadie. Cuando se aproximaban a las escarpadas tierras del norte, los Alpes, lo llamó a su carruaje. Lo sentó frente a él.

-Dadme vuestro parecer sobre los sucesos de Roma -dijo De Goth.

Habló de su preocupación por la audiencia, sin dejar de citar su extrañeza por la expresión que había advertido en él. Como De Goth no respondió, continuó:

-Nuestras gentes hicieron un buen trabajo con el fallecimiento de Pietro. Todo fue a la perfección. Solamente aquel ermitaño desbarató el clima creado. Pero, aun así, debemos insistir en la beatificación de Pietro.

-Tenéis razón. El funeral de Pietro ha desgastado mucho el prestigio de Agnani. Cierto que las palabras del ermitaño produjeron desconcierto; pero se pueden volver en nuestro favor. Yo reconoceré mi equivocación al haber confiado en el Vaticano, una vez elegido Pietro, mientras otros conspiraban contra él. Mostraré en público mi error al no darme cuenta de que Pietro era hombre de oración que necesitaba de ayuda en las procelosas aguas del Vaticano.

Habían llegado al convento alpino donde iban a pernoctar. El coche se detuvo. De Goth, tras saludar al prior del convento, se dirigió a su habitación. Al día siguiente, Touraine fue conducido de nuevo a su carruaje, con Nogaret. Unos días después llegaban a París.

Touraine sintió el olor a río, y los recuerdos se agolparon súbitamente en su memoria. Abarcó con su mirada aquella ciudad. Era una parte de su vida. La veía y la sentía. Durante unos días, la viviría. Con toda intensidad. Cuando se acercaban, un sirviente susurró algo al oído de Nogaret. La comitiva se había detenido.

-El cardenal De Goth desea que paséis a su carruaje -le transmitió Nogaret.

Iba a entrar en París con De Goth. Era un gesto que Touraine entendía. Además de permitirle asistir a las entrevistas con el Papa y con el Rey de Francia, aquel gesto tenía un sentido que apreciaba. No le hablaría nunca de ciertas cosas, pero le mostraba que lo tenía en gran consideración.

No hablaron. Observaban atentamente las calles de su ciudad.

Touraine, igual que le sucediera en Roma unos días antes, las veía vivas. Le hacían recordar cuando él, un cura joven, caminaba muy aprisa, pegado a las casas para protegerse de la lluvia, hacia Notre Dame. Estaba feliz. Aquella era su casa.

Su verdadero hogar. Era su país. Su vida. Por todo aquello sería capaz de cualquier sacrificio.

La gente los miraba con atención. Se iban acercando al segundo metacentro del universo. Delante de ellos, el río. La fuente de la vida de París. De Francia. De donde emanaba su fuerza.

De donde salía su esencia. El río Sena. Era el agua que les había dado a todos la vida. Aquel río se encargaría de que París siguiese vivo y de que Francia conservase su alma. No era agua lo que circulaba en aquella corriente plateada, era vida. Era ser.

Cuando se encontraban a mitad del puente, De Goth ordenó detener la comitiva y se bajó del carruaje. Touraine hizo lo mismo. Flotaban sobre el río. Estaban en medio del Sena. El agua corría por debajo de ellos. Si los tocase, con su poderosa fuerza, los mataría; así los fortalecía.

Desde allí se veían las torres, en construcción, de Notre Dame. Touraine se sintió fuerte, hubiese echado a correr hacia su catedral. De Goth empezó a caminar hacia ella. Touraine lo siguió. Detrás, a pie, toda la comitiva.

Touraine comprendió que De Goth estaba rindiendo pleitesía a lo que consideraba el centro del mundo, Notre Dame. Era allí donde algún día tenía que radicar el espíritu de Cristo. Allí se juntaban el agua, la tierra, el cielo y los hombres. En ningún otro sitio. Allí, en aquella pequeña isla, rodeada por el río de la vida, con los árboles que surgían del agua y donde el sol daba más luz y calor, confluía el mundo.

La rodearon y se detuvieron frente a las torres en construcción de la

Librodot

fachada principal. El gran rosetón los miraba. Las torres subían, piedra a piedra, hacia el cielo.

Cada vez más altas, algún día lo tocarían. Y sería pronto. El tiempo ya se había puesto en marcha para ellos y rondaba, sin parar, aquella catedral.

Docenas de clérigos los aguardaban frente a la puerta principal. Esperaban al cardenal De Goth, príncipe de la Iglesia de Francia. Cuando se acercaban, lo cotidiano se hizo solemne. Lo común se volvió excepcional. Estaban entrando en aquel lugar sagrado, que desde ese momento nunca más sería una catedral cualquiera. Sería la catedral del cristianismo francés. Touraine sabía que para De Goth aquel momento solemne entronizaba y sacralizaba su compromiso con la nueva civilización cristiana. Sin campanas, sin órganos, sin cánticos,

solamente con su creencia en lo que había que hacer. Acertada o equivocada, generosa o egoísta, universal o particular, aquella causa ya estaba en marcha. Quizás acabase en paz o quizá no. Pero viendo el rostro de De Goth, mitad placer mitad odio, Touraine vio que París se movía.

Entraron en la catedral. Las puertas se cerraron tras ellos.

Fuera, en la plaza, todo continuaba como siempre, mientras los canteros de la Bretaña, con el impulso celta, seguían colocando piedra sobre piedra, elevando aquella obra hacia Dios.

Madrugaron. Había que partir temprano. El Rey los recibiría en audiencia antes del mediodía y el camino hasta Fontainebleau era largo. Viajaron en dos carruajes con una discreta guardia a caballo. De Goth, solo, en el suyo y Touraine de nuevo con Nogaret. Viéndolo sentado frente a él, se dio cuenta de que desde Roma hasta París sólo habían tratado de banalidades, que ni siquiera acertaba a recordar. Pero habían hablado durante horas y horas. Aunque realmente el que había hablado había sido él. Nogaret era, ciertamente, un personaje singular.

-Monsieur Nogaret -preguntó-, ¿de dónde sois?

-Nací en Aviñón, pero el cardenal me trajo a París a trabajar con él, como su ayudante, cuando tenía quince años.

-Recuerdo haberos visto alguna vez pero no conocía vuestro cometido con el cardenal. Veo que confía mucho en vos. ¿Cuál es vuestro trabajo?

-Todo lo que me encarga el cardenal. Cuestiones casi siempre rutinarias.

-¿Cuál es vuestra residencia? -insistió Touraine, un poco molesto por la falta de respuesta de Nogaret.

-La que el cardenal ordene -respondió éste con amabilidad-.

Librodot

Habitualmente aquí en París.

-Tenéis una gran cercanía con él. Se ve -concluyó Touraine, dándose cuenta de que aquella frase era imprudente.

Se estaba inmiscuyendo en los asuntos de De Goth. Tuvo una sensación de agobio.

-Mucha menos que vos -respondió Nogaret en el mismo tono amable-. Os aseguro que el cardenal confía plenamente en vos.

-Lo sabéis.

Aquello lo tranquilizó. Nogaret no lo había considerado una intromisión. Al contrario, le había dado a él un valor adicional. Se sintió de nuevo seguro. Su acompañante extendió

la mano por la ventanilla del carruaje, señalando un gran edificio: Fontainebleau, el palacio del Rey.

Les aguardaban. Les recibieron con honores. El conde de Poitiers se acercó presto cuando el carruaje de De Goth se detuvo frente a la puerta principal. Le besó el anillo con una deferente inclinación de cabeza, al tiempo que lo saludaba.

-Monseñor, vuestra presencia nos alegra. El Rey nos encarga que os saludemos. Os aguarda en sus aposentos. Y yo, modestamente, os trasmito mi personal bienvenida.

-Os lo reconocemos -dijo De Goth.

Subió las escaleras que conducían al palacio sin esperar por nadie. Touraine, Nogaret e, incluso, el mismo conde de Poitiers tuvieron que apurar el paso de firme para alcanzarlo y seguir tras él. Los interminables corredores del palacio se quedaban cortos para De Goth, que los recorría casi con furia.

No necesitaba que nadie le mostrase el camino. Lo había hecho cientos de veces. Era el palacio de su Rey.

Touraine, algo fatigado, sentía respeto y curiosidad. No había estado nunca en aquella parte del palacio, la de los aposentos reales. No era muy distinta de la que conocía. Sobria y parca en decoración. A medida que la recorrían notó que su ansiedad

iba en aumento. Quizá debido ala determinación que veía en De Goth o, quizás, a que iba a conocer al Rey; pero lo cierto es que, de repente, se encontró caminando a toda prisa al lado del cardenal. Se aproximaba un gran momento. Puede que no se repitiese más. Iba a hablar con el Rey de

Francia.

Llegaron a la puerta del salón real. Una corona dorada en relieve sobre la puerta y el escudo real lo señalaban. Los guardias, cortesanos y nobles arremolinados allí, también.

Aquella era la puerta que daba al Rey.

Cuando vieron a De Goth, todos se apartaron y, respetuosamente, inclinaron la cabeza. Aquella gente sabía quién era quién.

Esa era su profesión. Exactamente igual que le hubieran escupido y despreciado si sospecharan que había caído en desgracia. Olían el poder. Y De Goth era el hombre más poderoso de Francia, después del Rey.

Los guardias abrieron las puertas. Una sala pequeña, completamente alfombrada, con un escritorio tallado, acogía al Rey, que al ver a De Goth, sonrió, se puso de pie y avanzó hacia él, que se quedó inmóvil, inclinando, deferente, la cabeza. El Rey lo abrazó efusivamente.

-Monsieur De Goth, siempre es una satisfacción para nosotros veros y poder departir con vos -le dijo, cordial.

Fue el saludo de un amigo.

-Señor, nada me place tanto como veros. Sabéis que mi deseo sería permanecer en París y poder acudir a vuestra llamada cada vez que lo desearais -dijo De Goth en tono de amistad y respeto.

Touraine se quedó al lado de la puerta, que se había cerrado tras ellos. El conde de Poitiers se había quedado fuera.

-Tomad asiento. Despojaos de la capa. Tenemos mucho que hablar. Almorzaremos en mis comedores particulares. Contadme primero de vuestro viaje. ¿Cómo ha ido?

-Volver a casa es siempre placentero. Y dejar Roma no lo es menos -comentó De Goth en tono relajado y cómplice, al tiempo que se despojaba de la capa cardenalicia y se dirigía con el Rey hacia dos sillones, en el centro de la sala, con una mesita repleta de fruta al lado.

Touraine se dio cuenta, inmediatamente, de que no sólo compartían visión y pasión por Francia, sino que además eran amigos. Se les veía cómodos y a gusto mientras se sentaban en los sillones. El Rey cogió unas uvas, las ofreció a De Goth, que aceptó, y volvió a insistir:

-Contadme de Roma -pidió-. Algunas noticias ya me han llegado.

Pero quiero conocer hasta el más mínimo detalle.

De Goth reparó en Touraine, al que el Rey ni había visto.

-Permitidme antes -dijo- que os presente al cardenal Touraine, de quien os he hablado. Hombre cabal y ecuánime que será, si vos lo aprobáis, la cabeza visible de la iglesia francesa en Roma. El cardenal ya sabe que suplirá mi ausencia.

El Rey alzó la vista hacia Touraine, que avanzó unos pasos e hizo una amplia reverencia.

-Alzaos -ordenó el Rey-. Tengo de vos las mejores referencias.

El cardenal De Goth os valora en alto grado. Confío en que respondáis a la confianza que en vos depositamos.

-Me hacéis un honor inmerecido -respondió Touraine.

El Rey era un hombre delgado, pálido, con pelo negro, bien parecido. Aparentaba serenidad. Contrastaba con la determinación que transmitía De Goth. Pero quizás en aquel aspecto tranquilo radicase una de sus armas. Inspiraba confianza. Sonreía con naturalidad. No se le veía afectado; gesticulaba y hablaba como si estuviese ante gentes de su nivel. Un hombre que se sabía el Rey más poderoso de Occidente y actuaba con aquella naturalidad era, sin duda, un personaje excepcional.

-El cardenal Touraine, además de saludaros, os quiere transmitir su opinión sobre el papel que el Rey de Francia ha de jugar en los tiempos venideros.

-Os escucho -dijo el Rey señalando a Touraine una silla, algo alejada, frente a los sillones.

Touraine tomó asiento y, con una serenidad de la que él mismo se sorprendió, habló al rey de Francia de la necesidad de dar seguridad a los reyes europeos. No sería el imperio francés, sino el protectorado francés, sin interferir en el gobierno de cada país, pero controlando las monarquías y nobleza cuanto fuese menester. Lo comparó con la intención del Papa Bonifacio, que pretendía la hegemonía vaticana.

-Debéis ser -concluyó Touraine-, señor, y os lo digo con todo el respeto, el Rey viajero. El rey huésped de reyes, que os reconozcan como primus inter pares. Así Francia construirá su imperio sin guerras. Bonifacio VIII lo intentará por la fuerza y fracasará. Si vos lo intentáis dando seguridad a los demás, triunfaréis.

El Rey lo había escuchado atentamente. Cuando hubo acabado, se dirigió a De Goth:

-Una interesante teoría. Reflexionaremos sobre ella. Os reconozco lo que me contáis -dijo dirigiéndose ya a Touraine-.

No dejéis de transmitirme, a la mayor brevedad, todo lo que suceda en Roma y, cuando lo consideréis oportuno, solicitadme audiencia y venid a mi palacio.

Touraine supo que la audiencia para él había concluido.

Touraine supo que la audiencia para él había concluido Touraine supo que la audiencia para él -Majestad. Mi mayor orgullo ha sido veros y hablaros. Cardenal De Goth, a vuestra disposición -se despidió Touraine.

Se dirigió a la puerta. Una vez allí, hizo una reverencia y salió. Las puertas se cerraron tras él. Aquellos dos hombres siguieron dentro, en la sala real.

Librodot

EL BAUTIZO EN EL CASTILLO DE ENTENZA

La campana de la capilla del castillo de Entenza llamaba al bautizo. Indalecio de Avalle, sentado al lado de la cuna, no despegaba la vista de su hijo, de apenas unas semanas. A su lado, Cristina, su mujer, los miraba a los dos. No había existido en el mundo un niño tan deseado. Su primer embarazo se había malogrado y ella había sentido la tristeza de haberlo perdido. Durante meses sus ojos se clavaban en todos los niños que pasaban a su lado.

Pero al final Dios lo había querido. Delante de ella estaban el niño más guapo del mundo y el marido más feliz. Desde que había nacido, Indalecio se pasaba horas mirándolo e intentando jugar con él. Más de dos años habían transcurrido desde su boda, allá en las tierras de Lemos. Muchas cosas habían sucedido en aquel tiempo, pero para ellos su hijo había sido lo más importante.

Cristina acompañaba a su marido a todas partes. Se les veía juntos en viajes, en paseos, e incluso en los ejercicios de su ejército. Eran felices y se les notaba.

Ahora, viendo a su hijo, la felicidad los desbordaba. No hablaban. Solamente estaban juntos. Indalecio miró a Cristina.

Dulce, hermosa, con su sonrisa enamorada. Cuánto la quería.

Cada vez más. Desde aquel día de su boda, en el que un imprudente obispo lo había provocado, a su amor se había añadido todo lo que compartían. Su causa, su trabajo, sus charlas tranquilas y ahora, por encima de todo, su hijo.

Su amor los aislaba del mundo turbulento en el que vivían.

Cada noche, cuando se acostaban, al cerrar la puerta de su habitación, dejaban fuera el resto del mundo. Aquella habitación era suya y solamente suya. A medida que el mundo se volvía más hostil, su amor era más fuerte y cálido y su unión más profunda.

Cristina sabía los riesgos que se cernían sobre su marido y aunque le

producían terror, los aceptaba. Tenía que ser así.

Por eso vivía intensamente cada instante de su vida juntos. a veces soñaba que el tiempo se detenía para que su marido y su hijo siguiesen eternamente con ella.

Compartía con él el deseo de que las cosas fuesen de otra forma. Siempre estaría a su lado, apoyándolo. Ella sabía que su apellido significaba mucho en aquellas tierras. La respetaban y muchos la querían. Lo había puesto todo al servicio de aquella causa justa y noble; sin ella, su marido no podría llevarla a cabo.

La campana, con un sonido seco y metálico, volvió a repicar de nuevo. Indalecio miró a Cristina. Su rostro dulce y sereno mostraba aquella sombra que asomaba a veces y que él conocía.

-Hoy es nuestro gran día -dijo él-. El tuyo, el mío y el de nuestro hijo. No temas. Nadie se atrevería contra nosotros.

Nos respetan. Saben quiénes somos. Nuestro destino es favorable. Y con él -dijo señalando al niño-, está lleno de luz y de esperanza.

-No soportaría perderte -dijo Cristina-. Ni aun con nuestro hijo a mi lado. Pido a Dios que antes que a ti, me llame a mí.

-¡No lo pienses ni un momento! -la interrumpió Indalecio-. Hoy es un día de felicidad. Ni una sombra se puede cruzar en él.

Mira, atrancaremos la puerta y nos quedaremos para siempre los tres aquí.

Se abrazaron con fuerza. Se besaron. Permanecieron de pie abrazados. Sintiéndose. Amándose.

-Tenemos que bajar -advirtió Cristina-. No debemos hacer esperar a nuestros amigos.

Toda la nobleza gallega estaba aquel día en el castillo de Entenza. Nadie había faltado a la cita, que era mucho más que la celebración de un bautizo. Era la reunión que seguía a la que habían mantenido dos años antes en Lemos, cuando, tras la plática con aquellos monjes, habían decidido actuar. Los convocaba Indalecio de Avalle, el hombre que se había puesto a la cabeza de aquella movilización sin precedentes en las tierras de Gallaecia, que algunos, los que no las conocían, creían de gente mansa. Eran pacientes y sacrificados, pero también rudos y bravos. Ahora eran tiempos difíciles. Los habían llamado y todos habían acudido.

El niño había sido bautizado al día siguiente a su nacimiento.

Le pusieron el nombre de su padre, Indalecio. Cristina tuvo la idea: era

bueno celebrar una gran reunión para que se viese su fuerza y para que todos supiesen que detrás del señor de Avalle estaba toda la nobleza gallega. Lo consultó con su madre, que se había desplazado para ayudarla en el parto. A Inés, mujer calculadora, le pareció muy conveniente. Durante la cena se lo sugirieron a Indalecio, que se mostró entusiasmado. Podrían hablar con todos durante varios días; visitarían el campamento donde el ejército estaba acuartelado y tratarían algunos planes que él tenía en la cabeza.

Decidieron entonces un nuevo bautizo solemne. La nobleza fue invitada y todos acudieron, la mayoría porque creía en la causa, algunos por no quedarse fuera y otros para ver y oír.

Indalecio lo sabía bien. Sabía, incluso, quienes estaban en cada grupo.

El oficiante sería el obispo Juan de Tui, buen amigo del abuelo de Indalecio, que siempre había colocado la amistad por encima de su obediencia a Compostella.

Los padrinos serían Inés, la abuela, y Bernardo de Quirós, de las tierras del norte, gran amigo del conde de Lemos, hombre noble, leal y poderoso. Había sido Inés la que lo había sugerido. Convenía una alianza fuerte y duradera con las gentes del norte de Gallaecia. Sería la unión de la nobleza del sur, en el río Miño, los Avalle, con la del mar Cantábrico, los Quirós y con los de Lemos, en el interior. Un triángulo que abarcaba toda Gallaecia.

Los padrinos aguardaban abajo, en la plaza del castillo.

Cristina llevaba al niño en brazos. Inés les sonrió con aquellos ojos azules que no podían dejar de mirarse. Bernardo los saludó.

-Estoy nervioso como si fuera un padre primerizo en el bautizo de su hijo -confesó.

-Es que vais a apadrinar al niño que Dios puso en el mundo con más agrado -le contestó Inés.

Se dirigieron a la capilla. La campana los saludó. El niño empezó a llorar. Los invitados abarrotaban el oratorio, incluso algunos se tuvieron que quedar fuera, en el patio.

Dirigiéndose a cada uno por su nombre, Indalecio correspondía efusivamente a los saludos. Cristina, con Inés a su lado, también sonreía a todos. Bernardo de Quirós caminaba tras ellas.

En la puerta de la capilla les esperaba el obispo. Su rostro apacible decía de su bondad. Cuando entraron los recibió con expresión de satisfacción. Recordó al abuelo de Indalecio, con quien tan buenos momentos había pasado. Era un hombre con un inagotable afán de saber; lector empedernido, su gran pasión eran la astronomía y las matemáticas.

Nadie sabía tanto como él. Su biblioteca estaba repleta de tratados sobre aquellas materias. «Las culturas orientales se preocupaban del firmamento, porque de allí venimos», le había dicho don Indalecio en una ocasión. «Los devotos de Confucio, los moradores del Eúfrates y del Tigris, los creyentes en Alá siempre estudiaron el cielo. Allí se ve el tiempo y el tiempo es la vida.»

El obispo recordó que, cuando don Indalecio le hablaba del tiempo, de las distancias, de las estrellas y de los cometas, le costaba mucho esfuerzo comprenderlo. Incluso, a veces, pensaba que ni él mismo comprendía sus propias palabras. «La astronomía es una ciencia exacta. Se puede saber con precisión por dónde saldrá el sol en el horizonte cualquier día del año», le dijo una vez. «Eso lo sabemos todos», le había contestado el obispo. «Sí, pero no sabéis por qué. Y lo importante es saber por qué. Conociendo esa respuesta podemos contestar muchas otras preguntas.» «Las Sagradas Escrituras lo contestan todo», le había dicho el obispo Juan. «Vos sabéis que no es así», le reconvino el señor de Avalle.

En otro cualquiera aquello hubiera sido una herejía, en don Indalecio era fruto de la reflexión. Era hombre de ciencia.

Había estudiado árabe para poder leer libros de astronomía que nadie había traducido. Había viajado al sur de Portugal, a Francia y a Toledo en busca de manuscritos que ampliaran su conocimiento. Una vez, mostrándole un códice escrito en hebreo, como la Biblia, le había hablado de uno de sus viajes.

«Estando en la biblioteca de Lisboa, un caballero templario con quien trabé conversación y que también leía astronomía me recomendó viajar a Toulouse y estudiar en la biblioteca templaria. Había allí textos que aquellos caballeros trajeran de Oriente. Él no los había entendido, pero creía que con mis conocimientos yo podría interpretarlos. Me dio una carta para el maestre. Con ella fui bien recibido. Era la mayor biblioteca del mundo. Cientos de volúmenes que nadie había leído en muchos siglos. Me embriagué de ellos. Pasé allí varios meses. Encargué a los copistas reproducciones de algunos; los estudié durante años. Libros y firmamento. Textos y reflexión durante el día y observación del cielo durante la noche.»

El obispo recordaba que, tras aquella frase, el abuelo de Indalecio se había quedado callado un buen rato, dudando si seguir. Al final lo hizo. Retrocedimos miles de años en nuestro conocimiento. Otras civilizaciones supieron mucho.

Nosotros lo olvidamos. Solamente con mirar al cielo de noche comprendemos que estamos equivocados. El centro del universo no existe. Otros ya lo dijeron hace mil años. Dentro de otros mil, el hombre lo asumirá. Pero tienen que transcurrir mil años.» El obispo no lo entendió. «Los cometas viajan por el universo siguiendo sus reglas», continuó don Indalecio. «Cada cien años, cada mil, nos visitan y se van. Son el tiempo, viajan por el espacio. Describen su elipse, la elipse del tiempo. En un universo que se repite, el tiempo también. El tiempo volverá con su elipse. Arrancará un día

con algo de nosotros y volverá en mil años. Hoy está sobre nosotros. Al girar el milenio volverá. Y con él nosotros.»

Ahora, en la capilla del castillo, lo recordaba. Su nieto, Indalecio, estaba delante de él. El vivo retrato de su abuelo.

Cristina, su mujer, aquella señora dulce y hermosa cubierta con el velo, se arrodilló con el niño en brazos. Los bendijo.

Cristina pasó el niño a Inés que, con Bernardo, lo acercó a la pila bautismal. Indalecio cogió la manita de su hijo. «Ego te bautizo, Indalecio, in nomine Patris…» El agua cayó sobre su cabeza. El obispo recordó. Había bautizado ya a dos generaciones de Avalles; esta era la tercera. El niño no lloró. Su padre tampoco lo había hecho. Los miró fijamente. El tiempo los envolvía a los dos, padre e hijo. Se acordó de su abuelo. Recordó aquella frase que nunca había entendido y que le parecía un poco misteriosa: «Al girar el milenio, volverá».

Sintió ganas de abrazar al nieto y al bisnieto de don Indalecio. La emoción lo embargaba. Ya no volvería a bautizar a otra generación de aquella gente. Él se iría. Ellos seguirían y algún día todos volverían en la elipse de la que hablaba su gran amigo.

Los acordes del órgano lo devolvieron a la realidad. Cogió entre sus manos las del padre y su hijo y los despidió:

-Id en paz. Que la luz del Señor os acompañe.

La campana y la música saludaron al nuevo cristiano. Inés, con él en brazos, y Bernardo salieron al patio. Todos los felicitaban. Se les unieron Josefa y el conde de Lemos. Se acercaron los señores de Valladares, los de Monterroso, los Yáñez del Campo, los Mariño de Lobeira…, rostros de amistad y afecto. Otros permanecían más retraídos. Mientras se saludaban, Indalecio veía que aquel gran pueblo tenía alma y que su corazón latía. Dos años antes un impulso lo había llevado a encabezar aquel proyecto; entonces lo veía como una aventura. Hoy, tras aquellos más de dos años de trabajo, ya era la causa de su pueblo, de sus derechos y de su propia libertad.

Hoy sabía de la importancia de lo que estaban haciendo. Sabía de sus amigos, de sus aliados y de sus enemigos. Sabía de la nobleza y del clero. De algunos obispos y de los nobles desafectos. Pero aún no sabía de la Reina regente. Él era un vasallo fiel a su Rey. No podía albergar resentimiento alguno contra un rey que descendía de aquel Fernando III, que visitara sus tierras nueve meses antes de que naciese su abuelo.

La Reina regente de Castilla seguía en silencio. Indalecio le había comunicado su intención de fortificar su territorio y de contribuir a la defensa de Occidente y de Compostella. No había obtenido respuesta. Y ya habían pasado casi dos años.

Siguiendo el consejo de Cristina había enviado a la Reina María de Molina, junto con los tributos recaudados, el mensaje del nacimiento de su hijo, pidiéndole el reconocimiento real para el uso del señorío de Avalle, al que ya tenía derecho por edicto de Fernando III, el Rey Santo. Era un gesto de respeto y sumisión.

Cristina e Inés subieron al niño a su habitación. Madre e hija no podían ocultar su satisfacción. Lo dejaron con el aya y bajaron al patio. Al atravesarlo, aún alejados de las mesas y sillas en las que los invitados empezaban a tomar asiento, Enric se les acercó:

-Mis señoras -les dijo con aquel fuerte acento con el que hablaba la lengua de Gallaecia-, mis respetos y mis parabienes. Este niño nos alegra a todos. A mí también. Tanto como a vos. He encontrado en vuestra hospitalidad el afecto de los amigos; quiero que sepáis que dedicaré todo mi esfuerzo a vuestra causa, que es la mía. Don Indalecio seguirá contando con mi concurso mientras él y vos, doña Inés, lo deseéis. y vuestro nieto tendrá en mí su más leal educador y defensor.

-Os lo agradecemos, Enric -le contestó Cristina-. Sé del afecto que os profesa mi madre. Yo os pido que permanezcáis al lado de mi marido. Vuestra ayuda es de gran valor para él.

Inés, mirándole a los ojos con expresión de afecto, apostilló a su hija.

-En estos años os ganasteis por vuestros méritos un lugar en esta familia. Sois un amigo. Lo seréis siempre. Veros a nuestro lado, allá en las tierras de Lemos, nos satisface. y por el afecto que os profesamos y que mi hija conoce, os pido que os trasladéis a este castillo. Don Indalecio os necesita.

Él os lo va a pedir. Os ruego que aceptéis. Yo misma pasaré largas temporadas aquí. Quiero ver crecer a mi nieto.

La mirada de Enric, aquel duro templario, se quedó fija en los ojos azules de doña Inés. No era capaz de separarla. Desde aquel día en que la había visto por primera vez al lado de la chimenea del castillo de Lemos, se sentía preso de aquellos ojos. Ahora la veía aún más hermosa. Había quedado atrapado.

No tenía salida y no quería tenerla. Había decidido entonces que el mejor lugar para dirigir todo aquello era el mismo castillo de los condes de Lemos. Allí tendría una inmejorable atalaya para observar aquella tierra gallega. El conde confiaba en él. A las pocas semanas de haber llegado a Lemos, habían tenido una larga plática. Las cruzadas, el moro, la Cristiandad, el Temple; todo fue tratado en detalle.

-Vos sois alto maestre -le dijo el conde-. Uno de los caballeros más poderosos del Temple. ¿Por qué vos? ¿Por qué alguien de vuestro rango encabeza una avanzadilla en estas tierras, en el fin del mundo?

-Porque Thibauld de Gaudin, el Gran Maestre, lo decidió así.

Esta es una misión de gran importancia. El sepulcro de Santiago tiene para los templarios un gran valor. No lo tenía hace cincuenta años, cuando lo que importaba era Jerusalén, pero ahora estamos en el tiempo de Compostella.

-Todos sabemos que los ejércitos de Alá no llegarán fácilmente aquí, a Gallaecia, sin embargo, vos insistís en el riesgo de los árabes.

-Hay muchos riesgos. El árabe es el que se entiende mejor. Vos mismo visteis cómo los caballeros de nuestra reunión lo aceptaron. Pero los riesgos pueden ser otros. No me preguntéis cuáles; no lo sé y no estoy autorizado a hablar de ello. Pero los hay y quizá sean más temibles que el poder de Alá. De ellos nos escondimos al hacer nuestro viaje de forma tan reservada y cautelosa.

-Nosotros tendremos nuestra fuerza preparada para cuando llegue el momento -le aseguró el conde-. Pero vos también sois necesario. El señor de Avalle, mi yerno, encabezará el proceso. Es joven, valeroso e inteligente. Pero le falta experiencia. No sabe de armas, ni de intrigas.

-Debo seguir hasta Compostella. Esas son mis instrucciones -respondió Enric-. Pero tenéis razón. Permaneceré aquí con mis hombres unos días más. No hay gran premura en llegar.

Al decir estas palabras, el rostro de Inés se le había dibujado en la mente. Cada vez que la veía se sentía turbado.

Ejercía sobre él una irresistible atracción. Sentía terror ante el día en que tuviese que abandonar aquel castillo. Se había enamorado y todo perdía interés ante el simple recuerdo de Inés. Sintió un inmenso alivio. Podía quedarse más tiempo.

Ya tenía una razón: se lo habían pedido para la causa.

Puso su experiencia al servicio de aquella gente. Enviaba a Indalecio todo tipo de instrucciones. Los días pasaban. Una noche, cenando con los condes, Inés se había dirigido a su marido.

-He recibido un recado de Cristina. Es feliz. Vendrán a visitarnos la próxima semana. Pero se muestra preocupada por su marido. Le falta tiempo para atender a su tarea. Su esfuerzo es excesivo. Cristina nos pide que le ayudemos.

Indalecio, con el orgullo de los Avalle, jamás lo dirá. Os ruego que pidáis a Enric que se quede con nosotros hasta que nuestra empresa haya triunfado. Lo necesitamos a él y a sus hombres -dijo Inés clavando aquellos hermosos ojos en él.

Enric se estremeció. Inés le estaba pidiendo que se quedase.

Le miraba a los ojos y le pedía que se quedase. Su destino giraba en aquel instante. No sabía hacia dónde, pero le abría la esperanza. Ni se atrevía a pensar. Sólo quería quedarse.

-Doña Inés ha hablado por mí -confirmó el conde-. Nuestra causa, que también es la vuestra, os necesita. No os podéis negar. El Temple os encargó esta misión. Ahora sois imprescindible. Os ruego que os unáis a nosotros.

-Lo hablaré con mis hombres -respondió Enric-. Os aseguro que haré lo mejor para nuestra causa.

No podía ni quería escapar a su destino. Informaría al Gran Maestre y atendería desde allí a aquella empresa. Nada haría con tanto agrado. Siguió su destino, obedeciéndolo.

Las voces y las risas de los comensales sentados en el patio del pazo de Avalle iban en aumento. Era una gran fiesta.

Cristina, Inés y Enric se sentaron con los demás. Cristina al lado de su marido, que le cogió la mano. Bernardo de Quirós se puso en pie. Cogió su copa, de metal dorado y pronunció el brindis:

-A la salud del niño y de sus padres. En doña Cristina y don Indalecio hemos encontrado amigos leales. Por ellos. Con el juramento de nuestra fidelidad a esta causa noble -dijo señalando con su copa a Indalecio.

Todos bebieron puestos en pie. Nobles y clérigos. Amigos y enemigos.

-En nombre de mi esposa y de mi hijo os expreso mi gratitud por vuestra presencia -contestó Indalecio-. Sabemos que por encima de nuestras personas está nuestra tierra. Y también que estáis aquí por la causa de todos. Por ella os pido que levantéis vuestras copas. Por nuestra tierra y nuestra Reina.

Todos bebieron. Indalecio había querido hacer patente su lealtad a la Reina. Su causa era por su país, pero no contra ella. No sabía cómo, pero tenían que tener a la Reina a su lado.

Mientras comían, entablaron una animada conversación sobre el despliegue militar en Gallaecia. Los conocimientos de Bernardo sobre estrategia militar eran patentes. Indalecio lo escuchaba atentamente, preguntándole todo tipo de detalles. Bernardo tenía respuesta a todo.

-No olvidéis nunca el sur -advirtió señalando hacia Portugal, cuyos montes se podían ver desde las ventanas del Castillo-. El que tenga las espaldas guardadas triunfará. En caso de apuro, se podrá retirar a esas tierras, ahí al lado, a un tiro de piedra, y volver más adelante.

-El rey de Portugal es amigo y será nuestro aliado: a Enric se lo debemos. Pronto nos veremos con él para conocer sus intenciones. Gallaecia y Portugal son iguales; aquel monte es igual a este -dijo señalando los montes portugueses y españoles-. Nuestras gentes hablan igual. Debemos ser amigos.

Aquella declaración tuvo un efecto que Indalecio había calculado bien. Sabía que les impresionaría saber que don Dinís, el gran Rey portugués, iba a mantener una audiencia con él. Se quedó viendo, divertido, las caras de sus invitados. A cien leguas se veía quiénes eran amigos y quiénes no. Si no lo supiese, allí lo vería fácilmente.

-¿Cuándo será la audiencia? -preguntó el señor de Bembibre.

Era un fiel aliado y aportaba muchos hombres a la causa.

-Pronto, muy pronto -contestó amablemente Indalecio.

-¿Os desplazaréis a Lisboa? -volvió a inquirir el de Bembibre.

Aquella pregunta era la que Indalecio deseaba. Contestó con parsimonia y calculada indiferencia.

-Don Dinís se desplazará a las tierras del Miño. La audiencia la celebraremos viendo Gallaecia y Portugal.

Un murmullo recorrió las mesas. Indalecio sonrió; no dijo nada más. Enric sonrió también; de nuevo sus planes daban resultado.

Cuando la comida tocaba a su fin, un soldado se aproximó a Indalecio y le dijo unas palabras en voz baja. Indalecio asintió. Su expresión cambió. El guardia se fue y volvió acompañado de un capitán de la guardia real. Indalecio se separó unos pasos con él y tras una breve conversación volvió a la mesa. El capitán saludó y abandonó el castillo. Tras unos instantes pensativo, Indalecio se puso en pie. Se hizo el silencio. Todos habían visto al capitán de la guardia real.

-Doña María de Molina, Reina regente y su hijo Fernando, nos saludan -anunció con voz grave y semblante tranquilo-. Nos envía sus mejores deseos, para nosotros y nuestro hijo. Don Alonso Pérez de Guzmán viaja hacia aquí en su representación; imprevistos del largo viaje lo han retrasado e impedido estar hoy con nosotros. Se encuentra en el castillo del Sobroso, a tres leguas. Esta noche estará aquí.

Indalecio se sentía henchido de satisfacción. Se le notaba.

Tras dos años de espera, la Reina había hablado. Enviaba al capitán de sus ejércitos, un noble leonés de conocida bonhomía. Era el mejor saludo que podía enviar.

-Iremos a su encuentro -dispuso Indalecio-. Mostraremos nuestra hospitalidad y amistad al enviado de la Reina. Os ruego que disculpéis nuestra presencia hasta esta noche.

Indalecio montó a caballo. Enric fue con él; el templario estaría presente cuando recibiesen al enviado regio. Cuando ya cabalgaban, el banquete en el castillo de Entenza aún continuaba.

Cabalgaron toda la tarde. El sol abrasaba. Era uno de aquellos días en los que el calor se hacía insoportable. Aquellas tierras húmedas, de las que la lluvia era compañera habitual, en ocasiones se volvían tórridas, con un calor que más parecía del sur de la Iberia. Cuando llevaban dos horas de viaje, al pasar por el mesón de Taboeja, en el camino que los romanos habían construido, dejadas atrás las riberas del Miño, Indalecio se dirigió a Enric:

-Demos un descanso a los caballos y refresquémonos un rato -dijo dirigiendo su cabalgadura hacia la posada.

Descabalgaron y entraron. El mesonero reconoció inmediatamente al señor de Avalle. Aquellas eran sus tierras y aquella su gente. Había varios campesinos que se pusieron de pie inmediatamente.

-Señor de Avalle. Vuestra presencia es un honor -se apresuró a decir el mesonero con una profunda inclinación.

-Sólo deseamos un trago de vino y proseguiremos inmediatamente nuestro camino -le explicó Indalecio.

-En aquella mesa estaréis a gusto -les aseguró el mesonero señalando una mesa ocupada por cuatro personas-. Es la parte más fresca de la estancia, al lado de la ventana.

Antes de que Indalecio pudiese decir nada, se dirigió hacia las personas que la ocupaban.

-Os ruego que os cambiéis de mesa -les pidió.

Indalecio se dirigió hacia ellos con la intención de corregir al mesonero; se sentarían en cualquier sitio. Reparó entonces en quiénes eran. Dos mujeres, una señora entrada en años y una joven con porte noble, y dos jóvenes con aspecto de ayudantes.

La mujer joven, morena, con el pelo negro y muy hermosa, mientras él avanzaba para decirles que permaneciesen en su sitio, le lanzó una mirada fulminante, mientras en voz alta decía:

-Nosotros ocupamos esta mesa y seguiremos en ella.

Indalecio, que estaba ya a su lado, se sintió molesto por aquella frase que no se correspondía con sus intenciones. Ella se puso en pie y lo miró desafiante.

-No fui yo quien demandó este sitio. Fue el tabernero. Pero me corresponde -le reclamó Indalecio respondiendo con la dureza de su mirada al desafío de la de ella.

Se miraron a los ojos durante un segundo con altivez y distancia. Indalecio no quiso seguir aquella disputa con dama tan singular.

-La grandeza está, a veces, en ceder -dijo con frialdad-. Esta es una de esas ocasiones.

-Lo celebro -le respondió ella, con la misma frialdad y distancia.

Indalecio se dirigió a una mesa alejada de aquella. Enric, sorprendido, se sentó con él. La dama había vuelto a su sitio.

En ninguna de las dos mesas se pronunció una sola palabra.

Todos habían quedado molestos. Cuando Indalecio y Enric apuraban sus vasos de vino, las cuatro personas de la otra mesa se levantaron y se dirigieron a la puerta. Aquella hermosa mujer morena, adelantándose a los demás con paso ligero, salió sin dirigir ni una mirada a Indalecio. Éste la observó de nuevo, alta, esbelta, ágil y enfadada, con una furia visible; aquella situación le pareció entonces divertida. Sonrió y siguió bebiendo.

Cuando un instante después Indalecio y Enric montaron sus cabalgaduras, el carruaje que llevaba a aquella mujer ya había desaparecido en la dirección contraria a la suya. Así se evitarían tener que adelantarlas y, quizá, saludarlas.

Un rato después, avistaban el castillo del Sobroso. En una loma. Al acercarse, los guardias reconocieron al viajero.

-¡El Señor de Avalle se dirige al castillo!

La voz del centinela llenó todas las estancias. El señor de Vilasobroso se dirigió apresuradamente a los aposentos donde descansaba Alonso de Guzmán.

-El señor de Avalle se acerca a recibiros -le anunció.

Cuando Indalecio y Enric cruzaron la puerta del castillo, en el patio de armas formaba la guardia y al lado de las escaleras de entrada a los aposentos, Alonso de Guzmán aguardaba en pie. Indalecio desmontó y lo saludó:

-Esta tierra se honra con la visita del enviado de la Reina.

-La Reina se honra de vos y me encarga que recibáis su saludo y reconocimiento. Vos y vuestro hijo -dijo abrazándolo.

Subieron las escaleras seguidos por Enric, el señor de Vilasobroso y los acompañantes del leonés. Ordenaron preparar el carruaje de Guzmán. Se pondrían en marcha inmediatamente.

Dormirían en el castillo de Entenza. Mientras aguardaban, Indalecio hizo las presentaciones.

-Enric de Westfalia, un caballero germano, caminante de Santiago, procedente de las cruzadas, huésped de los condes de Lemos y nuestro, dijo señalando a Enric que, en pie, saludó con una inclinación de cabeza y fue correspondido por Guzmán.

Éste presentó a sus acompañantes, nobles castellanos de alta alcurnia. La Reina quería ser representada, ante la nobleza gallega, por caballeros que mereciesen respeto. A medida que los nombres iban sonando, Alvar González, Alvarez..., Indalecio se daba cuenta de la importancia de aquella comitiva. La Reina no había escatimado reconocimientos. Quería agradar.

La conversación versó sobre el avance de la lucha contra el infiel en las tierras del sur. Indalecio no paraba de inquirir detalles sobre las confrontaciones militares, las estrategias, las alianzas políticas, la situación del mundo islámico.

Guzmán enseguida se dio cuenta del interés de Indalecio, no sólo por lo militar sino por lo político.

-El reino de Granada está debilitado por sus luchas internas.

-Será presa fácil -le aseguró Guzmán.

-El cristianismo también lo está -afirmó Indalecio-. El reino de Aragón, el de Castilla, el de Portugal, cada uno con una estrategia diferente. Castilla se debilita en la disputa sucesoria entre don Fernando y don Alfonso de la Cerda, y algunos la quieren dividir. El conflicto debe resolverse, para ocuparnos de la lucha contra el infiel.

-Cierto. Me agrada oíros -contestó Guzmán-. De eso hablaremos.

Os transmitiré un mensaje de la Reina. Quiere contar con vos para la tarea de la unidad.

Aún no era el momento de proseguir aquella conversación.

Guzmán se dirigió, respetuoso pero con visible curiosidad, a Enric.

-¿En qué batallas cruzadas habéis tomado parte? -le preguntó.

No había dejado de observarlo desde que entraran en la sala.

El rojo y el blanco del Temple eran notorios y, aunque no llevase ningún signo de la orden o de su grado, su autoridad era visible.

-En los Santos Lugares. He estado en Jerusalén, en el sitio de San Juan de Acre, cautivo en Túnez... -respondió con amabilidad, pero sin mostrar gran deseo de entrar en detalles.

Guzmán lo percibió, pero no cejó en su interrogatorio.

-¿Vinisteis a través de Portugal? ¿Conocéis al monarca portugués? -preguntó.

-Procedo de las tierras del norte de Europa, aunque vengo del cautiverio del Islam. Fui rescatado en Granada, ya va para tres años -respondió Enric sabedor de que aquel dato era conocido por su interlocutor-. Tengo muchos amigos en tierras portuguesas -prosiguió-, y he tenido el honor de saludar a don Dinís.

-Gran monarca -interrumpió Guzmán.

-Cierto. Su nombre es respetado en toda la Cristiandad y temido por el infiel -concedió Enric.

El capitán de la guardia real entró en la sala.

-Estamos listos para partir -dijo dirigiéndose a Guzmán.

Se levantaron. Un rato después el carruaje en el que viajaban Alonso e Indalecio, seguidos por el resto de la comitiva, descendía la loma del castillo. Por el camino, Indalecio fue mostrando a Alonso el territorio que atravesaban; las tierras del Miño, su señorío.

No hablaron de política, ni de guerra; los dos sabían que esa conversación tendría lugar más adelante. La esperaban. Ahora Indalecio deseaba enseñarle sus tierras y Alonso quería verlas.

Pasaron por la taberna e Indalecio se acordó de aquella mujer morena; se sorprendió de no guardar ningún rencor de aquel encuentro. Al contrario, le hacía gracia; una mujer se le había enfrentado, con bravura, en sus propias tierras. Sonrió.

-¿Os sonreís de algo en especial? -preguntó Alonso al ver aquella expresión.

-Sí -contestó Indalecio-, de un encuentro muy especial que no se si querría que se repitiese o no.

Fueron descendiendo hacia el valle del Miño. Tierras verdes, fértiles. Viñedos cargados de racimos con el buen vino de aquel año; castaños con las flores verdes, como hojas puntiagudas, que también anunciaban abundancia. Indalecio quería que Alonso entendiese lo que aquella tierra significaba. Sustento, seguridad y belleza. Los árboles, más que crecer, brotaban; las cosechas eran abundantes. Sol cálido de verano y montes verdes. Era la Gallaecia.

-Aquí crece madera para barcos y construcciones -dijo Indalecio mientras pasaban por Fiolledo. Y allí -dijo señalando una loma-, acampa nuestro ejército.

Alonso atendió con interés. Sabía que el ejército que habían reclutado los nobles gallegos era numeroso, estaba bien armado, y no adolecía de buen adiestramiento. Caballeros del Temple se encargaban de aquel cometido. Portugal estaba a un tiro de piedra y don Dinís había concentrado numerosas fuerzas en las cercanías de Braga. Demasiados hombres armados juntos.

Además estaba aquel destacamento que el arzobispo de Compostella había conseguido movilizar, sostenido por un acaudalado peregrino. No eran tiempos para que Castilla distrajese su atención del Islam, tan débil en la península.

Era mucho más conveniente tenerlos al lado. Nunca habían atendido mucho a aquel territorio, ni a sus gentes pero ahora la necesidad lo imponía. Mientras veía aquellos bosques verdes repletos de castaños y robles, Alonso de Guzmán no entendía cómo habían llegado a aquella situación. De pronto y como por arte de magia, la tranquila Gallaecia había entrado en ebullición. Y allí, con él, el artífice de todo aquel movimiento. Parecía leal a la Reina. Le había enviado misivas y mensajes. Eran fuertes, aunque no sabía cuánto. Había que tenerlos como aliados.

Cuando las sombras empezaban a hacer peligroso continuar el viaje, avistaron el castillo. Alonso no lo pudo apreciar bien.

A aquella hora era sólo una sombra borrosa. Los recibieron encendiendo antorchas; a medida que se acercaban, se iba haciendo la luz. Cuando llegaron, Alonso pudo ver una sólida construcción de piedra, oscurecida por el musgo seco del verano, rodeada de viñas, de las que surgía una hermosa escalinata, que se confundía con la vegetación. Dos grandes torreones, con ventanas pequeñas, se alzaban amenazadores.

Entraron en un patio, donde docenas de antorchas y gentes a pie los esperaban entre luces y sombras.

El enviado de la Reina e Indalecio descendieron del carruaje y avanzaron hacia la gente.

-Doña Cristina, mi esposa.

-La Reina y el Infante, os saludan, doña Cristina. Desean que vos y vuestro hijo permanezcáis en su corazón -le transmitió Alonso.

Indalecio siguió con las presentaciones. Los condes de Lemos, los señores de Quirós, de Bembibre, de Valladares..., el buen obispo de Tui. Todos saludaron al enviado de la Reina.

Indalecio los iba señalando uno a uno. Los conocía tan bien...

A aquella hermosa mujer morena la conocía, pero no sabía quién era.

-Espero don Indalecio que nuestro segundo encuentro sea más propicio que el primero -dijo ella con una sonrisa, en un gesto de amistad que encubría el enfado que aún le duraba.

-La señora del encuentro especial -le explicó Indalecio a Alonso. Éste sonrió y la saludó con la cabeza. Cristina le aclaró:

-Doña Raquel Murías, acaba de llegar; ya nos habló de su encuentro con mi marido.

Pasaron al gran comedor. Las antorchas daban un calor insoportable, pero entraron todos. Se quedaron de pie. Alonso, Indalecio y Cristina, los condes de Lemos, los Quirós y Raquel se situaron frente a los demás. Indalecio tomó la palabra:

-Os damos la bienvenida. Es para mí y para doña Cristina un honor que el enviado de la Reina asista al bautizo de nuestro heredero. En mi nombre y en el de los padrinos deseamos larga vida a la Reina. En nombre de la nobleza gallega proclamamos nuestra lealtad. Queremos una reina que lo sea también de estas tierras. Deseamos que conozca su tierra, y que confíe en nosotros. Nuestra causa es también la suya. No es contra nadie. Pero si no somos respetados, nuestra tierra no cumplirá su destino. Queremos que los derechos de Gallaecia, simbolizados en el Apóstol, nuestros fueros y nuestras tradiciones, sean respetados por todos. Pedimos a la Reina que los reconozca. Y con esta petición va nuestra fidelidad. ¡Viva la Reina!

Aquel saludo fue coreado por todos.

-La Reina, doña María de Molina, os envía sus saludos -empezó Alonso dirigiéndose a Indalecio y a su esposa-. Quiere que vuestro hijo lleve el nombre de Avalle, con el escudo que os asigna. -Indalecio agradeció aquella deferencia real-. La Reina me encarga que os salude, nobles de esta gran tierra. Os transmite su deseo de visitar muy pronto Gallaecia y de estar con todos vosotros.

Aquel anuncio fue recibido con un murmullo de aprobación, que no pasó desapercibido a Alonso.

Librodot

-Quiere conocer, de propia voz, vuestra causa -prosiguió-, que en lo que conoce, le satisface. Quiere que sus nobles sean orgullosos y vos lo sois; quiere vasallos leales y valerosos y vos lo sois. Reconoce vuestra autonomía de otros poderes y la anima. Pronto proclamará el nuevo orden y lo hará viniendo aquí. Ahora lo que yo os propongo es unir a toda la Cristiandad de la península en torno a nuestra Reina, para conquistar Almería y Gibraltar. La lucha contra el infiel requiere de toda nuestra fuerza y la Reina os pide la vuestra.

Confía en que se la daréis. ¡Viva la Reina!

De nuevo las voces corearon aquel deseo.

-La noche es cálida; cenaremos en el patio -dijo Indalecio acercándose a Guzmán-. ¿Estáis pidiendo que nuestro ejército se desplace a Al-Andalus para luchar contra el Islam? -preguntó en voz audible para todos.

-Hablaremos de eso mañana. Es asunto muy importante que quiero tratar en detalle con vos.

-Mañana -contestó Indalecio- quisiera que visitásemos el campamento de nuestras tropas y que viésemos su adiestramiento. Después podemos despachar los asuntos que deseéis. Los invitados están avisados. Saldremos con el alba.

Cuando el sol apareció en el horizonte, la comitiva ya estaba preparada para partir. Los hombres en sus caballos y carruajes para las damas. Cristina, Inés y Josefa iban juntas. Raquel, a caballo, junto a su cuñado. Indalecio y Alonso bajaron las escalinatas, montaron y la comitiva se puso en marcha.

Era el poder de aquella tierra; era Gallaecia la que se movía.

Ellos eran sus representantes; la fuerza les venía de la tierra, de los árboles, de los ríos..., de sus antepasados.

Alonso de Guzmán observó detenidamente a aquellas gentes que formaban la más poderosa comitiva que jamás se había movilizado en aquellas tierras. Eran fuertes y lo sabían.

Empezaban a tener poder y lo sabían. Sólo tres años antes se postrarían al saber que un delegado regio los llamaba y hoy cabalgaban al lado del enviado de la Reina e incluso su general, el señor de Avalle, era tratado como un igual. Alonso volvió a preguntarse qué había pasado, cuál era la razón de aquella movilización. Sin que nadie supiese por qué, aquellos hombres se habían puesto en pie. Desde Castilla siempre habían confiado en el Císter y en la Iglesia para mantener tranquilas a aquellas gentes. Los nobles aceptaban el papel de dirigentes menores, sin fuerza real. ¿Qué había pasado? Su mirada se clavó en Enric, que cabalgaba al lado de Indalecio. Ellos eran los responsables; un joven aguerrido y un experimentado

templario. Sin ellos, aquellos nobles volverían a su tranquila existencia.

-Mirad allí -le dijo Indalecio interrumpiendo su cavilación-.

El río es nuestra vida. Sin él no seríamos un pueblo.

Guzmán pudo ver, allá abajo, el río Miño, hermoso, poderoso, majestuoso. Aquel río que, con su hermano el Sil, bordeaba las tierras gallegas, era la fuente que los mantenía.

-Arranca allá en Lugus, casi en las tierras de don Bernardo y viene a morir en las mías, tras atravesar las de Lemos, las de Ourense y las de Rivadavia. Es lo que nos une. El río por un lado y el rnar por otro deciden la Gallaecia; forman nuestra tierra.

Guzmán comprendió que aquellas gentes ya tenían símbolos. El Apóstol, el río... Aquello era muy preocupante. Y allí al lado, Portugal.

-Están detrás de aquella loma -dijo Indalecio señalando un montículo.

Cuando alcanzaron la cima, delante de ellos apareció, en perfecta formación, el ejército de Gallaecia. Ocupaba una inmensa explanada. Formaban en cuadrados; hombres a pie con escudos, arqueros, hombres a caballo. Máquinas de asalto. Era muy difícil decir cuántos eran. Una multitud.

Guzmán, hombre acostumbrado a la guerra, se estremeció al divisar aquella formación. Unos tres mil hombres, calculó. Con aspecto de estar entrenados. Bien armados. Era un ejército que no podía ser despreciado. Mucho más poderoso de lo que había pensado.

Los comentarios, en voz baja, de la comitiva mostraban admiración; era el ejército más poderoso que jamás habían visto. La satisfacción era visible.

Cuatro jinetes salieron de la formación y, a galope, se dirigieron hacia el grupo. Iban de blanco y rojo. Cuando estuvieron frente a Indalecio, uno de ellos saludó:

-Señor de Avalle, esperamos vuestras órdenes.

A aquella distancia de pocas brazas, se podían ver las cruces del Temple en sus túnicas. Maestres, a juzgar por los distintivos.

-Tenéis nuestro permiso -concedió Indalecio.

Los cuatro jinetes, ya de vuelta a la formación, ordenaron los movimientos. De forma acompasada, las tropas se fueron desplazando por la explanada. Parecían un solo hombre. Los movimientos eran precisos. Rápidos avances de los hombres a caballo; los hombres a pie se cubrían con los escudos.

Ballesteros y arqueros apuntaban a sus blancos. Las máquinas de guerra avanzaban y retrocedían. Era toda una exhibición.

Enric los observaba atentamente. Su rostro no podría ocultar su aprobación. Cuando finalizaron, en voz baja, se dirigió a Indalecio:

-Los mejores generales estarían orgullosos de dirigir este ejército.

-¡Usan las técnicas de movimientos de las legiones romanas! -exclamó Bernardo-. Se desplazan con el sistema que diseñara César. Se nota la técnica militar templaria. Sólo maestres templarios versados en la guerra podrían entrenar un ejército de esta forma. Quisiera que el maestre de la Coelleira viese esto. Debierais conocerlo -concluyó dirigiéndose a Enric.

-Lo conozco -dijo él sin dar más explicaciones.

-Este es nuestro ejército -le mostró orgulloso Indalecio a Guzmán. Lo queremos todavía más numeroso y mejor entrenado.

Indalecio recordó aquellos dos años largos. Habían comenzado con apenas un par de cientos de hombres y todo por hacer. La construcción del campamento. Convencer a los más escépticos de la importancia de lo que intentaban. Las reuniones para determinar las aportaciones de cada uno. Los boicots de prelados y abates, que lo tildaban de loco aventurero... Sus suegros, los condes de Lemos, habían sido los que, tras el ardor inicial, habían convencido a la nobleza más poderosa.

Las dotes de persuasión de Inés, que creía firmemente en aquella causa, y el abolengo del conde de Lemos habían ido sumando apoyos. Los Bembibre, los Ulloa, los Sotomayor, Mariño de Lobeira, Zúñiga, Pimentel... Indalecio sabía que el vínculo entre ellos era muy endeble y lo que realmente los unía no era ni el río ni la tierra: era aquel ejército que les daba poder y seguridad.

Vio a su alrededor y observó las miradas de satisfacción. En tanto mantuvieran el ejército, permanecerían unidos. Cuando desapareciese, volverían a sus rencillas tribales, se adocenarían en sus pazos y castillos y las órdenes religiosas volverían a ser las rectoras de la tierra.

Fijó su vista en Enric, rodeado por los otros templarios. Él había sido una pieza fundamental. El entrenamiento del ejército lo llevaban a cabo sus hombres. Pero, además, había contribuido de forma muy generosa a su sostenimiento, especialmente en los tiempos en que la voluntad de los nobles gallegos había flojeado. Sólo lo sabían los condes de Lemos y Cristina. Había sido de la mayor elegancia. Cuando sólo habían reclutado unos pocos cientos de hombres, en una cena en Lemos en la que estaban solos ellos cinco, Inés había iniciado el tema.

-Enric tiene algo que comunicaros.

-Tengo bastante fortuna allá en las tierras de Germania y Francia -había dicho Enric-. He encontrado en vos mi nueva familia. No tengo descendientes. Creo en vuestra causa, que es la mía. La iniciamos juntos y la acabaremos juntos. Quiero contribuir al sostenimiento del ejército. Yo aportaré una parte igual a la de todos los demás juntos. Cubriré la mitad de los gastos.

Ante las protestas de Indalecio, Enric había atajado con contundencia la discusión.

-Os aseguro que mi fortuna me permite holgadamente esta contribución. Os ruego que la aceptéis.

Aquello había asegurado la empresa. Reclutaron de un golpe quinientos soldados y, después, cada vez que un noble gallego aportaba una cantidad, Enric la doblaba. Costeó las máquinas militares, que él mismo diseñaba. Fue decisivo.

-Os felicito -dijo Guzmán-. Habéis reclutado un ejército digno de una tierra como esta. Transmitiré a la Reina que la nobleza de Gallaecia ha estado a la altura de lo que se esperaba. Así os quiere doña María de Molina, fuertes y orgullosos. Ahora más que nunca debemos hablar. Deberíais ser el señor de Gallaecia -concluyó como pensando en voz alta.

La vuelta fue animada. Todos iban conversando. El entusiasmo era desbordante. El capitán del ejército y los templarios, que volvieron con la comitiva, eran el centro de la atención.

Daban todo tipo de explicaciones; mil quinientos soldados a pie, mil a caballo, quinientos arqueros. Todo les era preguntado y a todo respondían. Habían tomado un bocado en el campamento y una copiosa cena les aguardaba en el castillo de Entenza. Cabalgaban deprisa; por la cena y para, sentados a la mesa, poder comentar todos los detalles.

El conde de Lemos acompañaba a Guzmán, mientras Indalecio y Bernardo, un poco adelantados, conversaban sobre el adiestramiento de aquellos hombres. A Indalecio le interesaba cómo repeler un ataque de un enemigo que avanzase desde Castilla. Como Bernardo mostraba extrañeza y sugirió que el verdadero enemigo era Portugal, Indalecio expresó su pensamiento.

-Creo que en Portugal encontraremos un aliado -dijo-. Portugal rivaliza con Castilla; apoya los derechos de Alfonso de la Cerda y no reconoce a Fernando ni a su madre, la Reina regente. Preferirá fortalecer Gallaecia antes que debilitarla.

El peligro puede venir desde la Meseta. Algún noble castellano, aprovechando la disputa sucesoria, podría lanzar algún ataque para ocupar Gallaecia y, uniéndola a León, separar ambos del reino de Castilla.

Pasaríamos de ser un territorio de Castilla a serlo de León. Estaríamos aún peor.

Es de Castilla de donde debemos estar guardados.

Bernardo compartía el razonamiento, pero no confiaba tanto en Portugal. Quizá por conocerlo menos.

-¿Qué sabéis del ejército reclutado por el arzobispo en Compostella? -preguntó Indalecio.

-Sólo dispone de unos trescientos hombres. No creo que deba preocuparnos, pero sí debemos estar atentos a los movimientos del arzobispo; se le escucha en Roma y en Castilla. Debemos temer más de sus influencias que de su ejército.

-¿Qué pensáis de la petición de la Reina de participar en la guerra contra el Islam? -preguntó Indalecio.

-Nos proporcionaría la ocasión de mostrar nuestra fuerza y hacer que nos tengan en cuenta en el reino castellano -contestó Bernardo-. Además; en caso de conquista, seríamos recompensados.

Indalecio no prosiguió la conversación. Temía que muchos otros pensasen lo mismo que Bernardo. Les podría parecer aquella una buena ocasión para ganarse el favor de la Reina y obtener botines y recompensas. Nunca habían contado con ellos y ahora podían estar deseosos de mostrar su poder. Pero él no estaba seguro. Aquella no era su causa; cierto que se harían valer, pero su fuerza se desplazaría a las tierras de Al-Andalus, y allí serían uno más. Participarían en el sitio de alguna ciudad y, finalmente, la tomarían. Recibirían recompensas, pero su tierra quedaría de nuevo en manos de las órdenes. No serían los nobles de Gallaecia; serían los conquistadores de algún territorio. Era peligroso y precipitado. No estaban preparados para aquello.

Se encontró cabalgando al lado de Raquel Murías, que se había acercado a Bernardo. La observó. Le pareció más delgada que el día anterior, más morena y más hermosa. Era altiva. Montaba con soltura. Cruzaron las miradas.

-¿Olvidado lo de ayer, doña Raquel? -preguntó Indalecio con una sonrisa.

-Olvidado y perdido en el pasado -contestó ella con sinceridad, arriconado el enfado-. Empezamos hoy nuestro conocimiento.

-Es un placer saludaros y mostraros nuestro aprecio. ¿Es vuestro primer viaje a estas tierras? -preguntó él.

-He estado anteriormente en Tui y en la parte baja del río Miño -

contestó ella-. Me place conoceros. Vuestro nombre corre por toda Gallaecia. Unos os alaban, otros os vituperan. Pero todos hablan de vos.

Se sintieron cómodos. Habían resuelto el desafortunado encuentro del día anterior. Siguieron charlando un buen rato.

Ella le habló de sus viajes por Gallaecia. Él de sus proyectos para aquella tierra.

-Si nuestra causa encuentra eco de verdad, Gallaecia puede ser un territorio que tenga tanto peso como Aragón -aventuró Indalecio.

-Sí, pero debéis mantener a todos los señores unidos -le advirtió Raquel-; si se producen resquebrajamientos, por pequeños que parezcan, nos debilitarán mucho.

-Serían aprovechados por las órdenes y el clero para hablar de ruptura -comprendió Indalecio.

-Peor aún -aseguró ella-, dirían que todo es una aventura vuestra sin ningún apoyo.

-Mientras el ejército esté aquí, permaneceremos unidos. Por afecto a la causa, por temor o por no quedarse fuera, mientras vean que somos fuertes, nadie se irá.

-Debéis hablar con todos -le aconsejó Raquel al tiempo que asentía-. Todavía nos conocemos muy poco. Hemos estado cada uno en nuestro territorio, ignorándonos mutuamente y, a veces, peleándonos entre nosotros. A vos os corresponde ser el nexo que tan importante tiene que ser en el futuro. La reunión de estos días permanecerá en las memorias durante mucho tiempo.

Prodigad tales encuentros.

Indalecio la miró atentamente. Tenía razón en lo que estaba diciendo y, además, sabía cómo decirlo.

-Para eso necesitaré la ayuda de vuestro cuñado -le pidió.

-Bernardo ha encontrado lo que buscó durante muchos años -contestó Raquel mirando a su cuñado que escuchaba en silencio-: una causa justa y un ejército que defienda a su tierra.

-¿Y vos qué vais a hacer? -preguntó Indalecio.

-Aportar mi palabra y ayudaros en lo que necesitéis -respondió ella.

Llegaron al castillo. Indalecio, hambriento, ordenó tomar asiento para la cena. Sentó a Guzmán junto a ellos. La cena transcurrió en ambiente de

gran cordialidad; el castellano parecía encontrarse a gusto.

-La Reina y su hijo estarían orgullosos de encontrarse hoy en este castillo, -afirmó.

-Nosotros también lo estaríamos de tenerlos entre nosotros -contestó Indalecio. Mientras pensaba que en muchos años ningún rey había viajado a Gallaecia. Había sido preciso un ejército y los problemas sucesorios con los infantes de la Cerda para que un enviado real acudiese a su llamada.

Guzmán creyó que aquel era un buen momento para hablar con Indalecio. Todos estaban eufóricos.

-Mañana debo partir a comunicar a la Reina mi satisfacción por esta visita y lo que aquí he visto. ¿Os parece bien si hablamos ahora?

-Nada me proporcionará mayor satisfacción -le respondió Indalecio-. Continuad las charlas -pidió a sus invitados-.

Estamos entre amigos. Celebrémoslo. Don Alonso y yo os rogamos que nos disculpéis. Debemos parlamentar. Nos agradará conocer los planes de la Reina. Nosotros les haremos saber los nuestros.

Indalecio, al tratar a Guzmán como un igual, asentaba su autoridad ante los suyos.

Se dirigieron al salón noble del castillo. Se oían las voces, las carcajadas y la música que provenían del patio. Se sentaron frente a frente. Nada entre ellos.

-Os quiero felicitar -arrancó Guzmán- por haber unido a la dispersa nobleza gallega. Hasta hoy os creíamos débiles y, a veces, indolentes. Por eso los reyes castellanos confiaron en el clero y en las órdenes religiosas. Hoy acabo de ver que es preciso retomar la confianza de los nobles. Es lo primero que transmitiré a la Reina.

Hizo una pausa esperando alguna reacción de Indalecio. No la obtuvo. Indalecio permaneció inmóvil. Era evidente que quería oír todo el mensaje antes de hablar.

-Es conveniente -continuó- que la Reina pueda confiar en una persona que encarne y personifique la autoridad en Gallaecia.

Vos sois respetado y tenéis autoridad ante los vuestros. La Reina me encarga que os ofrezca el señorío de Gallaecia, con rango de delegado real. Vuestro cometido sería el de actuar en su nombre.

Indalecio permaneció inmóvil. No mostró ninguna emoción ante aquel ofrecimiento. Guzmán se sintió incómodo; estaba desorientado ante la actitud de su interlocutor. Empezaba a creer que lo habían infravalorado.

Creía que ante estas dos concesiones, Indalecio se mostraría agradecido.

-Ya os he avanzado el interés de la Reina en sumar vuestras fuerzas. Vos, a la cabeza de vuestro ejército, os encargaríais de la conquista de Algeciras. Los territorios ocupados os serían entregados a vos y a los nobles que os acompañen. No es una conquista demasiado difícil. En dos años habréis conseguido sonadas victorias. Vuestra posesiones y las de los vuestros se multiplicarán. La Reina os lo tendrá en cuenta y vuestra causa será también la suya.

Miró con satisfacción a Indalecio, que, serio y pensativo, tardó un rato en contestar. Lo hizo con una pregunta.

-¿Estaría la Reina dispuesta a emitir cartas reales procediendo a desamortizar la parte de las posesiones de las órdenes que les fueron entregadas sin título nobiliario?

-No os comprendo -dijo Guzmán, sin atreverse a contestar.

-La única forma de que la nobleza gallega recupere el lugar que le corresponde -dijo Indalecio- es con la devolución de los predios que fueron usurpados por el clero. Sin recuperar aquellas tierras, el verdadero poder seguirá residiendo en las órdenes y en los obispos.

-Os daréis cuenta de que vuestra pretensión significaría la guerra abierta con la Iglesia -le advirtió Guzmán.

Su rostro reflejaba preocupación.

-Y no satisfacer nuestras pretensiones supone dejar las cosas como están, y eso puede ser la guerra abierta con la nobleza gallega -dijo Indalecio con autoridad.

-Nada más lejos de nuestra intención -contestó presto el caballero castellano-. Transmitiré vuestra petición a la Reina. Buscaremos la forma de satisfaceros. Desde luego vuestros éxitos en Algeciras serían argumentos de gran autoridad en vuestro favor.

-Mañana convocaré Cortes Generales y lo someteré a consulta. Os haré llegar inmediatamente la respuesta que obtenga. -Hizo una pausa y prosiguió, pensativo-: Transmitid a la Reina nuestra lealtad y mi reconocimiento por la oferta del señorío de Gallaecia. Pero lo que veis desde esta ventana es toda mi tierra; esta es mi gente; no quiero ni ambiciono nada más.

Hace lustros que nuestro monarca Fernando III nos honró con el señorío de Avalle. Mi familia lo considera un gran honor. Es suficiente.

No había nada más que hablar. Guzmán así lo entendió.

-Debemos descansar para iniciar mañana viaje -dijo-. Esperaré vuestra respuesta.

-La tendréis -contestó Indalecio-, y nosotros aguardaremos la vuestra.

Se abrazaron. El conde se dirigió a su habitación. La entrevista había sido desastrosa; no había conseguido ninguno de sus objetivos y, además, le habían hecho aquella disparatada propuesta de desamortización de bienes de la Iglesia. La situación era mucho más preocupante de lo que había pensado. Era imprescindible que aquel ejército se trasladase a las tierras del sur. Mandó llamar al capitán de su guardia.

-Es preciso que el ejército de esta tierra vaya a combatir a las tierras de Al-Andalus -le dijo-. Transmitidlo a los nobles más afines. Aseguradles que la Reina y el arzobispo de Compostella se lo tendrán en cuenta; recordadles nuestra generosidad. Sed discreto, pero la cuestión es de vida o muerte. Id presto.

Guzmán tardó en conciliar el sueño. No era la tormenta que se abatía con furia sobre el castillo de Entenza; era su fracaso y la sensación de que no sabía nada de aquellas tierras ni de aquellas gentes. Lo acababa de humillar, al brazo derecho de la Reina, un grupo de nobles sin relevancia, con un mozalbete impertinente a la cabeza. Se lo haría pagar. Tarde o temprano aquella familia pagaría aquella humillación. Pero todo su odio no era capaz de superar aquella otra sensación que lo empezaba a embargar; era como si aquella gente recibiera su orgullo de la naturaleza. Nacían de aquella tierra, humedecida por la fuerte lluvia. Le pareció que los árboles se movían hacia él y en sus ramas vio las caras orgullosas de aquellas gentes. Eran tierras de magia, de brumas, de lluvias. La luz y el calor que lo habían recibido se habían transformado ahora en lluvia y oscuridad. Las ramas de los árboles entraron por la ventana; llenaron la habitación y rodeando su cuerpo, lo oprimieron impidiéndole moverse. Dos rostros lo miraban desde el tronco, aquel joven Avalle y el hombre nórdico de blanco y rojo.

Sintió angustia. Se ahogaba. Cerró los ojos para no ver a sus ejecutores. Sintió el terror de la muerte. Abrió los ojos; estaba empapado en sudor. El sol ya alumbraba. Estaba despierto, pero seguía horrorizado. Era aquella tierra.

Indalecio miró a su alrededor. La sala de capítulos estaba abarrotada. Dos días antes habían celebrado allí, en la capilla, el bautizo de su hijo. Hoy la ocupaban casi las mismas personas, pero formalmente reunidos en Cortes Generales de Gallaecia. Sentados, hombres y mujeres, las señoras al lado de sus maridos.

Ya se sabía que la reunión de la noche anterior había finalizado sin entendimiento. El señor de Ulloa, el más anciano, tomó la palabra y abrió la sesión.

-En nombre de Nuestro Señor Jesucristo queda abierta la sesión de las Cortes Generales. Señor de Avalle tenéis la palabra.

-No voy a hacer grandes prédicas. La Reina nos ofrece reconocimiento, pero no compromete la devolución de las tierras. Nos pide el ejército para la guerra en Al-Andalus, encargándonos la toma de Algeciras. Nos entregará las tierras que conquistemos y nos reconocerá como pares del reino. -No quiso mencionar que había rechazado el señorío de Gallaecia. A aquellas horas ya sería conocido de todos-. He prometido respuesta pronta y ella nos contestará a la petición de desamortización. Las Cortes tienen ahora la palabra.

Varias manos se levantaron. Indalecio estaba muy preocupado.

Su semblante serio reflejaba cuán importante era la decisión que iban a tomar. No había querido hablar con nadie para no influir en su criterio. Creía que sacar el ejército de Gallaecia sería un tremendo error. Pero quería oír a sus gentes.

-El señor Suárez de Deza hablará el primero concedió Ulloa.

Parecía que la tensión de Indalecio se hubiese trasladado a todos los asistentes. Rostros serios y preocupados. Todos pensaban en las consecuencias de lo que decidiesen; aceptar la oferta o convertirse en

adversarios de la Reina. La marcha del ejército tenía riesgos. Enfrentarse a la Reina, muchos más.

-La Reina nos tiende la mano -empezó Suárez-. Quiere que estemos a su lado. Nos ofrece participar en la conquista y nos recompensará por ello. Rango en Gallaecia y tierras en Al-Andalus. Quizá más tierras también en Gallaecia, cuando sea posible. Debemos aceptar. Enviemos el ejército a Algeciras. Si no lo hacemos seremos desleales y más pronto que tarde tendremos que luchar contra la Reina. Nos derrotará y nuestra tierra será arrasada.

Suárez había hablado con gran vigor. Indalecio lo conocía bien. Nunca había estado demasiado entusiasmado con aquel proyecto. Sus palabras eran de esperar; por su cercanía al arzobispo Rodrigo.

-El señor de Castro habla a las Cortes -anunció Ulloa.

Indalecio también conocía la supeditación de Castro a Castilla. Sabía lo que iba a decir.

-Las ocasiones deben ser siempre aprovechadas -dijo Castro-. La Reina nos brinda la oportunidad de que ocupemos un lugar, con honra y prestigio, a su lado. Una oportunidad sin riesgos.

Las recompensas serán suficientes para sostener el ejército, que ahora, nos resulta extremadamente gravoso. No podremos sostenerlo durante mucho tiempo. Debemos aceptar su ofrecimiento. Si no lo hacemos, algunos entenderán que cuestionamos la legitimidad del infante Fernando y que damos apoyo a Alfonso de la Cerda. Involucrarnos en la guerra sucesoria al lado de los de la Cerda sería una traición y el final de nuestra empresa. El rey es Fernando. Aceptando la oferta de la Reina regente, apoyamos a su hijo, el Rey.

El argumento, bastardo y mal intencionado, enfadó a Indalecio.

Nadie allí defendía las pretensiones de Alfonso; todos sabían que Portugal y Aragón le daban respaldo más por debilitar a Castilla y sacar beneficio, que por creer en su legitimidad.

Ellos apoyaban a Fernando, hijo de Sancho IV y nieto de Alfonso X, el Rey sabio, como legítimo rey de Castilla. No toleraría que nadie lo pusiera en duda.

Ulloa fue repartiendo los turnos de parlamento. González de Oseira, cercano a las órdenes, defendió las posturas de Castro y Suárez. Otras manos se levantaron. La de Bernardo de Quirós también. Se le concedió la palabra. Se aprestaron a escucharlo. Amigo de los Lemos, apellido notable, su opinión pesaría mucho. Indalecio, se inquietó; no había hablado con él y era partidario de ir a luchar.

-Un ejército es para combatir -empezó Bernardo-; y un ejército que no combate es un ejército muerto, sin aliento. Puede vivir unos meses, unos años, pero, finalmente, acaba languideciendo, sus músculos se debilitan y su cuerpo se para. Si aquí hubiese peligro, yo sería partidario de quedarnos en nuestra tierra; pero no lo hay. Si creemos que Portugal es aliado y el único riesgo viene de Castilla, al estar combatiendo al lado de la Reina, el peligro quedará conjurado. Nuestro ejército está entrenado: obtendremos victorias sonadas.

Indalecio comprendió que no haber hablado con él había sido un grave error. Ahora tendría que mantener opinión contraria, desautorizarlo y, quizá, perder un amigo tan importante para la causa. Una gran imprudencia que ya no tenía arreglo.

Su rostro se contrajo. Su vista fija en el suelo reflejaba su preocupación. Tenía que intervenir en aquel momento. Alzó la cabeza para pedir la palabra y sus ojos se encontraron con los de Raquel Murías. Cruzaron una rápida mirada que les bastó para saber que pensaban lo mismo. Y, antes de que Indalecio pudiese alzar la mano, Raquel saltó como un resorte, se puso en pie y, en voz alta, exclamó:

-Señor de Ulloa. Os urjo en la concesión de la palabra. ¡Ahora!

Todos la observaron con una cierta sorpresa. Ya había hablado su cuñado. No debería tener ella posición distinta.

-Nos complace que la señora Murías tome la palabra -dijo Ulloa en tono amable.

-Un ejército es para cumplir los objetivos de sus señores -comenzó Raquel-, combatiendo o no, según interese. Nosotros armamos un ejército para hacernos oír, para que nuestros derechos fuesen reconocidos, para que nuestras voces se escucharan. Y sin combatir contra nadie ya lo hemos conseguido. Ninguno de los que hoy estamos aquí había recibido nunca ningún gesto del Rey. Hoy hemos recibido al delegado regio. Don Indalecio, en nombre de todos, fue tratado como un igual por el enviado real. Pero no lo hicieron porque nos quieran; el señor de Guzmán vino a este castillo porque nos teme, porque no quiere tener adversarios poderosos en su reino. Y hábilmente nos ha tendido una trampa.

Enviar nuestro ejército a la lucha contra el Islam parece una noble causa, y lo es; pero ¿es la nuestra?, ¿nuestros derechos tienen que ver con el avance del cristianismo? Y cuando nuestro ejército esté en Algeciras, ¿vendría de nuevo el enviado real a Galicia?

Las Cortes la atendían en profundo silencio. Indalecio se dio cuenta de que el argumento estaba calando en el auditorio.

-Pero la cuestión más importante -continuó Raquel-, radica en cuál será nuestro poder cuando nuestro ejército se debilite en las tierras del sur; ¿qué

pasará cuando las bajas mermen nuestra fuerza? Cuando el ejército, con muchos de vosotros al frente, abandone Gallaecia, seremos presa fácil y la escasa guardia del arzobispo Rodrigo podría ser la autoridad en todo el territorio.

Había acertado. Todos asentían. Bernardo también.

-Yo pido que el señor de Avalle nos dé su opinión; en él hemos dejado la dirección de la empresa y ha demostrado que era digno de esta confianza. Yo le pido que se dirija ahora a las Cortes -concluyó.

Indalecio se puso en pie. Vio que aquel era el momento y que Raquel, en su vehemente y magnífico discurso, había cambiando la dirección de la discusión.

-Nuestro objetivo y nuestra causa son nuestra tierra y nuestros derechos. Para ello necesitamos unión y fuerza.

Tenemos las dos cosas. Hemos reclamado a la Reina el reconocimiento de nuestros derechos y la devolución de las tierras. No creo que acceda; confía en el clero, que le es leal, y desconfía de nosotros. Si no accede a nuestras peticiones cuando disponemos de un poderoso ejército en nuestra tierra, ¿por qué va a acceder cuando ya no lo tengamos? El ejército aquí nos sirve a nosotros; en Al-Andalus sirve a otros. Podríamos ganar recompensas, pero seríamos presa fácil cuando volviésemos. Ganaríamos en Al-Andalus, pero perderíamos en Gallaecia. Las órdenes se fortalecerían en nuestra ausencia y nos aniquilarían.

-Debemos ser nosotros mismos -prosiguió-, mantendremos buena relación con Portugal. Seremos leales al rey de Castilla, en la persona de Fernando y su madre María de Molina, sin que nadie pueda ponerlo en duda. Rechazamos las pretensiones de los de la Cerda, pero no acudiremos a la conquista de Algeciras. Reclamamos nuestros derechos y no pararemos hasta conseguirlos.

No hacía falta nada más. Los asistentes se pusieron en pie.

Coincidían en la causa. Ulloa cerró la sesión.

-Señor de Avalle, comunicad a la Reina nuestra decisión. Las Cortes Generales de Gallaecia la instan a revertir nuestros derechos. Las Cortes se volverán a reunir cuando el señor de Avalle lo disponga.

Al salir de la capilla, Bernardo abrazó a Indalecio. No hacían falta palabras. Los dos sabían que habían acertado. Indalecio se dirigió a Raquel.

-Sois providencial. Vuestras palabras fueron magistrales en el momento más importante. Debemos hablar con calma para conocer vuestras opiniones. Habéis impresionado a las Cortes y, desde luego, también a mí.

-Dije lo que pensaba yo y lo que pensabais vos -respondió.

-Hablaremos -insistió él.

-Hablaremos -contestó ella.

Cuando estuvieron en el patio, ya mezclados con los demás, Enric se acercó a Indalecio.

-Habéis acertado. El envío del ejército al sur supondría la pérdida de nuestra fuerza. Seríais destruido en una interminable guerra que todavía verán vuestros nietos.

-Sí, pero hemos corrido un riesgo innecesario -se lamentó Indalecio-. La reunión pudo haber ido mal.

-Vuestro peso entre estos hombres es muy fuerte -lo tranquilizó Enric-. Hubieran hecho lo que vos dijerais. Los nobles más influyentes guardaron silencio esperando vuestras palabras. Pero creo que en adelante debéis hacerlos partícipes de cualquier decisión que planeéis.

Lo mismo que le dijera Raquel, pensó Indalecio. Se acercaron a Cristina y a Inés, que hablaban con el obispo Juan. Sus rostros reflejaban la buena conclusión de las Cortes.

Se dio cuenta de que ya había ganado. Ahora había que asegurarlo.

-Hemos triunfado -exclamó Cristina-. Tu ascendiente es cada vez mayor.

-Las cosas van bien -convino Inés-. Pero aún nos queda mucho por hacer. ¿Qué opináis vos? -preguntó al obispo.

-Esperaba la ocasión para hablaros -respondió dirigiéndose a Indalecio-. No falto a ningún secreto de obediencia diciéndoos que, desde Compostella, se ha urgido al clero a seguir con todos los medios disponibles vuestros movimientos.

Las instrucciones anteriores de seguimiento discreto han sido cambiadas por las que os cuento. Sois un hombre peligroso.

-Nada que no supiéramos -contestó Indalecio.

-No es eso lo que más me preocupa. La semana pasada recibí la visita, sin previo aviso, de Fermín, el secretario del arzobispo. Como sabéis es su brazo derecho. Me ordenó movilizar a todo el clero contra vos, a sabiendas de la amistad que me unía con vuestro abuelo y del afecto que os profeso. Me entregó una carta pastoral para ser leída en todas las iglesias, tildándoos de loco aventurero. Quiere que hable con Sarmiento, Valladares y otros nobles, para descalificaros.

-Son gentes leales a la causa -afirmó Inés, mientras Indalecio permanecía en silencio.

-Sí -continuó el obispo-, pero no despreciéis el poder del arzobispo de Compostella. Puede ofrecer importantes prebendas y ahora tiene un ejército y presume de aliados; parece que tenga más poder que nadie.

-Eso es cierto -tuvo que reconocer Indalecio.

-¿Por qué no hablamos con él? -propuso Cristina-. Es un buen hombre.

La miraron. Decía las cosas de aquella forma suave y acertaba.

Al obispo le pareció una magnífica idea. La asumió con rapidez:

-Yo os acompañaría -afirmó dirigiéndose a Indalecio-. Nada tenemos que perder. Vuestra demanda de desamortización de bienes de la Iglesia ya es conocida; no será nada nuevo para el arzobispo Rodrigo. Pensáoslo. Es una buena idea.

Tenía aspectos favorables, pero también riesgos. Se podía interpretar como una traición o como debilidad.

-Debemos meditarla -dijo.

-Y consultarla con nuestros amigos -añadió Cristina.

-¿Qué opinas tú? -preguntó Indalecio a Inés.

-Si se plantea bien puede ser provechosa -contestó-. Podría incluso abrir una brecha entre el clero y las órdenes si centramos nuestra reclamación sólo en los predios de las órdenes.

Indalecio entendió inmediatamente lo que su suegra le sugería.

Otros invitados se acercaron. Estaban contentos. Se felicitaban y se despedían. Ulloa se acercó a Indalecio.

-Hijo -le aconsejó-, seguid adelante. Tenéis la razón, la palabra y los amigos. Pero muchos que hoy son amigos mañana se volverán contra vos. Cuidad en quién confiáis. Esta ha sido, seguramente, mi última reunión de las Cortes; mi edad no me permitirá atender a más. Nunca antes había visto la seguridad y el ánimo de hoy. Parto de aquí con la alegría y la certeza de que existimos.

Siguieron las despedidas. Los que tenían un largo camino se apresuraban. Se iban satisfechos. Había valido la pena.

Indalecio y Cristina les acompañaban a sus carruajes. Los condes de

Lemos y los Quirós también. Se había establecido una jerarquía. Raquel Murías era saludada con respeto.

Se quedaron unos pocos, los cercanos. Indalecio se dirigió a Raquel.

-Hablaré ahora con Bernardo, y si os parece bien después del almuerzo podemos charlar con calma -propuso.

-Como vos digáis. Tratad de enfriar el ardor guerrero de mi cuñado; será más útil a la causa. Es un gran hombre; como estratega militar no tiene igual. Pero no es un buen estratega político.

Lo acababa de definir en pocas palabras. Así era Bernardo.

Indalecio se dirigió a él.

-Bernardo, querría consultaros algunas cosas. Enric nos acompañará.

Los tres se alejaron caminando bajo los castaños que sombreaban el camino de entrada al castillo. Cristina los vio alejarse. Sintió que una sombra los cubría a los tres y se alejaba con ellos. De nuevo aquel velo de tristeza cruzó sus ojos.

-Dios los ayudará -la animó Inés viendo la expresión de su hija-, su causa es justa.

-Sí, pero tienen muchos enemigos -susurró Cristina-, cuanto más fuertes seamos, más temo por el.

-No te preocupes -insistió Raquel-, también tiene amigos y aliados. Pero ahora tendremos que estar en guardia. Tenemos que ser más precavidos. No podrán con Indalecio en la batalla, pero lo intentarán con la mentira y el sabotaje. No os preocupéis, que contra esto también podremos. La mentira se derrota con el tiempo y el sabotaje con la guardia. Nuestra fuerza está en que tenemos las dos cosas -concluyó cogiendo el brazo de Cristina.

Subieron a la habitación de Cristina. Cuando llegaron, el aya tenía al niño en brazos. Raquel, bruscamente, exclamó:

-Voy a hablar con el capitán de la guardia, ¡esto no puede ser!

Cristina e Inés se sorprendieron. Se volvieron, pero ya Raquel recorría apresuradamente el pasillo. Se asomaron a la ventana y la vieron dirigirse al capitán.

-¿Cuántos guardias custodian a doña Cristina y a su hijo? -inquirió en tono seco.

-Ninguno -contestó el capitán desconcertado.

Librodot

Los templarios y los oficiales que lo acompañaban a la mesa la miraban atentamente.

-¿Y cómo garantizáis la integridad y la vida de los Avalle? -continuó Raquel con visible enojo.

-A nadie se le ocurriría entrar aquí y hacer daño a la señora o a su hijo -contestó el capitán mirando hacia los otros, que se habían puesto en pie.

Raquel lo miró fijamente; después a los demás.

-El señor de Avalle y su familia son ahora un símbolo en este país -le dijo Raquel-, con amigos y aliados, pero también con enemigos mortales. Vos, capitán, sois el garante de su seguridad y su vida. La primera misión de un capitán es velar por la vida de su señor. Debéis tomar las medidas necesarias.

-Tenéis razón -Intervino uno de los templarios-, debemos tomar precauciones y mantener vigilancia.

El capitán asintió, mientras por su mente cruzaba una imagen.

-La guerra ya ha empezado -dijo pensando en voz alta-, y va a ser muy distinta de las que se libran en campo abierto. Va a ser oscura, con traiciones y con maquinaciones.

-Cuidad de que la guardia sea eficaz. Seguid ahora la conversación que yo he interrumpido -se disculpó mientras volvía con Inés y Cristina.

Iba pensativa. Las palabras del capitán se repetían en su cabeza. «La guerra ya ha empezado», y ellos no se habían dado cuenta. A través de una ventana del pasillo, se quedó observando el monte que rodeaba al castillo, más allá de los viñedos. Era un campo hermoso; verde brillante. Pero ahora empezaba a estar rodeado por la guerra, por las armas, por las cabalgaduras, por los soldados. Así eran el castillo de Entenza, el de Sobroso, el de la Picaraña. Así era ahora Gallaecia. Una tierra que empezaba a ser ella misma, pero también un centro de destrucción. Ellos querían construir y unir, pero podrían acabar destruyendo y matando.

Entró en la habitación.

-He pedido que se establezca una guardia en torno a vos y vuestro -hijo informó a Cristina en tono calmado-. No hay nada que temer, pero debemos evitar que cualquier rufián os pueda molestar. ¿Cómo está el niño? -preguntó cambiando de conversación.

Desde el patio, Indalecio saludó a las tres mujeres. Se dirigió a la puerta de la casa mientras el capitán y los otros templarios se acercaban a Enric y Bernardo e iniciaban una conversación en tono grave.

Indalecio entró en la habitación y se acercó a su hijo. Se sentó a su lado y con un dedo levantó una de sus manitas.

-Qué guapo es. Se parece a su madre -dijo.

-Y será tan valiente y listo como su padre -bromeó Cristina acercándose a él y poniendo una mano encima de su hombro-. No sé si además comerá tanto como él, espero que no.

-A juzgar por lo delgado, no parece que don Indalecio coma mucho -comentó Raquel.

-Deberíamos dejar los protocolos -le propuso Cristina.

-Nada me gustaría más -respondió Raquel-, los formalismos me desagradan y, a veces, me confunden.

-Podríamos ir hasta la vega de Tui -sugirió de pronto Cristina- y devolver la visita al obispo. Sería un viaje agradable.

-¿Y él? -preguntó Inés señalando a su nieto.

-Nos acompañará -contestó Cristina inmediatamente-. No me separaré de él ni un instante. El viaje es corto y no le perjudicará. Irá en el carruaje grande. En Tui pernoctaremos en el palacio episcopal; el niño será introducido en la catedral.

-Daré las instrucciones para el viaje -dijo Indalecio-. Raquel, ¿hablamos?

Se dirigieron a una mesa de piedra bajo unos robles en uno de los extremos de la finca y se sentaron en silencio, mirándose a los ojos. Entre ellos había ya una corriente de afecto; sabían que duraría; harían muchas cosas juntos.

-Te quiero renovar mi reconocimiento por tus palabras de hoy -le agradeció Indalecio-; conseguiste alterar el rumbo de la decisión.

-Te equivocas. Sólo dije en voz alta lo que todos pensaban -le corrigió Raquel-. Si no lo hubiese dicho yo, lo habría hecho cualquier otro. Confían en ti. Todos harán lo que digas.

-Tenemos una estrategia militar en marcha; un ejército que llegará a ser poderoso. Sabemos lo que queremos: una Gallaecia con poder y una nobleza con orgullo. Pero eso significa enemigos poderosos: las órdenes, la Iglesia y quizá la Reina.

Yo esperaba que ella reconociese nuestra causa, pero, en lugar de vernos como vasallos leales, nos tiende una trampa. Ahora estamos solos y necesitamos aliados.

Librodot

-Creo que deberíamos esforzarnos en conseguir alianzas, como vos proponéis -dijo Raquel-. Portugal es una continuación natural de Gallaecia y su Rey goza de gran prestigio en todo el orbe cristiano. Su amistad nos proporcionaría una gran seguridad. Pero también está Aragón. Tenemos que hacer que nuestra causa se conozca en toda la península, para que Castilla no pueda actuar con libertad. En las Cortes dijiste que apoyamos al rey Fernando. Estoy de acuerdo en que sea así, pero hasta ahora no obtuvimos nada a cambio. Debemos hablar con el Rey Jaime de Aragón y con los infantes de la Cerda.

Cuando la Reina sepa de nuestros movimientos, se inclinará más a atendernos. Lealtad a cambio de reconocimiento y de tierras.

Los equilibrios políticos nos deben ayudar. Tú lo dijiste en la cena ayer.

Indalecio la escuchaba con atención. Ellos defendían la causa de Gallaecia, con la convicción de que era justa y, por ello, cumplía hacerla pesar en aquel escenario. Siguieron hablando mucho rato; de qué país querían construir, de cómo se podía llevar a cabo aquel ambicioso proyecto, de sus amigos, de sus enemigos... y de ellos. Se contaron cosas de ellos mismos.

Empezó a oscurecer. Las voces desde el castillo los llamaban.

Era la hora de cenar. Se levantaron sabiendo que, para ganar o para perder, ya siempre compartirían aquella causa. Cuando entraron en el castillo de Entenza, la oscuridad ya cubría las tierras del Miño.

ROMA, PARIS Y ESTRASBURGO

Al verla no pudo evitar compararla con la de Compostella. Era hermosa, imponente, pero le faltaba la solemnidad que presidía la catedral compostelana. Le recordó la de Notre Dame y la situó al lado de la de San Pedro en Roma. No desmerecía en nada a todo lo que de ella le habían contado.

Estrasburgo era una ciudad de ensueño. Parecía salida de la imaginación; en sus calles, tenía la sensación de encontrarse en medio de la ficción. El río, cercado por aquellas casas blancas y negras, se bifurcaba en dos brazos para dominar mejor la ciudad. El olor a humedad limpia le fue familiar. Era el de sus tierras de Fonte Sacra y del río Miño, allá en Gallaecia.

Raquel Murías se quedó inmóvil ante aquella imponente catedral, obra de los hombres para acercarse a Dios, en la mítica Estrasburgo, mientras su recuerdo volaba a dos años antes, cientos de leguas al sur. Muchas cosas habían sucedido desde aquellos días en que conociera a Indalecio de Avalle, allá en las tierras del Miño. Su vida había cambiado de tal forma, que verse allí, delante de aquella catedral, le parecía un sueño. Pero no había sido cosa de magia sino su fe en aquella causa. Desde entonces le había dedicado su vida. No se arrepentía. Dos años en medio del vértigo de los acontecimientos, que iban más de prisa que ella.

Casi no recordaba cómo había empezado todo. Una mañana veraniega en Tui, aquella ciudad fortificada limítrofe con el Portugal del rey Dinís, Indalecio y Cristina llevaron a su hijo a ser introducido en la catedral. Ella, los Quirós y los Lemos, además de Enric, los acompañaban en aquella ceremonia ritual. En aquella pequeña catedral almenada, casi una fortaleza, ante el altar mayor y con el obispo de testigo, unieron sus destinos en torno a aquella causa. Ninguno dijo nada, pero todos sabían que en ella les iba la hacienda, el honor y aun la vida.

-Dentro de cuatro días nos reuniremos con el Rey de Portugal.

Enric, que llevó a cabo las gestiones, nos lo puede contar mejor -dijo Indalecio cuando, saliendo de la catedral, cruzaban su pórtico, copia del del maestro Mateo.

Se dirigieron al Palacio Episcopal y ya en el salón de cónclave, tras haber enviado al niño con las ayas, Enric habló de la entrevista.

-A través del Maestre Templario de Portugal, Frey Vasco Fernándes, con el que me une una antigua amistad, le transmití al rey de Portugal el encargo de don Indalecio. La respuesta fue de comprensión y de apoyo. El Rey mostró un interés especial en recibir a don Indalecio y tuvo la deferencia, que ya conocéis, de proponer que la reunión se celebrase en las tierras del norte de Portugal. Será el próximo domingo del Señor en la fortaleza de Vilanova da Cerveira.

-A orillas del Miño -exclamó Raquel-, el río será el mejor testigo que podáis tener.

-Que podamos -corrigió Indalecio-. A la audiencia iremos todos.

-Nada me agradaría tanto como estar en esa reunión, pero no veo mi papel en ella -dijo Raquel.

-Pronto lo verás -le contestó Cristina con una sonrisa cariñosa.

-Sí -continuó Indalecio-, estos días he estado meditando sobre cuál tiene que ser nuestra estrategia. Necesitamos tener a Portugal como aliado, y creo que lo vamos a conseguir, pero no es suficiente. Necesitamos la protección de Jaime II de Aragón y el apoyo del Vaticano. Esto disuadiría a los castellanos de cualquier acción armada.

-¿Y si el monarca aragonés nos pide el reconocimiento de los infantes de la Cerda a cambio de su protección -preguntó Bernardo.

-No lo daremos -respondió Indalecio-. Por eso tenemos que unir nuestra causa a la de la libertad del Camino de Santiago.

Somos la nobleza de Gallaecia, donde descansa el Apóstol y pedimos y ofrecemos amistad a un rey de la Cristiandad. Y con la amistad, protección. -El conde de Lemos asintió-. Al Papa Bonifacio VIII tenemos que mostrarle sumisión espiritual, al tiempo que nuestro reconocimiento. Nuestra causa está a su lado, pero nuestro pueblo reclama sus derechos. No luchamos contra el Vaticano, ni contra nuestro Papa; queremos la paz con la Iglesia y con el arzobispo de Compostella. Bonifacio quiere tener aliados en todos los reinos. Nosotros, si la actitud del arzobispo de Compostella cambiase, lo seríamos.

El rostro del conde se ensombreció. Su herida aún estaba abierta.

-Ya habrá tiempo de cobrar la deuda del arzobispo -dijo Inés, al ver la expresión de su marido-. La causa es primero.

-Os agradecemos el sacrificio -reconoció Indalecio-. Tenemos que hablar

lo antes posible con el arzobispo Rodrigo, para intentar frenar su hostilidad. También sería conveniente calmar la ira del obispo de Mondoñedo; estoy dispuesto -añadió dirigiéndose al conde-, a disculparme ante él. Ahora somos fuertes y podemos ser generosos. Debemos procurar, además, que los escépticos se incorporen a las Cortes.

El plan era impecable; no se le podía objetar nada, pero se sintieron un poco agobiados.

-Ardua tarea -dijo Inés-. ¿Cómo la vamos a llevar a cabo?

-Acompañado del obispo Juan, acudiré a Compostella para hablar con el arzobispo. Más adelante visitaré a los demás prelados de Gallaecia. Bernardo se pondrá al frente del ejército como general con plenos poderes. El conde e Inés deberán frecuentar la nobleza gallega haciéndolos partícipes de nuestros movimientos. Raquel se encargará de la parte más difícil: será nuestra emisaria en las tierras de Europa. Viajarás al Vaticano y a Aragón, y explicarás nuestra causa al Papa y al rey Jaime.

Raquel aún recordaba su sorpresa y la de Bernardo. Ambos iban a decir algo, pero Indalecio no les dio tiempo.

-Enric te proporcionara los nombres de las personas que debes conocer en cada lugar y la información necesaria. Durante algún tiempo -continuó dirigiéndose a los Quirós-, tendréis que trasladar vuestra residencia a estas tierras cálidas del Miño. Ahora lo primero es el encuentro con el Rey de Portugal. Nos dará muchas claves y espero que seguridad.

Raquel comprendió que tenía que ser de aquella forma, aunque no estaba segura de poder cumplir su cometido. Al fin y al cabo, ¿quién era ella en medio de aquel vasto territorio?

Enric había adivinado su pensamiento.

-Seréis bien recibida en todas partes y veréis como vuestra causa, la de la Gallaecia de Compostella, será del máximo interés para los personajes más poderosos del orbe. Sois Compostella y el Fin del Mundo, donde se pone el sol.

Habían hablado de todo aquello durante los días previos al encuentro con don Dinís, mientras paseaban por las riberas del río Miño que separaba Tu¡ de Valen~a. Raquel los recordaba con una sensación en su espíritu que no podía describir. Eran todo sentimientos.

El encuentro con el Rey don Dinís hizo mella en ellos. Cuando se encontraron ante él, en aquella fortaleza de Vilanova da Cerveira que parecía cabalgar sobre el río Miño, supieron que estaban ante un hombre excepcional. De apariencia distinta, cercano, humano, ya en sus primeras palabras había mostrado su talante.

Librodot

-Don Indalecio de Avalle -había dicho abrazándolo y sin darles tiempo a nada-, nieto de don Indalecio, envuelto en el tiempo, sed bienvenido a las tierras de Portugal que, con los brazos abiertos de los amigos, con la poesía de los elegidos y con la música de los juglares, reciben a los que defienden causas de paz y libertad. Sois de este y de otro tiempo.

Vuestra causa es noble. Estáis obligado a llevarla a cabo.

Triunfará con vos a la vuelta del tiempo. Ahora no. Ni siquiera conocéis el alcance de lo que se está poniendo en marcha; nadie lo conoce exactamente, pero moverá el mundo.

Unos actúan por la Idea, otros por las riquezas y otros por el honor. Pero por encima de todo, están en marcha fuerzas y poderes que nadie controla.

A Indalecio le había recordado a su abuelo. Era como si lo estuviese oyendo. Don Dinís continuó:

-Nuestros pueblos aún no están preparados. Sienten la poesía y el arte, pero no piensan en ellos. Yo sé que mi esfuerzo por un Portugal más igualitario, más elevado, más atento al espíritu, fracasará. Tras de mí vendrán otros que nos harán retroceder, que preferirán el enfrentamiento, la guerra y el terror a la concordia, la cultura y el arte. Estos hacen a todos más iguales, mientras que aquellos ensalzan la desigualdad. De la desigualdad surgen los privilegios y los que los disfruten harán de ellos su ley de vida. Pero yo sé que, aun así, vale la pena. Lo que hagamos ahora quedará como un emblema que otros tratarán de recuperar.

Eso pasará con vuestro empeño: vuestra gesta, vencedora o derrotada, permanecerá para que otros la puedan recordar y rememorar. Su triunfo será la Compostella de la Cristiandad.

Ninguno había hecho el más mínimo ademán de interrumpirlo.

Seguían de pie, mientras don Dinís hablaba, atraídos por su voz. A Cristina le pareció la voz de un juglar. Sonora y melodiosa.

-La dulzura está en vos -le dijo don Dinís adivinando sus pensamientos-. Tomad asiento -invitó a todos, rompiendo, quizás adrede, el hechizo de aquel recibimiento.

Los saludó y se paró delante de Enric.

-De nuevo ante vos -lo saludó Enric.

-Me agrada estar de nuevo ante un hombre al que Occidente debe tanto. El que ha de venir reconocerá vuestra obra.

Enric palideció, pero sólo Inés lo notó.

Indalecio habló del proyecto de Gallaecia y pidió el apoyo de Portugal. Don Dinís los trató como aliados de siempre. Les advirtió que no deberían tener demasiado temor a ejércitos extranjeros: Portugal era amigo y Castilla no detendría su pelea contra el infiel para guerrear en Gallaecia, la tumba del Santo Apóstol.

-Vuestro ejército no servirá para combatir, será para que os escuchen. Creo que todo va a ser una gran batalla política. En la Cristiandad habrá grandes cambios y Compostella contará mucho.

Les dio nombres de personas del Vaticano y de Francia, pero hizo mucho hincapié en que hablasen con los Constanza, unas gentes de Extremadura afincadas en Estrasburgo; Blanca se llamaba ella. Eran gentes bien consideradas. «Os serán de gran ayuda», dijo. También insistió en que Indalecio no dejara de atender personalmente al señor de Clermont, recientemente llegado a Compostella.

El encuentro se prolongó durante todo el día. Don Dinís era un personaje único. Habló de Occidente, de las guerras contra el infiel, de la poesía, de la fe cristiana. Los cautivó. Casi no hablaron. Él lo decía todo.

-Durante un tiempo pensé que Gallaecia y Portugal tenían que ser el mismo país. La naturaleza nos hizo iguales, ¿qué diferencia las dos orillas de un río? Pero pronto comprendí que eso sólo se conseguiría cuando Compostella, Roma y Estrasburgo también fuesen el mismo país. Estamos separados por un río fácil de cruzar, pero que durante siglos nos separará tanto como la distancia que hay entre Compostella y Estrasburgo. La naturaleza nos hizo cercanos, pero nosotros nos alejamos millones de brazas.

Tenían que partir. Ya en pie, don Dinís se dirigió de nuevo a Indalecio.

-Conocí a vuestro abuelo. Él sabía lo que era el tiempo. De él lo aprendí. Vos estáis en medio de poderes que desconocéis; seguid vuestro instinto. Las fuerzas del relámpago y de las tempestades se quedan pequeñas al lado de las que vos veréis.

El centro es Compostella. Cada uno nace para algo. Vos nacisteis para seguir en el tiempo y completar la obra. Os deseo suerte. Será la de todos.

Les pareció que habían oído una profecía. Raquel recordaba que durante un instante se había sentido presa de ella. Sabían que su tarea era ardua y que quizá no la completasen ellos.

Se dirigió, finalmente, a Enric. Le apretó la mano.

-Nos veremos. El que ha de venir os aguarda.

Enric sintió de nuevo aquella sensación, ya olvidada, de cuando llegó a

Librodot

Gallaecia, en el río Sil y en el castillo de Lemos. Desasosiego, inseguridad..., la magia y el hechizo de aquella tierra. Miró a Inés. Ella sonrió. Se sintió de nuevo tranquilo.

Raquel sintió el frío en los huesos. Aquella humedad de Estrasburgo acabó calándola. Se estremeció del frío pero también por los recuerdos. Carruajes, caminos, noches en posadas, ciudades, encuentros con nobles y clérigos, con gentes de influencia... Estaba cansada. Muy cansada. Aragón, Roma, el Vaticano, París... Un orbe occidental inmenso e intrincado. Todo había sido más difícil de lo previsto; quizás estéril, no lo sabía. Había partido con la ilusión de su gran proyecto. Compostella, cumbre del cristianismo, era respetada.

Pero las intrigas y los intereses de aquella Europa temblorosa e insegura lo enturbiaron todo. Habían transcurrido más de dos años. Se acordaba del día que había partido del castillo de Entenza. La acompañaban sus damas de compañía, que ya habían hecho otros viajes con ella y que, con frecuencia, en estos dos años, le habían recordado aquel encuentro con el señor de Avalle en la posada de las tierras del Miño, además de una escolta al mando de Joseph, el templario elegido por Enric.

Bernardo, Enric e Indalecio la acompañaron hasta las tierras de Taboeja. Allí se despidieron. Indalecio la había abrazado con fuerza y con cariño.

-Te pedimos más de lo que una persona puede soportar. Volverás y nos encontraremos allí, donde la primera vez. Celebraremos tu éxito y el nuestro. Cuídate mucho -le había dicho en voz baja.

-Volveré y nos encontraremos aquí mismo. -Fue todo lo que había acertado a decir. Aquel recuerdo la había acompañado durante aquellos dos años y aún ahora seguía con ella.

El paisaje fue cambiando. Ya no eran las verdes montañas suaves de Gallaecia, sino los montes escarpados y ocres de León. Entraron en el Camino de Santiago a la altura de Cebreiro. Siguieron por rutas frecuentadas por miles de peregrinos y caminantes. Iglesias con el eco de Gallaecia, a la sombra de Santiago, cubrían un territorio inacabable.

Iglesias construidas sobre la fe del Apóstol, donde, bajo la Vía Láctea que el Señor había dibujado en el cielo para señalar la ruta de Compostella, gentes de todas las lenguas se encontraban, se hablaban y se entendían. Vivió cerca de gentes que, ajenas a los juegos de poder y de intereses, se sentían cercanos unos a otros, porque peregrinaban a Compostella. Daba igual que procediesen de Germania, de Inglaterra, de Francia o de Aragón; eran caminantes peregrinos que se tornaban iguales en la senda. Raquel vio que los unía un espíritu colectivo, que iba más allá de la fe. Se ayudaban, eran hospitalarios; todos compartían el Camino. Aquellas almas tenían algo en común que no se podía explicar, pero que se sentía; eran gentes con los mismos sentimientos compartidos. La fe, la concordia, el esfuerzo y el

entendimiento eran el empedrado del Camino de Santiago, que recorrían hombres libres.

Raquel recordaba cuando sintió esta sensación allá en Santo Domingo de la Calzada, al ver que un peregrino de votos y un señor que viajaba en un carruaje compartían mesa y comida en la posada, aunque había otros sitios vacíos.

Aun a cientos de leguas de distancia, todo aquello era Compostella. Le habría gustado contárselo a Indalecio, pero él, como Compostella, estaba lejos.

Los recuerdos del paso por Aragón eran algo difusos. Todo fue tan rápido y favorable que no había dejado más huella que la sensación de buena acogida; en aquellos días había pensado que, después de todo, quizá su embajada no fuese tan difícil.

Nada mas alejado de la realidad. En Huesca había sido recibida por el conde de Luna, que sabía de la situación en Gallaecia.

Había oído del de Avalle, un noble que encabezaba un movimiento de fueros de la nobleza gallega y a quién la Reina de Castilla y la Iglesia veían con recelo.

Raquel le había hablado de su causa y de la salvaguarda de Compostella. El conde había sido muy claro.

-Nuestras simpatías y las del rey Jaime II de Aragón están con vos. Os apoyamos. María de Molina y su hijo Fernando están usurpando el trono que corresponde a don Alfonso, nieto del gran rey Alfonso X e hijo de su primogénito. El desgraciado fallecimiento de éste en la campaña de Al-Andalus privó a don Alfonso, entonces menor de edad, del trono, que fue ocupado por su tío Sancho IV Ahora que Sancho ha fallecido debemos restaurar el linaje real de Castilla, entronizando a Alfonso y no a Fernando, el hijo de Sancho. ¿A quién apoyan los nobles gallegos como rey de Castilla?

Raquel esperaba aquella pregunta.

-Al que respete nuestros fueros y a nuestro pueblo. Fernando y Alfonso son nietos de Alfonso X, el Rey sabio; ambos son de la misma estirpe. Apoyaremos al que nos respete.

El conde de Luna había asentido. Él también esperaba aquella respuesta.

Todo había sido tan rápido que Raquel tuvo la sensación de que nada de lo que les había contado era nuevo para los aragoneses. A Raquel no le pasó desapercibido que el conde vestía de blanco y rojo. Aragón era reino donde los templarios ejercían una gran influencia. Envió una misiva a Indalecio.

Librodot

Eran amigos. Aquello tendría una gran importancia.

La audiencia con el Papa Bonifacio VIII nunca tuvo lugar. Fue imposible. El Papa de Roma no recibía a una enviada de un noble levantisco de las tierras de Compostella. Pero su petición, y lo que tras ella había, era de un gran interés para el Vaticano. Bonifacio encargó al cardenal Tussi que recibiera en audiencia a la embajadora del señor de Avalle.

Raquel recordaba aquella cita con especial desagrado. Acababa de llegar a Roma; era una ciudad abandonada, semiderruida y sucia. En medio de aquellas ruinas se elevaban las torres de las familias nobles, que demostraban así su poder. Gruesas cadenas separaban unos barrios de otros «para evitar las incursiones de familias enemigas», le había explicado Roncaglia. Era su anfitrión en Roma, un amigo de Enric. Las peleas se producían entre familias que arrastraban odios ancestrales y los viajeros nada tenían que temer, la había tranquilizado, aunque ella no sentía ningún temor.

Aquella no era la Roma que Raquel esperaba. Pensaba en Compostella; Roma tendría que ser aún más brillante y excelsa.

Sin embargo, se encontró con la decadencia y el atraso de mil años de destrucción y desidia. El Imperio Romano era sólo un vestigio. La noche la hacía aún más tenebrosa. Dos días pasó recorriéndola. Le pareció una ciudad acosada. No era el centro del mundo, más bien parecía separada de él. No entendía cómo aquella ciudad, en la que había nacido la mas grande civilización de la historia, había sido conducida a aquel estado. Era la consecuencia de la barbarie y del odio. De los grandes monumentos romanos, apenas si quedaban algunas piedras. Allí estaban, enterrados por la ignorancia y la guerra.

Uno de los barrios le llamó la atención, el de «los Colonna, cercanos a los Hauhenstaufen y ahora al rey de Francia y a De Goth». Estaba más cuidado y tenía sus edificios en buen estado; se veía que tenían buena posición; «sí, especialmente buena», le habían dicho. «Aquel es el palacio del cardenal De Goth y aquellos los cuarteles de sus tropas.»

También supo de los Orsini, familia noble prorromana, que apoyaba a Bonifacio VIII. Escuchó con perplejidad la narración que su anfitrión le hizo de las exequias del anterior Papa, Pietro el Ermitaño. Su asesino, Bonifacio, no era querido en Roma; había reclutado un ejército, pero carecía de autoridad moral. La muerte de Pietro lo acompañaría siempre. Incluso se decía que lo había torturado.

Eso lo hacía más temible; si había sido capaz de asesinar a Pietro, qué no haría. Su ejército era su único aval. La bula que estaba a punto de publicar, proclamando la hegemonía vaticana, y su ejército, amenazaban incluso a la familias romanas que lo habían apoyado. Ellos, que esperaban ventajas y favores, veían ahora como su poder era recortado y aun

amenazado de desaparición.

Raquel comprendió que tenía que mantenerse al margen de aquellas disputas. Gallaecia estaba a mil leguas. Quería la protección del Papa, y eso era lo que le solicitaría al cardenal Tussi. Camino de la audiencia, admiró el Vaticano.

Era diferente de Roma, un símbolo, y tenía fuerza. Recintos en piedra, que no eran más que repeticiones de Pedro. Las escalinatas, la torre, el patio, las columnas... Todo le recordaba aquel cristianismo de piedra, de dolor, de martirio, de sufrimiento y de esperanza. Las fuentes de la plaza porticada le parecieron las fuentes de la fe. Recorrió aquellos pasillos y salas donde se guardaba tanto arte de Occidente. Quería pararse y llenarse de aquello. Del arte, de la obra del hombre, de la obra de Dios, pero el cardenal Tussi la esperaba y el familiar que la conducía, caminando apresurado, no parecía dispuesto a ceder en su paso diligente.

Aguardó un largo rato en la antesala del despacho del cardenal. Al fin la puerta se abrió. El mismo familiar que la había acompañado, la invitó a pasar: «El cardenal Tussi os aguarda». Entró en un gran despacho. Le señalaron una silla alejada de la mesa que ocupaba el cardenal. Dos prelados de pie lo asistían.

-Doña Raquel Murías, nos es grato recibir a la enviada del señor de Avalle, de las tierras de Gallaecia, de Compostella.

El obispo Juan de Tui nos ha escrito de vos -dijo el cardenal mirando fijamente a Raquel. Era ciertamente tan bella como le habían dicho. Podrían tratar de algo más que de los asuntos de Compostella.

Raquel, que se sintió observada, no perdió el aplomo. Ya le había sucedido otras veces, aunque nunca con un altísimo prelado de la Iglesia. La mirada del cardenal le produjo una enorme repugnancia. La superó y habló de la situación en Gallaecia, de la defensa de Compostella y del Camino y de la querella con las órdenes, que no era contra el arzobispo y menos contra el Papa de Roma.

-Deseamos -concluyó- ponernos a las órdenes espirituales del Papa Bonifacio y aun a sus órdenes de ejercicio terrenal, siempre que no perjudiquen a nuestra Reina y a nuestra tierra. Queremos vuestra tutela y seremos fieles servidores del Papa de Cristo.

Nada podía agradar más al cardenal. Aquello era lo que el Papa querría oír. Nobles de una tierra tan importante como Compostella, disgustados con su Reina, llamaban a las puertas del Vaticano. Obligaría a la Reina de Castilla a ser sumisa al Papa y le dificultaría cualquier alianza con Felipe de Francia. Tenía que alentarlos.

-Hablaré con Su Santidad, pero la causa que me exponéis es justa. Servicio a la Cristiandad y al Apóstol. Nada nos es tan querido como el

apogeo y el brillo de vuestra ciudad. El Papa quiere que Compostella esté al lado de Roma. Estoy seguro que el arzobispo Rodrigo no habrá entendido bien vuestra causa. Le escribiremos para recomendarle la amistad con el señor de Avalle. Será preciso estudiar el papel de las órdenes en Gallaecia, aunque, sin duda, comprenderéis que su autonomía en las cuestiones terrenales es plena. Hablaré con el Papa y pronto os haré saber su decisión. Será una nueva ocasión para disfrutar de vuestra presencia.

Raquel se retiró; su expresión delataba su alegría. Mientras salía, el cardenal susurró unas palabras al oído del familiar.

Cuando atravesaban las salas de arte del Vaticano, Raquel, desbordada por la satisfacción, las disfrutaba aún más. No resistió la tentación de pararse delante de un cuadro de la Roma Imperial. Aquella era la Roma que ella esperaba, la que su maestro, Frey Conrado de Monteforte de la Coelleira, le había descrito como el centro del mundo.

-Señora Murías -le dijo el familiar que la guiaba hacia la salida-, el cardenal Tussi, príncipe de la Iglesia, estará encantado de recibiros esta noche en sus aposentos...

No le dio tiempo a concluir. Saltó con una furia incontenible:

-¡Cómo se atreve el cardenal! ¡Con qué derecho atenta contra mi honra! Decidle que me inspira asco y repulsión. Sólo lo volveré a ver en su despacho para hablar de nuestros asuntos de política, y acudiré acompañada.

El hombre palideció. Aquello no era lo que esperaba. No dijo palabra. Apuró aún más el paso, pero ahora era Raquel la que, indignada y furiosa, quería salir de allí lo antes posible. Se acordó de Indalecio; deseaba que en aquel momento estuviese a su lado.

Siguió el consejo de Roncaglia y empleó los días de espera en conocer a otras gentes. Los Orsini y los Colonna. Las dos familias más poderosas de Roma.

-Cualquiera que sea el Papa, unos y otros tendrán gran poder en el Vaticano. Sería conveniente que conociesen vuestra causa y os diesen apoyo -había argumentado Roncaglia.

Tenía razón. En el trato con ellos Raquel había aprendido mucho sobre la política y sobre el carácter romano. Las cosas eran allí diferentes. Aquello era Roma.

Ofrecieron una cena en honor de los Orsini, que no prestaron demasiada atención a la historia que Raquel les relataba; pudo darse cuenta de que consideraban que nada fuera de Roma y el Vaticano tenía interés, a lo sumo París, porque allí estaba Felipe IV, el Rey protector del cardenal De Goth. Pero nada más. Lo importante era el poder del Papa y el que ellos detentaban como sus aliados.

-He ido a ver al cardenal Tussi -concluyó Raquel.

La indiferencia se transformó súbitamente en atención.

-¿De qué habéis hablado?

-De la protección del Papa a nuestra causa -soltó Raquel a bocajarro-. La conseguí. Estamos bajo su protección.

No sabía por qué había dicho aquello. Se sentía humillada por la indiferencia de aquella gente.

-¿Le habéis ofrecido obediencia, aun por encima de la Reina de Castilla? -preguntó artificialmente afectado el conde Orsini-.

Se podría entender como insurrección y deslealtad.

Aquello ya era otra cosa. Ahora Raquel sabía que era importante.

-Sí, pero lo primero es nuestra gente y nuestra tierra -contestó.

-Veo que apoyáis la bula Unam Sanctam, que prima el poder del Papa sobre el de las naciones -dedujo Orsini-. No creo que esto sea conveniente para vuestra causa.

-¿Por qué lo decís?

-Porque os enfrentará con los nobles. Los Orsini fuimos el principal apoyo de Agnani para ganar la partida a De Goth, pero ahora creemos que se va a equivocar. Si publica esa bula, no lo respaldaremos, y sin los Orsini Agnani no es nada. Si es preciso nos enfrentaremos a él -concluyó el conde con expresión grave.

-Nosotros, desde Compostella, queremos lo mejor para Roma y para sus gentes.

La conversación había durado hasta la madrugada. Al despedirse, Orsini sabía que en Compostella estaba surgiendo algo nuevo que reclamaba atención. Podían ser amigos o enemigos, porque actuaban atendiendo a sus intereses. Mejor tenerlos de amigos; si el enfrentamiento con el Vaticano llegase a situación límite, convenía tener a Compostella al lado, sobre todo ahora que tenían voz propia. Siempre había estado muda; si hablase, Occidente la escucharía.

-Apreciamos vuestra causa -se había despedido Orsini de Raquel-. Es justa. Sabed que nuestro ánimo estará a vuestro lado; y nuestro ánimo impregna toda la Cristiandad.

Raquel los despreciaba. Todo era un juego de intereses. Pero ya sabía

cuál era el punto vulnerable de aquella gente: un Papa muy fuerte significaba familias romanas muy débiles.

La cena con los Colonna fue muy diferente. No disimulaban su odio a Bonifacio, que se hizo patente desde el principio: el asesino de un Papa no podía ser Papa. Debería abdicar. Pero, en lugar de hacerlo, carente de autoridad moral, se fortificaba en el Vaticano.

-La Iglesia de Pedro es ahora un fortín donde la chusma de la tropa se emborracha y fornica. Estos tiempos no pueden durar.

Raquel había hablado entonces de la situación en Compostella, de sus demandas a la Iglesia, encabezada por el arzobispo de Compostella, leal a Bonifacio.

El conde había demandado detalles de todo. Se había interesado especialmente por la procedencia de los templarios y por el encuentro con el Rey de Portugal. Era evidente que no creía todo lo que estaba oyendo, pero lo seguía con gran interés.

-¿Estaría el señor de Avalle dispuesto a reunirse en París con el Rey de Francia? -preguntó súbitamente cuando Raquel hubo concluido.

-Con conocimiento de la Reina, sí -había contestado inmediatamente Raquel.

-¿Qué diría Compostella si la mayor parte de la Cristiandad reclamase la abdicación de Bonifacio?

-Nosotros pediríamos las pruebas de que es responsable de la muerte de Pietro -respondió Raquel.

-Las campanas de Compostella se oyen en toda Europa. Vuestra voz será de gran valor.

El juego del poder había entrado en una carrera desbocada.

Roma estaba lanzada a una batalla cruenta en la que los adversarios estaban dispuestos a todo. Tras las formas suaves, se adivinaban los odios sanguinarios. Y todos empezaban a ver que Compostella importaba porque ahora tenía voz propia.

-Creo que os sería de interés tener un encuentro con el cardenal Touraine -sugirió Colonna cuando ya se despedían-. Es persona con criterio que goza de influencia en Roma y en Francia. Si lo consideráis conveniente, yo mismo hablaré con él. Nos une una gran amistad.

-Si vos mediaseis para que esa entrevista se celebrase, os lo agradeceríamos -terció Roncaglia.

Así había sido. Unos días después, al tiempo que se fijaba una fecha para la entrevista con Touraine, fue llamada desde el Vaticano.

Raquel acudió al despacho de Tussi acompañada de Joseph. El trato fue exquisito. Tendrían todo el apoyo de Roma, el beneplácito de la Iglesia y las bendiciones del Papa.

Enviarían emisarios al arzobispo de Compostella.

-Queremos, además, que transmitáis al señor de Avalle que es deseo del Papa Bonifacio estar informado del progreso de vuestra causa. Lo que estáis haciendo al acogeros al Papa es lo que dictaminará la bula Unam Sanctam, el predominio del poder de la Iglesia por encima de los reyes.

Aquella sentencia le sonó a Raquel a música. No estaba de acuerdo con la interpretación que Tussi daba a su causa, pero lo importante era el apoyo.

Quiso volver caminando. Salió de allí con una sensación que ya había experimentado antes: Roma y el Vaticano eran como una noria. El Papa era el eje y los demás, los Cangilones. Tussi, Orsini, Colonna, Roncaglia, Touraine... eran parte de aquella comedia gigantesca que movía el mundo. Indalecio y ella también estaban en la noria y se movían; eran parte de aquello que le producía tanto desprecio. Una Roma sin valores del espíritu, sin fe, sin creencias, donde lo importante era el poder. Sólo con el poder se sobrevivía. Aquel mundo no le gustaba, pero necesitaban de él. Creía que estaba obrando bien, pero, ahora, tenía dudas. Si Indalecio estuviese allí, juntos las resolverían.

El cardenal Touraine resultó ser completamente diferente a todos los que había tratado en Roma. Se mostró afable, la saludó con cordialidad y, tras saber que ya llevaba muchos meses viajando para interceder por su causa, la había interrumpido preguntándole.

-¿Echáis de menos vuestra tierra y vuestra gente?, ¿tenéis ganas de regresar?

Nadie desde que había salido de Gallaecia se había dirigido a ella de aquel modo. Respondió la verdad.

-Sí, mi añoranza es inmensa. Pero aún debo ir a varios lugares antes de volver; mi viaje está lejos de haber concluido.

-Yo dejé París, mi ciudad, hace muchos años. Amo Roma, pero aún me despierto cada mañana oliendo la humedad del río Sena.

La nostalgia que confesáis aún da más valor a lo que estáis haciendo. El conde de Colonna me narró vuestro encuentro, pero preferiría escucharon directamente a vos.

No la había interrumpido en toda la narración. La escuchaba

atentamente. Raquel notó que le interesaba de verdad. Touraine vio delante de él a una mujer valiente e inteligente que creía en lo que estaba haciendo. Sólo por eso merecía apoyo. Sintió simpatía por ella y por su gente, defendían la causa de su tierra. Quizá no tuviesen toda la razón, pero se movían por sus convicciones. Ya sabía que Tussi le había prometido apoyo, pero en el Vaticano una palabra se corrige con la siguiente.

Lo relevante sería la forma en que el Vaticano materializase aquella promesa de apoyo. Sería preciso conocer las instrucciones que realmente transmitían al arzobispo de Compostella. Podrían decirle que apoyase al señor de Avalle o exactamente lo contrario. Le habría gustado prevenirla, pero pensó que ella lo atribuiría al enfrentamiento que mantenían con el Vaticano.

-Roma es un pueblo pequeño. Todo se habla y todo se comenta.

¿Creéis que los Orsini se enfrentarán con el Papa por la Unam Sanctam?

Raquel mostró su sorpresa.

-¿Conocéis nuestra reunión de hace unos días? -respondió preguntando.

-Con todo detalle. Pero me interesa más vuestra opinión.

-Creo firmemente en la determinación del conde Orsini de mantener su poder, incluso enfrentándose al Papa si fuese preciso -respondió Raquel-. Y si me excusáis no quiero seguir hablando de mis entrevistas en Roma.

-No es mi intención sonsacaros nada. Me caéis bien y, por mi propio interés, estoy de vuestro lado. Os voy a ser franco. En Compostella, el orden actual es favorable al Papa Bonifacio.

Si os ayudamos y triunfáis, podemos teneros de aliados en aquellas tierras. Si perdéis, todo seguiría igual. Pero, además, creo que sois gente de bien que defiende su causa y, por eso, merecéis triunfar.

La charla continuó con las referencias a la estabilidad de Bonifacio. Al igual que Colonna, Touraine no creía que el Papa durase mucho.

-Los Orsini son los que finalmente decidirán. Sería bueno que supiesen que podemos coincidir en que sería saludable para la Cristiandad que Bonifacio VIII abdicase. Juntando nuestras fuerzas lo conseguiríamos. Vos podríais hacérselo saber. Para vuestra causa sería muy conveniente, ya que contaríais con el apoyo de verdad, no sólo de palabra, de los Orsini, de los Colonna y el nuestro. Cuando las cosas cambiasen, el mismo Tussi, con la habilidad propia del Vaticano, se adaptaría a la nueva situación y os apoyaría también.

Touraine no tenía pensado llegar tan lejos, pero aquella mujer le inspiraba confianza. Su relación con Orsini podría ser de gran utilidad.

Raquel no respondió; la propuesta de Touraine no era para ser contestada allí. Tenía que meditarla. Súbitamente se dio cuenta de la importancia de lo que estaba pasando: estaba en juego la caída de un Papa de la Cristiandad y ella, por azar, estaba implicada. Podía evitar aquella monstruosidad dando aviso; podía ignorar lo que había oído y seguir su ya casi concluida tarea en Roma. Pero hiciese lo que hiciese, ya estaba involucrada en la más terrible batalla, la de De Goth contra Agnani. Se sintió aturdida. Tenía que pensar...

Touraine se dio cuenta de lo que pasaba por la cabeza de aquella mujer. Aún sintió más cariño por ella.

-Pensadlo. Pero os aseguro que prestaríais un gran servicio a la Cristiandad. Creedme, Bonifacio no merece ser Papa.

Se despidieron sin ningún compromiso. Raquel confusa y aturdida. El cardenal pensando que había acertado. Era el momento. Tenía que comunicarlo urgentemente a De Goth y al rey Felipe. La señora Murías obraría en conciencia: hablaría con Orsini.

-En nombre de una parte de la Iglesia Romana os presento excusas por la ofensa del cardenal Tussi a vuestro honor -le dijo Touraine cuando ya se iba.

-Recibo vuestras disculpas y me satisface escucharlas de un cardenal.

Mientras Raquel se alejaba, Touraine inició la escritura de una nota a De Goth. Le explicaba su decisión. Si los Orsini aceptaban, De Goth, a cambio de unas pocas cesiones, sería Papa. Habría que convencer a los Colonna de la conveniencia de la alianza; inicialmente se resistirían, pero acabarían aceptándola. Había elegido como mediadora a una señora del reino de Castilla, procedente de Compostella, completamente desconocida en Roma. Varias razones abundaban en esa elección.

La señora Murías era una mujer honrada y de palabra, no los engañaría. Pero, además, no tenía postura propia en el conflicto romano y allí era casi imposible encontrar una persona que pudiese transmitir su mensaje a los Orsini sin que tuviese sus propios intereses; en Roma todos tomaban partido.

Había, además una razón adicional muy importante: si los Orsini rechazaban su propuesta y tratasen de utilizarla contra ellos acusándolos de traicionar a los suyos, ¿quién los iba a creer si la portadora de tan crucial propuesta era una señora desconocida y proveniente de los confines del mundo? Todos creerían que era una descabellada invención suya. Se reirían de ellos por dar pábulo a aquella mujer, hidalga de menor alcurnia. Sin embargo, si los Orsini accedían, el mundo vería un nuevo Papa. Touraine

Librodot

estaba seguro de haber acertado.

Raquel quiso volver andando. Los sirvientes y la guardia la seguían en silencio. La noche romana la ayudó a pensar. Estaba en Juego nada menos que el derrocamiento y la abdicación del Papa, y ella no debía tomar parte. Pero toda Roma afirmaba que era el responsable criminal de la muerte de Pietro. Algunas veces lo había oído en Gallaecia, aunque allí, en la distancia, era menos creíble. No era bueno que la Cristiandad fuese dirigida por un Papa cuya autoridad moral estuviese en cuestión.

No lo culpaba del incidente que había tenido con Tussi. Podría el Papa ser un santo y su primer cardenal un depravado. Pero tenía que confesarse a sí misma que detestaba el ambiente que había visto, o más bien intuido, en el Vaticano. Era todo lo que ella odiaba. Y de eso el culpable era el Papa que lo permitía.

La política romana no le interesaba, salvo en lo que pudiese afectar a su causa. Si mediaba en aquella alianza y fracasaban, el Papa ordenaría al arzobispo Rodrigo que arreciase en sus ataques contra ellos. Pero esta era al fin y al cabo la situación actual; no podía empeorar mucho. Estaba, sin embargo, la promesa de Tussi de apoyarlos, que revocarían tan pronto hablase con Orsini.

Si decidía no actuar, su papel sería suplido con facilidad por cualquier otra persona, y si la alianza triunfaba, se les consideraría gente hostil. Su falta de cooperación sería un serio traspiés para la causa.

Moralmente no le gustaba Bonifacio VIII. Políticamente no sabía qué hacer. Todo tenía riesgos y había que afrontarlos.

Pero, sobre todo, no le gustaba aquel Vaticano.

Llegaron a casa. Allí se preguntó por primera vez cuál habría sido la razón de que Touraine la hubiese elegido a ella para transmitir un mensaje de tal importancia. No encontró explicación. Sin duda tenía que ver con el hecho de ser extranjera. Pero extranjeros, en Roma, los había por millares.

Roncaglia y los demás comensales respetaron su silencio. La cena transcurrió sin más que algunas palabras sueltas. Todos comprendieron que el encuentro con Touraine había sido muy importante.

-Creéis que Bonifacio merece ser Papa -preguntó Raquel a su anfitrión.

-Fue elegido por cónclave y es un Papa legítimo -contestó aquél pero creo que es indigno. -Hizo una larga pausa y continuó-. Opino que su política es equivocada, pero otros podrán pensar lo contrario. El desacuerdo con sus decisiones nunca ha de ser causa de derrocamiento; si así fuese, cualquier decisión de un Papa podría ser usada como argumento para derrocarlo. Se acabaría con el principio del papado vitalicio y la Iglesia, ya de por sí convulsa, se convertiría en un campo de batalla.

-Pero la elección del Papa es más política que espiritual -dijo Raquel.

-Sí, puede que sí. Pero una vez elegido hay que garantizar la duración de por vida, de lo contrario los reyes serían más que los Papas. El papado es una monarquía no hereditaria. Eso es bueno.

-Sí -reconoció Raquel pensativa-. Contadme otra vez todo lo que sepáis sobre la muerte de Pietro.

Cuando Roncaglia concluyó su narración, Raquel ya no tenía ninguna duda.

-Desearía tener una entrevista privada con el conde Orsini. Os agradecería que la solicitáseis en mi nombre.

La suerte estaba echada. Creía estar acertando. Aquella noche, ya en la cama, pensó en Indalecio. Pensó en su tierra. Soñó que cabalgaba con él por los montes verdes de Gallaecia, olió su frescura, sintió su humedad. De pronto tuvo calor. El fuego devastaba los montes de su tierra. Las llamas la separaban de Indalecio. Trató de saltarlas, pero se hicieron gigantescas, llegaban desde los matorrales hasta la copa de los árboles..., sintió una enorme angustia. Se despertó. Había sido la preocupación.

El encuentro con Orsini se celebró en su palacio, pocos días después; el conde no tenía ninguna ocupación en aquellas fechas, pero una espera prudencial de la señora Murías era obligada. La recibió en su salón de trabajo, detrás de una mesa escritorio. La saludó cortésmente y la invitó a sentarse frente a él, con el escritorio de por medio, como símbolo de la distancia que los separaba.

Raquel había meditado mucho durante aquellos días cómo enfocar la audiencia. Ella no era parte, ni siquiera mediadora, en aquel asunto cuya envergadura y alcance la superaban. Era única y exclusivamente portadora de un mensaje. Si se solicitase, estaría dispuesta a llevar otro mensaje de vuelta.

Ahí acabaría su tarea. Así lo planteó.

-Conde Orsini, voy a tratar con vos un asunto de la máxima importancia, en el que no me guía interés personal alguno. No tengo sobre él posición, ni soy parte en el mismo. Entro en esta cuestión porque creo que presto un servicio a la Cristiandad. Sé que asumo riesgos innecesarios, pero mi conciencia me dice que tengo que hacerlo así.

Hizo una pausa.

-Continuad, por favor -la animó el conde.

-Me he reunido con el cardenal Touraine para, al igual que he hecho

Librodot

con otra gente importante de Roma, narrarle la situación de mi país, que vos conocéis. Hablamos de todo, de Occidente, de Castilla, Francia, de Roma... y del Papa Bonifacio.

-¿Qué os dijo sobre el Papa? -interrumpió con visible interés el conde.

-Cree que es indigno y que debe abdicar. Es preciso un nuevo Papa, de lo contrario la Cristiandad atravesará por graves dificultades.

El rostro del conde se relajó.

-Eso lo sabe toda Roma. El odio de los franceses al Papa Bonifacio es conocido en todo Occidente. Sin embargo es cierto que los errores de Bonifacio pueden producir un gran daño que es preciso evitar.

-El cardenal Touraine me encargó que os transmitiese su disposición a tratar con vos una acción común que pusiese fin a los errores del Papa, y así reconducir la situación de la Santa Sede -dijo Raquel esforzándose en aparentar el mayor aplomo.

El conde saltó como un resorte y se puso en pie.

-¿Acaso Touraine me está proponiendo un pacto para derrocar al Papa? -preguntó visiblemente alterado.

-Cree que, juntos y sin derramamiento de sangre, podríais marcar una nueva época del Vaticano, más propicia para todos...

-¡Ellos, que tienen las manos manchadas de sangre! -gritó Orsini mientras atravesaba la estancia de un lado a otro con pasos rápidos.

Estaba fuera de sí. No articuló palabra en un largo rato.

Siguió recorriendo la estancia en paseos frenéticos que mostraban su ira. Finalmente, se sentó y se fue calmando. Era el conde Orsini, de la familia más poderosa de Roma, y como tal tenía que comportarse. Raquel permaneció en silencio.

-Decidle al cardenal Touraine que los Orsini jamás pactaremos con gentes falsas y asesinas. Ni queremos, ni nuestra nobleza nos lo permite. Transmitidle que los Orsini nos bastamos para regir y decidir los destinos del Vaticano. No necesitamos de ningún bastardo francés para resolver los asuntos de Roma.

Decidle, además, que cuando haya que elegir un nuevo Papa, serán los Orsini los que decidan quién ha de ser.

El conde se calló y miró fijamente a Raquel. Transcurrieron los segundos. Raquel aguantó su mirada.

-Transmitiré vuestro mensaje y vuestra indignación -dijo Raquel finalmente.

-Admiro vuestro valor y vuestra decisión, señora Murías.

Mantengo mi palabra de apoyo a vuestra causa. Cuando en el futuro visitéis Roma, contad con los Orsini entre vuestros aliados y amigos.

Ya en la calle, Raquel no sabía si la audiencia había sido buena o mala, ni para quién. Pero estaba segura de haber hecho lo que debía.

Touraine la recibió inmediatamente. La esperaba en su despacho y la saludó con la misma cordialidad. Raquel narró el encuentro, sin ocultar la indignación y la furia de Orsini.

-El peor enemigo es el que, carente de inteligencia, es incapaz de ver su propio interés -había dicho Touraine, con el escepticismo dibujado en su rostro-. Orsini está ciego por su odio a Francia y no se da cuenta de que en este momento su verdadero enemigo es Bonifacio. El tiempo le enseñará. Señora Murías -continuó-, os agradezco vuestra gestión. La transmitiré al cardenal De Goth y al rey de Francia. En su nombre os ofrezco apoyo. Debéis viajar a París y entrevistaros con el conde de Rouen, la mano derecha del rey Felipe. Yo mismo le escribiré y recomendaré vuestra causa. Francia tiene mucho poder en el Camino de Santiago. No dejéis de visitar a mi sucesor, el deán de Notre Dame; os agradará conocerle.

Notre Dame es uno de los centros de la tierra. Roma es el otro.

-Os agradezco sinceramente vuestro apoyo y vuestras gestiones.

Nada me satisfará tanto como ser recibida por el conde de Rouen.

Hablaron de la situación de Francia. Touraine creía en un Imperio Francés. Raquel sentía que su Rey era el de Castilla, aunque no le gustase porque no atendía a su tierra. No entendía por qué un emperador por encima de su Rey habría de traer bien alguno a Gallaecia. Sería todo lo contrario: un nuevo poder arbitrario desde la distancia. Pero no dijo nada.

-Veo en vuestras palabras que sentís un gran amor por Roma.

Creo que sois persona de gran sensibilidad y me sorprende que améis una ciudad que lleva diez siglos destruyéndose y reduciendo su anterior grandeza a escombros. Sus gentes son presuntuosas y mezquinas. La sociedad, es corrupta.

-Pero es bella y está viva contestó Touraine.

-Su belleza es única, sí. Pero lleva mil años detenida; emana inmovilismo y atraso.

-Os equivocáis. Las piedras de Roma caminan hacia el futuro.

Sus moradores saben que rigen el mundo; tienen poder por ser romanos y lo utilizan. En cualquier otro sitio pasaría lo mismo. Pasead de noche por ella y, a pesar de su suciedad, sus ruinas y sus divisiones, escucharéis latir su pulso y sentiréis su espíritu.

Volviendo a casa, Raquel veía la belleza de aquella ciudad, pero no sentía su espíritu. Se acordó de Gallaecia. La etapa romana de su viaje había acabado. Todo había sido distinto a como lo esperaba. Había navegado por las aguas procelosas de aquella ciudad. Había defendido su causa. Se había visto envuelta en graves asuntos del Vaticano y de la Cristiandad.

Ahora, en Roma, sabían de su causa en Gallaecia. Para bien o para mal, Roma ya sabía.

Los carruajes que cruzaban el puente sobre el río Rim, allí en Estrasburgo, le recordaron lo interminable que el viaje de Roma a París le había resultado. A Roma había llegado costeando el mar Mediterráneo, que ella creía un mar tranquilo. Una noche, cuando ya estaba en las tierras francesas, cerca de Marsella, aquel cielo y mar azules se tornaron súbitamente negros y llenos de espumas amenazantes.

Un terrible temporal se había abatido de golpe sobre aquel mar. Raquel pensó que era un mar traicionero. Sin duda, el Neptuno que habitaba en aquellas aguas quería recordar a los humanos que el mar era suyo. El mar Cantábrico, el de la Coelleira, debía estar regido por un dios mucho más poderoso que Neptuno, pero menos colérico; su ira siempre avisaba, y cuando lo hacía, había que tomarlo muy en serio y ponerse a cubierto. No había embarcación capaz de resistirlo. En sus viajes por Gallaecia había estado en el Finisterre un día en que la cólera del dios atlántico se desató en toda su fuerza.

Raquel recordaba aquella furia suelta trepando desde el mar hasta la cima del monte, como si quisiera arrancarlo de la tierra para llevárselo a las simas del fin del mundo...

En el viaje a París por las tierras de la Lombardía, los Alpes, infranqueables y poderosos, verdes y blancos pese a ser verano, le parecieron extraordinarios; pero estaba cansada y el viaje se eternizaba. Las noches en las posadas, frecuentadas por nobles y clérigos viajeros, no se acababan nunca. No sabía qué le pasaba, pero cada vez tenía más ganas de volver a su tierra, de cabalgar sus caminos, de poder contar a los suyos lo que estaba sucediendo en Europa. Y aún faltaba mucho para aquello. Había transcurrido un año desde su partida y, seguramente, tardaría otro más en regresar.

Avistaron París. Raquel no había sentido nada especial. Al acercarse a Roma, la fuerza fantástica del Imperio la embargaba, aunque, después, todo se había venido abajo al experimentar tanta decadencia y destrucción.

Viendo París, tan hermoso como pudiera imaginarse, no tuvo la sensación de encontrarse en el centro de Occidente. Sólo ganas de llegar y marcharse.

Al cruzar el Sena, su olor fresco le llenó los sentidos y le trajo a la memoria su río, el Miño. Pero el suyo era plateado y éste, ocre. El atardecer y las nubes rojas en el horizonte contribuyeron a crear la sensación de calma que sentía.

El conde de Rouen había accedido a recibirla a los pocos días de su solicitud, aun a pesar de encontrarse en el coto real de verano, en las llanuras de Versalles. Su anfitrión en París le había explicado que era una deferencia desacostumbrada. No era frecuente ser recibida con tanta celeridad, y menos en el coto de verano. Allí sólo se trataban altas e inaplazables cuestiones de Estado. Raquel no dijo nada. Se acordó de Touraine.

En los pocos días de espera había recorrido París de un extremo a otro. Era ciertamente una ciudad que emergía.

Cuidada, limpia, ni una ruina. Segura de sí misma, se sabía la capital de Francia, el país más poderoso de la Cristiandad.

En aquel puente de Estrasburgo, rodeada de la belleza de aquella ciudad verde, blanca y negra, recordaba el hechizo que había sentido cruzando el puente sobre el Sena para ir a la isla de Notre Dame. No había sido su hermosura, ni su olor, ni las poderosas aguas de aquel río. Sino aquellas torres, apoyadas en la blanda tierra de una isla, elevándose por encima de los árboles verdes y mojados. Había sido la unión de una isla, un río, los árboles y las torres de la catedral ejerciendo sobre ella una atracción que nunca había sentido.

Recordó las palabras de Touraine y comprendió que allí estaba naciendo una nación y un pueblo. Vio cómo los canteros labraban aquellas piedras que daban forma a la catedral, Notre Dame. No la comparó con nada. Sólo la sintió. Estaba llena de magia y de sensaciones.

Mientras la recorría admirándola, un cura casi anciano se le había acercado.

-Sí, señora; este es el nuevo templo de Salomón construido para Nuestro Señor.

-Es grandioso. Sube hasta Dios. Me siento como en la catedral de mi tierra, Compostella.

-Si sois de Compostella y nos comparáis con vuestra catedral, me siento gratificado. En esta obra ponemos nuestra alma. Toda Francia empuja a Notre Dame hacia arriba; cada cantero, cada carpintero, cada orfebre que participa en esta obra, deja un pedazo de su alma en las piedras, en las maderas, en los dorados. Tanta espiritualidad la convierte en un lugar

inigualable.

-Un cardenal francés me contaba hace pocas fechas en Roma algo muy parecido a lo que vos decís. Tenía razón.

-¿Puedo preguntaros de qué conocéis al cardenal Touraine? -preguntó el clérigo.

-¿Cómo sabéis que hablo de él?

-Porque sólo Touraine tiene su alma en esta catedral. Aquí nació su fe y se educó su espíritu. De Goth, en cambio, es el alma de Notre Dame. Así es la catedral. Id con Dios.

El conde de Rouen la recibió en un inmenso salón, con infinidad de puertas acristaladas que daban a un patio soleado. Estaban solos, aunque en el patio, a la sombra de los árboles del sol del atardecer, un enjambre de personas gesticulaban, hablaban y reían.

-Os saludo con agrado -dijo el conde, mostrándole un sillón al lado del suyo, en un gesto que no pasó desapercibido a Raquel-. El cardenal Touraine nos ha hablado de vos, de vuestras gestiones en Roma y de la situación de vuestra patria, Gallaecia. Tierra en medio del vértigo del cambio. Las gentes que peregrinan a la tumba del Apóstol nos narran lo que allí acontece.

Raquel transmitió, una vez más, su mensaje. Se dio cuenta de que el conde ya lo conocía. No inquirió detalle alguno, ni solicitó ninguna aclaración. Sin embargo, todo parecía interesarle. Le habló de su estancia en Roma, que el conde también debía conocer, aunque sin mencionar la entrevista con Orsini.

-¿Qué sabéis sobre Navarra? -le preguntó cuando ella hubo concluido.

Un poco sorprendida, Raquel había dicho la verdad:

-Nada que no sepa cualquiera.

-El rey Felipe de Francia pretende legítimamente el reino de Navarra. Le corresponde por derecho de su esposa. ¿Cómo veis desde Gallaecia esta pretensión?

A Raquel le agradó aquel lenguaje directo.

-No es una cuestión de nuestra incumbencia inmediata.

Carecemos de una posición definida sobre Navarra. Nosotros debemos lealtad a la Reina regente y si atiende nuestras justas razones, seguiremos siendo leales a ella -dijo Raquel.

-¿Y si no las atiende y da la razón al arzobispo de Compostella y a las órdenes? -preguntó el conde mostrando una familiaridad con todo aquello que había sorprendido a Raquel.

Contestó rápida y con contundencia.

-Las Cortes Generales decidirán, pero nos anexionaremos las tierras de las órdenes que fueron nuestras anteriormente.

-Eso será el enfrentamiento con vuestra Reina -advirtió el conde-. Puede que seáis aniquilados. Si movilizan hacia Gallaecia una parte del ejército que tienen en Al-Andalus, no tendréis ninguna posibilidad y vos lo sabéis.

-Sí, es cierto. Pero no deseamos la guerra con la Reina y para eso queremos el apoyo del rey de Francia, para evitar que dé la razón a las órdenes. Si el Rey de Francia, el país del que parte el Camino de Santiago, hiciese llegar a la regente de Castilla su simpatía hacia nuestra causa, la disuadiría de atender a las presiones en nuestra contra.

-¿Y qué ganaría el Rey de Francia apoyando vuestra causa y enfrentándose con el poderoso arzobispo de Compostella y con los aguerridos nobles castellanos? -preguntó el conde.

Raquel quiso ser muy precisa en su respuesta.

-Tener en Gallaecia un país aliado y amigo, sin menoscabo de nuestra lealtad a la Reina castellana. La voz de Compostella estaría cerca de la de Notre Dame.

Notó que aquello agradó al conde. Continuó.

-Si vuestra demanda de Navarra está sustanciada, os apoyaríamos defendiendo vuestra legitimidad ante la Reina.

Hablaron de Portugal. El conde conocía mejor que Raquel la situación en aquel país.

-Sé que don Indalecio de Avalle y el Rey don Dinís tuvieron una importante reunión hace un año. Don Dinís mostró simpatía hacia la causa de los nobles gallegos, lo que enojó mucho a la Reina regente, que le envió una misiva señalando su disgusto. Vos estuvisteis en aquella reunión. Habladme del pensamiento de don Dinís. ¿Qué opina de Francia?

-No conozco su posición en cuanto al papel de Francia -concluyó Raquel tras haber resumido aquel encuentro.

Hablaron mucho rato sobre la situación de la Cristiandad, las cruzadas fracasadas y el Temple, «una gente valerosa, leal y noble», afirmó el conde, «muy queridos por el Rey de Francia, pero observados con recelo por el Papa de Roma, que les teme por su rectitud».

Librodot

Nada parecía serle desconocido a aquel hombre.

-Sé de vuestra gestión con los Orsini. Fuisteis valerosa y os estamos muy reconocidos. El Papa Bonifacio la conoce también.

No sé aún cuál será su reacción, pero es calculador y vengativo. Debéis avisar a vuestra gente en Gallaecia y advertirles que estén especialmente vigilantes. Si el Papa decide algo en contra de los vuestros, con toda seguridad lo intentará a través del arzobispo de Compostella. Debéis prevenirles contra las gentes del arzobispo. Escribidle una nota a don Indalecio de Avalle y yo se la haré llegar. Decidle además que tenéis toda la amistad y apoyo del rey de Francia.

Las tropas francesas que vigilan el Camino y que acampan por Gallaecia sabrán que sois aliados. Los templarios de las encomiendas de influencia francesa también sabrán de vos.

Raquel sintió una intensa angustia. No la pudo disimular. Su estancia en Roma había provocado la cólera del Papa; el resultado final había sido el contrario al que su viaje pretendía. Peligraba su causa y aun la vida de los suyos.

Sintió el impulso de partir inmediatamente para Gallaecia. Su ansiedad era tal, que ni siquiera reparó en el apoyo que le había brindado el conde de Rouen, mano derecha del rey más poderoso de Occidente. Sólo pensaba en que el Papa era ahora su enemigo.

-Creo que debo ir en persona a Gallaecia a comunicarles todas mis gestiones -dijo Raquel tratando de aparentar aplomo.

-Permitidme que os aconseje. No es la mejor respuesta que daríais al Papa. Todos sabemos que os dirigís a Estrasburgo; lo habéis dicho en varios lugares. El cardenal Tussi sigue con gran atención vuestros movimientos. Si continuáis viaje a Estrasburgo medirá más su respuesta a la vista de los apoyos que consigáis y que el Vaticano conocerá puntualmente. Si volvéis a Compostella, sabrá que tenéis miedo y que habéis fracasado; será inclemente con vos y vuestra causa. Hacedme caso, escribid vuestra nota y proseguid viaje.

Lo sabían todo sobre ella. Raquel tuvo la sensación de que era una pieza de ajedrez, aquel juego que el maestre de la Coelleira le había enseñado, movida por los jugadores, el Papa y el cardenal De Goth. Pero le aterró pensar que Indalecio y Gallaecia también estaban en aquel tablero, donde se jugaba el poder del mundo. Y ellos eran tan poca cosa..., una pieza cualquiera. El resultado podía ser la devastación de Gallaecia y la muerte. Ya no estaba aturdida; toda su inteligencia y su instinto se pusieron a funcionar. No se fiaba de nadie.

-Sí, enviaré una nota. Os la haré llegar mañana mismo y continuaré

viaje.

-Haremos ver al Vaticano el apoyo que tenéis. No dejéis de visitarnos cuando volváis de Estrasburgo -dijo el conde.

Raquel sabía ahora que todo aquello la había situado en uno de los bandos de la Cristiandad. Pero en aquel momento era prioritario hacer ver a Tussi que ellos no eran solamente un puñado de gentes en el fin del mundo, sino que tenían, aliados muy poderosos.

-Id el próximo domingo a la misa solemne de Notre Dame. La oficia el cardenal De Goth. Al terminar, el deán de la catedral os recibirá -le comunicó el conde.

Raquel se sintió aún más manejada: todavía no había solicitado la audiencia con el deán de Notre Dame. Se le habían adelantado; conocían todos sus movimientos. ¿Qué más sabrían?

-Siempre complacemos a nuestros aliados -fue la despedida del conde.

Pasó toda la noche en vela meditando la nota que enviaría a Indalecio. Casi le pareció que él estaba allí en su habitación; se sintió de una manera muy especial. Era, sin duda, el temor a la reacción del Papa.

En la carta narraba, sin dar detalles, los encuentros que había mantenido en los últimos meses. Todos habían apoyado su causa: el cardenal Tussi daría instrucciones al arzobispo Rodrigo y el conde de Rouen a los amigos de Francia.

«Surgieron algunas insidias en el Vaticano que pudieran tergiversar la orden del Papa a Compostella y hacer que el arzobispo os ataque. Debéis permanecer atento a sus gentes.»

No quería dar más explicaciones. No sabía a cuántos sitios iría aquella nota. Mostraba confianza a los franceses enviándola a través de ellos, que la harían llegar con la máxima celeridad, pero no decía nada sobre el derrocamiento del Papa.

Era de madrugada. Intentó dormir unas horas. No lo consiguió.

Su preocupación fue en aumento y volvió a sentir angustia.

Decidió enviar un mensajero. A la mañana siguiente, llamó a Joseph. Alguien de total confianza tenía que viajar a Gallaecia y contar a Indalecio lo que había sucedido; tenían que tomar precauciones.

-El recado llegará a su destinatario. Estad tranquila. Esta también es la causa del Temple.

Raquel reparó en aquella frase, «esta también es la causa del Temple».

La repitió docenas de veces. La tranquilizaba. El rey de Francia, el Temple... eran fuertes. Los suyos estaban bajo su protección; el Papa no se atrevería. Los templarios eran sus amigos desde siempre. Pero ahora esta también era su causa. Le pareció natural. Siempre lo había creído así. La Coelleira, Bernardo y ella, Enric y sus amigos, sus anfitriones en toda Europa. Pero ¿por qué era esta la causa del Temple? Nunca habían tenido ningún interés en Compostella.

Ahora sí. Y los apoyaban a ellos, no al arzobispo. ¿Por qué?

La misa solemne en la catedral de Notre Dame era ciertamente impresionante. La grandiosidad del templo. La majestuosidad del oficiante, el cardenal De Goth. La música que lo enaltecía todo. La mezcla de los olores del incienso, la humedad de la piedra y del río, penetraban en los sentidos. Era la misa del que iba a ser Papa de Roma. Raquel se dejó llevar por aquella sensación y soñó con el regreso a su tierra.

En medio de su sueño, un cura joven se le acercó.

-El deán os aguarda, señora.

Allí estaba, en la puerta de acceso de los clérigos, aquel anciano que unos días antes la había abordado en aquel mismo lugar.

-La señora Murías y yo nos conocemos. La estaba esperando.

Librodot

EL ENCUENTRO CON EL SEÑOR DE CLERMONT

El arzobispo de Compostella había retrasado aquella audiencia todo lo que había podido. Solamente la insistencia del obispo Juan de Tui, un buen hombre y un buen prelado, le había obligado a concederla. Si de él dependiese, el señor de Avalle nunca entraría en el Palacio de Gelmírez, pero nadie entendería que desairase al obispo de Tui; aparecería ante la Iglesia como un intransigente incapaz de atender las razones de los suyos. Recibiría al señor de Avalle y denunciaría en público su ataque contra la Iglesia y aun contra el cristianismo. Era de conocimiento general que aquel joven, irascible e insensato, pretendía apoderarse de privilegios que correspondían por ley divina al clero.

Indalecio observaba distraído la antesala del despacho arzobispal. A su lado, visiblemente preocupado, el obispo Juan. Llevaban un buen rato esperando; mucho más de lo que la cortesía aconsejaba. Pero Indalecio no se inmutó. Sabía que iba a ser así y que el arzobispo les iba a tratar sin miramientos, procurando, incluso, humillarlos. Al fin y al cabo él se había atrevido a cuestionar su poder. Se puso en pie y caminó por la sala, con pasos calmados. Al lado de la puerta del despacho del arzobispo, Fermín, su secretario, y dos guardias armados lo observaban. Seguramente eran soldados del ejército que aquel noble francés, el señor de Clermont, había puesto a su disposición. Indalecio no sabía si era habitual que el arzobispo recibiese a sus visitas con guardia armada, pero, la verdad, le daba exactamente igual; él había ido allí a explicarle sus demandas y a decirle que no era su enemigo. Haría todo lo posible por conseguir un acuerdo con él y, así, evitar enfrentamientos que serían malos para todos.

Recordó aquella reunión en la catedral de Tui. Habían pasado Más de seis meses desde que Raquel Murías partiera para Roma. Había recibido con gran satisfacción su misiva notificándole la respuesta del rey Jaime II. El apoyo de la Corona de Aragón había sido un gran avance, que ya toda Gallaecia conocía. Lo habían divulgado por doquier. Primero Portugal, después Aragón. Ahora era preciso que el arzobispo Rodrigo mostrase buena disposición.

Las cosas no iban mal. El ejército, ya con Bernardo al frente, había aumentado considerablemente sus efectivos. Las nuevas aportaciones de Enric, unidas a la mayor prodigalidad de la nobleza gallega, habían

Librodot

permitido armar un ejército ciertamente temible. Estaba sorprendido de las enormes riquezas de que debía disponer Enric; a veces temía que su buen amigo estuviese gastando toda su fortuna en aquella causa.

-No os preocupéis -le seguía tranquilizando éste-, ya os dije que puedo permitírmelo y la causa merece la pena.

El conde de Lemos e Inés, acompañados por Enric, habían recorrido toda Gallaecia, poniendo a los nobles al corriente de lo que sucedía. El encuentro en Vilanova da Cerveira con el Rey portugués había elevado el ánimo de todos. Después, el apoyo de Aragón lo había reforzado aún más.

El día se le quedaba corto a Indalecio. Recibía a los nobles que viajaban al castillo de Entenza, despachaba con Bernardo y los capitanes y atendía también a gentes de Castilla, Aragón y Portugal que solicitaban audiencia.

No habían recibido respuesta de la Reina. Había pasado mucho tiempo y seguían sin noticias de ella. Era cierto que los problemas con los de la Cerda, con Aragón y Portugal y el intento almorávide de reconquistar Tarifa requerían de su atención, pero una decisión sobre sus demandas era obligada.

Les llegaban sedales favorables; era «necesario más tiempo para que las cosas maduren», le había dicho el conde de Moncada, cercano a doña María de Molina.

Indalecio le había contestado desde la comprensión, «el tiempo arregla muchas cosas y yo tengo todo el tiempo del mundo. Mi abuelo me lo dijo desde niño».

No se fiaban. En la espera fortalecían el ejército y se procuraban aliados. La Reina sabría de su determinación. Tarde o temprano tendría que dar una respuesta.

Se acordó de Raquel. En el castillo de Entenza se hablaba mucho de ella. Su misión era muy importante y estaba seguro de que la cumpliría a la perfección. El éxito de Aragón era el primero. Cristina le solía decir que a Raquel le habían asignado la tarea más dura y peligrosa.

-Nosotros nos tenemos unos a otros. Ella está sola.

En aquel momento estaría en Roma. No habían tenido noticias suyas en muchos meses y estaban preocupados. En compañía de Joseph y alojándose bajo la protección del Temple, el riesgo era menor; pero deseaban saber de ella.

Fermín permanecía inmóvil al lado de la puerta. Indalecio miró por la ventana que daba a la plaza del pórtico del maestro Mateo. Allí permanecía la nutrida guardia que lo había escoltado. Cincuenta hombres a caballo. El resto, hasta los quinientos que se habían desplazado a Compostella,

Librodot

aguardaban acampados frente a las murallas, en la puerta Faxeira.

Bernardo había insistido en que hiciese aquel viaje con un destacamento que doblase al del arzobispo. No creía que hubiese peligro ni desconfiaban del arzobispo, que no era un asesino, pero él y toda Gallaecia tenían que conocer su fuerza.

Ante tanta insistencia Indalecio accedió. Nunca había viajado así; cientos de hombres armados y una guardia personal que jamás se separaba de él, no era la mejor forma de disfrutar de aquella hermosa tierra. Fue como una marcha militar que avanzaba sobre Compostella. Decidió no repetirlo.

-Comprendo vuestro enfado -trataba de aplacarlo Enric-, pero si alguien atentase contra vuestra vida, la causa se resentiría y aun se malograría para siempre. No olvidéis que ya estamos en guerra; comenzó aquel día que no aceptasteis enviar vuestro ejército a las tierras de Al-Andalus.

-Todo esto es excesivo. En adelante viajaré con una guardia mucho menor -contestó Indalecio irritado.

Desde luego, toda Gallaecia había visto aquella marcha militar. El objetivo, mostrar su fuerza, se había conseguido.

El mismo arzobispo se había preocupado al saber que el de Avalle viajaba hacia Compostella con quinientos hombres a caballo. Lo había considerado una provocación; Indalecio respondía a su gesto amistoso de concederle una entrevista llevando quinientos hombres armados ante las murallas de Compostella. No debía haberle dado aquella oportunidad. La audiencia había sido un error.

El tiempo de espera ya iba para dos horas. El obispo de Tui, enojado, se dirigió a Fermín.

-¿Está el arzobispo indispuesto y no nos han avisado? -preguntó con voz áspera.

-Mis instrucciones son acompañaros durante la espera -contestó con frialdad Fermín.

Le disgustaba usar aquel tono con el obispo Juan.

-Decidle, por favor, al arzobispo que nuestra espera llegó a su fin -comunicó el obispo.

Fermín entró en el despacho. El arzobispo estaba solo y paseaba por la estancia.

-Monseñor, el obispo Juan está exasperado, creo que debéis recibirlos ya -le aconsejó.

-¿Y el señor de Avalle? -preguntó el arzobispo.

-Impasible -contestó Fermín.

-Hacedlos pasar y que se note que la espera fue premeditada.

No hacía falta. Cuando Fermín les pidió que entrasen y les mostró la puerta, los tres sabían que el arzobispo había querido infligir una humillación al señor de Avalle. Era su respuesta a un ejército ante Compostella.

-Es un gran placer volver a veros obispo Juan -les recibió el arzobispo abrazando al prelado tudense-. Señor de Avalle -dijo fríamente a Indalecio.

Éste contestó con un escueto «Monseñor».

Era la primera vez que se encontraban. Se sentaron. Fermín tomó asiento también. Presidía la reunión el arzobispo detrás de un gran escritorio de castaño. Un despacho espacioso; paredes de piedra desnudas, sillas de jamuga, arcones y biblioteca. Todo con la mayor austeridad. A Indalecio le agradó aquella estancia. Un cuadro del Apóstol sobre un caballo blanco matando moros destacaba sobre los de la Virgen, que abundaban por doquier.

Tras algunas frases entre el arzobispo y el obispo, éste abordó la cuestión.

-Monseñor -comenzó-, conocéis mi antigua amistad con la familia de los Avalle. El abuelo de don Indalecio y yo pasamos veladas enteras en las más arduas discusiones y charlas amigables. El destino se ha torcido y ha querido que la relación entre don Indalecio y vos no sea todo lo buena que a mí me hubiese gustado y que a los intereses de Gallaecia y de Compostella conviene.

El arzobispo se mostró serio. El obispo Juan continuó.

-Ante este desencuentro, como prelado y como amigo de los dos, no puedo permanecer pasivo. Yo mismo he recomendado a don Indalecio que os visitase para poner las cosas en claro y ver de conseguir un final a la situación de encono que, desafortunadamente, se ha creado. No creo que haya ninguna razón insuperable que separe a dos personas que quieren y defienden su tierra. Soy muy mayor, pero renunciaría a todo el tiempo que Dios me quiera dar a cambio de un entendimiento entre vosotros.

Indalecio se sintió emocionado y notó que al arzobispo le sucedía lo mismo. Visto así de cerca, parecía un obispo cualquiera. Comenzó a hablar.

-Monseñor Rodrigo. Desde mi boda con doña Cristina, hace más de tres años, muchos hechos acontecieron en esta nuestra tierra. Algunos de la mayor importancia. En estos tres largos años, la nobleza de Gallaecia ha

adquirido conciencia de sí misma. El clero, que vos encabezáis, ya la tenía desde muchos siglos atrás.

El arzobispo asintió. Indalecio continuó.

-Esta nueva situación originó choques entre la antigua estructura de poder y la nueva. Convengamos que es natural que sea así. Pero admitamos, también, que en todos los reinos cristianos el poder lo ejercen el Rey y sus nobles por ley natural.

-Auxiliados y orientados por la Iglesia, como rectora espiritual, que es el valor máximo -interrumpió el arzobispo, dirigiéndose por primera vez a Indalecio.

Éste asintió amablemente.

-Sí. Sin duda alguna. Pero en Gallaecia, la Iglesia detenta ambos, el poder terrenal y la orientación espiritual. Los nobles tenemos el derecho, pero no el ejercicio y mientras tanto nuestra tierra no es considerada en el mundo por ella misma.

-¡Lo es Compostella! -volvió a interrumpir el arzobispo-. ¡El mundo peregrina a la ciudad! Nos conocen, nos respetan y aun nos admiran. La Cristiandad sabe de nosotros.

-Y le tienen devoción al Apóstol. Pero Gallaecia no importa, ya no en Europa, sino en el reino de Castilla. Pagamos impuestos a las arcas del Rey, pero son otros los que deciden.

Somos la cola del león del reino, y no estamos dispuestos a continuar así.

-Pero la gente en nuestra tierra quiere al Rey. La Iglesia y las órdenes se encargan de sus necesidades. Los nobles dirigís vuestros condados y se os respeta -alegó el arzobispo.

-Esa es la situación que Castilla quiere que se mantenga, ya que les garantiza el ejercicio del poder sin que nadie lo cuestione. Les interesa una nobleza que, acomodada en torno a las órdenes, siga tumbada a la sombra de los castaños. Entre tanto, Castilla manda, Aragón conquista tierras, Portugal ensalza la cultura y Gallaecia no existe.

-Sois injusto si no reconocéis la magnífica tarea de las órdenes en la mejora de los cultivos. Desde que establecieron sus abadías por toda Gallaecia, las cosechas son cada vez más abundantes y el pueblo no pasa hambre.

-Lo reconozco y admiro a las órdenes por esa labor. No quiero que dejen de hacerla; al contrario, deben proseguir su tarea en otros predios. Pero las tierras tienen que volver a sus dueños, la nobleza, a quienes se les

arrebataron.

-Eran tierras yermas -se defendió el arzobispo.

-Ciertamente. Pero tenían dueños. Y tienen que volver a ellos.

Las órdenes las seguirán cultivando, pero deberán revertir a sus propietarios. Y si no quisieran labrarlas, os aseguro que la nobleza se encargará de hacerlo.

-¿Por qué estáis tan seguros de que será así? -preguntó el arzobispo.

-Porque vivimos en nuestro tiempo. Nuestros antepasados se quedaron dormidos y desde otros lugares se les alentó a ello.

Las órdenes trabajan por vos, se les decía. Hoy estamos despiertos. Queremos ejercer nuestros derechos; será lo mejor para la gente y para la tierra. Nosotros haremos que nuestro pueblo esté mejor, que se le oiga y que se le respete -concluyó Indalecio.

-Y para ello reclutasteis un ejército -replicó el arzobispo-, traerá la muerte y el mal.

-No si se utiliza correctamente. Castilla tiene ejército, Aragón, Portugal y Francia también. Hasta parece que el mismísimo Vaticano está reclutando uno. Y todos creemos que es conveniente que lo tengan; vos mismo no lo condenáis.

-Porque se usan para combatir el mal, la herejía y al infiel -respondió presto el arzobispo.

-El nuestro se movilizará para defender los derechos de Gallaecia donde y cuando quiera que sea preciso. Si vos lo requerís estará presto para la defensa de Compostella y su Camino.

-La Reina os lo solicitó y no aceptasteis su petición -argumentó ya sin demasiada convicción el arzobispo.

-La Reina lo pedía para su verdadera intención.

Indalecio no era como le habían dicho. Esperaba toparse con un fanático colérico y se acababa de encontrar con un hombre razonable que creía firmemente lo que defendía. Estaba de acuerdo con él. Observó a su secretario, Fermín, que miraba sin pestañear a Indalecio. También a él le había convencido.

Pero no estaba nada seguro de que en aquella nueva situación, la voz de Compostella predominase en Gallaecia. La voz de los nobles se oiría mucho, mientras que la del arzobispo resonaría menos y, al fin y al cabo, Compostella era Gallaecia. Le caía bien. Tenía razón el obispo Juan, era

preciso encontrar una salida que satisficiese a todos. Pero eso no era tan fácil.

-¿Cuál es vuestra propuesta concreta? -inquirió el arzobispo.

Fermín lo miró sorprendido. Aquello iba demasiado lejos.

-Se debería desamortizar una parte de las tierras de las órdenes, que volverían a sus antiguos propietarios. Si las órdenes deseasen seguir cultivándolas, podrían hacerlo a cambio de una renta. La Iglesia respetará las decisiones que adopte el señor de cada condado, sin interferir en ellas. El arzobispo de Compostella y los demás obispos de Gallaecia pasarán a formar parte de las Cortes Generales y acatarán sus decisiones.

-¿Y qué obtendrían la Iglesia y las órdenes con esta nueva estructura? -preguntó el arzobispo.

-Un país en paz y con voz y peso en Castilla. Estoy seguro de que es un objetivo que compartís. En todo lo concerniente a Compostella y al Camino de Santiago vuestra autoridad será absoluta.

-¿Cómo contribuiría la nobleza al mantenimiento de la Iglesia?

En esta nueva situación las órdenes tendrían una menor capacidad dineraria -dijo el arzobispo.

-Lo que dejasen de aportar las órdenes lo cubriríamos nosotros con creces. La Iglesia podría ejercer mejor su magisterio -afirmó, contundente, Indalecio.

Como vio que al arzobispo no le salían las cuentas, aclaró.

-Pediremos una importante reducción de los tributos que se pagan a la Corona. Creemos que son excesivos para nuestro país. Serán rebajados. Esto nos permitirá una mayor contribución a la Iglesia.

El arzobispo se quedó petrificado. Indalecio le estaba proponiendo conseguir mayor autoridad para Gallaecia a costa de un serio conflicto con la Reina. Era muy ventajoso, tanto para los nobles como para la Iglesia de Gallaecia, pero conllevaría el enfrentamiento con Castilla.

-Eso supone ruptura y deslealtad a la Reina.

-No. Simplemente la reclamación, con toda lealtad, de un trato justo. No buscamos la división del reino. Esa es la pretensión del infante Juan, que querría la escisión de León y Gallaecia, no nuestro objetivo. Debilitaría a la Cristiandad y nuestra fe no lo permitiría, pero reclamamos que se nos trate igual que a otros territorios. Estamos en el reino de Castilla y León, pero nuestra tierra se llama Gallaecia.

-La Reina reaccionará arrasando Gallaecia -murmuró pensativo el arzobispo.

-O accediendo a nuestras reclamaciones. Estoy seguro de que si estamos unidos atenderá nuestra causa, sabiendo que gana leales vasallos. No podría aniquilar todo un país y tenemos aliados. La Reina medirá su respuesta. El trono de su hijo Fernando es cuestionado -concluyó.

El arzobispo comprendió el alcance de lo que estaba ocurriendo en su tierra. Hasta aquel momento, escuchando solamente a su ciudad, Compostella, no lo había notado. Los tiempos iban muy deprisa y ya no se podían parar. Aquella tierra se movía muy por delante de Compostella, que permanecía anclada en la tradición y en la comodidad de las costumbres. Aquel joven que tenía delante le había mostrado un mundo nuevo que no conocía.

Tenía que elegir y lo haría al lado de los suyos, las Cortes Generales de Gallaecia. Las órdenes se resistirían y no aceptarían perder sus privilegios. Así se lo dijo a Indalecio, pero comprendió que todo aquello iba mucho más allá de una desamortización de las tierras: empezaba a nacer un orden nuevo, una Gallaecia distinta, que reclamaba su sitio.

No hablaron más. Ambos sabían que estaban en el mismo bando.

Pero había muchos intereses más allá de ellos: el clero, las órdenes, el Rey, el Vaticano, las costumbres... Se volverían a encontrar. El arzobispo sería el encargado de concertar el siguiente encuentro, que tendría lugar transcurridos seis meses o antes si algún hecho excepcional y grave lo requiriese.

Se despidieron con toda la cordialidad que había faltado en el recibimiento. El obispo Juan salió en silencio; eran ellos los que tenían que hablar. Su rostro mostraba satisfacción. Había cumplido su misión; ahora ya podía irse a proseguir sus inacabables charlas con el abuelo de Indalecio.

-La próxima vez que visitéis Compostella será la guardia arzobispal la que garantice vuestra seguridad -dijo el arzobispo cuando pasaban frente a la ventana desde la que se veía la guardia de Indalecio apostada en la plaza.

Éste asintió. Ya en la plaza del pórtico de la Gloria, Indalecio no subió al carruaje. Quiso volver andando; aquella era su ciudad, el centro de Gallaecia. Se detuvo frente al pórtico del maestro Mateo. Aquella obra hecha para Dios le seguía impresionando cada vez que la veía. Era el arte de los dioses. Era el espíritu de su pueblo esculpido en la piedra.

Nada en el mundo se le podía comparar, le había dicho su abuelo. Las piedras de la catedral de Compostella competían con el suelo que Dios pisaba, le había dicho una vez un caminante. A él simplemente le sobrecogía y le hacía sentir la importancia de su tierra.

Se acordó de Cristina y de su hijo. Quería volver pronto y verlos, pero aún tardaría varias semanas en regresar; el obispo Juan, que partiría de inmediato hacia su diócesis, la informaría de todo. Cristina se alegraría mucho al conocer la buena disposición del arzobispo y quizá se le pasasen aquellos temores que, a veces, le ensombrecían el ánimo.

-Aunque no me lo hubieseis encargado, era mi intención regresar por el castillo de Entenza y saludar a doña Cristina.

Sé cuánto la tranquilizará lo que acaba de ocurrir hoy en el palacio arzobispal -le había respondido el obispo.

Aquel encuentro cambiaría el curso de los acontecimientos.

Estando unidos, las cosas serían muy diferentes.

La ciudad le pareció distinta. Acompañado del obispo recorrió sus rúas. Las piedras de color verde musgo brillaban con los rayos del sol. Peregrinos y caminantes las recorrían también, apartándose al ver la guardia que los acompañaba. Disfrutó del paseo. Se detuvo un largo rato en la plaza de la Puerta Santa.

Se estaba empezando a construir una torre y las piedras se apilaban al lado de los andamios. Los canteros las labraban poniendo en ello todo su empeño. Al igual que en tantos lugares del mundo, en Compostella los hombres querían subir hasta Dios para conocer su destino.

El señor de Clermont le había ordenado que esperase fuera a su invitado, con todo preparado para que después de la entrevista, que mantendrían a solas, se sirviese una cena para una docena de comensales. Por el tono que había empleado y por la orden de esperar en la calle, Sergio sabía que su huésped debía ser tratado con la máxima consideración. Esperaban al señor de Avalle, aquel hombre del que hablaba toda Compostella. Había sido recibido por el arzobispo unos días antes y se rumoreaba que se habían entendido; la Curia de la catedral lo comentaba con cierta preocupación, porque creían que el señor de Avalle atentaba contra los privilegios de la Iglesia. A Sergio esto le daba igual, pero no simpatizaba con él porque su presencia en la ciudad había restado notoriedad a su señor y eso sí que le afectaba a él. Habían transcurrido tres años desde que el señor de Clermont llegara a Compostella y lo tomara a su servicio. Toda la ciudad se acordaba de la recepción en la catedral; no había habido otra igual. La llegada de Clermont la había convulsionado. Todos querían ser recibidos por él. Sergio había elaborado una lista de notables, ordenados por su rango.

Suárez de Deza había sido el primero en franquear las puertas de la casa del francés, como se le empezó a llamar en la ciudad. Clermont lo había recibido en un gran salón de la planta baja habilitado a estos efectos. Era parco en palabras, pero impresionaba profundamente a sus visitantes. Suárez de Deza había descrito su encuentro como «el encuentro con un rey.

Librodot

Habla de Compostella, de Castilla, de Francia... como si fuesen sus territorios».

Parecía de la más alta estirpe y sus huéspedes se sentían tratados con la mayor deferencia. Denis y Hansa estaban siempre presentes y participaban activamente en la conversación. Siempre vestidos de blanco y rojo. En la ciudad se afirmaba que eran templarios, aunque nadie lo podía asegurar. En una ocasión, el señor Martín Bernárdez, en la sala que ya era conocida de toda Compostella, unos por haberla visto y los más por haber oído hablar de ella, le había preguntado:

-Señor de Clermont, ¿sois vos y vuestros caballeros miembros de la orden del Temple?

-Somos peregrinos eternos de Compostella; nos debemos por completo a esta ciudad y a los valores cristianos que desde aquí emanan a todo el orbe -había sido la respuesta.

Nunca hablaban de ellos. El misterio cubría su pasado. Nadie conocía nada sobre su vida. Se sabía que Clermont era amigo del rey de Portugal y que el Vaticano había ordenado que se le dispensaran las máximas atenciones. El embajador de Francia le mostraba un gran respeto por ser un noble de origen francés.

Pero eso era todo. Al principio, el misterio fue causa de comentarios, indagaciones y aun fábulas, pero a medida que lo fueron conociendo y su presencia en Compostella se convirtió en habitual, la ciudad lo fue considerando suyo y el misterio desapareció. Clermont pasó a ser una autoridad y nadie se acordó de los recelos iniciales; era la persona más importante de Compostella después del arzobispo.

Por su casa habían pasado nobles, burgueses, comerciantes, clérigos... Clermont era admirado, respetado y querido en la ciudad. Se veía con frecuencia con el arzobispo; entre ellos había surgido un afecto que había evitado cualquier roce. Toda Compostella se daba cuenta de que aquella amistad era buena para la ciudad y les convenía.

Sergio sintió el frío húmedo de la rúa compostelana. Aún no llovía, pero no tardaría en hacerlo. Él mismo se había convertido en una de las personas más influyentes de Compostella; en tres años había pasado de cerero y comerciante a ser recibido por los nobles de más raigambre de la ciudad.

Su relación con Fermín, el secretario del arzobispo, era tan buena que no necesitaba cita previa para ser recibido. Le bastaba con ir al palacio arzobispal.

Muchos asuntos habían pasado por sus manos. Su señor confiaba en él. La construcción del nuevo hospital le ocupaba mucho tiempo; iba más lento de lo que el arzobispo y su señor deseaban. Era muy necesario. Muchos peregrinos salvarían la vida, le insistían. Pero la demolición de las

Librodot

casas, la elaboración de los planos y el diseño de la obra, los maestros canteros... todo era de una exasperante lentitud. Clermont se mostraba comprensivo.

-Construyámoslo lo antes posible, pero hagámoslo bien, porque, una vez construido, va a permanecer aquí durante mil años.

Más de un año habían durado las obras de la casa, supervisadas por el señor Hansa. Como se le había ordenado, diferentes equipos de canteros y carpinteros habían ido construyendo los gruesos muros de aquel inmenso recinto. Ocupaba una parte de la antigua planta baja y se habían extendido hacia el gran patio interior. Sergio no conocía aquella compleja estructura.

-El señor de Clermont necesita de recogimiento y de silencio para su trabajo -le habían dicho a la vista de los gruesos muros y de la extraña construcción que parecían haber edificado.

Sólo sabía que levantaban muros, que debían tener unos profundos cimientos a juzgar por la gran cantidad de tierra que aquel equipo de trabajadores extranjeros había excavado y llevado fuera de la ciudad en carros de bueyes. Puertas de hierro macizo fundidas en Toledo. Era un recinto donde efectivamente el señor había conseguido aislarse para trabajar; solamente los caballeros que lo acompañaban tenían acceso a aquellas dependencias. Una guardia siempre en la puerta. Sergio no había entrado nunca. Tampoco le importaba; no era cosa suya.

Habían trasladado a aquella sala, decagonal parecía, todos los libros y efectos de trabajo del señor, incluida aquella enorme caja circular que tanto pesaba y que el señor había traído cuando llegó para comer.

Poner en práctica aquella idea de Hansa, copiada de Roma y París, había sido una ardua tarea. Se le había ocurrido construir en las calles principales unos conductos subterráneos para que circulasen las aguas, de la lluvia y otras, que así no salpicarían y ensuciarían a la gente. Los había en muchas ciudades de Europa. Sergio no entendía la conveniencia de aquello, pero había convencido a don Fermín.

El arzobispo lo había autorizado. Eliminaría la suciedad y los olores. La obra se había comenzado en la calle de la fachada sur de la catedral y, pasando por delante de la casa del francés, llegaba a las afueras de las murallas. Después se acometió la calle de atrás. En aquellos conductos subterráneos cabía sobradamente un hombre de pie; así se podrían limpiar sin que hubiese que levantar las piedras del pavimento de las calles. Habían requerido mucho trabajo y habían resultado muy costosas; tan pronto hubo que acometer las calles que no eran vistas desde la casa, Sergio había mandado parar las obras.

Nadie en la ciudad tenía interés en aquellos conductos, así que nadie protestó. Los dineros del señor de Clermont tendrían un mejor uso.

Librodot

Además de las gentes de Compostella, el señor recibía también a peregrinos. Gentes de buen porte. Pasaban días en la casa y mantenían largas pláticas con él. Muchos de ellos le traían cofres con regalos. Seguramente libros, pensó siempre Sergio.

El mundo de su señor era el mundo de los libros y de la reflexión. Recordaba una ocasión en que un carro de bueyes del estilo que usan en Portugal había descargado docenas de pesadísimos arcones que varios hombres apenas eran capaces de levantar. Todos se depositaban a la entrada de la estancia decagonal; el señor y los caballeros se encargaban de colocarlos en su sitio.

Sergio comprendía que había mucho de misterioso en su señor, pero la cotidianidad del misterio y de lo desacostumbrado lo habían vuelto natural. El señor de Clermont era un gran señor, un sabio, un santo, diferente a todos, que precisaba de una vida distinta. Sergio era el más interesado en que todo fuera considerado como normal. la llegada de Clermont había traído su fortuna y haría lo que fuese preciso para conservarla. Si fuese necesario, mataría; pero no lo era.

Compostella. Allí pasaba la mayor parte del día; a veces no salía ni cuando Indalecio, a caballo, se aproximaba a la casa de Clermont, vio que sirvientes y soldados lo aguardaban. Su guardia se quedó a unas brazas de distancia, y solamente Enric y los templarios siguieron con él. Desmontaron. A Sergio le parecía asistir a una avalancha de caballeros de blanco y rojo. Excepto don Indalecio, todos llevaban los colores templarios.

Sin decir una palabra, les señaló la puerta. Observó a don Indalecio. Ciertamente no le gustaba aquel hombre. Don Fermín le había dicho que era un visionario maléfico. La gente en Compostella no lo quería; se había atrevido a retar a la Ciudad del Apóstol desde una aldea, casi en Portugal. Pero a Sergio eso no le importaba, lo que realmente temía era que aquel loco desencadenara una guerra que acabase afectando a su señor.

Cuando Indalecio se dirigía a la puerta, Denis y Hansa salieron a recibirlo.

-Sois bienvenido, señor de Avalle. El señor de Clermont os aguarda.

Indalecio los siguió hasta una enorme sala a la que se accedía por una puerta de caoba. Allí dentro, de pie, un hombre de mediana edad lo esperaba. Indalecio lo observó fijamente.

Clermont, con un gesto de autoridad, le tendió su mano.

Indalecio se acordó del encuentro que había tenido con don Dinís.

Los templarios se retiraron dejándolos a solas. Cuando Denis cerraba la puerta, pudo ver cómo, fuera, unos y otros se saludaban afablemente. Eran gentes de la misma causa.

-Tantos años esperándoos y al fin os veo -dijo en pie Clermont-. Llegó vuestro tiempo.

Indalecio no supo qué contestar. Aquel hombre le impresionaba.

-Os saludo. Tenemos en común las palabras compartidas con don Dinís, rey de Portugal.

-Tenemos en común muchas cosas más. El aprecio del rey de Portugal es una. Nuestros ideales de gobiernos justos, nuestra fe en Compostella y su papel en el mundo, nuestro deseo de avance de nuestro pueblo..., tantas y tan importantes son las cosas que tenemos en común.

Indalecio estaba cada vez más sorprendido. Nunca hubiese esperado una conversación así. Delante tenía a una persona muy singular. Pero Clermont no le dio demasiado tiempo para rehacerse.

-Durante mucho tiempo he esperado este encuentro del que tantas cosas van a nacer. El tiempo no es más que una sucesión de hechos a veces tan rápidos que parece no existir. Para algunos carece de dimensión. Es ahora y será en mil años -continuó Clermont.

-Vuestras palabras me recuerdan las que me decía mi abuelo -dijo Indalecio-, no estoy seguro de entenderos.

-No lo entenderéis, ni de mí, ni de vuestro abuelo. Lo tendréis que vivir y se darán cuenta todos menos vos. El mundo verá la elipse del tiempo en la que estáis, pero vos que estáis dentro, no la veréis.

La elipse del tiempo, pensó Indalecio; lo mismo que decía su abuelo. Se quedó preso en el recuerdo.

-Sé de vuestro abuelo -adivinó Clermont-. Fue un hombre excepcional.

Indalecio empezaba a descubrir cuánta gente conocía a su abuelo.

-Vos sois un hombre de acción. Nacisteis para eso. Cada hombre nace con un destino. Vos nacisteis para cambiar esta gran tierra, Gallaecia, a la que el apóstol Santiago arribó va para mil años. En Tierra Santa vivieron Cristo y su Madre, pero no yacen allí. Sólo cuentan Compostella y Roma, donde yacen Santiago y Pedro. Roma ocupó los mil primeros años y fracasó.

No era el lugar elegido. No supimos ver que Pedro fue obligado a ir allí porque el poder del Imperio Romano lo requería. Pero ¿por qué Pedro y Santiago eligieron Gallaecia, el fin de la tierra, para empezar la evangelización del mundo? Aquí no había ningún imperio, ni gente poderosa, ni grandes riquezas.

Apenas un puñado de hombres y mujeres. La razón era otra; el universo

gravita hacia Finisterre; el sol converge y se apaga cada día por sus acantilados. ¿Por qué? Podría ir en diferentes direcciones.

Indalecio escuchaba absorto. No sabría decir cuánto tiempo había pasado.

-El cristianismo eclosionará desde Compostella. Lo hará frente al sol, recibiendo sus rayos en la cara. No era Roma, era Compostella. El Papa tiene que residir en Compostella. No lo supimos ver. La Iglesia se asentó en Roma, a la sombra del poder del Imperio y sus modos nos invadieron. Hoy Roma está corrupta.

-Cuando nos percatamos de aquel error, al querer solucionarlo, cometimos el segundo. Nos embarcamos en las cruzadas, creyendo que allí encontraríamos las raíces del cristianismo. Perdimos dos siglos, y permitimos que los poderes no religiosos de Roma y del mundo se apoderasen aún más de la Iglesia. No era tampoco Jerusalén donde tenía que residir la Iglesia.

Jerusalén había ocupado el centro en el milenio antes de Cristo. Su tiempo también había pasado. No nos dimos cuenta hasta ser derrotados en las cruzadas. Abandonamos los Santos Lugares. Fue un enorme sacrificio, porque allí vivió Jesús.

Pero continuar en aquella dirección habría significado perder mil años más.

-Esta vez partiremos desde Compostella. Tras el milenio del templo de Salomón en Jerusalén y el de la basílica de San Pedro en Roma, pronto empezará el milenio de la catedral de Santiago en Compostella.

Indalecio estaba fascinado. De aquel hombre emanaba un poder magnético. Lo que estaba diciendo sería considerado en cualquier lugar una locura y una herejía. Pero él lo creía. Lo escuchaba con avidez porque le llegaba al espíritu.

-Vos, don Indalecio, habéis sido señalado para dirigir a los nobles de este gran pueblo, dándole la fuerza que necesita y preparándolo para ser la cuna del renacimiento de la fe y de la civilización cristianas. Otros pueblos creerán que ellos son los elegidos y, en este momento, se están preparando para ocupar el sitio de la Roma decadente y destruida. Fracasarán.

Será Compostella: lo decidió Dios al crear el universo y hacerlo moverse todos los días enterrando el sol en esta tierra. Nadie puede cambiar eso.

-¿Cómo lo sabéis? -preguntó Indalecio-, ¿dónde lo habéis aprendido?

-En los libros. Lo he aprendido en bibliotecas de todo el mundo. La sabiduría que miles de hombres acumularon durante miles de años está en los libros. El conocimiento obtenido durante milenios nos enseña del tiempo

y de la unión de la historia con el presente y con el futuro.

-¿Dónde están esos libros?

-En todo el mundo. En Roma, en Alejandría, en Jerusalén, en Egipto... Pergaminos procedentes de las excavaciones de los Santos Lugares... El legado de hombres sabios ha llegado a nosotros para que, esta vez, no nos equivoquemos.

-¿Disponéis acaso de libros que los demás mortales no leyeron nunca? -preguntó Indalecio recordando aquellos manuscritos que su abuelo había mandado copiar.

-Sí, algunos textos no habían sido leídos por ningún hombre desde hacía miles de años. Pero no sólo éstos. Las Escrituras están llenas del mensaje divino que asienta la sabiduría. El Antiguo Testamento, con veinticuatro libros, nos cuenta la historia que debemos interpretar. El Apocalipsis, el primer libro del Nuevo Testamento, nos narra lo que tiene que suceder. Está escrito y así será. Pero había otras Escrituras...

-¿Estáis diciendo que la Iglesia no conocía todas las Escrituras? -preguntó Indalecio.

No podía creer que aquello fuese cierto.

-Hay más escritos que aún tienen que ser interpretados.

Se puso en pie y se dirigió a una mesa sobre la que estaba extendido un pergamino, en el que había trazados unos extraños signos que Indalecio no había visto nunca. De haber estado en la recepción a Clermont, habría reconocido los símbolos grabados en aquella placa de oro que ahora ocupaba el centro de la catedral de Compostella.

-No os dicen nada -adivinó Clermont-. Sin embargo vuestro abuelo estuvo toda su vida buscando estos símbolos. No los vio nunca; él los hubiera entendido. Vos los veis y no los entendéis.

-Explicádmelos -pidió Indalecio lleno de curiosidad y no sin temor.

-Ahora no. Aún es pronto. Quizás algún día, cuando vuestro espíritu esté preparado para ello. Miradlo bien y grabadlo en vuestra alma; es parte de vuestro destino.

Indalecio se sintió sobrepasado por todo aquello.

-Nadie puede vivir vuestra vida por vos -dijo Clermont, volviéndose a sentar en su sillón.

Cuando Indalecio también se hubo sentado, Clermont volvió a tomar la palabra.

-¿Cómo se conectan el pasado y el futuro? Hay un nexo entre esas dos dimensiones; lo normal es pensar que lo pasado está fuera de nuestro ámbito de influencia y que es nuestra voluntad la que puede decidir lo que vendrá. Creemos que el tiempo pasado ya fue y que el futuro va a ser. Pero no es así.

Algunos lo descubrieron, pero no pudieron transmitirlo a los demás hombres, porque no lo iban a comprender. Se trasladaron a través de aquel nexo y señalaron los lugares donde se producirían las conexiones. Las damas bafométicas son la señal de la conexión entre el pasado y el futuro. Dentro de mil años el hombre lo comprenderá; ahora se tiene que conformar con verlas y seguir sus designios.

-¿Qué es una Dama Bafomética? -inquirió Indalecio.

-Es la piedra que une la vida y la muerte -contestó Clermont.

Pensativo, permaneció un largo rato en silencio. Indalecio no lo interrumpió; estaba maravillado con la conversación de aquel hombre.

-¿Creéis en la inmortalidad del cuerpo? -preguntó por fin Clermont.

Como Indalecio movió negativamente la cabeza, Clermont afirmó:

-Y, sin embargo, aceptáis sin el menor titubeo algo mucho más increíble: que Cristo era Dios Nuestro Señor. Y así es. Él hizo a los hombres y cada uno tendrá su vida. Y la de algunos pocos será para rehacer la Idea y refundar el cristianismo. Si no lo consiguen tendrán un nuevo tiempo en el que lo volverán a intentar.

-¿Dónde están las damas bafométicas? -preguntó Indalecio.

-En los lugares predestinados. En Roma había una y duró mil años.

-¿Hay alguna en Gallaecia? -volvió a preguntar Indalecio.

-Buscadla y vos mismo os contestaréis.

-¿Cómo se las reconoce?

-Vos la encontraréis y la reconoceréis. Quizá tardéis, pero la reconoceréis.

Se hizo un nuevo y largo silencio. Clermont volvió a hablar.

-Europa es un gran pueblo que se desangra en peleas y rencillas que traen la desgracia, el caos y la muerte. Es una maldición que no termina nunca. Cuando la cristiandad renazca desde Compostella, se producirá la reunificación de Europa, bajo el mandato de un rey justo y sabio. Formará

un gobierno de hombres sabios, que acabará con aquella maldición.

-Los reinos no se pondrán de acuerdo para aceptar a ese rey y ninguno es tan poderoso como para conquistar a los demás -argumentó Indalecio-. El Islam está debilitado. ¿Procedería acaso ese rey de las tierras de más allá del Éufrates y del Tigris?; tendría que arrasar las naciones. Nosotros no lo aceptaríamos nunca. ¿De dónde procederá entonces?

-De aquí mismo -respondió Clermont.

La puerta abriéndose los interrumpió; Denis entró en la estancia.

-¿Me habéis llamado, señor?

-Sí, es hora de que nuestros huéspedes cenen. Si nos honráis con vuestra compañía, la cena está servida -dijo dirigiéndose a Indalecio.

Con pesar, Indalecio comprendió que la conversación había finalizado.

Pasaron a un gran comedor. Muchos sirvientes aguardaban de pie. Sergio, al frente de ellos, respiraba la extrañeza de aquel encuentro; nunca el señor había recibido a solas a ningún visitante y mucho menos le había dedicado más de una hora. Con don Indalecio de Avalle había permanecido toda la tarde.

Indalecio reparó entonces que ya era de noche; Clermont había hablado todo el tiempo. Mientras caminaba a su lado hacia la cabecera de la mesa, observó su expresión, ahora enigmática.

Por otra puerta entraron los templarios. Bernardo se les había unido. Fueron saludando a Clermont y al de Avalle. Primero, los de la casa. Clermont los presentó:

-Los señores de Languedoc, Hansa y Nize.

Después saludaron los templarios, con Bernardo a la cabeza.

-El señor de Quirós, estratega de la Coelleira y general del ejército de Gallaecia -lo presentó Indalecio.

-Gran conocedor de los secretos de la guerra de la biblioteca de la Coelleira -afirmó Clermont-, es la unión entre la isla y la tierra.

-¿Cómo lo sabéis? -preguntó Bernardo.

-Todo el mundo en la Gallaecia sabe quién sois -respondió Clermont.

Fue presentando a los demás. Faltaba Enric. Indalecio reparó entonces en que estaba inmóvil en la puerta de entrada.

Librodot

Parecía que se hubiese quedado petrificado. Lo llamó.

-Enric. Acercaos.

Enric permaneció inmóvil. Se había quedado pálido; la figura de Clermont lo había llevado un cuarto de siglo atrás, allá en las tierras de Jerusalén, en aquella temeraria incursión. Pero no podía ser. Sintió que se le iba el sentido. Oía lejana la voz de Indalecio llamándolo, pero no era capaz de reaccionar. Su mente y su voluntad seguían en aquellos días de su primera cruzada, cuando aquel grupo de templarios había entrado en los Santos Lugares. Era imposible. Debía estar viendo visiones…

Consiguió dar unos pasos y acercarse a ellos.

-El caballero templario Enric de Westfalia. Un amigo y un valiente. Alma de nuestra causa -dijo Indalecio, preocupado por que a Enric le sucediera algo. Quizá no se encontrase bien, pero era la primera vez que lo veía así. Aquel hombre era de hierro.

-Nos conocemos -aclaró Clermont con una sonrisa amable-. Nos vimos hace muchos años en otros lugares. ¿Cómo os encontráis, caballero Enric de Westfalia?

-A vuestras órdenes de nuevo, señor -acertó a responder Enric.

Actuaba por instinto. Estaba convulsionado. Era imposible, pero cierto. Él lo había dicho, «nos vimos hace muchos años en otros lugares…». En un sepulcro, hacía un cuarto de siglo.

Enric había quedado marcado por aquella incursión y por todo lo que había sucedido. Hacía tanto tiempo que casi había conseguido olvidarlo y aliviar su espíritu. Ahora, de golpe, revivía. Allí delante, veinticinco años después, volvía a aparecer.

-Tranquilizaos, señor de Westfalia -dijo Clermont.

Enric reaccionó. Saludó con la cabeza a su anfitrión y ocupó su sitio en la mesa.

Indalecio había sentido que algo extremadamente importante acababa de tener lugar en aquella sala. Nadie más se había dado cuenta; los templarios y sus anfitriones seguían hablando; Bernardo parecía dirigir una animada conversación.

Indalecio sintió que allí había dos mundos; uno en el que habían estado durante unos instantes Clermont, Enric y él mismo, y el de los demás. No sabía explicárselo, pero habían vivido un instante distinto. No era magia, ni sugestión por la conversación de la tarde. Era realidad.

La cena transcurrió en medio de una gran animación. Se habló de todo;

Librodot

de la guerra, de batallas cél.-tires, de la toma de Sevilla, que Bernardo conocía al detalle, de las cruzadas, del viaje que al día siguiente iban a iniciar hacia la Coelleira.

Clermont no tomó parte en ella; mantenía una atención distante. Enric estaba ausente. Bernardo narró la historia de Gastón de la Tour, aquel francés, ahora residente en la Coelleira. Todos la conocían.

-Gastón debió haberse enfrentado con los suyos -concluyó Bernardo.

-Era su destino -dijo Clermont-, las fuerzas del universo quisieron que el señor de la Tour vagase su dolor por el mundo. El destino sabe para qué.

A medianoche, con extrema amabilidad, Clermont levantó la cena.

-Nuestros huéspedes inician mañana viaje a las tierras del norte y deben descansar. Les agradecemos que nos hayan honrado con su presencia.

Cuando salían, Clermont se dirigió a Enric.

-Señor de Westfalia. Algún día, cuando llegue el momento, hablaremos. Recordaremos otras épocas y otros tiempos.

Enric palideció y asintió. Indalecio vio su rostro convulsionado por el dolor.

-¿Os encontráis bien? -le preguntó mientras salían.

-Sí, estad tranquilos. Es el pasado que vuelve. Tenía que suceder.

Salieron a la calle. La puerta se cerró tras ellos. Enric caminaba absorto. El tiempo lo había reencontrado.

Aquella noche, a Indalecio le costó conciliar el sueño y, cuando finalmente se quedó dormido, los sueños y la realidad se confundieron. Se despertó cuando aún no había amanecido.

Tantas cosas habían sucedido en tan pocos días. Tenía que serenarse y reflexionar. Se le agolpaban recuerdos, sensaciones, sentimientos, sucesos, imágenes de aquellos años... Se acordó de Cristina. Deseaba que estuviese allí a su lado. Deseaba hacerle el amor, abrazarla, hablar con ella, contarle sus dudas; era la única persona que realmente lo conocía. No se sentía bien y no tenía con quién hablar. La carita de su hijo se le vino a la mente. No volvería a separarse de ellos. Viajarían juntos a todas partes; el niño pronto tendría un año y soportaría los viajes que, además, nunca eran muy largos: Gallaecia era una gran tierra, pero se recorría pronto.

Aquella decisión lo tranquilizó; tener a los suyos a su lado sería de gran ayuda. No se sentiría solo. Se dio cuenta de que nunca desde su boda había

estado tanto tiempo separado de Cristina. Le diría que se les uniesen en la torre de Andrade, allá por la Terra Chá, a mitad de camino entre Compostella y la Coelleira.

El espíritu regresó a su cuerpo. Seguía teniendo mucho calor.

No era verano, pero la noche estaba calurosa.

Volvió a quedarse en duermevela. El arzobispo, con la cara deformada, le gritaba; Clermont se paseaba por la habitación, que se encogía hasta aplastarlos. Enric reía sin parar. Sintió escalofríos. Tenía que recomponerse y decidir. Pero no podía pensar; le era imposible. La habitación daba vueltas. Tenía calor. El sol de las tierras de Castilla le abrasaba. Tenía sed. Necesitaba beber. En la habitación no había agua. Tenía que ir hasta el comedor. Allí habría un balde lleno de agua fresca. Hombres a caballo entraron en la habitación galopando alrededor de la cama. No podían estar allí; el galope tendría que ser por los caminos y campos de Gallaecia. Tenía que avisarlos, que permaneciesen atentos a la Reina y a Alonso de Guzmán. Tenía que decirles que no confiasen en ellos. Les gritaba, pero no le escuchaban. Cada vez tenía más calor. En torno a una mesa redonda, Enric y el conde de Lemos discutían en tono amenazador. Inés decía a gritos que todo era falso.

Relucieron las espadas; el conde no era capaz de blandir la suya. Parecía pesar como un tonel de vino. El suelo se cubrió de sangre. El horror llenó la habitación. Se puso a llamar a gritos al conde, a Inés, a Enric... y apareció el rostro dulce de Cristina; se aproximó a su cama, se sentó a su lado. Le cogió la mano. Se calmó. Sintió menos calor. El sol de Castilla se ocultó tras las nubes. Empezó a llover. Era la lluvia de Gallaecia que le mojaba la cara. Sacó la lengua para humedecerla. Un torrente de agua le llenó la boca. Abrió los ojos. La señora de Osorio estaba a su lado, sentada en una silla muy cerca de la cama. Tenía en la mano paños húmedos. A su alrededor pudo ver a Bernardo, a Enric, a varios monjes, a Osorio y otras caras que no reconoció. Se incorporó en la cama; la habitación se movió.

-¿Qué ha pasado?

No necesitó esperar la contestación: estaba enfermo, tenía fiebres.

-Habéis pasado tres días inconsciente, con unas fuertes fiebres. Los doctores temieron por vuestra vida -dijo la señora de Osorio-; ya os estáis recuperando, pero aún tendréis que guardar reposo durante algunos días. Hemos avisado a doña Cristina, que está en camino. Llegará esta noche. Calmaos y reposad.

Le dolía la cabeza y sentía cuchillos en el pecho y en los brazos. Se tocó el lugar donde le dolía y al notar una sensación viscosa no pudo reprimir un grito. Se miró, el asco que aquellas sanguijuelas negras le produjo hizo desaparecer la sensación de fiebre y aun el dolor. Se las arrancó a manotazos.

-Calmaos -dijo Osorio mientras lo sujetaban-, los doctores del arzobispo recomendaron sangrías. Harán que os recuperéis con prontitud.

El asco era insoportable. Les gritó que se las quitasen..., la habitación se volvió a empequeñecer hasta aplastarlos. Cuando despertó, Cristina estaba a su lado y le cogía la mano. Se tocó el pecho. Ya no había sanguijuelas. Supo que con ella allí todo iría bien. Vio cómo le ponía paños mojados en la frente y sintió sus caricias en la cara. Ya podía dormir tranquilo. Lo hizo.

Abrió los ojos. Vio a Cristina. Se sentía mejor.

-Cálmate y descansa -le dijo ella.

Le puso un vaso de agua en los labios. Bebió y permaneció contemplándola.

-¿Cuánto tiempo llevo en cama?

-Unos días. Pero todo está en orden. Dentro de poco estarás completamente recuperado.

-¿Qué he tenido? -preguntó.

-Unas fiebres que parece que trajeron unos peregrinos y que alguna gente de Compostella cogió. Pero ya estás bien. Ahora tienes que descansar unos días más.

-¿Ha respondido el arzobispo?

Al acabar la pregunta se dio cuenta de que habían quedado para dentro de varios meses.

-No debes preocuparte. Todo está bien. El mundo no va a acabarse porque estés unos días en cama -ironizó Cristina-, además he ordenado que, hasta que estés recuperado, nadie entre aquí; tienes que descansar y yo me encargaré de que lo hagas.

-¿Y el pequeño?

-Llegará mañana con mi madre y sus ayas. Está guapísimo, como su padre.

-Mejor di como su madre.

Ya se habían reunido. Nunca más se separarían. A medida que pasaban los días fue sintiendo que las fuerzas volvían a su cuerpo. Unas semanas después ya podía permanecer todo el día en pie, pero aún no era el mismo. Durante aquellos días hablaron de lo que tendrían que hacer. Habían

Librodot

comenzado allá en las tierras de Lemos y del Miño, para hacerse fuertes sin alarmar a sus enemigos. Había resultado bien.

Pero ahora ya habían mostrado su fuerza. De buen o mal grado, ya todos habían de tenerlos en cuenta. El arzobispo, la Reina, los nobles más escépticos, los más acérrimos; todos sabían de ellos. Raquel estaba llevando su mensaje por Europa. Una etapa había concluido. Ahora empezaba otra.

El poder de Gallaecia se manifestaba en Compostella. Allí, en aquella ciudad, radicaba el verdadero poder; cualquier gesto en Compostella resonaba en Castilla, en Aragón... Sin embargo, desde Salvatierra, Lemos o cualquier otra villa, todo pasaba desapercibido, no tenía eco.

-Tuvo más repercusión la acampada de los quinientos hombres que me acompañaban delante de las murallas de Compostella, que nuestro ejército diez veces superior allá abajo en las tierras del Miño. Ahora toda Gallaecia ha visto nuestra fuerza; hasta ahora sólo habían oído de ella.

Cristina estaba de acuerdo.

-Nuestro plan de despertar simpatías sólo está resultando en parte -continuó Indalecio-; aquí en Compostella, donde sólo se nos conoce por habladurías, no somos bien vistos. Creo que en otras ciudades puede ocurrir lo mismo. Debemos fijar nuestra residencia en Compostella, viajando con frecuencia a otras tierras.

-Sí, Compostella te verá a diario y sabrá quién eres -dijo Cristina.

-Sabrá quienes somos -corrigió él.

-Requerirá una reubicación del ejército -objetó Bernardo cuando conoció los planes.

-Estúdiala y propónmela -respondió Indalecio.

Enric no parecía el mismo. Indalecio le había contado a Cristina todo lo ocurrido en casa de Clermont. Aquel hombre era extraordinario. No estaban preparados para entenderlo, pero lo que decía infundía un nuevo ánimo. Quizás algunas de sus palabras tenían que ser interpretadas: «un Papa en Santiago», «un rey en Europa». No todos estaban preparados para leer y aun interpretar las Sagradas Escrituras. Con las palabras de Clermont sucedía lo mismo.

Hablaron de su causa.

-Si la Reina no nos responde en unos pocos meses, tenemos que hacerle ver que no aceptamos el silencio por respuesta. Le pediré una audiencia y sin esperar a que me la conceda, acudiré a la corte. No tendrá más remedio que recibirme. Le explicaremos nuestras peticiones, y con nosotros delante, será más proclive a atender nuestra causa.

-Es arriesgado, aunque debo reconocer que por audaz, puede dar resultado -dijo Cristina-. Pero te pueden prender.

-El ejército nos acompañará hasta las tierras de Toledo -contestó él-. Si tomasen alguna decisión que no fuese la de parlamentar, nuestro ejército estaría allí, mientras que los suyos se encuentran en Granada y Almería.

Cristina se inquietó.

-Debemos consultarlo con nuestros amigos y pensarlo mucho -dijo-. Tenemos tiempo.

-Sí, tenemos tiempo.

Continuó su recuperación. Los doctores del arzobispo lo visitaban con asiduidad. Portaban siempre sus saludos, «ruega al Apóstol por vuestra recuperación». Fermín lo había visitado en algunas ocasiones, «el arzobispo me encarga que os transmita que está en contacto con el clero y con las órdenes para considerar vuestra propuesta».

También Clermont se había interesado a diario por su salud; Denis hacía de puente entre las dos casas: «El señor de Clermont os saluda. Vuestro destino no lo pararán unas fiebres. Continuaréis hasta el final».

La nobleza gallega también se preocupaba por su salud.

-La noticia de tu enfermedad -le dijo Cristina-, ha recorrido Gallaecia como una exhalación. Todo el mundo lo sabe y pide noticias. Algunos han llegado a asegurar que habías muerto.

Debemos enviar emisarios a todas partes, comunicándoles tu total recuperación.

Enric se ocupó de ello. Volvió la normalidad. Era tiempo de partir hacia la Coelleira, como tenían previsto antes de su enfermedad. Bernardo le propuso que, además de los quinientos hombres que los acompañaban, otros dos mil partiesen hacia el norte por la ruta del interior. En Viveiro, su tierra, al lado de la Coelleira, harían maniobras. Parecía buena idea; era el momento de que Gallaecia supiera de toda su fuerza.

Enric también estuvo de acuerdo. Era conveniente «por razones políticas y militares».

-Si hay algo que necesitéis, sabed que en mí siempre tendréis un amigo. No os pregunto nada; sólo me ofrezco como alguien que tanto os debe -le dijo Indalecio.

Enric era consciente de que a Indalecio no le había pasado desapercibido su encuentro con Clermont. Le agradecía sus palabras, igual

Librodot

que las había agradecido aquella noche. Pero de aquello no había nada que hablar. Sí había que tratar de otros temas.

-Debéis saber que por Compostella se rumorea que habéis sido envenenado. Vuestra enfermedad no habrían sido fiebres, sino venenos que alguien habría depositado en vuestra bebida -le dijo Enric.

-¿Dónde lo habéis oído? -preguntó Indalecio preocupado.

No era bueno que se extendiesen esos rumores que beneficiaban a sus enemigos.

-Hansa lo escuchó a su encargado. Después yo lo he oído a la tropa y a los criados. Es un comentario a voces en todas las casas nobles de la ciudad -explicó Enric.

-Y si tal rumor ronda por Compostella, se extenderá también por toda Gallaecia. ¿Qué debemos hacer? -preguntó Indalecio.

-Desmentirlo y achacarlo a la imaginación popular, que no comprende que don Indalecio, a pesar de su juventud y fuerza, también puede caer enfermo.

-Podríamos añadir que hubo mucha otra gente en la ciudad que cogió aquellas fiebres que trajo un peregrino -añadió Indalecio.

-Podríamos, pero no sería cierto. Solamente vos os contagiasteis -afirmó bruscamente Enric.

La comitiva era ciertamente impresionante. Los capitanes a caballo abrían la marcha; detrás, un grupo de soldados precedían a los carruajes en los que viajaban las mujeres; tras ellas el grueso del ejército, y cerrando la marcha los carros de alimentos y pertrechos. Avanzaban como si realizasen una incursión. Nadie recordaba nada igual en las tierras del norte. Y se decía que por el interior avanzaba un ejército aún más numeroso que aquel y aún muchos miles de hombres permanecían en su campamento. La imaginación popular hacía concienzudamente su trabajo. Pronto correría por toda Castilla el rumor de que en Gallaecia había un ejército de varias docenas de miles de hombres. Se oiría hablar de ellos.

En el trayecto fueron haciendo alto en los pazos y en los castillos de sus aliados. Tuvieron largas y animadas charlas.

Incluso fueron llamados por algunos que antes no habían mostrado demasiado interés. Los atendieron. Aquella causa estaba abierta a todos. No había que demostrar pureza de sangre. Bastaba con apoyarla.

En la torre de los Andrade se les incorporó el grueso del ejército que, aunque había salido muchas fechas más tarde y desde las tierras del Miño, se movía con más rapidez. Ahora sí que aquella comitiva era un gran ejército

que serpenteaba por los valles camino de Mondoñedo. Indalecio había enviado un emisario solicitando del obispo una audiencia y anunciándole que su ejército acamparía en las afueras de la ciudad.

El valle de Mondoñedo era un hermoso paraje, donde las montañas, que juntaban sus laderas en una vaguada eternamente verde y fresca, daban protección a aquella bella ciudad, levantada en piedra para que la naturaleza supiese que iba a permanecer allí durante siglos.

En la plaza de la catedral, con su puerta cerrada, caminando hacia el palacio del obispo, Indalecio volvió a experimentar aquella sensación que ya había tenido otras veces en Tui. Las gentes de Gallaecia eran como aquellas piedras grises y verdes, llenas de musgo, que rezumaban la humedad que la lluvia había depositado en ellas; durante siglos permanecían inmutables ante el tiempo, que nada podía contra su imponente solidez.

El obispo lo recibió sentado en su sillón con fingida frialdad. Indalecio estaba seguro de que conocía hasta en sus más mínimos detalles su entrevista con el arzobispo. Sintió simpatía hacia aquel prelado; le resultaba entrañable verlo con aquella forzada expresión distante que tanto le debía estar costando mantener. Le besó el anillo.

-Antes de nada, os pido disculpas -le dijo a modo de saludo-.

Confío en que sabréis excusar aquel enojoso incidente. Fueron los nervios de mi boda, el encuentro con los templarios y mi carácter impulsivo. Desearía que aquello no se interponga más entre nosotros. Cristina, a quien conocéis desde niña, también lo desea.

El semblante del obispo cambió con las primeras palabras de Indalecio. Su aspecto bondadoso borró su artificial rictus anterior.

-Nada me agrada más que lo que estoy escuchando -dijo-, no hay más que hablar. Todo lo que sucedió aquel día está olvidado y quizá valió la pena, porque estáis consiguiendo que este pueblo se reencuentre consigo mismo. La Iglesia, influida sin duda por mi enojo de aquel día, se opuso a vos y nos equivocamos. Vuestra causa, aunque reste poder terrenal a la Iglesia, hará mucho por el pueblo.

-Os agradezco lo que decís, monseñor -le respondió Indalecio-.

Me ayudará a proseguir, porque sé que nuestras dificultades no han hecho más que empezar.

-Habéis demostrado una gran cautela; sorteando las dificultades que os puso la Iglesia, sin enfrentaros nunca con nosotros. Así no hay derrotados y podremos seguir todos juntos. Seguid obrando con la misma calma e inteligencia.

Siguieron hablando largo rato.

-¿Cómo están el conde y doña Inés?

-Esperando para comer hoy con vos.

-Ordenaremos que preparen comida para la familia de Lemos.

Nunca permití que, estando en Mondoñedo, comiesen en lugar alguno que no fuera en el palacio del obispo.

El reencuentro se había producido. Se sentía satisfecho.

Necesitaban del apoyo de todo el clero; la batalla podría ser dura y cruel.

Unos días después avistaban el valle de Viveiro y la Coelleira. Bernardo y Josefa se acercaron a él.

-Nuestra tierra y nuestra gente -le anunció Josefa.

Al fondo, la fortaleza de la Coelleira flotaba en medio del mar. Oyeron un trueno y de las murallas de la fortaleza vieron salir una pequeña nube de humo.

-El maestre Monteforte os da, a su modo, la bienvenida -explicó Bernardo-. Veréis el arma que os he descrito; la acabáis de oír.

Desde el pazo de los Quirós, la fortaleza resultaba aún más imponente.

-Es un barco de piedra fondeado en la ría -dijo Bernardo-. Si algún día fuese preciso, nos serviría de refugio para permanecer a salvo ante cualquier ataque. El mejor ejército se estrellaría contra sus murallas -concluyó.

Si aquella fortaleza fuese aliada, podría albergar un destacamento que diese cobertura a todo el territorio de Lugus. Sería el lugar perfecto como atalaya, no para el mar, sino para la tierra. Entenza, la Coelleira y Lemos serían las tres fortalezas de su causa. En medio y alejada de la guerra, Compostella.

Cuando los botes que los transportaban se acercaban a la isla, el maestre Conrado de Monteforte ya los esperaba en el embarcadero. Hacía mucho que no veía a Bernardo y a Josefa.

Con ellos venía el señor de Avalle.

El señor de Quirós fue el primero en saltar al embarcadero; le siguieron Indalecio y los demás. Bernardo abrazó al maestre, y Josefa, que había desembarcado la última, abalanzándose sobre él, hizo que el encuentro del señor de Avalle y el maestre del centro templario de la guerra estuviese exento de cualquier protocolo. Con Josefa Murías colgada de su brazo, el

maestre saludó a Indalecio.

-Estáis en vuestra casa y, como veis, rodeado de amigos. He oído mucho de vos. La gente del pueblo dice vuestro nombre, pero también mis superiores, que me encargan que os dé la bienvenida a este castillo.

-Sé que estoy entre amigos. Me satisface hablar con vos -dijo Indalecio.

Caminaron hasta la fortaleza. Dentro, en el patio, formaba la guarnición templaria. El maestre fue pronunciando el nombre de cada uno de ellos González, Nieto, Carreira …. Gastón de la Tour. Todos fijaron su vista en aquel templario de mediana edad y rostro curtido. Debía estar acostumbrado a que su nombre llamara la atención, pero Indalecio pensó que aquello aumentaría su dolor. Observó atentamente aquella enorme torre que salía de un lado del patio.

-La biblioteca de la guerra de los templarios -dijo Enric a su lado-. Aquí se encuentran los más valiosos tratados de guerra que la humanidad escribiera nunca. Muchas batallas se diseñaron entre estos muros.

-Y algunas por vos mismo -añadió el maestre-, uno de los más aventajados estrategas que pasaron por este castillo.

-¿Habéis estado aquí? -preguntó Bernardo-, no os había visto nunca antes.

-Hay muchas cosas que habéis visto y en las que no habéis reparado -contestó Enric.

Indalecio no les atendía. Toda su atención estaba en aquella torre.

-¿Cuántas caras tiene? -preguntó mientras las contaba-. ¿y esas escaleras exteriores? Son poco frecuentes.

-Es una torre decagonal -afirmó el maestre-, con escaleras que dan entrada individual a cada salón de lectura. Hay otras escaleras interiores.

-¿Por qué ese diseño tan inusual?

-Cada biblioteca es un mundo diferente. Los libros son almas vivas que transmiten sus secretos a los lectores. Y lo hacen mejor si el edificio que los alberga les ayuda en la tarea. Es conocido que aquella biblioteca que guarda el Tratado de la Risa de Aristóteles conecta sus salas por un laberinto de escaleras. Esta es una biblioteca de la guerra y requiere del aislamiento del lector, hombre de la guerra, para que se sienta seguro. No puede ser visto ni oído; lee y diseña batallas. En ellas la vida no vale nada. En la lectura y en la preparación, lo vale todo. Así se construyó esta biblioteca.

Es un cilindro de salas. Está preparada para que los libros más antiguos sobrevivan al tiempo.

Indalecio mostró interés en visitarla.

-Primero comamos y después yo mismo os la mostraré.

Los acompañaron algunos templarios de la encomienda. Uno de ellos era Gastón de la Tour. Sin duda el maestre quería que lo conociesen. Hablaron de la isla, de Viveiro y de sus necesidades. El maestre preguntó por Raquel. Le contaron.

-Es una mujer valiente y decidida. Hará bien su tarea -aseguró.

Hablaron de Gallaecia.

-Creo acertado todo lo que estáis haciendo. Pero no veo vuestro enemigo militar. Nadie os atacará. Castilla ya lo habría hecho, pero las disputas por el trono no lo aconsejaron. Ahora sois fuertes y ya no puede. En Gallaecia os admiran, pero el poder económico sigue en manos de las órdenes y no va a ser fácil que lo recuperéis. La voz de Compostella seguirá siendo la del arzobispo, porque, por encima de todo, Compostella es una sede espiritual.

Hizo una pausa y continuó.

-Os seguirán apoyando y, aun, adulando; ya lo hacen ahora, pero vuestro poder es exactamente el mismo que hace dos años.

Es cierto que capitaneáis un poderoso ejército; sin embargo, por ahora, nada cambió. ¿En qué mandáis vos? ¿Qué decisiones necesitan de vuestra autoridad? Debéis tener mucho cuidado en no desgastaros sin conseguir nada. El tiempo corre en vuestra contra. Necesitáis logros.

Nadie hablaba; todos escuchaban.

-Continuad -rogó Indalecio.

-Los monarcas castellanos son perros viejos -siguió el maestre-, y están ganando tiempo sin hacer una sola concesión.

Saben que con esta estrategia, una vez que no caísteis en su trampa de movilizaros en la lucha contra el infiel, os vencerán. Incluso rebajaron su presión sobre el clero, permitiéndoles que mostrasen una actitud más cordial. Todo es estrategia. La vuestra tiene que ser forzar pronto alguna desamortización. De lo contrario, se correrá la voz de que sólo perseguís vuestro propio interés. El sostenimiento del ejército es muy gravoso; los nobles que os acompañan en la empresa verán que, en lugar de mejorar, sus haciendas menguan, sus tierras se empobrecen y, tarde o temprano, dejarán de contribuir y se retirarán. Entonces vuestros enemigos, ahora agazapados, saltarán y acabarán con vos.

Indalecio estaba de acuerdo. Urgía la audiencia con la Reina.

No dijo nada. Miró a Cristina y vio su semblante preocupado; no le gustaba aquella audiencia y, en aquel momento, ella también sabía que era necesaria.

-Veamos la torre -dijo el maestre concluida la comida.

Cuando ya estaban de pie, Gastón de la Tour se dirigió a Cristina.

-Veo la felicidad en vuestros ojos. Reflejan vuestra alma.

Cuidad de vuestra esposa -dijo dirigiéndose a Indalecio-.

Acabar con vos crearía una leyenda que cabalgaría por siempre en la historia de Gallaecia. Acabar con doña Cristina os destruiría.

-No serán tan cobardes -estalló Bernardo.

Se hizo un profundo silencio en toda la sala. Fue Cristina la que lo rompió.

-Mientras Indalecio conoce la torre, yo preferiría recorrer la isla y asomarme a los acantilados. Parecen impresionantes.

-Lo son -le aseguró Bernardo-. Yo os acompañaré; el maestre querrá enseñar la torre a solas a Indalecio.

Recuperaron el ánimo y se fueron a ver la isla. Frey Conrado e Indalecio subieron las escaleras exteriores de la torre.

Fueron recorriendo los salones de piedra, con sus anaqueles repletos de códices. Bajaron por la misma escalera y, atravesando una puerta en la primera plataforma, apareció una escalera interior; subieron a la infinidad de salas de piedra, también repletas de papiros, códices y pergaminos. El maestre iba explicando a Indalecio lo que albergaba cada una. No había más puertas; Indalecio se extrañó.

-Bernardo me dijo que había unos recintos a los que sólo vos teníais acceso, sin embargo, no hay ninguna puerta que no hayamos franqueado -afirmó.

-Sois muy observador -reconoció el maestre-. Bernardo dejó vagar su imaginación; un recinto con códices desconocidos es propicio para la imaginación juvenil. Pero es cierto que alguno de los pergaminos que os he mostrado son únicos y muy pocos hombres han tenido acceso a ellos.

-Eran una torre y una biblioteca fantásticas. Su abuelo disfrutaría viendo aquello. Él se sentía reconfortado en medio de todas aquellas reliquias de la guerra.

Librodot

-Cuánto podría aprender aquí -pensó en voz alta.

-Quedaos un tiempo y hacedlo -le propuso el maestre.

-No creo que sea posible. Tengo muchas cosas que hacer y me falta el tiempo.

-Siempre es posible todo lo que se quiere que lo sea. Depende de la voluntad. Tenéis que decidir entre lo urgente y lo importante.

Los demás ya habían vuelto del paseo por la isla. No era muy grande, pero a Cristina le había encantado.

-Quiero que mañana vengas a verla. Te gustará muchísimo -le aseguró a su marido.

-Quedaos esta noche -les pidió el maestre, así os mostraremos el arma que estamos probando.

Se quedaron. Antes de cenar vieron aquel cilindro de hierro.

Parecía imposible de mover.

-Pesará por lo menos dos mil libras -calculó Enric.

-Por ahí -contestó el armero.

Contra barcos, lanzaba unas pesadas bolas de hierro, les explicaron, y contra hombres podía disparar pedazos pequeños de hierro.

-Es un arma mortífera; puede hundir un barco en pocos minutos y producir docenas de bajas de un solo disparo -aseguró el armero.

Acabada la cena, en la que se habló mucho de aquel arma, el maestre dijo con toda solemnidad:

-Señor de Avalle, quiero que sepáis que desde hoy esta encomienda está a vuestro servicio. Yo personalmente lo quiero así. Pero además los más altos regentes del Temple me han instruido para que me ponga incondicionalmente a vuestras órdenes. La fortaleza de la Coelleira y su guarnición son, desde hoy, parte del ejército de Gallaecia. Bernardo, he pasado de ser vuestro maestre a estar a vuestra disposición.

Sé que vuestro aprendizaje os hará el mejor general que nunca ningún ejército ha tenido.

-Es un gran honor recibiros en nuestra causa -le respondió Indalecio-. Sois un gran refuerzo. Decidle a vuestros superiores que aprecio este gesto en lo que vale.

Acordaron que el ejército de Gallaecia debería incorporar aquella nueva arma. Se instruiría a hombres en su uso y se fabricarían algunos cilindros de hierro preparados para ser transportados, si bien esto no sería fácil.

Se acostaron. Al día siguiente probarían el arma. Indalecio y Cristina se quedaron dormidos enseguida. Antes de que amaneciese, un trueno los despertó. Aunque seguía sin oírse la lluvia, volvió a tronar dos veces más.

Librodot

EL CONSEJO PREPARA LA LLEGADA DEL REY

Las sombras del atardecer empezaban a reclamar su tiempo.

Aquella urbe mudaba sus tonos verdes brillantes por los ocres verdosos; el río se oscurecía por momentos y la catedral, con su silueta recortada contra el cielo, destacaba aún más. Era una ciudad hermosa. Allí, en el centro de Europa, entre el Imperio Germánico y la emergente Francia, Estrasburgo parecía desafiar a los siglos reclamando la atención de los hombres.

El olor a humedad y aquel color verde le recordaban Gallaecia.

Sin embargo eran muy diferentes. A Raquel le gustaban los horizontes cercanos de las montañas de su tierra. No se acostumbraba a aquellos horizontes planos y tan lejanos que parecían inalcanzables; le resultaban fríos y distantes. En su tierra aquellos horizontes sólo se encontraban en el mar.

Raquel apuró el paso dirigiéndose hacia la plaza de la catedral. No quería llegar tarde al encuentro con Blanca, la mujer de la que le había hablado el Rey de Portugal. Habían quedado en su casa al atardecer, y tuvo la deferencia de enviarle un emisario para decirle que la recibiría cuando a Raquel le conviniese.

Blanca gozaba de las simpatías de la gente de Estrasburgo. Sus anfitriones le habían contado que ella y su marido eran gente de la universidad, de saneada fortuna, que se preocupaban mucho de la ciudad; formaban parte de una sociedad caritativa que se dedicaba a hacer el bien y a dar limosnas a los más necesitados.

Costeaban la farmacia y querían levantar un hospital. Se trataban con la más rancia nobleza del Imperio y era conocida su gran amistad con el poderoso cardenal Ratzinger, que frecuentaba con asiduidad su casa. Constanzo era hombre muy reconocido en el mundo de las leyes.

Atravesó la plaza de la catedral. Blanca vivía en una casa que parecía salida de un cuento. En aquella esquina, al lado de la fachada principal de la catedral, blanca y negra, de madera y cal, con aquellas vidrieras verdes y

rosadas, seguramente de los mejores vidrios de Bohemia. A Raquel le pareció que vivir allí sería como un sueño.

Los albañiles levantaban las piedras calizas, muy diferentes del duro granito de su tierra, erigiendo la catedral. Llena de figuras, paredes labradas, con adornos por doquier, marcaba un estilo que empezaba a recorrer Europa. Estrasburgo y su catedral en construcción, elevándose al cielo. Como Notre Dame en París, San Pedro en Roma y Santiago en Compostella. Cuatro templos subiendo hacia Dios. Cuatro lugares que el destino la había llevado a recorrer. En aquel momento, Raquel se sentía atrapada entre aquellas cuatro grandes catedrales. Se acordó de Touraine. En las sombras del atardecer, le parecía que cada templo era el símbolo de un tiempo; cuando, uno, San Pedro de Roma, decaía, otros tres luchaban por llegar a lo más alto.

¿Cuál se convertiría en la torre por la que Cristo enviase sus palabras?

Su imaginación volaba. París empujaba a Notre Dame; el Imperio Germánico a la catedral de Estrasburgo; ¿quién empujaría a Santiago? Francia estaba en aquella carrera; su fe en sí misma la avalaba. ¿Estarían en la carrera Compostella y Estrasburgo?

Compostella no tenía detrás un pueblo que la compartiese como estandarte. Había sido solamente un símbolo izado en la lucha contra el infiel. Los reyes leoneses y castellanos la habían aupado porque les convenía, en tiempos anteriores, usarla contra el Islam. Pero ahora su interés estaba en Toledo, Sevilla o Córdoba. El peso del reino se alejaba de Compostella. No estaba en la carrera. ¿Y Estrasburgo? No lo sabía. Pero su catedral, imponente, apuntaba hacia Dios.

Un sirviente le abrió la puerta. La esperaban y la debían conocer porque los guardias armados apostados a ambos lados de la puerta la saludaron.

-La señora os aguarda.

Allí, nada más franquear aquella puerta negra, una joven, rubia y delgada, la esperaba. La abrazó con efusividad.

-No sabes cuánto me alegra recibirte y conocerte; hemos oído muchas cosas de ti -le dijo-. Soy Blanca.

Le hablaba en su lengua. Raquel se sintió en un ambiente familiar y cercano, alejado de todo protocolo.

-Te agradezco que me hayas recibido con tanta prontitud y, aún más, poder hablar mi propia lengua.

Subieron a un pequeño salón en la planta primera.

-Es mi sala de estar, donde me encuentro conmigo misma -explicó

Blanca-; aquí paso muchas horas a solas y con mi hijo Emmanuel. ¿Cómo te fue el viaje desde París?

-No ha sido el más pesado de los últimos meses -contestó Raquel. Agradecía el gesto de haber sido recibida en la sala particular.

Hablaron de su país. Blanca le contó que ella procedía de las tierras del centro de Castilla, de un pueblo cerca de Toledo, pero al casarse, muy joven, con apenas dieciséis años, se había ido a vivir a las tierras de su marido, allá por las llanuras de Extremadura, cerca de Portugal. A su marido le habían ofrecido una cátedra en la universidad de Estrasburgo y habían aceptado. Llevaban allí doce años.

-He pasado aquí casi la mitad de mi vida. Aquí nació mi hijo.

Pero mi alma está en mi tierra. Cada mañana me acuerdo de la luz de Castilla. Los seres humanos somos así: estamos ligados a la tierra que nos hizo crecer. Trasplantar un árbol es posible, si se toman los cuidados necesarios; sufre un año, pero después crece y da fruto. Las personas, en cambio, nos acordamos siempre de nuestra tierra y sufrimos toda la vida su ausencia.

-¿Te gustaría volver? -preguntó Raquel.

-Sí, nada me gustaría mas. Pero sé que no sucederá. Esta ya es la tierra de mi hijo y me ha dado muchas satisfacciones: poder ocuparme de la gente, pertenecer a un mundo más extenso y la posibilidad de conocer otras filosofías para orientar la vida.

Desde aquí también veo mi tierra; con los ojos del alma y del futuro, pero también la veo.

Raquel la entendió.

-Yo llevo más de un año alejada de Gallaecia y de mi gente.

Cuando la dejé, estaba convulsionada. Como tú, desde aquí, yo también la veo.

Siguieron hablando. Blanca, de Castilla y Extremadura y Raquel, de Gallaecia. Allí, a más de quinientas leguas, en medio de las llanuras centroeuropeas, aquellas dos mujeres, con cabellos negro y oro, de las tierras del sur, se sentían la una al lado de la otra. Era la cercanía que crea la tierra.

Blanca habló del viaje de Raquel.

-Algo sé acerca del motivo de tu viaje. Ya nos lo contarás con calma después, durante la cena que me he permitido preparar y en la que estarán mi marido, el cardenal Ratzinger, el arzobispo y el burgomaestre. Son

buenos amigos y te será beneficioso conocerlos.

-Te agradezco tu esfuerzo y tu apoyo -dijo Raquel.

Esperaba solamente una charla con Blanca y quizá con Constanza; pero aquello tenía mucha más importancia. El cardenal Ratzinger era persona cercana al emperador germánico.

-Te lo agradezco de veras -repitió.

Blanca llamó y una sirvienta entró con un niño tan parecido a Blanca como una gota de agua a otra. Se abalanzó sobre ella.

-Emmanuel, dale un beso a doña Raquel. Viene de nuestra tierra.

-¿De dónde vienes?

-De las tierras donde las manzanas son rojas -le dijo Raquel cogiéndole la manita-. ¿Quieres venir conmigo allí y coger manzanas rojas de los árboles?

El niño miró a su madre, que asintió.

-Sí -respondió Emmanuel-, y mamá vendrá con nosotros.

-Pues vamos los tres.

-¿Y tendrás ropa pequeñita para mí?

La carcajada de Blanca y Raquel fue simultánea...

-Avise al señor. Dígale que pronto llegarán los invitados y que la señora Murías ya está aquí -le pidió Blanca a la sirvienta.

Catherine, que se había mudado con ellos desde la otra casa dos años antes, se dirigió al despacho de Constanzo.

El señor, sentado tras la mesa negra que en otras épocas usara Akal, escuchó el recado. La sirvienta salió y cerró la puerta.

Constanzo volvió a leer el mensaje que acababa de recibir; malas, muy malas noticias. Thibauld de Gaudin, Gran Maestre del Temple, había muerto. Sintió una enorme pena. Era un gran hombre y, además, había sido un buen amigo. Lo había conocido seis años antes, en el 992, cuando había entrado en el Consejo por ser el maestre del Temple. Desde entonces, en unos años tan turbulentos, su buen criterio había sido de gran ayuda.

La orden tenía ahora más encomiendas y sus miembros superaban los treinta mil. Gaudin había cumplido a la perfección las instrucciones de movilizar en torno al Temple a los nobles de los diferentes territorios

europeos. Aquella noche, en su casa se encontraba aquella señora enviada del ejército que se había movilizado en Gallaecia. Mucho dependía de aquellas gentes, mucho más de lo que ellos mismos creían.

Tenía que sobreponerse. Ya habían decidido que el nuevo Gran Maestre que continuaría la obra de Gaudin sería Jacques de Molay. Era casi una rutina. Bastaba con poner en marcha el mecanismo y Jacques de Molay sería elegido por el Papa de Roma.

Recordó con nostalgia la intervención de Gaudin en su primera sesión como Regente del Consejo. Mucho habían conseguido desde entonces. La amenaza o aviso del arzobispo en la recepción en la catedral había sido providencial. El señor de Anjou había tejido una red de escuchas que les había mantenido al tanto de lo que sucediera en cualquier lugar de Europa y aun del Islam.

Así el Consejo había podido reaccionar a las muertes de monarcas y nobles, tomando parte en la sucesión. Habían mejorado su posición en Aragón, Italia, Germanía y, por supuesto, en Francia. Conocieron las acciones del Vaticano con mucha antelación. Sabían de los movimientos de tropas del Islam e incluso de los pueblos más al norte del Imperio Germánico.

Se acordó de Akal. Vivía en sus tierras de Rotterdam, que el mar inundaba todos los días y que tanto había añorado. Lo habían visitado varias veces. Quería oír sus consejos. Era un hombre fuera de lo corriente. Al dejar la Regencia, su salud había mejorado. Constanza le tenía un gran afecto. Blanca también. Habían estado con él pocos meses antes.

-Acordaos -le había dicho- de que las Fuentes de la Idea señalan lo que hay que hacer. Antes no poseían las Fuentes y se equivocaron. Hoy vos las tenéis. Seguidlas y no erraréis.

Aunque vuestra razón os diga que es imposible y os asalte la duda, seguid siempre las Fuentes.

Hay muchas cosas que no comprendemos, pero forman parte de la realidad, ¿por qué las hojas caen a la tierra cuando se sueltan del árbol?

-Pero es tan inverosímil que, a veces, lo confieso, me surge la duda. Si nos equivocamos, habrá que esperar otros mil años.

Mucha gente morirá. Nos maldecirán durante todos los días de mil años, a nosotros y a nuestros descendientes. Cada vez que veo a mi hijo, el dolor y el miedo me hacen dudar.

-Cuando dudéis recordad que os legaron el Betilo; recordad el lugar donde lo recogimos. El destino, no el azar, quiso que seáis vos el que lleve adelante el cambio de la civilización.

Constanzo se levantó. Sus buenos amigos y aquella señora de Gallaecia lo aguardaban. Se había entretenido demasiado y no quería hacerlos esperar. Disfrutaba en su compañía; le agradaban aquellas veladas con Ratzinger, que más que largas, eran eternas; Blanca y el arzobispo se retiraban pronto; primero el arzobispo, que rara vez superaba la medianoche, «la misa del alba...», acostumbraba a decir. Blanca, que participaba muy activamente en las conversaciones, resistía unas horas más. «Emmanuel despertará pronto...»; era cierto.

Ellos seguían, muchas veces hasta que se hacía de día.

Pasó por delante de la puerta de madera negra de la biblioteca y bajó la escaleras. Sus invitados ya estaban allí. Con ellos, Blanca y una mujer joven, morena, de pelo y ojos negros, muy hermosa.

-Señora Murías -saludó-, me es grato que una compatriota de vuestra valía y belleza esté con nosotros. Os damos la bienvenida.

La conversación en la cena fue animada. El arzobispo narró las dificultades de construcción de la catedral, pese a que no tenían demasiados problemas financieros.

-El Emperador mantiene su empeño en que acabemos antes de que los parisinos culminen Notre Dame. Pero escasean los maestros albañiles y las esculturas son esculpidas lentamente. No querría apurar demasiado. Temo que, de hacerlo, no consigamos la obra de arte que asombre al mundo.

«La deberían concebir más para Dios», pensó Raquel, pero no dijo nada.

-De todos modos, la marcha es satisfactoria -concluyó el arzobispo.

«Es un buen hombre», pensaba Constanzo mientras recordaba el incidente en la catedral. Había puesto en duda la unión entre el pasado y el futuro: la dama y el pasado. Pero reanudaron su amistad, atribuyéndolo a los nervios de aquellos jóvenes que no habían entendido las palabras del arzobispo. Muchas veces había intentado averiguar dónde había obtenido aquel pasaje que había leído.

-Alguien lo introdujo en el misal y yo, creyendo que era una nota que el deán de la Catedral me pasaba, la leí -afirmaba siempre.

El arzobispo aceptaba la disculpa de los nervios de los jóvenes que acompañaban a Constanzo y éste aceptaba la que aquél ofrecía atribuyéndolo al deán de la catedral. Pero ambos sabían que las dos eran falsas. Algún día conocerían la verdad; entretanto, su amistad les era mutuamente grata y muy conveniente.

-Va todo tan deprisa que, a veces, no sabemos con exactitud quiénes son los artistas que realizan cada escultura. Hace ya varios años colocamos una de las más hermosas piezas y aún hoy no sabemos quién fue su autor.

Creemos que debió haber sido encargada por el Emperador directamente, porque ni siquiera la pagamos. Está encima del segundo arco. Observadla cuando paséis por allí -le sugirió a Raquel-, y veréis su belleza y calidad artística.

-Es una catedral con la luz de la religión cristiana. Yo soy de tierra de catedrales y aprecio su belleza. Es impresionante, pero me llama la atención que su piedra es blanda. La dureza del granito gallego prepara a nuestras catedrales para resistir milenios... -Se quedó callada.

-Sí -continuó Constanza-, la piedra de Estrasburgo parece que se va a deshacer en pocos años. Pero es apariencia. Resistirá milenios, porque sus gentes no querrán que se caiga nunca.

Habrá terribles guerras y esta catedral resistirá al tiempo.

-La de Compostella, también -insistió Raquel.

-La de Compostella es el tiempo -sentenció Constanzo.

-Explicadnos eso -pidió el arzobispo.

-Las piedras de granito con que se construyó la catedral de Santiago son rocas tan antiguas como el mundo. Por ellas no pasa el tiempo porque son el tiempo. Por eso el tiempo en Compostella es distinto.

-¿Conocéis Compostella? -preguntó Raquel.

-Desde muy joven peregriné varias veces a aquella ciudad. He estado en la tumba del Apóstol y he sentido el hechizo de su catedral. Cuando se penetra en ella se vuelve a los tiempos de Cristo y sus apóstoles. La fe flota en aquel aire y todo el que lo respire quedará lleno para siempre de la luz del Apóstol, que es la luz de Cristo.

Creía lo que decía, pensó Raquel; no era retórica, ni respeto artístico por la grandiosa obra de los maestros compostelanos.

Era realmente fe. Constanza se dirigió a ella.

-Recorréis toda Europa. ¿Cómo os están recibiendo?

Raquel narró brevemente su estancia en Roma y en París y habló de la situación en Compostella y en Gallaecia. El interés del arzobispo se centró enseguida en el retroceso del Islam. No entendía que el ejército de Gallaecia no estuviese combatiendo al infiel.

-Esa es la prioridad del cristianismo -afirmó-, combatir al infiel.

Cuando Raquel iba a contestar, se le adelantó Constanzo.

Librodot

-No estoy seguro de eso. Si lo estuviese tendría que aconsejar al Emperador que llevase sus ejércitos a luchar contra los turcos en las fronteras del este. Las guerras religiosas han traído una gran destrucción. No fueron buenas. Pero, además, creo que la nobleza gallega acierta cuando concentra sus fuerzas en torno a Compostella. Felipe de Francia lo hace en torno a París. Cada uno tiene que defender lo suyo.

-No es lo mismo. El Islam llegó a amenazar Europa.

-Comparto vuestra preocupación -dijo Constanza-. Hay que rechazar todos los ataques, vengan de donde vengan, que atenten contra Europa y su civilización, tanto si son musulmanes como si son otomanos. Pero también se ataca Europa desde muchos de sus reinos y de sus condados y nadie repele estos ataques.

-Ya hemos hablado de eso otras veces -recordó el arzobispo asintiendo-; los países cristianos se destruyen entre sí.

-Las fronteras de Europa son también las del cristianismo -afirmó Ratzinger interviniendo en la discusión-. Europa y el cristianismo son sinónimos territoriales, pero no políticos.

La política dentro de la Cristiandad es tan diversa como lo son las gentes, las culturas y los territorios y no será posible que se unifiquen.

-Os equivocáis -lo contradijo Constanzo-. Europa es una realidad imparable y, tarde o temprano, se impondrá por encima de las diferencias. Hay también grandes diferencias entre los territorios germánicos y el Imperio es una realidad.

Seguramente son más dispares Marsella y la Bretaña francesa que la Bretaña y Gallaecia y, sin embargo, aquellas forman una realidad política. ¿Creéis que hay más diferencias entre Estrasburgo y la Isla de París que entre Estrasburgo y Praga?

-Estoy de acuerdo con vos, señor de Constanzo -lo apoyó Raquel-. Apenas conozco Europa. Pero en lo que sé comparto lo que decís. Entre Gallaecia y Portugal no hay diferencia alguna; entre Gallaecia y Valencia hay grandes diferencias y somos el mismo país.

-Porque los países son muchas veces fruto de los accidentes históricos que perduran durante siglos. Pero Europa es una unidad por encima de los accidentes. Somos la civilización cristiana y eso nos hace compartir valores que no perecen. Ese gran pueblo que es Europa, cuna de culturas y pueblos, suma de reinos, de condados, de territorios, se acabará imponiendo.

Dentro de Europa, cada uno será él mismo.

-Sólo se conseguirá por la conquista -insistió Ratzinger-, igual que el Imperio Romano.

-La situación es diferente. Roma conquistó tribus y pequeños reductos. En muchos de ellos casi no conocían ni la escritura y fue fácil asimilarlos. La cultura romana era más consistente. Hoy, cada territorio de Europa es una realidad con conciencia de sí misma. La Iglesia de Roma está en todas partes. La aniquilación no sería tolerada y la anexión cultural ya es imposible. Ved un ejemplo; el Islam invadió la península Ibérica; han pasado cinco siglos y no se la anexionó. Todo lo contrario, acabarán siendo expulsados.

-¿Cómo se puede unir Europa sin invasión? -preguntó Raquel.

-Por acuerdo. Aceptando, en el propio interés, que un gobierno de hombres sabios será lo mejor para todos. Pero sé que es una ardua tarea, difícil y con riesgos.

-Incluso peligra la vida de los que lo intenten -afirmó Ratzinger.

-Sí, incluso con el riesgo de la propia vida -coincidió Constanzo.

-¿Cuándo se podrá afrontar? ¿Cuándo estará Europa preparada para esta unión? -volvió a preguntar Raquel.

-Creo que ahora -afirmó escuetamente Constanzo.

-¿Lo creéis de verdad? -se sorprendió Ratzinger.

-Lo creo y va a ser intentado -aseguró Constanzo.

Blanca cambió el tema de la conversación.

-Llega la medianoche y como el arzobispo se va a retirar, como de costumbre, yo quería interceder por la causa de Raquel Murías. Vosotros -dijo dirigiéndose a sus invitados- tenéis acceso a los foros cercanos al Emperador e incluso a su persona. Creo que la causa de doña Raquel merece nuestro apoyo. Yo le ofrezco el mío y toda la colaboración que necesite; quisiera ser su embajadora en Estrasburgo.

Raquel se emocionó con las palabras de Blanca.

-Hago mías las palabras de mi esposa -asintió Constanzo.

Los clérigos y el burgomaestre mostraron su conformidad. Poco se podría hacer desde tan lejos, pero aquel combate también sería suyo.

El arzobispo y el burgomaestre abandonaron la casa. Quedaron ellos cuatro. Ratzinger preguntó por Emmanuel. Estaba muy bien, le dijo Blanca. Raquel creyó llegada la hora que la cortesía señalaba para irse. Cuando lo dijo, Blanca protestó vivamente.

-Quédate un rato mas; disfrutamos con tu compañía.

Hablaron de las llanuras de Castilla, de los ríos, de Toledo y de Alcalá de Henares. Y, de nuevo, de Compostella.

-¿Conocéis Compostella? -preguntó Constanzo a Ratzinger.

-No, no la conozco.

-Pues os falta por conocer la ciudad más impresionante del orbe -opinó Constanzo-, quizás no la más bella, pero si la mas grandiosa. Levantada en roca, hace que cada uno se encuentre a sí mismo.

Raquel estaba tan sorprendida como agradada. Sus anfitriones parecían más cercanos a Compostella que ella misma. Lo dijo en voz alta, mostrando su satisfacción.

-No os extrañéis -contestó Constanza-, nosotros nos sentimos de todas partes. La solemnidad pétrea de Compostella nos impresiona, las plazas de Roma nos elevan, la belleza de París nos ilumina, los bosques de la Selva Negra nos hacen sentir en la naturaleza... Todo es nuestro.

Continuaron hasta bien entrada la madrugada. Cuando se despedían, Blanca invitó a Raquel a mudarse a su casa.

-Nos agradaría estar más contigo; yo misma te mostraré toda esta tierra.

Cuando Raquel iba a mencionar que sus actuales anfitriones lo considerarían un desaire, Blanca se le adelantó.

-He hablado con vuestros anfitriones, buenos amigos nuestros, y lo comprenden perfectamente.

Aquel pequeño sueño se iba a hacer realidad. Al día siguiente se mudó. Su habitación, que vio con Emmanuel pegado a ella, daba a la plaza; allí enfrente estaba la catedral más bella del Imperio. Con Emmanuel cogido de su mano, se quedó absorta mirando aquella obra colosal; en su imaginación flotaba el pórtico de la Gloria del maestro Mateo y la imagen de Indalecio...

Cada vez que, desde aquella ventana, veía la catedral, recordaba las palabras de Akal, «en tanto esté ahí, nuestra causa seguirá en pie». Ahora, cuando los recuerdos se le aborbotanaban, Constanzo aún las escuchaba con más fuerza. En su mente revivía aquella noche cuando él y Akal habían entrado en la biblioteca, detrás de la puerta de ébano, pesada como la piedra. Akal le había transmitido las Fuentes de la Idea y cuando Constanzo cobró conciencia de lo que era preciso hacer, comprendió que Akal no se sintiese con fuerzas para seguir adelante.

-Ahora entendéis por qué me tengo que ir.

Sí, lo comprendía.

-En mi estado de salud y a mi edad, ya no me siento con fuerzas de abordar todo este proceso -le había dicho.

Pero él tampoco se sentía con fuerzas para aquello. Aunque mucho más joven, él, como Akal, era hombre de lectura y de reflexión; eran gentes tranquilas, poco dados a la acción y más cercanos a las bibliotecas que a los cuarteles.

Desde aquella noche estaba lleno de dudas. No estaba seguro de ser la persona adecuada para llevar adelante la Idea. No estaba seguro de que no le temblase el pulso ante algunas decisiones. No estaba seguro ni siquiera de que todos los miembros del Consejo compartiesen la decisión. El tiempo apremiaba. El milenio llegaba a su final; las Escrituras lo señalaban; el Apocalipsis hablaba de los Mil Años, el tiempo en que todo se desencadenaría. No había duda, aquel era el momento. Pero no se decidía. ¿Y si estaban equivocados?

«La fe en las Fuentes de la Idea», le decía siempre Akal. «La fe en Cristo y en la verdad revelada», le repetía.

Lo decían las Escrituras. Él lo sabía bien, lo había leído.

Solamente él y Akal lo sabían. Si creía las Escrituras, si creía en Cristo, en sus obras, en su palabra, en sus milagros, ¿cómo podía dudar que las Fuentes de la Idea no estuviesen en lo cierto? Además, ¿no tenían el Betilo? No había duda, pero él no se sentía con fuerzas. En su soledad la responsabilidad le pesaba aún más.

Volvió a sentir angustia. Decidió repasar de nuevo las Fuentes de la Idea por si algo se le hubiese escapado, aunque sabía qué se engañaba a sí mismo; las había leído infinidad de veces. El tiempo era ahora y el Regente era él. Se dirigió a la puerta de ébano. Se cruzó con Blanca que lo acarició con los ojos; ella sabía lo que le ocurría y lo ayudaba con aquel silencio lleno de cariño, de fortaleza y de ánimo. No le preguntaba nada. Sólo lo miraba infundiéndole sosiego. Abrió la puerta y entró; aquella estancia, con las paredes, el piso y el techo hechos en gruesas maderas de ébano, que cubrían una estructura de piedra, sin ventanas, lo recibió con frialdad.

Cerró la puerta y se volvió a quedar preso de aquella espantosa soledad.

Raquel y Blanca recorrieron la ciudad, el campo, los bosques, los pueblos vecinos. Lo visitaron todo. Fueron unos días felices. Estaba entre amigos; hablaba su lengua; recordaba su tierra. Visitaron iglesias y mansiones. En todas partes se las recibía con cordialidad. Los Constanzo eran, en verdad, gente apreciada. Habían venido de las tierras del sur, pero todos los consideraban de allí. La tez blanca, el cabello rubio y rizado y la delgadez esbelta de Blanca favorecían aquella sensación.

Dejaron la catedral para el final.

-Cuando sientas el espíritu de esta ciudad y de sus gentes, comprenderás mejor su catedral. Las catedrales son el alma de los pueblos. Hacen que las gentes se encuentren a sí mismas.

Si su catedral es grandiosa, puedes estar segura de que el pueblo tiene un alma grande -decía Blanca-. El corazón de un pueblo es su gobierno. La sangre es la gente. Son los que se tienen que mover por el cuerpo, impulsados por el corazón. El pueblo, como el cuerpo, necesita de todo, del corazón, de la sangre, pero ¿adónde van sin alma? Por eso las catedrales son tan importantes y por eso la gente las quiere tanto. No es porque en ellas se rece; se reza también en las iglesias, en las capillas. No es porque en las catedrales esté Dios; Dios está en todas partes. La gente quiere a las catedrales porque son el alma de sus pueblos.

Qué bonito era lo que acababa de decir, pensó Raquel, «son el alma de los pueblos».

Blanca le pidió al arzobispo que las acompañase. «La vive; es realmente suya», le había dicho. Constanza las acompañó.

La visita fue larga; les ocupó toda la mañana. Lluvia de fechas, datos, costes, artistas, escultores, pintores... Los artífices de aquella obra eran lo más granado del norte de Francia y del Imperio Germano. Aún quedaba mucho por hacer.

Les mostró también las ofrendas.

-Especial afecto le tenemos a la que vuestro antecesor en la sociedad caritativa, el señor Becket, nos hizo hace unos ciento cincuenta años y que conservamos como una de nuestras joyas más preciadas -les dijo mientras señalaba una urna de vidrio en la que Raquel pudo ver una formidable plancha de oro, en la que había un extraño jeroglífico y una pequeña piedra negra.

-¿Qué significan esos signos? -preguntó.

-Para la mayor parte de la gente no significan nada; algunos se quedan tan impresionados por el oro que ni siquiera reparan en los signos, pero a vos no os cegó su brillo. Tienen que ver con Dios y con la tierra.

-Y con vosotros -le susurró Blanca.

-Vayamos ahora a ver la fachada principal -propuso el arzobispo.

Salieron a la plaza. Se alejaron unas setenta brazas.

Constanzo volvió a sentir su propia insignificancia al lado de aquella

Librodot

maravilla.

-Cierra los ojos un instante y ábrelos; hazlo varias veces -le dijo Blanca.

Raquel lo hizo y sintió que aquella fachada se movía hacia ella; era aún más excepcional. Se acercaron. El arzobispo les contaba cómo serían las torres. Raquel vio que cientos de figuras la observaban. El prelado les fue contando el significado de cada una y del conjunto. Se detuvo ante una, situada en el arco izquierdo; era de una gran belleza.

Destacaba entre todas las demás.

-Es una pieza cargada de arte y de espiritualidad; ya os hablé de ella. No me canso de admirarla. Es la culminación de la entrada de la Casa de Dios, pero desconocemos su autor y su significado; ni siquiera sabemos quién la encargó y pagó. Pero da igual, lo importante es que está ahí y que podemos disfrutar de ella -concluyó el arzobispo.

Constanza y Blanca la observaban, en silencio, con gran atención. Raquel la miró; era de una hermosa factura; una escultura digna de ser admirada y, con toda seguridad, de destacarla mostrándola en solitario... Allí, en medio de tantas otras, no parecía el mejor lugar para exhibirla. El arzobispo opinaba lo contrario.

-Incluso el sitio está bien elegido, porque al colocarla en medio de otras muchas esculturas, su perfección destaca aún más.

Raquel notó la atención respetuosa que le prestaban Constanzo y Blanca.

-¿Os gusta? -les preguntó.

-Sí, ciertamente es una pieza muy especial -dijo Constanzo-, tanto en su realización, que es en verdad fuera de lo corriente, como en lo que el artista quiso legarnos. Pero una vez que la piedra toma forma, se separa de su creador y cobra vida propia. Está viva porque transmite sentimientos y sensaciones.

Raquel no preguntó más; le hubiera gustado conocer su significado, pero veía que Constanzo no diría nada. Por respeto a él, era mejor no preguntar.

-En la catedral de Compostella también hay piedras que están vivas -continuó Constanzo-, la corte celestial, los apóstoles del maestro Mateo, van a seguir vivos por toda la eternidad.

Son mucho más que arte; son mucho más que lo que su autor esculpió; están inspiradas por el mismo Apóstol por orden de Cristo. Aquella es en verdad la puerta de la Gloria. Por aquellos pórticos se entra al cielo y sus figuras son la vida en piedra.

Raquel lo escuchaba atentamente. Ya se había dado cuenta de que Constanzo, cuando hablaba de aquella forma, pensaba en voz alta.

-Hay piedras que unen el pasado con el futuro. En Santiago y aquí en Estrasburgo se encuentran señales que nos ponen en la pista de Dios -dijo.

-¿Dónde están? -preguntó Raquel.

-Buscadlas y las encontraréis. Pero las tenéis que buscar sobre todo en vuestra alma -contestó Constanzo.

Cuando regresaban hacia la casa, el rostro de Constanzo volvió a mostrar preocupación. Raquel y Blanca hablaban de la catedral y de la plaza. Él no las oía. Aquel pensamiento martilleaba obsesivamente su cabeza. Tenía que decidir; el momento se acercaba y ya no podría diferirlo más. Al entrar en la casa, uno de los sirvientes les avisó que lo esperaban. En la sala de la entrada estaba el cardenal Musatti. Se saludaron y subieron al despacho negro de Constanzo.

Comieron con el cardenal. Raquel no había coincidido con él en Roma, pero su nombre le era conocido.

-Gozáis de un gran prestigio en Roma -saludó Raquel.

-He venido a Estrasburgo y no he querido dejar de saludar a mis buenos amigos los Constanzo.

-El cardenal Musatti nos trae noticias de Roma. El Papa prepara varias encíclicas contra el Rey de Francia -anunció Constanza-. El enfrentamiento del Vaticano y Francia ya no tiene marcha atrás. Pero, además, Bonifacio mantiene una fuerte polémica con Alberto I de Habsburgo, el emperador germánico. Son malas noticias.

-¿Es la bula Unam Sanctam? No se hablaba de otra cosa cuando estuve allí hace unos meses -preguntó Raquel.

-No -respondió el cardenal-, el Papa ha encargado a un grupo de obispos italianos que redacten una bula contra el Rey de Francia. Además mantiene firme la Unasn Sanctam.

-Ha hecho algo que considero más importante -dijo Constanzo-.

Ha instaurado el jubileo romano; el próximo año, el año 1000, se celebrará el primero. Los que acudan a él tendrán indulgencia plenaria.

-El año 1300 -corrigió Raquel-. Es un remedo del jubileo compostelano.

-Es más que eso. Es el intento de hacer que todo gire en torno a Roma -siguió Constanza sin atender a la observación de Raquel sobre las fechas-.

Primero fueron las bulas prorromanas y su ejército. Ahora el jubileo romano. Acabará obligando a los fieles a acudir a Roma para su salvación. Ante tanta imposición, la gente se rebelará.

Pero el enfrentamiento no será sólo contra el Papa. Será contra el cristianismo. En ese momento el terreno estará abonado y fértil para la herejía y el cisma.

Hizo una pausa; por la ventana vio la plaza, vacía a aquella hora.

-Esta misma plaza puede ser cuna de otro credo, escindido del Vaticano. Si surge un cisma, los países sufrirán intensamente -concluyó.

Estaba decidido. Su obligación era ponerlo todo en marcha para que el milenio se iniciase con las piezas encajadas. Y quedaba menos de un año.

-Una herejía cismática será una grave herida al cristianismo -dijo Musatti mientras Raquel sentía que le acababa de robar el pensamiento-. Debemos actuar sin demora.

-¿Os preocupa el Jubileo romano? -preguntó Raquel-; a mí me inquieta porque restará afluencia a Compostella favor de Roma; pero a vos, que sentís que tan vuestra es Roma como Compostella, no os debería preocupar.

Constanzo miró a Raquel. Era una mujer inteligente pero le faltaban claves.

-Es más que un trasvase de peregrinos de una ciudad a otra. Va contra la tendencia del tiempo. El Camino de Santiago es más que una ruta que recorren los peregrinos. Es como una carta marina de culturas que partiendo de todos los puntos de Europa confluyen en Compostella.

Se levantó y volvió al cabo de un rato con un mapa de Europa.

En él aparecían dibujadas varias líneas; todas conducían a Santiago.

-Partid de Estrasburgo, de Roma, de París, de Lisboa, de Valencia. Fijaos bien. Desde todas estas ciudades, las que forman Europa, hay una ruta a Compostella. Todas buscan el oeste. Este es el mapa de las confluencias de los pueblos de Europa en Compostella. Una convicción religiosa, la fe en el Apóstol, conduce al engarce de culturas, idiomas y gentes de todo el orbe en la catedral de Santiago. Y esta no fue una decisión de ningún rey, conde o señor. Fue la decisión del propio Apóstol.

-¿Qué pasaría si, por decisión del Papa, se intentase la confluencia en Roma?

-Que se rompería la sinergía de Santiago y dividiríamos los destinos. A partir de ahí, cada catedral y cada iglesia reclamarán su indulgencia y el mapa del Camino de Santiago, que tardó siglos en aparecer, quedará roto.

Sería un paso atrás que nos haría perder muchos años, y ya no digo décadas, sino siglos.

Raquel se dio cuenta de que estaba de nuevo pensando en voz alta. No lo interrumpió. Blanca y Musatti tampoco.

-Durante mil años, las rutas del imperio de Roma vieron como la maleza las cubría. Europa no se conocía a sí misma. Cada reino, cada condado, cada villa, vivieron cerradas y cercadas en torno a sí mismas. El retroceso cultural de las invasiones bárbaras hizo inservibles aquellas rutas que, en otras épocas, trasladaban esplendor. Fue la aparición de los restos del apóstol Santiago, allá en la esquina más alejada del mundo, la que hizo que la conciencia de Europa despertase. Gentes de todas partes se echaron al Camino y rehicieron una ruta que los conducía a todos al mismo sitio: a Compostella. Desde Bretaña, Austria, Lombardía, Nápoles, Barcelona, las rutas se fueron pavimentando; usaban a veces viejas rutas romanas o dibujaban otras nuevas. Ahora una red de caminos recorre Occidente.

-Pero una nueva red de caminos que conduzca a Roma hará un Occidente más tupido -argumentó Raquel-. Quería que Constanzo siguiera hablando.

-Si hay muchos caminos y no están señalizados, los peregrinos se pierden. Si se crea el «Camino de Roma» los Papas querrán que sus señales se vean más que las otras y, si no, que no haya ninguna. Los caminantes se perderán. En mil años no se hizo el camino de Roma porque la gente no sentía esa necesidad. Sin embargo, en menos de cincuenta, las botas de los caminantes crearon el Camino de Santiago, porque la gente sí sentía esa necesidad. La gente no quería caminar hacia el este, sino hacia el oeste. ¿Por qué? Contestar a esto es contestar a la pregunta de por qué el sol se mueve hacia poniente.

-Las rutas romanas las trazaron los ingenieros romanos, buenos conocedores de las matemáticas y de la edificación.

Construyeron cientos de puentes por doquier que, mil años después, todavía están en pie y dentro de otros mil seguirán uniendo las riberas de los ríos. En cambio, el Camino de Santiago lo diseñaron los peregrinos, sin ningún conocimiento de matemáticas y sin haber construido un puente en su vida. Lo hicieron caminando de cara a Santiago, movidos por su fe y guiados por la Vía Láctea. Las estrellas señalan el Camino de Santiago, no el de Roma. Los griegos creían que la Vía Láctea se había formado de las gotas de la leche con que Cibeles roció el Betilo que había comido Saturno. La Vía señala a Compostella y procede del Betilo.

Aquello parecía el final de sus palabras. Se hizo un largo silencio. Pero Blanca mostraba actitud de seguir escuchando.

-¿Qué es el Betilo? -preguntó Raquel.

Librodot

Constanzo no contestó.

-¿Reparasteis alguna vez que la de Santiago es la catedral más occidental del orbe? -continuó-. Es el último gran templo de todas las religiones que ve la luz del día. Cuando en todas las demás ya entró la oscuridad, en Santiago aún brilla el sol. Y, cuando se apaga por el horizonte, toda su fuerza se queda en aquella catedral. Su luz de fuego entra por el pórtico de la Gloria y se queda en el infinito, al lado de su Dueño y Creador. Es el templo del sol.

Se hizo otra vez el silencio. Esta vez fue Blanca la que lo rompió.

-Ya es hora de levantar la mesa -dijo poniéndose en pie.

Musatti se despidió; volvería por la tarde. Raquel se disponía a ir a su habitación y descansar un rato; el recorrido de la catedral la había cansado un poco. Cuando se iba a despedir, Constanzo se dirigió a ella.

-Me gustaría mostraros mi despacho y la sala de reuniones del Consejo -se ofreció.

Raquel se recuperó de golpe; el cansancio se desvaneció inmediatamente. Sentía una gran curiosidad por conocer aquellas salas. Nunca en su vida había visto una casa tan bella como aquella; sus colores blanco y negro, la madera, los muebles, las escaleras a la primera planta, las ventanas de vidrieras de colores... la hacían irrepetible; pero tenía que confesar que sentía una gran curiosidad por conocer las dependencias en las que Constanzo trabajaba.

-Sí -respondió con la alegría de una niña de diez años-, la veré encantada.

Subieron los tres. Constanzo abrió la puerta del pasillo que conducía al despacho, a la sala del Consejo y a una puerta de ébano. Entraron en el despacho. Delante de aquella mesa que tanta literatura, leyes y tratados habría visto escribir y leer, Raquel sintió la importancia del estudio y la reflexión. Toda la sala respiraba siglos de estudio. La gran mesa del Consejo, en la dependencia contigua, le hablaba de los doctos sabios que allí decidían los destinos de las universidades, de las catedrales o Dios sabía de qué más.

Encima de la mesa había un grueso volumen. Constanzo se sentó y abriéndolo le señaló a Raquel la silla a su lado. Raquel intuyó que le iba a mostrar algo importante. Tomó asiento.

Blanca también lo hizo.

-En todas partes y en todos los tiempos -empezó Constanzo-, los hombres han querido dejar su legado a las siguientes generaciones y que éstas les reconociesen su labor. Vos misma habréis visto que los maestros canteros que construyen una casa, una fortaleza o una catedral, quieren que

se sepa que fueron ellos los artífices y dejan en la piedra su firma; son rayas y signos que ellos distinguen, igual que el Rey reconoce su firma. Cada maestro decide cuál es su señal. Una vez terminada la obra, aquel signo permanece durante siglos dando fe del buen o del mal hacer del cantero. Sus nietos podrán mostrar con orgullo el signo de su abuelo cuando recorran el castillo o la catedral. Los podéis encontrar, casi siempre, en las piedras angulares, debajo de las ventanas. Cada cantero elige también el sitio donde quiere dejar su firma.

Empezó a pasar las páginas del libro.

-Estos son algunos de aquellos signos recogidos de castillos y catedrales de toda Europa. Como veis todos son diferentes, aunque a veces puedan parecer iguales. Pasa lo mismo con las firmas de puño, porque esto no son más que firmas.

Hace dos mil años, unas gentes nos quisieron dejar signos en las piedras. En vuestra tierra, en Gallaecia, los habitantes de los castros celtas nos legaron también sus signos: la espiral -dijo mostrando un dibujo-, la podéis ver en diferentes sitios, siempre en roca . El mismo petroglifo en todas partes; no es una firma, no es una identificación de una persona. Es una idea grabada en roca, un mensaje, un símbolo imperecedero en la piedra dura, que para sus moradores tenía un sentido, seguramente religioso. La cruz esvástica que aparece en piedras de Egipto es otro símbolo que nos quisieron dejar. No sabemos lo que significan y serán lo que nosotros queramos. Pueden ser símbolos de armonía o de destrucción; los hombres lo decidiremos.

Hace mil años, a mitad de camino entre las espirales y los signos que nos dejaron los canteros en los castillos occidentales, en las tierras de Asia Menor, en una cripta, se descubrió una lápida de piedra con esta grabación -continuó mientras señalaba una página en la que aparecía otro dibujo; un complicado signo que a Raquel le recordó al de la plancha de oro que les había mostrado el arzobispo-. Por su rareza, unos mercaderes árabes la trajeron a Europa hace unos quinientos años. Nadie reparó en el signo y permaneció en una oscura abadía de Normandía. Trescientos años después, en un sarcófago de piedra usado como abrevadero por unos campesinos de Escocia, volvió a aparecer el mismo signo.

Cuando se produjo el asentamiento visigodo en medio de la vasta cultura bizantina, el mismo signo se descubrió en las paredes de algunos de sus templos, cerca de sepulcros. Cuando las tierras del norte de Hispania fueron reconquistadas al Islam, unos caballeros cristianos descubrieron una lápida de mármol en la que estaba tallada esta señal.

No era una firma como la de los canteros, ni un signo de una cultura extinguida, como la celta; era un símbolo que tenía un significado que entendían en la Siria de hace mil años, en la Escocia de hace setecientos, en el norte de la Hispania de hace cuatrocientos y en los templos de Bizancio en los momentos de su mayor esplendor. La misma señal en lugares tan

Librodot

distantes. Algo deberían tener en común aquellas gentes para usar el mismo símbolo en algo tan importante como el entierro de sus muertos o el culto a su dios.

Hace doscientos años unos hombres se pusieron a estudiar este mensaje. Encontraron la misma señal en más lugares de Asia Menor, de Bizancio y de Europa. Todas eran idénticas. Cientos de años y miles de leguas los separaban. Era un símbolo tan complejo que no se podía atribuir aquella coincidencia a la casualidad; tenía que haber alguna razón. Siempre en tumbas y en iglesias. Aquellos estudios iniciales no fueron capaces de descifrar su significado.

-¿Y cual es? -preguntó Raquel, que no había ni pestañeado durante toda la narración.

-Eso ahora da igual. Lo importante es que mucha gente cree que este signo, que pervivió en el tiempo y se extendió por todo el mundo, se usó para señalar los lugares donde yacían gentes que se quería que permaneciesen unidas por todo el tiempo.

-¿Era ese el significado que le daban los que lo grababan en sus tumbas?

-Su significado sólo puede ser la unión en el tiempo. Para nosotros se ha convertido en un símbolo con el que mostramos nuestra creencia en Occidente.

-¿Se sigue usando? -preguntó Raquel-. Me refiero al uso que se le dio durante miles de años.

-Sí. Estoy seguro de que aquella cultura milenaria sigue viva -aseguró Constanzo.

-Tan antigua como el cristianismo -dijo Raquel.

-Más que el cristianismo -intervino Blanca-, mucho más.

Raquel estaba impresionada. No sabía muy bien qué era lo que estaba sucediendo. Se sentía perdida. Le estaban transmitiendo algo, pero no lo entendía. No creía que aquello fuese un juego; le hablaban con toda la seriedad. Y Constanzo no parecía un hombre dado a supersticiones, magias o juegos cabalísticos. Pero no lo comprendía. No estaba preparada. Se sintió aturdida. Tenía que calmarse y pensar en lo que había sucedido. Quizás entonces lo comprendiese. Blanca vio la cara confundida y hasta algo asustada de Raquel.

-No quieras entender lo que aún no puedes -la tranquilizó Blanca con su voz suave-. Hace unas horas viste por primera vez un grabado que no te decía nada; era un grabado más, uno de tantos. Ahora sabes que es un símbolo cuyo significado lo hizo durar miles de años. -Sonrió-. Confía en

nosotros. Este signo tiene que ver con nuestra vida y con la tuya.

Cuando Raquel fue a decir algo, Blanca puso el dedo índice delante de su boca, en señal de silencio. Se aproximó a la ventana y miró a través de los cristales.

-Está nevando. A veces, cuando nieva, llevo a Emmanuel a la calle. Saca la lengua para recoger copos de nieve y trata de comérselos; cuando lo hace ya son agua. Pero no se desanima.

Lo vuelve a intentar. No lo comprende pero da igual; lo importante es que disfruta y es feliz.

Se volvió y cogió a Raquel del brazo.

-Vamos a pasear con Emmanuel, estas pueden ser las últimas nieves del invierno.

Salieron a la plaza.

-Hoy no voy a comer nieve porque se me enfría la lengua.

Recorrieron la ciudad. Viendo a Emmanuel y a Blanca jugar al lado del río, a Raquel le parecía que todo había sido un sueño. Cogió nieve, hizo una bola y se la arrojó a Emmanuel.

Él le contestó con otra. Estaba de nuevo en el mundo real.

Aquella noche, en la desnudez de su cama, Constanzo abrazó a su esposa. La quería y la deseaba; el amor lo dominaba y lo llenaba de placer. La abrazaba y se sentía abrazado en la pasión de los cuerpos. Su respiración cruzada le infundía la fuerza para seguir adelante. Blanca estaba con él. Se durmió.

Despertó bañado en sudor. La sensación de placer y sosiego se había transformado en agitación y angustia. Estaba aún muy oscuro; la noche seguía dueña del sueño. Pero para él no existía. Sólo el martilleo incesante de aquello que había de hacer. Por la tarde estaba decidido a seguir su destino, por duro que fuese. Ahora volvía a dudar.

Repasó de nuevo cuál sería la reacción de cada uno de los miembros del Consejo cuando conociesen las Fuentes de la Idea.

Algunos no estarían de acuerdo. Quedaban nueve meses para el milenio. O ahora o dentro de otros mil años, y sólo Dios sabía lo que ocurriría en ese tiempo. La voz de Blanca lo sacó de sus pensamientos.

-Ramón, hay que hacer lo que hay que hacer. No dejes que la duda haga mella en tu espíritu y te aparte de tu destino. Sé tú y actúa.

Librodot

Su incertidumbre desapareció con aquellas palabras. Aunque nada le había contado, Blanca, a su lado, parecía saberlo todo. Como aquella vez en su tierra de Extremadura, cuando le dijo que debían irse a Estrasburgo. Siempre le había hecho caso; ahora también.

En un mes se reuniría el Consejo. Acudirían todos sus miembros. Sólo faltaría Gaudin, que lo seguiría desde detrás del pórtico de la Gloria. Jacques de Molay ya asistiría en calidad de Gran Maestre del Temple. Tenían que designar un nuevo miembro. Él sabía quien era la persona adecuada; se lo había dicho la Dama. Sintió la mano de Blanca cogida de la suya. Se durmió.

Cuando despertó, Blanca ya no estaba en la cama. Se vistió y bajó al comedor. Lo esperaban para desayunar; Catherine había traído la leche y el pan, y acercaba un plato con tiras de carne seca de venado y carne fresca de cerdo.

-El invierno se está prolongando más de lo habitual; este frío no desaparecerá hasta dentro de un mes y la nieve seguirá cubriendo los campos -vaticinó Constanzo mirando por la ventana desde su sitio en la mesa; estaba empezando a poner en marcha su plan.

-Ayer estuvimos jugando con la nieve -le explicó Raquel-.

Emmanuel nos echó en la cabeza toda la nieve del mundo. Me recordó a mi infancia en las tierras de Arquide, cerca de Fonte Sacra; la nieve, algunas veces, nos mantenía aislados durante varios días. Mi madre la odia. A mí me encanta.

-Con este frío no podréis viajar; sería muy peligroso. La nieve cubre aún los caminos. Si partís ahora, seguramente os quedaréis unas semanas bloqueada en alguno de los pueblos de la ruta a París -le recomendó Constanzo.

El rostro de Raquel se ensombreció. Llevaba demasiado tiempo fuera de Gallaecia y tenía unas irresistibles ganas de regresar. Le vino a la mente Indalecio; se dio cuenta de que se acordaba de él casi constantemente.

-No sé si debo retrasarme más. Mi tarea ha concluido y debo regresar -dijo Raquel.

Aún no sabía si Indalecio habría recibido su recado enviado desde París. Cada vez que se acordaba de las palabras del conde de Rouen se preocupaba tanto cono el primer día y tenía que pensaren otra cosa.

-Salir ahora no significa llegar antes. La nieve no os permitirá seguir. Solamente a caballo se podría hacer y no seréis capaz de cabalgar quinientas leguas. Insisto en que os quedéis -dijo Constanzo.

-Si don Indalecio estuviese aquí, no te dejaría partir -apostilló Blanca.

Raquel la miró.

-Tienes razón; esperaré a que desaparezcan las nieves.

-Además, quizá vuestro cometido aún no haya concluido -le avanzó Constanzo-. Dentro de unas semanas recibiremos en esta casa a los miembros del Consejo de Caridad. Son gentes muy bien relacionadas en sus países y seguro que estarán encantados de conocer vuestra causa. Puede seres muy provechoso y nosotros disfrutaremos de vuestra compañía.

Aquellos días transcurrieron en paseos por el final del invierno de Estrasburgo, charlas con Blanca y juegos con Emmanuel. Pronto la nieve dejó sitio al verde brillante de los campos y de los árboles. Los primeros rayos del sol de la primavera mostraron aquella tierra magnífica. Raquel no se cansaba de pasear por la ciudad, por los campos y disfrutar de aquel paisaje.

Constanzo se unía todos los días a ellas en alguno de sus paseos. Su ánimo había cambiado. Se sentía seguro, sonreía; sabía que estaba haciendo lo correcto. Trabajaba denodadamente. Todo requería la mayor coordinación. Había que extremar la atención a Roma y a Compostella, porque allí radicaría el gran cambio del orden religioso y eso toparía con resistencias. En París, el Rey de Francia sabría hacer su trabajo.

Unos días después, Blanca entraba en la habitación de Raquel.

-Un caballero templario acompañado por Joseph pregunta por ti.

El corazón de Raquel dio un vuelco; eran noticias de Indalecio; salió corriendo de la habitación, bajó las escaleras a saltos y, llena de ansiedad, ni saludó a sus visitantes.

-¿Cómo están todos en Gallaecia? -preguntó.

-Todos están bien -replicó rápidamente Joseph, conocedor de la ansiedad de Raquel.

En la dependencia que Blanca les había ofrecido para poder hablar sin ser interrumpidos, Raquel respiraba con agitación contenida mientras Moreau, uno de los templarios que acompañaran a Enric a Gallaecia, narraba todo lo acontecido en aquella tierra. El ejército imponente ya había sido visto por todos; la entrevista de don Indalecio y el arzobispo había ido bien. Don Indalecio había sufrido unas fiebres que habían hecho temer a todos por su vida...

-¿Qué fiebres? ¿Cómo está? Aseguradme que está sano -interrumpió Raquel muy alterada.

-Tranquilizaos, don Indalecio es fuerte y se recuperó en pocas semanas.

Está perfectamente. Preguntádselo si no a los oficiales que derriba en los ejercicios de adiestramiento -bromeó Moreau-. Está recuperado por completo y me encarga que os transmita su felicitación por vuestro cometido. Toda Gallaecia sabe de los buenos resultados de vuestras gestiones en Aragón, Roma y últimamente en París.

-¿Ha recibido don Indalecio el mensaje que le envié desde París? -preguntó Raquel.

-Lo ha recibido y lo ha entendido a la perfección. Me ha encargado que os lo repita textualmente. No debéis preocuparos. Todo está bien.

-¿No ha respondido la Reina aún a nuestras demandas? -preguntó Raquel.

-No, pero don Indalecio avanza ahora hacia Toledo para tener una audiencia con ella.

-Es muy peligroso, es muy peligroso -repetía Raquel paseando nerviosa por la sala.

-Don Indalecio sabe lo que hace -dijo Joseph con contundencia.

Raquel se sentó. Moureau continuó la narración. Las noticias eran buenas, pero aquel viaje a la Castilla de la Reina Molina la dejó muy preocupada. Se despidieron. Moreau los acompañaría en el viaje de regreso.

-Don Indalecio es un gran hombre, ¿no? -preguntó Blanca cuando los templarios se fueron.

-Extraordinario -afirmó Raquel; le relató a Blanca su primer encuentro con él en aquella taberna de Taboeja-. Cree en lo que hace. Nunca he conocido a nadie tan inteligente.

-¿Le tienes mucho cariño? -preguntó Blanca.

-Sí, mucho -se sorprendió Raquel afirmando-, le quiero muchísimo.

Blanca lo asumió con naturalidad.

-Es natural que le tengas tanto cariño. Yo a través de tus historias de Gallaecia también lo quiero.

-Me encantaría que conociese esta tierra tan hermosa. Sé que le gustaría -dijo Raquel.

-Pues cuando vuelvas en tus manos estará el conseguirlo -le respondió Blanca con aire enigmático.

Los miembros del Consejo fueron llegando. Acababa de amanecer y ya

Librodot

muchos de ellos esperaban en la casa. Al quitarse la capa, sus trajes lucían el blanco, rojo y negro, «los colores de la sociedad caritativa» le decía Blanca a Raquel. «Jacques, un caballero de las tierras del sur de Francia. Ramón, de las tierras mediterráneas de Aragón, hombre de filosofía; Maestro es una eminencia en leyes.» Un anciano de aspecto venerable le fue presentado como «Francis, un inglés, profesor en Oxford, encarcelado por pensar…».

-En esta empresa -le explicó Blanca- lo que importa es la voluntad de trabajo y el compromiso con el bien. Los apellidos, por nobles que sean, aquí no tienen valor.

Reconoció a Musatti, con el que había estado unos días antes.

-Sí, también es miembro del Consejo -dijo Blanca.

Cuando estuvieron los once miembros, Blanca les habló de Raquel, enviada de don Indalecio de Avalle, el cabecilla del levantamiento de los nobles de Gallaecia. Parecían conocer la situación, especialmente Jacques y Ramón. Asaetaron a Raquel con las más variadas preguntas sobre Compostella, el arzobispo, el Camino de Santiago, sus aliados, sus enemigos.

Pareció interesarles mucho que Indalecio intentase forzar a la Reina a definirse.

Más de una hora pasó hasta que un ayudante entró en la sala.

-El Regente os ruega que paséis a Consejo -anunció.

Subieron las escaleras en fila de a dos, según el ritual, por orden de antigüedad. Entraron en la sala y se quedaron de pie delante de sus asientos en torno ala gran mesa de caoba. Por la otra puerta entró el Regente. Los saludó inclinando la cabeza. Se sentaron. Constanzo, solemnemente, empezó a hablar.

-Iniciamos una sesión trascendental. Dentro de ocho meses cambiará el milenio y ese será, por fin, el momento. -Hizo una pausa y continuó-: Quiero recordar a Thibauld de Gaudin, que hoy está en el Consejo del Señor. El señor de Molay es ahora el Gran Maestre del Temple. Al final de la reunión hablaremos del nuevo miembro a Incorporar.

Jacques de Molay se había sentado en el lugar que hasta entonces había ocupado Gaudin.

-Como os decía, llegó el momento de las grandes decisiones.

Sabed que todo lo que os voy a transmitir forma parte del gran proceso para la entronización del rey en Europa.

La atención era máxima.

-Roma fue un error que tiene que ser rectificado. Pero el Papa Bonifacio está haciendo del papado un poder territorial que, de acrecentarse, consolidaría al Vaticano como un gran estado.

Bonifacio debe ser derrocado.

Hizo una pausa. No se había equivocado, sus últimas palabras habían conmocionado a todo el Consejo, pero nadie dijo nada.

-Su autoridad moral está en entredicho en toda la Cristiandad.

Debemos apoyar al rey de Francia y al Emperador germano para que intensifiquen sus enfrentamientos con Bonifacio. Requerirá años, pero es preciso frenar al Papa.

Musatti pensó que Bonifacio se resistiría con todos los medios a su alcance y habría una gran guerra, que sólo se terminaría con la muerte del Papa. No dijo nada; los demás lo sabían también. El ambiente solemne de la sala se hizo tenso. Estaban decidiendo el derrocamiento y aun la muerte del Papa de Cristo en la tierra. Pero Constanza no les dio tiempo a meditarlo mucho.

-El Temple desencadenará revueltas contra todos aquellos nobles y clero que apoyen al Papa. Tenemos que asegurarnos condados leales a nuestra causa. El rey de Francia debe creer que se le apoya para unificar Europa bajo su mando. Lo mismo se debe transmitir al Emperador germánico. Los reyes de Castilla, Aragón, Italia y Portugal recibirán el mensaje de una liga de reinos cristianos que, convocados por el Papa, tomará las decisiones de arbitraje entre los reinos.

Aquello era una revuelta a lo largo y ancho de toda Europa.

-Dos lugares tienen especial relevancia, continuó.

Estrasburgo, desde donde seguiremos actuando. Esta ciudad es el centro de Europa y, desde ahora, será su corazón.

Hizo una pausa y bebió un sorbo de agua. Posó el vaso en la bandeja de cristal que tenía delante. Estuvo un rato en silencio, pensativo.

-Y Compostella, la ciudad donde van a converger todos nuestros esfuerzos. Es el lugar de atracción de las culturas y de los tiempos. Desde allí, iniciaremos un nuevo cristianismo.

Hizo una nueva pausa y prosiguió.

-Con el milenio se iniciará el Papado de Compostella. Ya no será más el de Roma, como quiere el Vaticano, ni el de París, como quiere Felipe IV, ni el de Estrasburgo, como quiere Alberto de Habsburgo. Será el milenio del papado de Compostella, como quiso Nuestro Señor Jesucristo.

De nuevo pudo ver la sorpresa de los miembros del Consejo.

Sabían que Compostella era un lugar elegido, pero no esperaban el vuelco de acontecimientos que el Regente proponía. Sería imposible de conseguir.

-Es preciso que el Papa cree un cardenalato en Compostella. Lo solicitaremos como una compensación a aquella ciudad por el Jubileo romano que tanto la puede dañar. Más adelante decidiremos quién debe ser el primer cardenal compostelano.

Para esto es preciso reforzar el poder de Gallaecia y de Compostella. Tenemos que apoyar y fortalecer la rebelión que los nobles de aquella tierra pusieron en marcha. Haremos que sean poderosos y respetados en todo el orbe.

Llull, desde su sitio, reconocía la inteligencia de Constanzo.

Todo era tan inesperado como impecable. Constanzo no había acabado.

-Quiero proponeros la persona que creo más conveniente para incorporar al Consejo en el lugar vacante dejado por nuestro buen amigo Gaudin. Os propongo a don Indaleclo de Avalle, el noble que encabeza el movimiento de nobles de Gallaecia, de quien todos habéis oído hablar. Es hombre justo, valeroso y bueno.

Arriesga su vida por aquella causa, que es la nuestra. Hace unas horas habéis conocido a su embajadora. El señor de Avalle reúne en su persona méritos para formar parte de este Consejo. Todos comprendéis que su incorporación está relacionada con el cambio que la territorialidad cristiana va a experimentar en los próximos tiempos. Que Dios nos ilumine.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Todos meditaban. Nada se había dicho sobre el Rey de Europa, ni sobre quién convendría como nuevo Papa. Comprendieron que aún no era el momento. Ramón Llull levantó la mano, Molay hizo lo mismo y Eckhart y Bacon... Todas las manos se levantaron. El Consejo empezaba la deliberación del cambio del papado de la Cristiandad.

-Son largas las reuniones del Consejo -le comentó Raquel a Constanzo durante la comida-. Es el cuarto día que os reunís en sesiones de mañana y tarde.

-Hay algo que os quiero contar -le dijo Constanzo-. Nuestra sociedad, además de sus fines benéficos, también trata de muchas otras cuestiones que sus miembros y yo mismo como presidente queramos -Os envidio. Yo también volvería a mi tierra -le confesó mientras plantear. Hablamos de la Iglesia, de la cultura, de la situación de los se abrazaban.

Dada vuestra procedencia tan diversa y los puestos que desem-

Debatimos de todo reinos, de la política, de los estados, de la guerra.

peñáis, deben ser discusiones de gran interés -opinó Raquel.

-Sí, lo son. Hemos dedicado una sesión a hablar de Gallaecia y de Compostella. La causa de don Indalecio de Avalle y su gente ha interesado a los miembros del Consejo. Tanto que hemos acordado proponerle que se incorpore al Consejo.

Raquel recibió aquella propuesta con gran entusiasmo.

-Le encantará participar en esta empresa. Creo que resultará útil para vos y para nosotros; hará nuestra causa más conocida.

Pero no sé si su tarea se lo permitirá. Está demasiado ocupado -concluyó mostrando sus dudas.

-Ayudadnos a convencerlo -le rogó Constanzo-. A veces lo que parece una pérdida de tiempo resulta ser un puente para cruzar el río más rápido. El señor Llull y el cardenal Musatti viajarán a Compostella, y si no os importa os acompañarán, para hacerle a don Indalecio el ofrecimiento de formar parte de nuestra sociedad. La miró a los ojos.

-Quiero que me prometáis que nos ayudaréis a convencerlo. Es muy importante para él y para todos nosotros.

Raquel supo que, sin decirle nada, le estaba diciendo todo.

-Estad seguro de que lo haré -aseguró.

Unos días después el carruaje que la iba a llevar de regreso a su tierra se paraba delante de la casa. La invadía una alegría incontenible. Pasaría un par de días en París, como había prometido al conde de Rouen, y marcharían sin descanso hasta Gallaecia. Ya veía delante de ella los suaves montes de su tierra.

-Recibid el milenio al lado de don Indalecio y los vuestros -la despidió Constanza.

-Os equivocáis. Recibiré con ellos el nuevo siglo. Estamos en el año del Señor de 1299 -corrigió otra vez Raquel.

-A veces soy distraído -se excusó Constanzo sin darle importancia.

Se volvió. Blanca tenía los ojos llenos de lágrimas.

Librodot

EL ENCUENTRO CON LA REINA EN TOLEDO

A medida que se acercaba a las murallas de Toledo, Indalecio las apreciaba más. Estaban construidas para resistir los más duros ataques, ya fueran de infieles o de cristianos; de religiones aquellas murallas entendían poco. Se sentía seguro; a su lado el conde de Lemos y una guardia. Detrás, a lo lejos, si se observaba con atención, se podían divisar las siluetas de las tiendas donde acampaba su destacamento. A dos días de marcha, en aquella pequeña villa llamada Madrid, cerca de Alcalá de Henares, se había quedado el grueso del ejército, al mando de Bernardo. Con ellos Cristina y el niño e Inés.

Cristina había insistido; era una marcha tranquila y quería ir. Se quedarían lejos de la corte y, si algo sucedía, volverían a Gallaecia. A Indalecio le pareció bien. Aquel episodio iba a durar meses y así no se separarían.

Una marcha de maniobras, era lo que habían dicho a todos. La sorpresa inicial, que había alertado a todo el reino, se había transformado en estupor cuando vieron aquel ejército. Ahora, acampado a la vista de la Reina, Indalecio estaba seguro de que el estupor se habría convertido en enfado; confiaba en que no llegasen a la hostilidad.

Aquella situación le agradaba. Le producía una gran satisfacción ver que su acción, por osada, había conseguido su objetivo. En toda Castilla no se hablaba de otra cosa y estaba seguro que dentro de aquellas murallas, en aquel momento, la Reina los estaría observando; ahora ya sabría que Gallaecia era merecedora de atención.

Tenía que conseguir que María de Molina hiciese alguna cesión, de lo contrario quedarían en una situación comprometida. Era consciente del riesgo que corrían. Sobre todo, después de que las cosas con el arzobispo no habían ido finalmente tan bien.

Su estancia en la Coelleira y en el valle de Viveiro había sido muy provechosa. Realizaron maniobras, incluido un simulacro de asalto a la Coelleira, que se había mostrado inexpugnable. Solamente se la podía tomar por hambre y tras un sitio de muchos años.

-Hay una forma -había insistido Frey Lorenzo, el armero-, si se instalan caños de hierro en balsas a doscientas brazas de la fortaleza y se somete a un fuerte ataque con las bolas de hierro, se destruirían las almenas e, incluso, se podrían abrir boquetes de entrada en las murallas.

Se llevarían varias de aquellas armas. El maestre Conrado les proporcionaría, cada vez que se agotase, reservas de aquel polvo poderoso que disparaba los caños.

-¿Cómo lo hacéis? -le había preguntado Bernardo.

-Nos lo traen desde las tierras de Valencia y ellos lo obtienen en Argel. Parece que procede de Asia -había contestado el maestre.

-Entonces debemos consumir lo menos posible en los adiestramientos y guardarlo para la guerra -había respondido Bernardo.

-Si me avisáis con unos días, os proporcionaré todo el que necesitéis. Lo almacenaremos en la fortaleza para cuando sea preciso.

El maestre Conrado había ordenado que nadie supiese la fórmula de aquel polvo de fuego. Era su secreto.

Decidieron la distribución de las fuerzas. El ejército se dividiría en cuatro guarniciones, cada una al mando de un templario; una en el valle de Viveiro, con la isla Coelleira en la retaguardia, otra en el castillo de Lemos, otra en Compostella y la más importante en Salvaterra, en el castillo de Entenza, en las tierras del Miño. Los señores de la guerra de la fortaleza de la Coelleira aprobaron aquel plan. Todos coincidieron en que con aquel dispositivo estaban en situación de hacer frente a un enemigo exterior cinco veces superior. Además, si se necesitaba, su avance sobre Compostella sería imparable.

Los primeros días de la estancia en Compostella habían resultado muy atareados. Eligieron un pazo desocupado, en la robleda de Santa Susana, al lado del río Sar, cerca de la puerta Faxeira. Lo había pedido Cristina; no le gustaba vivir en la ciudad. Quería que su hijo, que ya estaba en edad de correr libre, lo hiciese por el campo y no en medio de calles, casas y gentes desconocidas. En caso de ataque se podían defender durante unas horas, hasta que acudiesen las fuerzas del ejército que acampaba cerca, en la loma del Milladoiro, al sur de la ciudad.

-En los próximos meses, todo el que sea algo en Compostella debe ser invitado a este pazo -había ordenado Indalecio a su administrador.

-No tengáis cuidado. La gente en Compostella huele el poder y se acerca a él. Hoy el poder sois vos. No necesitamos llamarlos. Vendrán ellos.

Aquella frase había resultado profética. Todo Compostella pasó por allí y fueron recibidos con todas las atenciones; los compostelanos se habían

Librodot

sentido bien tratados e importantes; los Avalle eran buena gente.

Sin embargo, la premura no había guiado la respuesta del arzobispo a la solicitud de audiencia de Indalecio. Estaba ocupado; ya se sabía, los asuntos de la Iglesia ante el final de siglo requerían de toda su atención. Pero enviaba los mejores saludos a su buen amigo don Indalecio. No quería atosigarlo. Su amistad era muy necesaria; además, le había caído bien. Pero no comprendía aquella dilación. La atención a las gentes de Compostella iba llenando los días, pero el encuentro con el arzobispo era de la mayor importancia.

Pasadas unas semanas, Indalecio recibió una petición de visita que le sorprendió: el deán de la catedral quería ser recibido en casa del señor de Avalle. Lo interpretó como un gesto del arzobispo para disculpar su tardanza; no le agradó. Su relación tenía que ser directa y clara. Así lo habían acordado.

Recibió al deán dispuesto a hacerle ver su disgusto y aun su enfado.

-¿Os envía el arzobispo? -preguntó Indalecio, tras los saludos de rigor.

-No -respondió el deán -he querido visitaros como deán de la catedral más sagrada de Occidente. Os quería dar la bienvenida a nuestra ciudad.

-¿No traéis ningún mensaje del arzobispo? -volvió a insistir Indalecio en tono seco.

Al deán le debía quedar claro que se le recibía como enviado del arzobispo y no por sí mismo. Indalecio quiso recalcar aquella impresión.

-Estoy esperando una respuesta del arzobispo que ya tarda más de lo razonable. He adelantado vuestra cita en mi casa por delante de muchos caballeros compostelanos, pensando que erais portador de aquella respuesta. Podríais haber esperado.

Estaba profundamente irritado y fue incapaz de ocultar su enfado. Había ido más allá de lo que debía. El deán respondió muy calmado.

-No era mi objetivo, pero transmitiré a monseñor Rodrigo vuestro requerimiento.

Nada más había qué decir; el deán se había ido con la misma calma que había mantenido en todo el encuentro.

Dos días después, recibía el recado del arzobispo, disculpando su tardanza y señalando una fecha para su encuentro. Indalecio acudió a la cita con la firme intención de mantener la buena relación, pero dejando manifiesta su voluntad de actuar.

Quería claridad en los asuntos de la política. Sería lo mejor para todos.

El arzobispo se puso en pie cuando Fermín abrió la puerta del despacho y anunció a Avalle. Dio unos pasos y lo recibió en mitad de la sala; se esforzó en sonreír y aparentar la cordialidad que había sentido en su encuentro anterior.

-Disculpad mi tardanza. El fin de siglo... ya sabéis -se excusó señalando un sillón al lado del suyo en una esquina del despacho, al lado de una ventana.

Mientras se sentaba, Indalecio veía el sol a punto de ocultarse por detrás del monte Pedroso. Sus últimos rayos entraban por la ventana. Debían estar también dando el último calor a la catedral pasando a través del pórtico de la Gloria.

-Perdonad mi insistencia, pero voy a mantener encuentros con nobles de la corte y debo conocer los resultados de vuestras gestiones -dijo Indalecio con toda la cordialidad y respeto.

-Vuestra causa es la de Gallaecia y la de Compostella y, por tanto, la mía -le aseguró el arzobispo-. He hablado con la Curia, con los prelados y con las órdenes. La Curia compostelana sólo quiere el prestigio de Santiago de Compostella y no entiende de política ni de repartos. Los obispos, con alguna excepción, creen que estáis defendiendo una causa que merece nuestro apoyo, aun a costa de tener algún roce con la Regente. No quieren de ningún modo un enfrentamiento serio con ella. Pero comparten vuestra estrategia de una menor contribución a los costes de la guerra en Al-Andalus. Las necesidades de nuestro pueblo y de nuestra tierra deben ser atendidas primero.

Ofreció a Indalecio una copa de vino, que éste rechazó, y continuo.

-La mayor dificultad surgió con las órdenes, como yo esperaba.

Se oponen absolutamente a vuestras pretensiones. No aceptan ninguna de las propuestas que les he hecho; bajo ningún concepto van a ceder ni una pequeña parte de sus propiedades, a menos que un decreto real lo ordene. Eran tierras yermas cuando les fueron concedidas y, ahora que, con gran esfuerzo, las han transformado en campos fértiles, los nobles, que nunca se ocuparon de ellas, las reclaman. Se niegan a hablar de cualquier desamortización; no he conseguido que ni siquiera aquellos monjes con los que mantengo mejor relación personal, con años de amistad, hayan suavizado su posición.

Hizo una pausa.

-Lamento comunicároslo, pero esta es la situación. Mis gestiones han sido un completo fracaso.

Indalecio estaba serio y con expresión grave. El arzobispo, que se sabía

en una posición muy difícil, entre los nobles y las órdenes, lo observó con gran preocupación.

-¿Entendieron que sus cosechas e incluso las tierras que cultivarán serán las mismas y que sólo habría un cambio por la cúspide? -volvió a preguntar Indalecio.

-No os creen, aunque no dudan de vuestras intenciones. Piensan que, una vez hecha la cesión de tierras, la Reina se resistirá a recibir menos tributos y, ante sus amenazas, os veréis obligado a hacer ceder al más débil, que son ellos. Entre las órdenes y la Reina, vos elegiréis que se reduzcan los ingresos de las órdenes que, al final, serían las grandes perjudicadas de todo este asunto. Saben, además, que la Reina les protege y no van a renunciar a sus tierras a cambio de nada.

El semblante de Indalecio reflejaba su preocupación. En aquel momento se desvanecían sus esperanzas de evitar el enfrentamiento; no le dejaban salida. Tendrían que ocupar las tierras y habría lucha. ¿Qué haría el arzobispo ante aquella situación?, ¿de qué lado se pondría? No dijo nada; no quería que conociese sus intenciones. Además las palabras se podrían olvidar perdidas entre las columnas del Palacio de Gelmírez.

-¿Qué decidisteis acerca de vuestra incorporación a las Cortes Generales? -siguió preguntando.

-Todos los obispos, sin excepción, han aceptado. Creen que es bueno que los prelados y los nobles se reúnan y hablen. Pero mantendremos nuestra primacía en los asuntos que tengan que ver con la religión.

Aquella respuesta abría una puerta de escape. A los ojos de toda Gallaecia y de Castilla, la nobleza y la Iglesia estarían unidas..., por lo menos hasta que hubiese que decidir la ocupación de las tierras.

Se despidieron. Ambos sabían que su entendimiento ya no era el mismo. La situación no lo permitía. Pero, por lo menos, hablaban con sinceridad y eso no era poco. Indalecio, mientras bajaba las escaleras del palacio, lamentó la rudeza que había empleado con el deán. Aquello no había contribuido a crear el mejor clima en sus relaciones con el clero. Pero es que aquel hombre lo había exasperado.

La puerta de la muralla estaba abierta. Había guardias esperándolos en formación de honores. La Reina los recibía como grandes del reino. Indalecio dejó que su suegro, el conde de Lemos, pasase delante y fuese el primero en entrar en Toledo, la capital del reino. El capitán de la guardia los saludó y los condujo hasta la plaza central. Allí los esperaban don Alonso de Guzmán y el señor de Lara. El conde e Indalecio descabalgaron apresuradamente y los saludaron.

-Han pasado muchas lluvias -dijo Guzmán.

Librodot

-Sí, y en Gallaecia más -contestó Indalecio.

Se abrazaron.

-La Reina me encarga que os salude; os da la bienvenida -comenzó Lara-. Os recibe con agrado como nobles del reino. Os ofrece esta casa como residencia mientras estéis con nosotros.

Conocedora de que doña Inés y doña Cristina están en Madrid, doña María de Molina os ruega que también ellas sean sus huéspedes. La Reina guarda una sorpresa para vuestro hijo, confiando que venga con su madre.

Indalecio no esperaba aquello. Su desconfianza había desaparecido.

-Les notificaré los deseos de la Reina y os aseguro que nada les agradará más. Pronto estarán aquí.

-Cuando hayáis descansado de una marcha tan larga, la Reina os recibirá. La recepción se hará con toda solemnidad. Entretanto disfrutad de Toledo.

Los sirvientes los condujeron a sus aposentos. Indalecio estaba confundido. Sabía que el recibimiento no iba a ser hostil, pero no esperaba aquellas muestras de respeto y aun de amistad. Algo no encajaba. Podía ser que la Reina tuviese intenciones que él desconocía.

Toledo, la ciudad donde confluían las culturas, le gustó tanto que decidió salir al encuentro de Cristina y conocer juntos sus secretos y rincones. Lo comunicó al conde de Lemos y sin darle tiempo a decir nada, partió. Al galope, sin un solo guardia a su lado, lo vieron llegar en el campamento unos instantes después. Cundió la alarma: el conde y los demás no venían.

Bajó del caballo el tiempo justo de dar las órdenes de que se preparase un destacamento para ir al encuentro de Cristina. Se tranquilizaron.

Un día después, en las llanuras del Manzanares, bajo el sol abrasador del verano castellano, Indalecio abrazaba a su mujer. En aquel abrazo se fundieron los temores ocultos de Cristina. Se sonrieron, la Reina los llamaba.

El viaje, bajo aquel sol tórrido, fue para ellos un paseo de ternura y felicidad; habían aprendido a disfrutar de aquellos ratos en los que la buena marcha de las cosas los tornaba optimistas. Casi no reparaban en que con ellos iban soldados, siervos, ayas, Inés, que siempre los dejaba a solas y Enric.

Recorrieron juntos las calles, la muralla, las iglesias, las sinagogas..., todos los rincones de Toledo. Un día entero en la ciudad donde residía la Reina, sabiéndose observados por todos, nobles y gentes del pueblo, les

infundió seguridad y confianza. Estaban allí, ellos dos, libres y nada presagiaba ningún peligro. Por la noche, ya en el lecho, se sintieron más cerca que nunca; se amaron con aquella ternura y pasión de su primera noche de amor allá en el castillo de Lemos. El mundo dejaba de existir; sólo ellos, su amor y su deseo. Cercanía, dulzura y desnudez.

-Qué extrañas cosas pueden suceder -Comentó Cristina cuando descansaban cogidos de la mano-. Estamos en la corte de una reina que nunca vimos, que jamás mostró simpatía alguna hacia nosotros, que yo temía que fuese capaz de prenderte o aun de algo peor, y en su ciudad hemos disfrutado más que si estuviésemos en nuestro castillo al lado del Miño. El sol sale en todas las tierras.

-Y nosotros lo vemos.

Madrugaron. La recepción sería al mediodía, en la sala capitular del palacio. Acudirían con los condes de Lemos y con el pequeño Indalecio.

-Me consume la impaciencia -reconocía el conde.

Se confesaron que la ceremonia les infundía respeto. Enric no dijo nada.

-Quiero que entréis tú e Inés delante -dijo Indalecio-; el conde de Lemos es el primero.

El conde no estuvo de acuerdo.

-Vosotros y el niño sois los que representáis a todos los nobles de Gallaecia.

No se pusieron de acuerdo; a Cristina le divertían aquellas discusiones familiares.

-¿Vamos a ver a la Reina? -preguntó su hijo cuando lo despertaron.

-Sí, mi vida. Vamos a ver a la Reina y a su hijo el Rey.

-Son malos, ¿verdad?; tú y papá decís que son malos.

-No, ellos tienen que atender a mucha gente y, a veces, hacen cosas que no gustan a algunos -contestó Cristina.

-Entonces a papá y a ti no os agradan las cosas que hacen, ¿no?

A Cristina le gustaba vestir a su hijo y mientras lo hacían le explicó que lo que la Reina iba a hacer aquel día era bueno.

-Te tienes que portar bien y hacer lo que yo te diga, ¿lo harás?

Librodot

-Sí, mamá.

Salieron un rato antes del mediodía; los aguardaban unos maceros reales, que los condujeron a pie a la residencia de la Reina. Allí, en la puerta, estaban Alonso de Guzmán, Lara, Alvarez de Molina y Ruiz Fajardo, al frente de una guardia de honor. En medio de aquella comitiva, entraron en el palacio real, engalanado como en las más solemnes ocasiones y abarrotado de gente. En la puerta de la sala capitular, Indalecio se apartó de la fila en la que caminaban y suavemente obligó al conde de Lemos a pasar el primero. El orden ante la Reina debía ser por linaje y por tradición.

Entraron los condes y tras ellos, Indalecio y Cristina llevando a su hijo cogido de la mano. Enric fue el último. Los nobles castellanos ocuparon su lugar al lado de los tronos en los que estaban sentados la Reina y su hijo Fernando, un joven de catorce años. El conde de Lemos se apartó e Indalecio se encontró frente a la Reina.

No sintió nada. En su ánimo se instaló la frialdad. Allí estaba el que sería su rey, al que debería fidelidad y la cumpliría; eso era todo. No había en la sala ni la magia ni la atmósfera de tantos encuentros en los que había participado.

Fijó sus ojos en aquella Reina, delgada, menuda, que no necesitaba estar rodeada de su corte para llenar la sala. Se enfrentaron sus rostros serios y sus miradas se quedaron fijas. No sintió afecto, ni distancia. La solemnidad del momento, que un rato antes le intranquilizaba, ahora se había desvanecido. Eran dos personas, sin cercanía ni hostilidad, la una frente a la otra.

Detrás de la Reina, en la pared, un tapiz con el lema real y una corona. Miró a Cristina; le pareció que la solemnidad del acto la había afectado. Volvió a recorrer la sala con la mirada; esta vez lo hizo para que se notase que todo aquello no le impresionaba. Saludó con una inclinación de la cabeza y se esforzó en que su voz resonase en toda la sala.

-Señora, os saludamos y damos gracias a Dios por estar delante de vos y de don Fernando. Somos vasallos leales y como tales hemos viajado desde las tierras de Gallaecia para transmitiros nuestra fidelidad y para haceros saber de la situación en aquel territorio de vuestro reino, en la confianza de que seremos atendidos.

La Reina, con expresión amable y sin moverse del trono, inclinó la cabeza en reconocimiento de aquellas palabras.

-Al infante Fernando y a mí nos satisface recibiros en nuestra casa; sé que sois vasallo leal y valiente y así os lo reconozco. Delante de todos proclamo solemnemente nuestra confianza en vos, que en todo el reino se sepa que estamos orgullosos de vuestro proceder. Sabemos que sois hombre poco dado a ostentaciones, por eso no os vamos a otorgar ninguna distinción. Pero queremos que vuestro hijo y todos sus descendientes

ostenten el título de conde de Avalle.

Un murmullo recorrió la sala. Las lágrimas llamaron a los ojos de Cristina. Su hijo ya iba a ser el siguiente conde de Lemos, pero en aquel nuevo título estaba el reconocimiento de la Reina a su marido.

Indalecio no sintió emoción alguna. Agradecía los gestos de la Reina, pero no le llegaban al alma. Era consciente de que todo iba tan bien, que ni en el mejor de los casos lo podía imaginar. La Reina se esforzaba para que la relación fuese buena. Le había hecho una distinción que se reservaba para aquellos que contribuían de forma especial a la lucha contra el infiel. Pero se sentía distante.

-Mantendremos una larga plática tras la misa, que se celebrará para que el Señor nos conduzca en nuestro andar con vos y los vuestros a nuestro lado -dijo la Reina.

Durante la misa, que se celebró en aquella gran catedral que ya iba para ochenta años que estaba en construcción, Indalecio pensaba en lo que iba a exponer a la Reina. No se dio cuenta del interés con que los nobles lo observaban, ni de que el lugar que le asignaron, al lado de Fernando de Lara y Alonso de Guzmán, no había gustado a algunos. Las claves de su futuro estaban en aquella entrevista.

Todo transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Estaba frente a la Reina. Asistían al encuentro Guzmán y Lara. Él acudió con el conde de Lemos. Habló la Reina.

-Mucho tiempo ha pasado desde que don Alonso os visitara allá en vuestro castillo. Yo hubiese querido ir personalmente para recorrer con vos aquellas hermosas tierras. Pero la lucha contra el Islam y las tensiones con otros reinos, no me lo permitieron.

Indalecio asintió. Apreciaba aquel gesto. La Reina no tenía que disculpar sus actos. Pero quería y buscaba el entendimiento.

-El tiempo ha confirmado mi creencia de que sois la persona adecuada para ser el delegado regio en Gallaecia. Comprendo que hayáis rechazado mi anterior oferta. En aquel momento el cargo estaba ocupado por el conde de Traba y vuestra lealtad hacia los vuestros no os permitió aceptarlo. Hoy las cosas son muy distintas. Tras el fallecimiento de Traba, he decidido designaros a vos. Además, ahora ya hay un conde de Avalle.

Indalecio no contestó.

-Estamos preparando una gran ofensiva contra Almería. Vamos a concentrar las fuerzas de Aragón y Castilla en aquella frontera. Necesitamos también de la vuestra. Si os sumáis, la guerra estará ganada -afirmó la Reina.

Indalecio estaba viviendo repetida su entrevista de hacía años con Guzmán. Pero esta vez hablaba la Reina. Tomó la palabra y habló de Gallaecia. Habló de la nobleza, de la lealtad, de los linajes y del descontento. De las órdenes y de la Iglesia.

-Si procedéis a revertir a la nobleza gallega las tierras de su propiedad, comprobaréis cuánta es la fidelidad que os profesamos. Pondríamos nuestro ejército a vuestra disposición y yo mismo me sentiría muy honrado de ser vuestro delegado -concluyó Indalecio.

Durante un largo rato repasaron la situación en todos los condados gallegos. Hablaron de Compostella y del Camino de Santiago.

-Ya sé que habéis enviado una emisaria a recorrer las tierras de la Cristiandad y que vos mismo os habéis reunido con el Rey de Portugal. Considero que los temas del reino de Castilla deben ser tratados y resueltos aquí, en nuestra corte. Las injerencias externas no arreglarán nada y traerán complicaciones. Sed conscientes de que cada rey utilizará vuestra causa y vuestra fuerza en su propio provecho, sin que le intereséis vos lo más mínimo -le advirtió la Reina.

Indalecio se acordó del último mensaje que había recibido de Raquel. Estaba en Estrasburgo y pronto emprendería el regreso.

Aquella mujer había hecho un magnífico trabajo. Mucho se había preocupado por ella; su tarea era difícil y tenía riesgos.

Pero los había resuelto.

-Nuestra enviada ya regresa de su viaje -contestó Indalecio dando a entender que aquello ya pertenecía al pasado.

Habían transcurrido muchas horas.

-Volveremos a hablar en los próximos días -dispuso la Reina-.

Os ruego que sigáis siendo nuestros huéspedes. Mañana, en vuestro honor, celebraremos una cena. Desearíamos que acudieseis acompañados de vuestros capitanes; es bueno que vuestros oficiales y los nuestros confraternicen. Así surgirá mejor el entendimiento.

-No me gusta nada -opinó Bernardo cuando supo de la invitación-. Si acudimos todos, seremos una presa tan fácil que, aunque no sea su intención, no resistirán la tentación de deshacerse de nosotros. Creo que es un gran riesgo que no debemos correr.

-No nos podemos negar a un convite de la Reina -dijo Indalecio-, sería una descortesía. Nos ofrece su confianza y nos tiende la mano, no la podemos rechazar.

Librodot

-Acudid vos y el conde. Con el ejército acampado en las afueras de la ciudad, no se atreverán a nada -argumentó Bernardo.

-Yo confío en la palabra de la Reina. No sé qué respuesta dará a nuestras demandas, la está meditando; pero creo que no quiere nuestra sangre sobre su cabeza. Confío en su buena intención.

-Pues yo no -respondió Bernardo mirando a Enric que, muy serio, guardaba silencio-, pero se hará como tú dices.

Aquella noche reinaba un gran nerviosismo. Mientras se preparaban para acudir a la cena, Indalecio notó que todos aquellos recios soldados estaban tensos. Incluso Enric que, habitualmente, conservaba la calma ante las situaciones más difíciles, mostraba también una gran preocupación.

-Nos acompañará una guardia portando vuestro estandarte -dijo-. Creo que corremos un grave peligro. Pero tenéis razón, no nos podemos negar a la invitación de la Reina.

Le contagiaron la preocupación; pensó en su hijo. Enric continuó:

-Ordené a los capitanes que a la hora de la cena movilizasen a varios cientos de hombres hacia la ciudad al galope, que saludasen ante la puerta de Alcántara, rindiendo honores a la Reina, y que aguardasen allí. Cortesía y precaución.

Entraron en el comedor. Los recibió Lara. Indalecio y Cristina se sentaron al lado de los Reyes, los de Lemos con los nobles castellanos y todos los demás junto a los capitanes del ejército real, con un sinnúmero de guardias y soldados.

El rostro de Bernardo traslucía la tirantez.

-En vuestro honor tendremos músicos, saltimbanquis y declamadores -dijo la Reina.

Indalecio respondió alzando la voz para que se le escuchase.

-En el vuestro, nuestra tropa hará un saludo de pleitesía; ahora cabalga hacia aquí.

Se pusieron en pie y a través de la ventana vieron las antorchas que portaban los soldados galopando hacia las murallas. Llegaron enseguida. La Reina recibió el saludo.

-Os lo agradecemos -dijo a Indalecio.

Había entendido el mensaje.

La cena transcurrió en un ambiente de franca cordialidad. Buen asado

Librodot

castellano y buenos vinos del Duero. Parecía que aquellas gentes estuviesen en la mejor concordia. «A lo mejor es así y las palabras de la Reina eran sinceras», pensó Indalecio.

Música, actuaciones de malabaristas, declamaciones de comediantes narrando historias, risas y palabras fuertes. a medida que avanzaba la noche, los efectos del vino aún animaron más la cena. Todos hablaban con todos; allí no había política, sino gentes que se divertían. Ya no se diferenciaba de qué ejército era cada capitán; el vino los había aunado a todos en el mismo bando. Sólo Enric y los templarios permanecían sobrios; no estaban en la fiesta: cumplían la misión que les habían encargado y custodiaban a sus amigos.

-Durante estos días, he meditado vuestras peticiones -le dijo la Reina a Indalecio en el despacho real. Volvían a estar los cinco a solas-. Creo que os asiste una parte de razón cuando reclamáis la devolución de las prerrogativas de los nobles.

Aunque con gran cautela, es preciso dar pasos en esa dirección. Os voy a proponer dos vías de avance. Quiero que me hagáis una propuesta de desamortización que especifique qué tierras concretas reclamáis en cada condado. Os pido un esfuerzo para que las demandas sean razonables, de modo que nosotros podamos convencer a las órdenes para que acepten.

Pero, además -continuó-, si la toma de Almería llega a buen término, y confío que con vuestra ayuda sea así, procederemos al traslado de algunos asentamientos de órdenes de Gallaecia a las tierras del sur. Las tierras que estas órdenes dejen, volverán a sus dueños.

Este es mi dictamen. Vos desearéis hacer la consulta a las Cortes. Id, hacedla lo antes posible y trasladadme vuestra respuesta.

No concretaba, pero abría un proceso que podía conducir a la solución definitiva. No sabía cómo valorarla, pero aquella era la decisión. Habían dado, sin duda, un paso, pero habría que ver si era largo o corto.

En el viaje de regreso a Gallaecia, a todos les parecía que había sido un gran avance.

-Cuando veníamos hasta temíamos por nuestras vidas -decía Inés-; ahora llevamos una respuesta. La Reina nos ha reconocido como enviados de Gallaecia.

-No reaccionó ante la movilización de nuestro ejército -añadía Bernardo.

Indalecio no estaba satisfecho. Quizá fuese porque al ver la deferencia con que fueron tratados, su esperanza se había disparado.

-Temo que la Reina siga en su estrategia de ganar tiempo -afirmó-. Tenemos que ser capaces de dar una respuesta pronta que la obligue a

devolver las tierras.

Decidió enviar por delante a un capitán para convocar las Cortes. Había que ganar fechas.

Cuando cruzaban los montes de Valdeorras, ya cerca de Lemos, el conde enfermó. Tenía un dolor tan fuerte en su costado izquierdo que no podía moverse; lo trasladaron a un carruaje y le montaron una cama con unas tablas, pero tuvieron que detener la marcha. El más ligero movimiento intensificaba su dolor, que se hacía insufrible; era como un puñal clavado que le destrozaba aquella parte del cuerpo. Cristina e Inés no se movieron de su lado durante todo el día. El padecimiento del conde fue en aumento. Orinaba sangre. «Esto tiene muy mal cariz», les dijo el fraile médico que trajeron del convento de Valdeorras. No lo iban a sangrar.

El dolor disminuyó en los dos días siguientes, aunque el conde pidió que no lo moviesen. Si permanecía acostado y quieto, sentía un gran alivio. Montaron allí las tiendas y llevaron una cama. El sufrimiento fue desapareciendo y una semana más tarde, ya daba paseos cortos al lado de la tienda. Enviaron el ejército a sus cuarteles y decidieron reanudar la marcha; irían con toda la calma que fuese preciso, llevando al conde en unas parihuelas, que, portadas por soldados, le evitarían los movimientos bruscos del carruaje.

Cristina e Inés hicieron todo el camino a pie, a su lado.

-Fue el maleficio de haber desafiado a la Reina -bromeaba el conde con Bernardo.

Cuando avistaron el castillo de Lemos, el conde estaba tan recuperado que quiso entrar por su propio pie. Cogió a su nieto de la mano y caminó con él los últimos cientos de brazas del camino.

Las Cortes se celebrarían en Lemos. Habían acordado que sería mejor que fuese en un territorio donde, de ser necesario, el conde haría valer su autoridad. Indalecio decidió no viajar a Compostella. Tenía pensado entrevistarse con el arzobispo para ponerle al tanto de su encuentro con la Reina, pero la salud de su suegro no aconsejaba que se moviese de Lemos. Envió a Enric. Quería asegurarse de que los obispos asistirían a las Cortes. Le encargó además que adelantase la respuesta de la Reina a Ulloa, Suárez de Deza y Mariño de Lobeira. A los demás ya los pondrían al corriente a medida que fuesen llegando a Lemos.

Cuando faltaban pocos días para las Cortes, la salud del conde se debilitó. Volvió asentir aquel padecimiento insoportable.

Se le administró la Santa Extremaunción. Los dolores se hicieron tan fuertes que le hacían desear la muerte, que no se hizo esperar; en el día del Señor del 12 del décimo mes del año 1299, el conde falleció. Al fin el sufrimiento abandonaba su cuerpo. Inés sintió que el mundo se hundía bajo

Librodot

sus pies; aquel hombre bueno con el que había compartido su vida la había abandonado. El conde no le había podido sonreír, porque su horrible padecimiento no le dejaba, pero con sus ojos le había expresado su amor y su agradecimiento por haber permanecido a su lado aquellos últimos cinco años.

Lo enterraron aquel mismo día; sólo asistieron la familia y los amigos que residían cerca. Pero retrasaron los funerales hasta que acudieran los miembros de las Cortes. Ya todos conocían la noticia. Era un hombre querido; tenía pocos enemigos. Su apellido, uno de los primeros de Gallaecia, inspiraba respeto; él, afecto. Sin embargo, nunca se había reconciliado con el arzobispo de Compostella. Seguramente porque había desairado a su esposa, doña Inés, y eso había sido una afrenta que nunca había querido olvidar.

Cuando Enric regresó al castillo, fue directamente a la capilla en la que el conde estaba enterrado y, tras pronunciar una oración, depositó sobre su tumba la daga templaria que había usado como contraseña en su llegada a Lemos, hacía ya cinco años. Indalecio sintió la emoción de ver a aquel hombre allí, arrodillado, lleno de dolor, continuando la tragedia interna que habían vivido durante aquellos años. Un conde repleto de dignidad que sabía cuán necesario para su causa era aquel hombre, una mujer hermosísima enamorada en silencio y un templario con una obligación y un amor. Y en medio, aquellos rumores, que él jamás había querido oír. El drama se había acabado para el conde, pero seguiría para Inés y para Enric.

Su amor continuaría en las sombras.

La capilla, que años antes presenciara su boda, era ahora testigo de los funerales por el conde de Lemos. A la boda habían asistido muchos nobles, al funeral acudieron todos. No faltaba nadie. La capilla estaba atestada. Por deseo de Cristina no se celebró el funeral en una iglesia más grande, abajo, en Monforte, sino en la capilla en la que su padre había oído tantas misas; allí oiría la última, la suya. El obispo de Mondoñedo, auxiliado por los demás, ofició la ceremonia.

El de Compostella asistió desde un lateral del altar. No ofició en la misa de réquiem por su antiguo adversario.

Quisieron guardar luto. Por eso retrasaron un día las Cortes Generales. Los Lemos y los Avalle permanecieron en sus habitaciones todo el día, pero el resto hizo del castillo un hervidero de encuentros, charlas y comentarios.

Cristina no era capaz de contener las lágrimas; lloraba sin parar.

Inés parecía ausente, su cuerpo estaba allí, en la habitación, pero su alma no. Su alma estaba con sus recuerdos de tantos años. Sentada en su sillón, inmóvil, con aquellos hermosos ojos azules fijos en la ventana, dejaba pasar los instantes sin consciencia de la vida. Enric se había aproximado a ella y le había dicho lo que realmente sentía.

-Señora, hoy aún con más respeto que ayer, os quiero expresar mi amor. Abandonaré este castillo tan pronto vos me hagáis la más leve indicación.

Después se había encerrado en su habitación. Tampoco salió en todo el día.

Cuando Indalecio entró en la capilla donde se iban a celebrar las Cortes, ya todos ocupaban sus sitios. Los obispos se sentaban en uno de los laterales, todos juntos, con el de Compostella al frente. En el otro lateral, enfrente a ellos, los nobles de la más alta estirpe; el sitio del conde de Lemos estaba vacío. Indalecio y el conde de Cebreiro delante del altar parecían presidir la reunión. Los demás, en sillones, llenaban toda la capilla.

Cebreiro tomó la palabra. Rememoró al conde de Lemos, «sin él no estaríamos hoy aquí. Fue nuestro amigo y nuestra referencia. Su memoria estará siempre en nuestra causa», y dio la palabra a Avalle, «que ha conseguido un pronunciamiento de la Reina».

Al ponerse en pie, Indalecio vio a los asistentes. Rostros curtidos y, hoy, amables. Con sus virtudes y sus miserias, aquellas gentes eran el corazón de Gallaecia. Tres momentos los habían marcado, su boda, el bautizo de su hijo y el funeral de su suegro. Cuando iba a empezar a hablar, se oyó un murmullo. Se volvieron; Inés y Cristina avanzaban por el pasillo. Todos se pusieron en pie. Llegaron hasta el sitio de los Lemos e Inés se sentó allí. Cristina, la condesa de Lemos, se dirigió al sillón al lado de su marido y ocupó su sitio. Se sentaron todos. Indalecio miró a su mujer y se sintió mejor.

Habló a las Cortes. Narró su encuentro con la Reina. Explicó los apoyos recibidos a través de su enviada doña Raquel Murías y las palabras de comprensión del rey de Portugal. Se veía el interés y la satisfacción con que lo seguían.

-Hoy empezamos a ser alguien en el orbe cristiano. Pero nuestra lucha aún debe continuar hasta que se nos reconozcan nuestros derechos. Estamos en el buen camino. -Hizo una pausa y concluyó-: Muchos se incorporaron a las Cortes en estos años. Bienvenidos. Y con satisfacción acogemos la presencia de los obispos de Gallaecia. Son nuestra guía espiritual y su sitio está aquí, con nosotros.

Un gran aplauso fue la muestra de reconocimiento a su labor.

Todos se pusieron en pie para expresar su acuerdo con lo conseguido. La causa estaba viva. Los obispos permanecieron sentados; eran nuevos allí.

Se iniciaron las intervenciones. Cebreiro dio la palabra a Valladares.

-Mi reconocimiento a todo lo conseguido por don Indalecio y los condes

de Lemos. Nunca, hasta ahora, se nos había tenido en cuenta. Hoy se nos teme y por eso, nos atienden. La Reina no se mueve por afecto a sus súbditos, sino por conveniencias políticas. Ahora que tenemos fuerza, con el respeto debido, debemos pedir a la Reina que promulgue la devolución de todas nuestras tierras; no debemos conformarnos con un solo ferrado menos.

Sus palabras fueron acogidas con expresiones de acuerdo, los más, y de desacuerdo, los menos. Intervino el joven Ulloa.

También exigió la devolución de todas las tierras. Los aplausos y las voces de aprobación ocuparon el lugar de los asentimientos anteriores. El ambiente de la reunión se caldeaba por momentos. Las palabras de Lorenzo Barcia y Vázquez Rodeiro en la misma dirección fueron recibidas con manifiesto entusiasmo.

Habló el conde de Monterroso.

-Señores os pido reflexión y calma. Hace cinco años, aquí mismo, iniciamos la más extraordinaria aventura en la que jamás nos hemos embarcado. Hoy se nos conoce y se nos reconoce. Creo que debemos aceptar la propuesta de la Reina de moderar nuestra demanda y no hacer del fuero nuestra bandera.

Muchos compartían aquella posición.

-Evitaríamos el riesgo de confrontación con la Reina -afirmó Castro.

Landoira intervino muy airado.

-Este es el momento de resarcirnos de todo lo que esta aventura nos está costando. Durante años hemos estado costeando los cuantiosos estipendios del ejército. Si no obtenemos nada a cambio, algunos nos veremos obligados a reducir nuestra aportación a la causa. Reclamo la devolución de todas mis tierras.

Estas palabras disgustaron a Indalecio. Ya las había oído en las Cortes de Entenza; recordó la advertencia del maestre Monteforte de la Coelleira. Si así pensaban cuando estaban en un momento lleno de éxitos, ¿qué sucedería si llegasen tiempos de reveses?

La discusión se enconó aún más. Los argumentos se entremezclaron con acritud. Todos querían hablar.

-Debemos insistir en que toda la devolución se haga ahora -reiteró

-¿Y si la Reina no acepta esa propuesta? -le interrumpió Pardo-, ¿nos enfrentaremos con ella?

-Don Indalecio la retó moviendo el ejército hasta Toledo -respondió

Valladares.

-Fue una apuesta arriesgada y todos lo sabíamos -insistió Castro-. La ganamos. Ahora debemos recoger los frutos y aguardar a una nueva ocasión.

Indalecio se dio cuenta de que no saldrían de aquella confrontación, salvo que se calmasen los ánimos. Necesitaban más reflexión. Pidió a Cebreiro que levantase la sesión hasta el día siguiente. Sería preciso mantener conversaciones con todos los miembros, empezando por la Iglesia. Como era de esperar, los obispos no habían manifestado su opinión, aunque no era difícil de adivinar.

Se reunió en primer lugar con el arzobispo.

-La devolución de todas las tierras significará la expulsión de muchas órdenes y tendrá graves consecuencias. Las tierras sin cultivar traerán la escasez, y habrá lucha, pues las órdenes se resistirán. Debéis evitar que esto suceda; es vuestra obligación.

El joven Traba era de la misma opinión. La devolución de todas las tierras significaría la guerra con las órdenes y la Reina se pondría de su lado.

Valladares tenía sus razones.

-Os quiero decir algo que no he querido argumentar en la capilla: si aceptamos una devolución parcial, surgirán las disputas entre nosotros para decidir cuánta tierra se devuelve a cada uno. ¿Sería una quinta parte para todos, igual al que tenga que recibir mil ferrados o diez mil? Es una trampa de la que no seremos capaces de salir.

Indalecio sabía que las palabras de Valladares estaban llenas de razón. Pero la reclamación de todas las tierras sería un desafío a la Reina y a la Iglesia. Mantuvo otros encuentros que pusieron de manifiesto las mismas diferencias. Indalecio sabía que el tono conciliador que mantenían con él se transformaría en encono en la reunión del día siguiente. Y si tomaba parte por alguna de las dos posiciones, defraudaría y se enfrentaría a la mitad de las Cortes. La Reina se había salido con la suya; había hecho una propuesta envenenada que los había conducido a la ruptura. El éxito los estaba llevando al fracaso, ¿cómo no se daban cuenta?

Al día siguiente, al reanudarse la sesión, Indalecio vio que los partidarios de cada una de las posturas se habían sentado juntos, formando dos grupos separados por el pasillo. Había que acabar inmediatamente con aquello. Pidió la palabra. Se hizo un silencio expectante.

-Yo creí que habíamos vencido. Pero veo que no; nuestro primer logro está generando la división y tras la división vendrá la derrota. Hoy ganaron nuestros adversarios. Estoy más preocupado que cuando, hace unos meses, cabalgaba camino de Toledo. Entonces sabía que tenía detrás a todos los

gentilhombres de Gallaecia. Hoy seguís estando ahí, pero en dos grupos irreconciliables.

Hizo una larga pausa. El silencio hizo incómoda la situación; algunos se removían en sus sillones; otros miraban al suelo.

Los menos, le aguantaban la mirada con gesto de confianza.

-Quiero que el conde de Cebreiro que, por edad y sabiduría, preside nuestra reunión, evacue consultas y haga una propuesta a estas Cortes.

Vio que sus palabras eran aceptadas de buen grado. Pero no era suficiente, había que resolver esta cuestión para siempre.

Estaba muy enfadado.

-Yo no estaré presente cuando toméis la decisión. Sólo volveré a entrar en esta capilla cuando hayamos recuperado el ánimo que nos guió durante cinco años en esta fantástica aventura.

No me importa cuánta tierra nos van a devolver. Me importa el espíritu de Gallaecia, la tierra que nos vio nacer, que con su fuerza nos hizo crecer y que nos acogerá al morir. Sin este sentimiento de causa común, este no es mi lugar.

Se levantó y abandonó la capilla. A su lado Cristina, Inés y Bernardo.

-Las Cortes solicitan vuestra presencia -dijo Cebreiro entrando en la habitación.

-¿Qué habéis decidido? -preguntó Indalecio.

-Vos mismo lo oiréis.

Cuando entraron en la capilla, fueron recibidos con un respetuoso silencio. Los miembros de las Cortes volvían a estar sentados como correspondía a su título y edad. Osorio tomó la palabra.

-Hemos acordado solicitar a la Reina que se proceda a la devolución de todas las tierras por etapas. Primero se devolverán las que fueron ocupadas en los últimos cincuenta años. Transcurrido otros diez, se devolverán las restantes.

Deseamos que las tierras que se conquisten en Almería sean ocupadas por frailes, que tanto pueden contribuir a ordenar la agricultura de aquellos territorios que sigáis al frente de nuestra causa.

Nadie necesitó esperar a que asintiese. Todos sabían que seguiría en su lugar. Habían resuelto una difícil situación.

Librodot

Indalecio se sentía aliviado, pero veía que esta vez no había euforia. Recordaba la reunión en el bautizo de su hijo en Salvatierra; todos habían vuelto a sus tierras sintiéndose parte de aquello tan importante que estaba naciendo. Esta vez se iban con la satisfacción de haber resuelto un problema, pero sin entusiasmo; el éxito los había transformado.

Los Avalle se fueron a Compostella, e Inés con ellos; no se quería separar de su nieto y Cristina no estaba dispuesta a dejarla sola en Lemos. Demasiados recuerdos para una mujer sola.

Indalecio reanudó sus contactos. Recibió una invitación de Clermont, que mostraba interés en verlo lo antes posible.

Sugería el siguiente domingo. Desde aquella noche en que había cogido las fiebres, no se habían vuelto a ver. Sabía de él a través de los templarios. Aún le duraba aquella profunda impresión que le había producido su larga conversación y le gustaría continuarla.

Acababa de leer la nota de Clermont cuando Cristina entró en el despacho.

-Raquel Murías regresa de su viaje. Está a solamente seis leguas, en las tierras de Melide. Mañana estará con nosotros.

Su alegría era visible. Todos la esperaban. Tantas cosas habían pasado desde que se vieran por última vez en el castillo de Enteriza. Cristina e Indalecio se sentaron a hablar sobre todo lo que había pasado en aquellos años. Se cerraba un ciclo de su vida y de su causa. Se iba un siglo. y con él, una parte de la historia de su tierra.

Cascos de caballos, voces y ruidos los interrumpieron. Cuando se dieron cuenta, allí, en la sala, frente a ellos, estaba Raquel; Cristina y ella se abrazaron. Raquel rompió a llorar.

Indalecio la vio como la recordaba: delgada, ágil, desenvuelta... y con los ojos llenos de lágrimas. La abrazó.

-Llorando como una tonta -dijo Raquel mientras se secaba las lágrimas-. Ha sido un viaje interminable. Os he echado tanto de menos, que a veces creí que no iba a aguantar.

-Nosotros a ti también -dijo Cristina.

-Me he enterado del fallecimiento del conde hace apenas dos días. Era un hombre tan bueno, Cristina..., lo perdimos todos; era tu padre y también el de todos nosotros. Era el padre de nuestra causa.

-Gracias, Raquel.

Entró Inés; llegaron Enric y Bernardo.

Librodot

-¿Y Josefa y las niñas?

-Están en Viveiro. Se pondrán en camino tan pronto sepan que estás aquí -le explicó Bernardo-. Ahora reparten el tiempo entre Salvatierra y Viveiro, adonde yo casi no puedo ir, cuidando del pazo y las fincas.

-Como siempre -bromeó Raquel.

-Sí -respondió Bernardo sonriendo-, como siempre.

-He apurado el viaje adelantándome a los que me acompañan, de los que ya os hablaré; no resistí estar cerca de Compostella y hacer noche en el camino. Y aquí estoy -dijo radiante.

Era la de siempre. Bernardo la recordaba así en los últimos diez años; la misma joven que se había despedido de ellos dos años antes en Salvatierra.

Les contó todo. El viaje, los caminos, las ciudades, los encuentros, los apoyos, las dudas, las gentes que había conocido, las conversaciones. Aragón, Roma, París, Estrasburgo. Una tras otra fue desgranando todas las situaciones que había vivido.

El Vaticano, el cardenal Tussi, el cardenal Touraine, los nobles romanos, la mediación para cambiar al Papa…

-No estoy segura de haber acertado; aún hoy tengo dudas. Creo que no tenía otra opción, pero puede ser un contratiempo -dijo pensativa-. Conseguimos el apoyo francés, pero afrontamos serios riesgos. Os envié mensajes.

-Los recibimos y supimos que estabas preocupada por nuestra seguridad. Ya ves que tus temores eran infundados -quiso tranquilizarla Indalecio.

-Todavía pueden tomar represalias. En Roma aprendí que actúan cuando más perjudica a sus enemigos. Roma no se mueve por el odio y la satisfacción de la venganza, sino para causar el mayor daño posible a sus enemigos.

-Tranquilízate -dijo Cristina con cariño-. Gallaecia está muy lejos y seguramente ya ni se acuerdan. Además, el arzobispo Rodrigo forma parte de las Cortes y es conocida su sintonía con el Vaticano.

Continuó el relato. Estrasburgo; Constanza. El apoyo del Consejo de Caridad. Le hicieron cientos de preguntas. Todos los detalles fueron saliendo desordenadamente. Raquel recordaba frases, caras, gestos…, cómo era cada uno de sus interlocutores, las catedrales, los palacios, las gentes. Siguió contando historias. Cenaron y les sorprendió la madrugada. Nadie se

cansaba.

Saboreaban la narración y, sobre todo, el éxito. Supieron que su causa era apreciada en los más importantes reinos de Europa. Se les conocía y se contaba con ellos. Algo estaba pasando en aquellos países, que les hacía tan receptivos a su llamada, pensó Indalecio. Seguramente sus luchas les hacían buscar aliados y eso los incluía a ellos. Todo aquello habría llegado a oídos de la Reina y del arzobispo Rodrigo y algo habría influido en sus decisiones. Sólo así se podía explicar que la Reina hubiese accedido a sus pretensiones, soportando su atrevimiento de llevar un ejército ante las murallas de su corte. Si no hubiese sido por todos aquellos apoyos, su insolencia no habría sido tolerada. Les habría aniquilado.

-Has hecho un magnífico trabajo -la felicitó Indalecio-. Nadie lo hubiese hecho mejor. Creo que es a ti a quien debemos muchos de nuestros éxitos. Tenemos que reflexionar cómo haremos para mantener vivo ese apoyo y nuestra presencia en todos estos países. Pero eso mañana. Hoy te ganaste un descanso y nosotros también.

-Antes de que nos retiremos, te quiero adelantar que el Consejo de Caridad de Estrasburgo te ofrece ocupar la vacante que se ha producido por el fallecimiento de uno de sus miembros -dijo Raquel.

Indalecio mostró su sorpresa.

-¿Yo? ¿Quieren que sea miembro de un consejo en la otra punta de Europa para practicar la caridad?

Aquello le divertía.

-Estarás sentado junto a gentes con influencia y de gran sabiduría. No olvides que son amigos del rey de Portugal.

Cardenales y altas jerarquías del Temple -continuó Raquel mirando a Enric- se sientan en aquel selecto Consejo. Creo que debes aceptar. Dos de sus miembros viajaron conmigo a Compostella y mañana estarán aquí. Quieren que los recibas y te van a hacer una propuesta.

Indalecio, a pesar de la insistencia de Raquel, no le dio demasiada importancia a aquella cuestión. Se levantó diciendo:

-Bueno, mañana continuaremos.

-¿Quiénes son las personas que nos visitarán? -preguntó Enric.

-El cardenal Musatti y Ramón Llull.

-¿El cardenal Musatti y el señor Llull? -repitió el templario muy interesado.

Librodot

-Sí, eso dije -respondió Raquel.

-Indalecio -le pidió Enric-, mañana a primera hora quisiera hablar con vos.

-Tan pronto como nos levantemos -contestó éste.

Cuando, dos días después, Musatti y Llull eran recibidos por Indalecio, la opinión de éste sobre el Consejo y su incorporación al mismo había cambiado notablemente. Estaban ellos tres solos; Raquel los presentó y abandonó la sala.

-Ya conocéis nuestro cometido -comenzó, directo, Llull-; deseamos que forméis parte de la sociedad que nosotros y otros formamos en Estrasburgo. No es un consejo de caridad como os dijeron; es una regencia encargada de fomentar la unión de los pueblos cristianos. Hemos oído mucho de vos y os creemos persona merecedora de estar allí.

-Os agradezco vuestras palabras -respondió Indalecio.

Le hablaron del reino europeo, de la cultura, del Temple, del cristianismo. Gentes de todos los países que unían sus esfuerzos. Indalecio compartía las ideas y ellos hablaban de la Regencia. Un rey en Europa. Se acordó de Clermont.

-Sí, apoyaría su entronización, siempre que no fuese contra el Rey de Castilla.

Mientras hablaban de política, de despliegues militares, de religión, el día fue pasando. Le hablaron de aquella causa. No nombraron la Idea, ni la llegada del rey, ni el Papado...

Tiempo habría para ello.

-Os ofrecemos formar parte del Consejo de Regencia. Trabajo y ningún premio. Si aceptáis os diremos quiénes lo componen, pero ya entonces tenemos que contar con el juramento de vuestro silencio. Nadie podrá saber nada de lo que allí se discuta y decida. Nos va a todos la vida en ello. Tenernos enemigos, que son los de Occidente. Si juráis silencio, seguiremos hablando.

Aceptó. Le gustaba lo que le estaban proponiendo. Encajaba con su proyecto y lo reforzaba. Pero puso una condición.

-No haré nada que vaya contra mi conciencia y quiero dejar constancia de que mi primera y única causa es la de Gallaecia y su gente. En tanto lo que allí suceda vaya a favor de esta causa, me entregaré con todo el entusiasmo. En caso contrario, os garantizo mi silencio, pero me retiraría.

Llull y Musatti salieron satisfechos de aquel primer encuentro con

Librodot

Indalecio. Era un hombre inteligente y sincero. Podrían confiar en él. Quizá su compromiso con la causa de su pueblo no le permitiese entrar en el círculo interno, pero sería un miembro muy valioso del Consejo. Llull permanecería en Compostella y le iría dando tantas claves y conocimientos de la Idea como considerase oportuno. El tiempo decidiría su sitio.

Indalecio se quedó solo, sentado en su sillón, meditando sobre todo lo que le estaba sucediendo. Iba a formar parte de un Consejo que tenía influencia sobre reyes, papas, cardenales, condes, órdenes religiosas... Encabezaba un movimiento de nobles que lo había conducido a desafiar a la Reina de Castilla, en un enfrentamiento abierto con las poderosas órdenes monásticas gallegas. Su enviada había intervenido en el conflicto entre Francia y el Vaticano. Le había venido a ver, casi a su propia tierra, el Rey poeta don Dinís de Portugal. Se volvió a preguntar qué estaba pasando. Era el azar o había algo más. Quizás el Consejo de Regencia lo ayudase a entender.

Cristina entró en la sala.

-¿Estás solo?

-Sí. Siéntate aquí conmigo.

Anochecía y las sombras, que ya habían borrado los detalles, no permitían distinguir más que las formas. Hablaron en voz baja y cuanto más oscuro se volvía, más bajaban la voz.

Acabaron casi hablando en susurros. Se cogieron la mano y, cuando llegó la noche, se quedaron en silencio. Pensaban juntos.

Había decidido ir a pie y, mientras caminaba, Indalecio se dio cuenta que Clermont era la única persona de Gallaecia, además del arzobispo, a la que iba a visitar a su propia casa. No sabía por qué, pero lo encontraba natural. Ni siquiera se le había ocurrido pensar en otro lugar para verse que no fuese aquella casa al lado de la puerta sur de la catedral. Sergio lo esperaba en la puerta al igual que en su anterior visita. Clermont lo recibió en el vestíbulo.

-Vamos a visitar la catedral -le dijo sin ningún saludo, como si se hubiesen visto el día anterior-, quiero que veáis algo.

Ordenó que nadie los acompañase; irían solos. Los capitanes de las guardias lo aceptaron de mal grado; ellos eran los responsables de sus vidas.

-Nadie supondrá que don Indalecio y yo vamos a salir sin escolta. Esa será nuestra mejor salvaguardia.

Indalecio se extrañó. Era bien conocido que Clermont jamás abandonaba su casa, salvo para visitar al arzobispo o para acudir a misa a la catedral, en días muy señalados. Tenía una capilla, aunque ningún cura

Librodot

de Compostella oficiaba en ella.

Salieron en silencio. Con paso lento se encaminaron hacia la puerta sur de la catedral. Clermont se quedó parado frente al arco izquierdo, observando las figuras que lo adornaban.

Transcurrido un buen rato, se puso a andar lentamente hacia la Quintana, en la que estaba la puerta de peregrinos. La torre en construcción en una de sus esquinas crecía deprisa.

-La torre que nos llevará hacia Dios -dijo Clermont.

Siguieron dando la vuelta por la fachada norte, siempre mojada y llena de musgo, el Palacio de Gelmírez y el pórtico de la Gloria. Se detuvieron allí. Clermont lo observó con el respeto que se tiene ante las grandes obras.

-Excelso. De verdad es la puerta del cielo.

Siguieron andando hasta volver a la puerta sur.

-Hemos recorrido el perímetro de la catedral más occidental del orbe. Es a la vez oeste y norte. Y en ella está la Dama Bafomética. Ahí la tenéis -dijo señalando el arco que tenían delante.

-¿Dónde? -preguntó Indalecio.

-Ahí delante. Buscadla. La unión entre el pasado y el futuro.

Indalecio fue mirando una a una todas las figuras que componían el friso y el tímpano. Dos veces las repasó. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

-No la encuentro -acabó diciendo con cierta ansiedad.

-No os preocupéis. Está ahí. La encontraréis, y en el norte que es oeste descubriréis también lo que vuestro abuelo buscaba -lo tranquilizó Clermont.

Regresaron a la casa. Había transcurrido un buen rato y los guardias estaban inquietos. Al verlos llegar se tranquilizaron.

-Quiero preguntaros algunas cosas -dijo Indalecio.

-Vuestra es la palabra -respondió Clermont mientras tomaban asiento.

-En nuestro encuentro anterior me hablasteis de un Papa en Compostella. ¿Os referíais a que el Papa va a viajar a nuestra ciudad?

-No. Me oísteis perfectamente aunque no os hayáis atrevido a entenderlo. Hablé del Papa en Compostella en lugar de Roma.

Todo lo señala, desde los escritos hasta la conveniencia religiosa. Lo señalan la Dama Bafomética y el norte que es oeste juntos.

-No lo entiendo -insistió Indalecio.

Clermont guardó silencio. No iba a decir nada más al respecto.

-¿Cuándo vendrá el Rey de Occidente?

-En el milenio que se inicia dentro de un mes ya habrá reino europeo -contestó Clermont.

-El milenio ya empezó hace trescientos años -le corrigió Indalecio.

-No. El milenio empezará dentro de un mes.

Indalecio no insistió. Tenía de nuevo aquella extraña sensación que ya había sentido en su anterior encuentro; las palabras de Clermont resultarían ridículas y propias de un loco en boca de cualquier otro. Pero en él eran la verdad.

-¿Dónde residirá el Rey de Europa?

-Tendrá que optar entre París, Roma, Estrasburgo y Compostella. Son las cuatro ciudades señaladas -contestó.

-¿Señaladas por quién?

-Por la Idea.

Clermont cambió de tema.

-Tras vuestra anterior visita a esta casa, habéis tenido una grave enfermedad.

-Sí -contestó Indalecio-, unas fiebres que me afectaron con fuerza.

-No habéis tenido ningunas fiebres -le reveló Clermont-, enfermasteis debido a comida o bebida en malas condiciones que estuvieron a punto de acabar con vos.

-¿Afirmáis que trataron de envenenarme? -preguntó Indalecio.

-No lo puedo asegurar, pero no lo descartéis. He hecho averiguaciones, aunque no he obtenido conclusiones definitivas. La dolencia que sufríais era producto de alimentos dañados por veneno o por estar en mal estado. Quizá no lo sepamos nunca -concluyó Clermont.

No le dijo nada a Cristina. Sólo eran conjeturas. Pronto otras cuestiones

acapararon su atención. Había que preparar la salida del siglo. Lo comentó en la cena. Acudirían a misa en la catedral. En el primer día del nuevo siglo todos verían que en Gallaecia había un nuevo orden.

-El señor de Clermont dice que empieza el milenio -comentó Indalecio.

-El señor de Constanzo en Estrasburgo aseguraba lo mismo -añadió Raquel extrañada.

-Sí, y el Rey de Portugal nos habló de lo mismo hace ya dos años -afirmó Enric con tono grave.

Raquel narró entonces aquella conversación sobre las marcas de la piedra y su extensión por la Europa de todos los tiempos.

Indalecio le dijo que se la dibujase. Raquel lo hizo.

-Es el símbolo que está grabado en la plancha de oro que Clermont ofrendó al Apóstol cuando fue recibido en la catedral -recordó Inés.

-En la catedral de Estrasburgo hay otra igual -dijo Raquel.

Indalecio se quedó pensativo; Clermont le había mostrado uno igual. La Dama Bafométíca, el norte que es oeste, una señal milenaria en dos catedrales, un cambio de milenio equivocado, un Papa en Compostela, un rey en Europa, su causa atendida en todo el orbe católico, una misteriosa y poderosa sociedad que lo quería entre sus miembros..., todo era cada vez mas extraño.

Los días que restaban hasta el fin de siglo los dedicó a ordenar todos los asuntos. Envió a la Reina la decisión de desamortización acordada por las Cortes Generales. El emisario fue el conde de Cebreiro. Tendría respuesta en pocos días.

Habló con Llull durante muchas horas. «Se quedará en el círculo externo», pensaba Llull, «pero será de gran ayuda para la unión de los países.» Se entusiasmaba con el nuevo papel de Compostella. Ya conocía su importancia; Raquel Murías se lo habría contado.

-Sí, Raquel Murías, pero sobre todo el señor de Clermont, de quien quizás hayáis oído hablar -le había comentado Indalecio.

Llull se sorprendió, no conocía a Clermont; le pidió a Indalecio que le hablase de él. Se le veía extrañado.

-¿También conoce las damas bafométicas?

Se veía que Llull había quedado muy impresionado con aquella cuestión.

-¿Y habló de un rey en Europa que saldrá de aquí, de Compostella?

-Sí -había asegurado Indalecio.

Ramón Llull entró en aquella casa sabiendo que allí dentro encontraría lo que durante tanto tiempo había deseado conocer.

Fue recibido por Clermont.

-Me agrada conoceros, señor Llull. He leído vuestra obra. He oído de vos. Sé de vuestro conocimiento. Sé de vuestro Consejo. Sé de vuestra regencia de la ciencia. Sé de vuestro criterio. Os esperaba aquí, en Compostella.

-Don Indalecio de Avalle me ha hablado de vos -dijo Llull extrañamente titubeante.

Tenía la sensación de estar delante de alguien excepcional.

-Sí, todos pertenecemos a esta Europa cristiana -respondió amablemente Clermont, señalando los sillones donde recibía a sus visitas.

Hablaron durante toda la tarde. Llull acudiría varias veces a aquella casa antes de partir definitivamente para Levante.

La noche de fin de siglo, la catedral estaba atestada de gente. Los guardias tuvieron que abrirles paso para ocupar sus lugares en el centro de la basílica. Indalecio y Cristina, Inés, Raquel y Bernardo y Josefa ocuparon sus sitios todos juntos. Enric y los templarios los suyos, con los capitanes y nobles gallegos. Un sillón vacío al lado de Indalecio. Sólo podía ser de una persona. En efecto, era de Clermont, que protegido por sus guardias entraba, como era habitual en él, por la puerta sur. Con su porte majestuoso saludó a Indalecio y se sentó.

Los acordes del órgano llenaron la catedral. El arzobispo y los demás celebrantes iniciaron la misa. En el camino hacia su próxima cita, la música acompañaba al tiempo. En un instante cambiaría el día, el año, el siglo y, para unas pocas gentes, el milenio.

Indalecio sintió en su alma las sensaciones vividas en aquellos años. Tantas cosas habían sucedido. El tiempo avanzaba. La música se desvaneció y se hizo el silencio. En Compostella, el centro del mundo, sonaron las campanas de fin de siglo.

EPILOGO DE LA PRIMERA PARTE

Librodot

LOS ASEDIOS Y LA HUIDA

El rostro de Blanca, al recibirlo en la puerta, reflejaba preocupación y tristeza. El sol de finales de verano de aquel diez de septiembre estaba alto y aún no se necesitaban lámparas ni velas. Indalecio la abrazó y levantó a Emmanuel para darle un beso.

-Os esperábamos -dijo-. Los demás miembros del Consejo están en la antesala, pero Emmanuel y yo os esperábamos a vos.

Hablaron unos instantes.

-Ramón está reunido con el señor de Molay. ¿Cómo está Raquel? -preguntó Blanca.

Indalecio le habló de ellos y de sus sentimientos.

-Tenía que ser así. Cuidaos porque la felicidad abre el cajón de las envidias -dijo-. Aquí, en Estrasburgo, apuramos los días que nos quedan en la luz, que ya son pocos. Emmanuel y yo estamos preparados para quedarnos cerrados en el juego del tiempo.

La tristeza asomaba en sus ojos.

-No os preocupéis; saldremos de esto y os vendréis a Gallaecia a vivir con nosotros hasta que Emmanuel crezca.

-Tardará mucho -dijo ella.

Un criado los interrumpió. El Consejo iba a comenzar y Constanzo les rogaba que entrasen en la sala de reuniones.

-Nunca tenemos tiempo para acabar las conversaciones -se quejó Indalecio mientras se unía a los miembros del Consejo que subían las escaleras.

No hablaban; ocuparon sus sitios y aguardaron. Casi al instante entraba en la sala Constanzo, acompañado de Molay. El Regente abrió la sesión.

-Os he llamado con urgencia porque la situación es de la máxima gravedad. De confirmarse algunos indicios, no podremos volver a reunirnos en mucho tiempo. El Papa Clemente V ha ido a pasar el verano a su tierra natal, Aviñón, con la intención de fijar allí la sede pontificia. La noticia está recorriendo el mundo: Aviñón será la nueva sede papal, y Roma y el Vaticano quedarán en segundo plano como simples sedes cardenalicias. Todas nuestras previsiones han quedado trastocadas. En lugar de Compostella, el nuevo milenio ha hecho de Aviñón el centro del mundo. Un nuevo error, que nos retrasará cientos de años y que traerá males y miserias. La Cristiandad no lo resistirá. La sede papal en Roma, las cruzadas a Jerusalén y la nueva sede papal en Aviñón son tres grandes equivocaciones. Dentro de cien o doscientos años la humanidad se dará cuenta y pasarán otros cien o doscientos antes de que las cosas vuelvan a estar como antes. Y así hasta que un nuevo milenio vuelva a alumbrar el mundo. Hemos fracasado y tenemos que conformarnos, como en los últimos cientos de años, con que los males sean los menores.

-La elección de De Goth como Papa lo ha trastocado todo. Se acaba de iniciar el terrible milenio de Aviñón, que aún será más sangriento que el de Roma.

Hizo una corta pausa y señaló a Musatti.

-Informad vos directamente -dijo.

Musatti describió la situación del Vaticano, que, prácticamente paralizado y pasto de rumores, era una nueva versión de la Babel bíblica. Todos se volvían contra todos en una corrupción que nunca antes se había vivido allí, encabezada por el propio Papa. Touraine estaba escandalizado; en un momento de desesperación le había confesado, que en Clemente V no reconocía a De Goth. Se había transformado en una persona despótica, con un autoritarismo sin límites, sin ninguna cortapisa en su ambición de poder y dado a todo tipo de excesos.

-No es el De Goth templado y austero al que hicimos Papa -le había dicho-. Sólo respeta al rey de Francia.

-¿Por qué seguís apoyándolo? -le había preguntado Musatti.

-Porque De Goth es y será siempre el obispo de Notre Darne -respondió-. Me condenaré o me salvaré con él.

Los excesos de Clemente V habían hecho bueno a Bonifacio VIII.

-Hace dos semanas agentes del Papa han saqueado Cltmy. Han entrado en la sede de la orden y han despojado a los monjes de todas sus riquezas -continuó Constanza-. En el nombre de Cristo han robado y saqueado el convento. No tiene límite y llegará hasta donde sea preciso. Nuestras propiedades y las de nuestras familias, y aun nuestras vidas corren peligro.

He ordenado que, desde hoy, todos los miembros del Consejo tengan protección.

-Ayer nos informaron que De Goth está en Poitiers reunido con el Rey y que preparan medidas que nos afectan directamente a nosotros. No sabemos más, pero de una reunión así, tenemos que temer lo peor. A excepción de Llull, Musatti y Anjou, todos deberéis partir esta misma noche hacia vuestros países, porque quizás esta casa ya no sea tan segura. Deberéis tomar todas las precauciones.

-El señor de Molay, que partirá de inmediato para el Temple, ya sabe lo que hay que hacer. Las Fuentes de la Idea, que bajo ningún concepto se pueden perder, serán puestas a salvo inmediatamente, trasladándolas a un lugar seguro. El señor de Molay se encargará de la salvaguarda de los tesoros del Temple y de los de la regencia.

Todos se dieron cuenta de que la gravedad era extrema. Pero a pesar de saberse amenazados, en la sala del Consejo reinaba la calma. No había nervios, ni inquietudes, ni alarmas. Solamente la responsabilidad por la ocasión perdida. Sólo Dios sabía cuánto tendrían que esperar.

-Os quiero anunciar que el rey, que estaba en camino, no se detendrá. Así lo ordenan las Fuentes de la Idea. Será un rey sin reino, pero ya no habrá más regencia. Habrá un rey y él dispondrá de todo, del Consejo, del Betilo, de las Fuentes, y del Temple. Lo conoceréis muy pronto.

Aquello era lo que esperaban. Llegaría el Rey. Con él, las cosas cambiarían y se superarían los errores de la Cristiandad, pensó Indalecio. Se dio cuenta de que las palabras de Constanzo también habían infundido ánimo a los demás.

-En los próximos días recibiré una importante visita relacionada con las Fuentes de la Idea -concluyó Constanzo.

En medio de la zozobra todos entendieron que sería con el Rey, que llegaría. Pero nadie dijo ni preguntó nada.

Constanzo se puso en pie. Todos hicieron lo mismo. Los fue mirando uno a uno a los ojos, pronunciando su nombre.

-Jacques de Molay, el Señor premiará vuestra dedicación a la idea. Indalecio de Avalle, el Señor premiará vuestra dedicación a la idea.

Indalecio sintió el orgullo de estar en aquella sala con aquellas gentes. Sabía que, por defender aquella idea, su causa en Gallaecia corría peligro, pero tenía la conciencia de haber estado donde debía. «El éxito está en hacer aquello en lo que creemos», le había dicho una vez en la calle una mujer joven.

El Regente no hizo más discursos. Se quedó de pie mientras todos

abandonaban la sala de juntas y después la casa. Afuera, como el Regente había anunciado, centenares de guardias les aguardaban. Llull, Musatti y Anjou se despidieron de Blanca hasta el día siguiente.

Indalecio se quedó el último. Cogió la mano de Blanca y la miró a los ojos. No dijo nada. Sólo la miró. Emmanuel entró en la sala, cogió a su madre de la mano y permaneció en silencio mirándola también. Salieron a la calle. El caballo de Indalecio estaba preparado.

-Nos veremos -dijo ella-. Algún día en el tiempo, nos veremos.

-Nos veremos, Blanca. Adiós Emmanuel -se despidió él.

-Quédate conmigo en la Casa de los Sueños -suplicó el niño.

-No puede. Se tiene que ir -oyó decir a Blanca mientras se alejaba.

Al llegar al otro lado de la plaza, se volvió. Allí, delante de la casa blanca y negra, de cal y madera, iluminados por los últimos rayos de sol de principios de otoño, las figuras de Blanca y Emmanuel, cogidas de la mano, permanecían inmóviles.

Sintió que una nube de angustia invadía su pecho. Parecían frágiles e indefensos. Sintió ganas de correr junto a ellos y quedarse para defenderlos. Espoleó el caballo, que dio la vuelta, y siguió su camino. Ya no los vio más.

La tristeza lo acompañó los siguientes días. Aquellas dos figuras delante de la casa no se apartaban de su mente.

Trataba de pensar en los riesgos del viaje, en que corrían peligro, en lo que podría suceder en Gallaecia, pero daba igual. Aquella mujer y su hijo acaparaban su pensamiento. Sólo el recuerdo de Raquel, paseando por las calles compostelanas, le infundía el ánimo para remontar aquella tristeza.

Como en los viajes anteriores, hizo noche en Somesons, desde donde bordearía París, evitando entrar en la ciudad. No se atrevía a hacer aquella visita que prometiera al rey de Francia. A la mañana siguiente, ya en camino, se cruzó con una comitiva aún más numerosa que la suya. Una multitud de guardias, con petos negros, protegían un carruaje oscuro. Al cruzarse con ellos, por la ventana del carruaje, distinguió a Clermont. Vestía de negro, en lugar de su blanco y rojo habitual, pero era él. Se alegró de verlo.

-Señor de Clermont -saludó mientras ponía el caballo a su altura; sus miradas se cruzaron y, al tiempo que el de dentro corría las cortinillas, unos guardias lo apartaban bruscamente.

-Os equivocáis, el señor no es quien vos decís -le replicaron en francés.

Indalecio se apartó sorprendido; se unió a los suyos y reanudó viaje. El

que iba en aquel carruaje era Clermont. No sabía qué hacía allí, tan lejos de Compostella, ni por qué no había querido reconocerlo ni hablar con él; pero no tenía duda alguna de que era Clermont. La sorpresa del momento no le dejó reaccionar, pero al cabo de un rato, un sinfín de interrogantes sin respuesta acudieron a su mente. Repasó la situación una y mil veces, pero todo lo que sabía era que Clermont, acompañado de varios cientos de soldados con armaduras negras, no las blancas y rojas del Temple, estaba a cientos de leguas de Compostella, seguramente camino de Estrasburgo.

Constanzo, Llull, Musatti y Anjou se reunían todos los días a primera hora de la mañana y solía ser ya bien entrada la noche cuando, los tres últimos, abandonaban la casa del Regente. Los guardias de sus escoltas se unían a los que guardaban la casa del Regente, dando a la plaza el aspecto de un patio de armas.

Por aquella casa pasaron gentes venidas de todas partes preocupadas por el amenazante avance francés. La oposición a la hegemonía de Francia era generalizada y Constanzo pronto se dio cuenta de que si conseguían resistir aquel envite, podrían organizar una Liga de países que neutralizase el Impulso francés.

Aquella mañana del 13 de octubre, cuando Llull se dirigía ala casa del Regente, se dio de bruces con un hombre que le era conocido. Tardó dos segundos en darse cuenta de que se acababa de cruzar con Clermont, que parecía venir de la casa del Regente. Iba extremadamente serio y su rostro aparecía rígido por la tensión. Cuando le quiso hablar, ya había desaparecido entrando en una casa; los soldados que la custodiaban no le dejaron aproximarse. Llull preguntó por el capitán de la guardia, que se personó rápidamente. Ante los deseos de Llull de saludar al señor de la casa, el capitán le informó:

-El señor no recibirá a nadie. Dentro de unas horas estará aquí su ejército, que acampa en las afueras; cumpliremos nuestro cometido -dijo mirando hacia la plaza de la catedral- y nos iremos. No nos verán más, así que no hay razón para molestar al señor.

Llull no insistió. Daría lo que fuese por hablar con aquel hombre, que tanto lo había impresionado allá, en Compostella.

Pero entendía que la dignidad exigía presentarse en el momento debido. Él sabía lo que Clermont estaba haciendo allí y lo llenaba de satisfacción; muchos años esperando que llegase y, al final, allí estaba. Con Clermont allí y con lo que estaban oyendo de las Cortes de Europa, se podría dar la vuelta a la situación. Quizá no todo estuviese perdido.

Continuó su camino hacia la casa del Regente. Los otros ya estaban esperando. Pasaron al despacho. Cuando lo vieron, no pudieron evitar un gesto de sorpresa; el Regente estaba pálido y demacrado, como si hubiese tenido un desvanecimiento.

Librodot

-¿Os encontráis bien? -le preguntó Anjou.

Notaron que le costaba hablar.

-Acabo de mantener un importante encuentro con una persona y todavía me dura la emoción -respondió trémulo

-¿Ha sido con el señor de Clermont? -preguntó Llull.

Constanzo lo miró sorprendido; su tensión fue visiblemente en aumento, pero no contestó.

-Repasemos la situación -dijo.

Tras horas de debate, acordaron que había que resistir durante algún tiempo como fuese; era posible rehacer la situación.

Después de la comida, en la que la tensión del Regente fue a más, volvieron al despacho. Una vez allí, Constanzo se sentó detrás de la mesa oscura.

-Llegó el momento de desvelar las Fuentes de la idea. Durante siglos sólo el Regente las conoció y tuvo que soportar toda la carga en soledad. Llegó la hora de compartirlas. Hoy deja de existir el Consejo de Regencia para que exista un rey -dijo visiblemente alterado-. Las Fuentes de la idea dicen que «será Rey de la Civilización del Occidente aquel que fuese Regente cuando cambie el Milenio. Él será el Rey que conducirá Occidente después de los mil, años del Apocalipsis y él encadenará los demonios por mil años más. Si el Regente fuese Rey sin reino, los demonios quedarán sueltos y causarán todos los males y Occidente no vivirá unido hasta el siguiente milenio». -El Regente dejó de leer y alzó la vista, en el momento en que Llull se ponía bruscamente de pie.

-¡No puede ser! El rey es el señor de Clermont. ¡Así ha de ser! -exclamó.

-No, señor Llull -respondió Constanzo en tono calmado-; desafortunadamente el Rey ha de ser el Regente que cambie el milenio, y creedme que nada me satisfaría tanto como que fuese otro.

-¡Un regente no puede ser rey! -volvió a insistir Llull, fuera de sí.

-En este caso, sí. ¿Por qué creéis si no que el señor Akal dejo la regencia antes del fin del milenio? Porque no se encontraba con fuerzas para convertirse en rey; descargó en mí esta responsabilidad, que Dios sabe que ni quiero, ni sé si podré llevar adelante. He pasado noches de insomnio temiendo no ser capaz de cumplir con el cometido que me encargaba el destino e, incluso, temiendo lo que ahora está sucediendo, la reacción incrédula del propio Consejo.

-No, señor Constanza, el Rey tenía que venir de Compostella y ser

coronado allí. Vos mismo lo dijisteis; y en Compostella está el señor de Clermont.

-Sí. Y allí sería coronado por el Papa en presencia de Clermont. Por eso queríamos al Papa en Compostella. Hace unos años yo mismo os dije que el Rey residiría en Estrasburgo y vos afirmasteis que eso lo decidiría el Rey; como veis, los dos estábamos en lo cierto.

-Sólo lo creeré si lo veo escrito en las Fuentes de la Idea.

¡El rey es el señor de Clermont!, ¡vos lo dijisteis!

¡Mostradnos las Fuentes! -dijo Llull casi gritando.

Constanzo vio la decepción en el rostro de Musatti y de Anjou.

Creían a Llull.

-Las Fuentes de la Idea ya no están en esta casa. Hoy las he entregado al señor de Clermont que ha conocido, como vos, su contenido, para que las ponga a salvo. Esta casa ya no es segura -replicó Constanza.

Su rostro mostraba su desesperación por lo que estaba ocurriendo. Lo había temido muchas veces; el Consejo, que esperaba un rey salvador, no lo aceptaría a él. Pero ahora que estaba sucediendo, le causaba un dolor insoportable. Aquellos hombres que lo conocían desde hacía quince años, que habían compartido trabajos, discusiones y, sobre todo, la idea de que el poder debía defender la civilización y no alimentar la codicia y el beneficio personal, ahora lo acusaban de usurpar el trono; un trono que en lugar de disfrute y poder le traería la muerte.

-¡El rey es el señor de Clermont! Esta mañana me he cruzado con él y pude ver que estaba furioso, sin duda porque vio que vos usurpabais su trono. Sus capitanes llamaban a sus tropas, seguramente para recuperar lo suyo. Yo, señor de Constanzo, no os creeré hasta que vea con mis propios ojos las Fuentes de la Idea, que ahora decís que no tenéis! -concluyó Llull.

Musatti y Anjou asentían. Estaban de acuerdo con Llull.

-Cuando pasen estos tiempos de zozobra las recuperaremos y las veréis. Ahora están bien guardadas. Dentro de un año todo volverá a su sitio y, como Tomás, veréis, tocaréis y creeréis -contestó Constanzo-. Ahora sigamos nuestra tarea.

-No -gritó Llull poniéndose en pie-, la confianza está rota y sólo las Fuentes de la Idea la pueden restaurar. Hasta entonces esperaremos.

Se dirigió a la puerta seguido de Musatti y Anjou. En ese momento la puerta se abrió de golpe y entró un guardia.

-Un pelotón de soldados se dirige hacia aquí. Son muchos.

Hemos enviado aviso a la encomienda del Temple para que vengan en nuestra ayuda, pero tardarán dos horas -dijo muy alterado.

Constanzo reaccionó.

-Los guardias de la casa y los vuestros juntan más de un centenar; si nos fortificamos aguantaremos hasta que acudan en nuestro auxilio. ¿Cuántos son los asaltantes? -preguntó.

-En torno al medio millar -contestó el guardia.

-Resistiremos.

-No -dijo Anjou-. Será mejor que nosotros tres huyamos con nuestra guardia y los obliguemos a dividir sus fuerzas; tendrán que seguirnos.

-Sí -ratificó Musatti-, dividiéndolos aguantaremos mejor.

Salieron corriendo y, mientras bajaban las escaleras, Blanca les gritó:

-¡Defended a vuestro rey!

Al tiempo que lo decía, Constanzo le tapaba la boca con un gesto lleno de ternura.

-No vale la pena -le dijo-, desconfían de mí; no saben quiénes son los que nos atacan, pero son conscientes de que nos buscan a nosotros y nadie los va a seguir a ellos. Y, aun así se van.

Nos quedarnos los tres solos, Emmanuel, tú y yo, como siempre estuvimos.

El ruido de los que huían se mezclaba con el estruendo que producían los atacantes. Constanza sabía que aquellos pocos soldados que los protegían no podrían resistir mucho tiempo.

Era cuestión de minutos. Habría querido sacar de allí a Blanca y a Emmanuel, pero ya era tarde. Estaban rodeados. El estrépito y los gritos de la lucha en la calle no dejaban oír nada. Cogió a Emmanuel en brazos, lo besó y se lo entregó a Blanca. Se puso delante de ellos; soldados blandiendo sus espadas entraron a la carrera. Blanca vio sus corazas negras; apretó con un brazo a Emmanuel contra su pecho, cogió la mano de su marido y la retuvo con firmeza. Sintió como él la apretaba también, mientras el ruido seco de aquella espada atravesándole el pecho llenó toda la sala. Constanzo se desplomó con el corazón atravesado por el hierro; Blanca sintió que el dolor la mataba a ella también; protegió a su hijo e interpuso su cuerpo delante del segundo guardia que iba a descargar su espada sobre el cuerpo inerte de su marido; el soldado se quedó inmóvil con la espada en alto.

Permaneció un segundo hipnotizado por aquella mujer que se enfrentaba a él sólo con su mirada. Los demás guardias también quedaron paralizados. Una voz rompió aquel silencio de un instante.

-En nombre de Dios, no toquéis a la mujer ni al niño.

Blanca vio a Ratzinger entrar en la sala, pasar entre los soldados, dirigirse a ella y cogerla de la mano.

-He llegado tarde -se lamentó-; nada podemos hacer por vuestro marido, pero salvaremos a Emmanuel.

Blanca no dijo nada, pero se dejó llevar de la mano, con Emmanuel abrazado a su pecho. En la puerta vislumbró fugazmente a Ramón; él ya no la veía a ella y el dolor le hizo sufrir de nuevo lo que tantas veces ya había soportado en sus sueños despierta: el horror de la muerte, de saber que ya nunca más volvería a ver a su marido, que su viaje era para siempre; que aquel hombre bueno al que ella amaba con locura, ya nunca más la abrazaría ni la besaría... Ella sabía que aquel espanto tenía que ocurrir, pero ahora que estaba sucediendo, era mucho más cruel y terrible de lo que nunca había pensado; porque ahora y por toda la eternidad, Ramón ya no estaría con ella. Sintió la manita de Emmanuel acariciándole la cara; él sí que estaría para siempre con ella. No vio el carruaje al que la habían subido, no vio la casa negra y blanca ardiendo, no vio a los soldados muertos que daban a la plaza un aspecto espectral, no vio a Catherine dentro del carruaje, no vio a Ratzinger sentado a su lado, ni sus ojos enamorados. Sólo vio los ojitos de Emmanuel; cerró los suyos, apretó a su hijo con todas sus fuerzas y dejó que la elipse del tiempo la envolviese en los sueños.

Aquella mañana del 13 de octubre de 1307, Touraine se levantó muy temprano. Se sentía muy mal; no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Sabía que iban a cometer una gran injusticia y que, incluso dentro de cientos de años, el mundo recordaría aquel día. Pero el Papa y el rey de Francia lo habían decidido y a él le correspondía ejecutarlo. «El bien de Francia y de la Iglesia lo demandan», pensaba mientras celebraba la misa en el altar mayor de Notre Dame.

Aquel día había querido celebrar la misa en la gran catedral de París para reencontrarse con su pasado. Allí, años atrás, protegido por la fuerza de Notre Dame, había deseado una Iglesia que respetase a su tierra, pero que eliminase la injusticia del mundo. Durante tantas mañanas, en aquellos años de su juventud, había celebrado la misa, al igual que hoy, pero en un altar lateral, y con el compromiso de edificar una Iglesia de Dios. Aquel día de otoño, cuando ya su vida se iba acercando a su fin, todo era distinto. Iba a ser testigo de la injusticia y no hacía nada para evitarlo; la aceptaba con sumisión. Quería demasiado a aquella catedral para desobedecer las órdenes de su gran impulsor, el cardenal De Goth.

Cuando, terminada la misa, salió del templo, el conde de Rouen ya hacía un rato que lo esperaba; subieron al carruaje y se encaminaron hacia

Librodot

el Temple.

-Recordad que el Papa y el Rey han convenido que no hubiese derramamiento de sangre -reclamó Touraine con ansiedad.

Había conseguido arrancar a De Goth aquel compromiso; «será mejor no crear mártires», le había dicho.

Cuando cruzaron el puente de la isla, Touraine divisó una legión de soldados con los escudos y las armas del rey de Francia. No recordaba haber visto nunca tantos soldados juntos. Adelantándose al carruaje, y al trote, con gran estruendo de cascos, la caballería atravesó París. Las gentes, que a aquella hora ya se movían por las calles, se apartaban corriendo y se quedaban boquiabiertos viendo aquel despliegue militar.

-¿Adónde irán? -se preguntaban.

-A combatir al Emperador germano -respondía uno.

Cuando las caballerías ya habían pasado, las gentes en la calle vieron llegar por el mismo sitio un nutrido ejército de soldados a pie, que caminaban a paso ligero, con lanzas y ballestas en las manos. El carruaje que iba en medio de la soldada llevaba la corona real.

-Es el rey Felipe -anunciaba aquel hombre que parecía saber.

Dentro del carruaje, Touraine pensaba que quizás algún día aquellas gentes y sus descendientes lo maldijesen por lo que iba a hacer. Delante de ellos, la caballería ya había llegado ante las imponentes murallas del Temple y se apostaba rodeándolas. Nadie debería entrar ni salir a partir de aquel momento. Aquella fortaleza, en la que se habían tomado tantas decisiones para defender al cristianismo y en la que los reyes encontraran siempre amigos de su causa, era ahora sitiada por el Rey y el Papa. Ni la furia ni la ira afloraron en el ánimo de Jacques de Molay cuando desde la ventana vio la caballería del Rey, sólo sintió el sabor amargo de la ingratitud. Vio a los soldados de a pie tomar posiciones de asalto delante de la caballería. Qué poco conocían al Temple si creían que iban a combatir a las tropas de su propio país, sembrando la muerte en París. Se hubieran entregado con tan sólo un gesto del Papa.

El carruaje se detuvo frente a la puerta de la fortaleza.

Molay vio cómo el conde de Rouen, la mano derecha del Rey, se bajaba y se dirigía hacia la puerta cerrada. Touraine desde el carruaje vio al conde avanzar lentamente, rodeado de los capitanes del ejército. Cuando estaban a unas cincuenta brazas, la puerta se abrió y en ella apareció Jacques de Molay, el Gran Maestre del Temple. Molay y Rouen caminaron seguidos de los suyos hasta estar frente a frente.

-En nombre del Rey sois preso -dijo el conde.

-Bajo qué cargos -preguntó el Gran Maestre.

-Bajo los de traición y herejía -respondió el conde.

-El Temple siempre ha sido leal a sus creencias y a la Iglesia. Nos entregamos al Rey. La maldición caerá sobre todo aquel que atente contra uno solo de los caballeros del Temple.

Molay entró de nuevo en el Temple. Cuando el conde de Rouen entró tras él, encontró en formación de a caballo a los ciento treinta y ocho caballeros del Temple. Fueron presos y trasladados a las prisiones del Rey.

Los capitanes del ejército iniciaron una búsqueda por todas las salas y dependencias, sótanos y mazmorras de la fortaleza.

Hasta el pozo del agua revisaron. A medida que pasaba el tiempo, la búsqueda se volvía más febril y empezaron a oírse gritos.

-¡No hay nada! ¡El Temple está vacío! ¡Han huido con los tesoros!

Rouen, que ya estaba impaciente, empezó a demudarse cuando oyó aquellos gritos.

-No aparece -le informó el capitán que dirigía la búsqueda-.

Lo hemos revisado todo y es como si se hubiera esfumado. No hay ningún tesoro en la fortaleza.

-¡Seguid buscando! -les ordenó Rouen.

El Rey estaba furioso; sus gritos se oían por todo Fontainebleau.

-¿Cómo es posible que toda una procesión de carros de bueyes hubiesen abandonado, hace dos días, la fortaleza del Temple sin que nadie se enterase? -gritaba-. ¡El Temple vacío! ¡Ni joyas, ni monedas, ni libros secretos, ni manuscritos orientales! ¡Todo se ha esfumado! ¡Hemos dejado escapar delante de nuestros ojos el mayor tesoro de la Cristiandad!

Los sirvientes del Temple les habían informado de que dos días antes de la toma, unos carros llenos de paja habían abandonado sigilosamente la fortaleza. A pesar de superar las dos docenas no habían despertado sospechas porque creyeron que llevaban paja de las cuadras.

Del interrogatorio de Molay y de los demás caballeros no habían obtenido ninguna pista sobre el destino de aquellas riquezas.

-Nunca ha habido ningún tesoro en el Temple -había contestado el Gran Maestre-. El gran tesoro del Temple, sus libros únicos, los descubrimientos traídos de los Santos Lugares son una creación popular. Nunca hemos

atesorado riquezas; solamente sabiduría y ésta permanece con nosotros.

Todo fue inútil.

-Eran carros de paja y estiércol de las cuadras -decían todos.

Nogaret había actuado tan pronto lo había sabido. Aquellos carros debían haber partido hacia el puerto de La Rochelle o el de Cherburgo, donde los navíos del Temple podrían hacer desaparecer el tesoro en cualquier lugar del mundo. Era vital que no saliesen del país; una carga tan aparatosa sería, tarde o temprano, encontrada si no salía de Francia. Ordenó cortar inmediatamente todos los caminos en un radio de veinte leguas en torno a París; aquellos carros no podrían haber recorrido en dos días más de diez leguas. Tendrían que estar en aquel círculo y los encontrarían. Las tropas del Rey fueron instruidas para cerrar los puertos de La Rochelle y de Cherburgo y se enviaron destacamentos a todos los puertos del mar del Norte y del canal de la Mancha. Los encontrarían, le había asegurado Nogaret al Rey. Pero aquel tesoro, si es que había realmente existido, no apareció nunca.

Touraine estaba muy afectado por el rumbo que habían tomado los acontecimientos. El acuerdo entre el Papa y el Rey no se estaba cumpliendo; debería ser la Iglesia la que custodiase a los templarios presos, pero la cólera del Rey había estallado al conocer que no había conseguido apoderarse del tesoro. Los presos fueron confinados en cárceles reales y se les había torturado para obtener información sobre el destino del tesoro. Todo en vano.

Pero todo París y pronto toda Francia y la Cristiandad habían quedado conmocionados por la toma del Temple y el apresamiento y la tortura del Gran Maestre. Su conciencia no le permitía aquello. Él sabía que eran inocentes y no soportaba que los estuviesen prendiendo y destruyendo. Se dirigió a Poitiers a ver al Papa. Él siempre había pensado que tras unos meses detenidos bajo la custodia de la Iglesia, aunque se disolviese el Temple, serían finalmente puestos en libertad. Pero aquello era distinto: el Gran Maestre estaba siendo torturado en las mazmorras del Rey.

-Santidad -le dijo cuando estuvo delante de Clemente V-, vuestra memoria será maldecida si permitís que el señor de Molay, Gran Maestre del Temple, sea torturado y aun muerto.

Pasaréis a la historia como el Papa que hirió de muerte a la justicia.

-El Rey está furioso y no atiende a razones -contestó el Papa.

He reclamado los presos y no me ha hecho caso. Incluso adelantó la fecha del arresto, que yo hubiese querido después de finalizada la investigación que se estaba haciendo sobre el Temple. Pero no nos podemos enfrentar a un rey que además es nuestro amigo.

-El pueblo quiere al Temple -afirmó Touraine-. Os causará un gran descrédito.

-La decisión está tomada. La ha tomado el Rey -concluyó Clemente V, el Papa de la Cristiandad.

Touraine abandonó el palacio abatido y desesperado. No veía, no oía. Pensaba que aquellos hombres que él había prendido estaban siendo torturados por la única culpa de tener riquezas que ambicionaba el Rey. Y la Iglesia era cómplice. Aquello no era lo que él soñaba cuando caminaba hacia Notre Dame, pegado a las casas, protegiéndose de la lluvia, en sus primeros años de cura. Aquello no era lo que ambicionaba para la Cristiandad cuando recorría las calles de Roma. Aquello le estaría lacerando el alma durante el resto de su vida. El rostro sereno de Molay frente a Rouen sería ahora el rostro de quien se sabe traicionado por su Iglesia y por su Rey. Touraine sudaba y respiraba con agitación, mientras se dirigía a su casa. Aquello no cumplía ni con su fe ni con sus creencias.

Era tan culpable como el Papa y el Rey. Más culpable aún, porque debía haber evitado aquel abuso y no lo había hecho; el mundo lo maldeciría. Entró en su casa, se encerró en sus habitaciones y ordenó que no lo molestasen. Se quedó a solas con su conciencia.

Al día siguiente Clemente V conocía la noticia de que el cardenal Touraine, aquel hombre que había estado tantos años con él, se había cortado las venas y había muerto. Era el día 13 de noviembre de 1307. Había transcurrido un mes desde que habían prendido a Jacques de Molay, Gran Maestre de la orden del Temple.

Los soldados que, por orden de Nogaret, se habían apostado en los puertos de Francia, estaban atentos a todos los carruajes y carros que llevasen personas o carga a bordo de los barcos.

Habían comprobado cuidadosamente que todas las embarcaciones fondeadas en el puerto de Cherburgo estaban vacías.

Por eso no prestaron atención a aquel barco que sigilosamente levó anclas y zarpó hacia el sur. En su proa figuraba su nombre: El viento. Unos días después, el maestre Monteforte daba permiso para que un barco fondease frente a la fortaleza de la Coelleira. Un bote salió del barco hacia la isla y volvió al barco de nuevo; levaron anclas y se dirigieron hacia el oeste. El tiempo era bueno y unos días después los habitantes de Finisterre, aquellos curtidos pescadores del cabo del Fin del Mundo, vieron como un barco, El viento, entraba en la rada del puerto y fondeaba el ancla. Ninguna embarcación de aquel tamaño había fondeado allí desde que aquellos caballeros estuvieran en el pueblo, ya iba para doce años. Nadie del barco bajó a tierra; todos sus tripulantes permanecieron a bordo.

-¡El señor de Avalle está aquí! ¡Señora, el señor de Avalle está aquí!

Librodot

Era el recibimiento de la sirvienta. Indalecio sonrió y entró en la casa. Raquel apareció inmediatamente y corrió hacia él.

Habían pasado varios meses desde que se despidieran allá en las tierras de Lugus. Se abrazaron, se miraron a los ojos y se besaron miles de veces. Buscaron la soledad e hicieron de su primer instante la desnudez del amor. Se amaron con pasión como la primera vez que aquella habitación había acogido su intimidad. Cuando la noche oscura de aquella tierra ya hacía mucho rato que había borrado la catedral de Santiago, que sólo se volvía a dibujar cuando algún transeúnte pasaba con una antorcha, Raquel e Indalecio seguían acostados, desnudos, juntos. Hablaban de ellos. De cuánto se habían echado de menos, de cuánto habían deseado volver a encontrarse...

-El viaje fue largo -se quejaba Indalecio.

-Los prados y los montes de Fonte Sacra me devolvieron a mi niñez. Fueron días llenos de añoranza.

-Te sentaron muy bien. Engordaste y estás radiante; nunca te vi tan hermosa como esta noche -le confesó Indalecio.

Se besaron con el cariño del amor después de la pasión.

-Tengo que decirte algo -anunció Raquel-, es muy importante.

-Las cuestiones de las tierras y las gentes quedan para mañana -respondió él-. Esta noche es sólo para nosotros.

-Es nuestro. Completamente nuestro. Tuyo, mío y del amor.

Estoy embarazada; vamos a tener un hijo.

-Te quiero, Raquel -dijo Indalecio mientras la besaba y ponía su mano en el vientre de ella-, y el niño será estupendo porque se parecerá a su madre, la mujer más guapa, más valiente y más valiosa del mundo.

-El niño o la niña -corrigió ella.

Pasaron muchas horas hablando de ellos tres, y de la tierra en la que su hijo viviría.

Se quedaron dormidos mientras el sol despertaba a aquella ciudad del poniente de Europa.

Al día siguiente, 13 de octubre, se reunieron en el pazo de Santa Susana con Inés, Enric y Bernardo. Cuando Indalecio les contó la reunión de Estrasburgo, la preocupación se dibujó en sus rostros.

-La situación es muy desfavorable -reconoció Bernardo; aunque delante

de ti guardan silencio, desde hace unos meses veo actitudes distantes. Algunos critican abiertamente que no hayamos ocupado más tierras y que el ejército resulta muy gravoso. Además denuncian que parece que comulgues más con causas que no nos conciernen que con la nuestra.

-¿Qué quieres decir? -preguntó, irritado, Indalecio.

-Te critican que hayas comprometido nuestra causa y nuestro ejército en las luchas de Francia y Germanía y en las intrigas del Vaticano y eso no nos trajo más que complicaciones.

-¿Quiénes lo dicen? -preguntó Indalecio.

-Muchos -respondió Bernardo-. Osorio, Castro, Sarmiento...

Bernardo miró a Enric; no quiso decir que lo acusaban también de haberse instalado en Compostella al abrigo de su poder, de confraternizar con la nobleza adocenada de la ciudad y de dedicar el tiempo a sus amoríos con Raquel. Eran maledicencias y en aquella casa los infundios jamás habían entrado. Si lo contase, Indalecio exigiría los nombres y no era conveniente.

Bernardo había aprendido de su maestre de la Coelleira que las grandes decisiones se tenían que tomar con la mente fría y tras la reflexión, y la insidia, incluso en los más calmados, provocaba la ira.

-¿Qué hace el arzobispo? -preguntó Indalecio, ya más tranquilo.

-No da señales de vida -respondió Bernardo.

Se hizo cargo de la situación. Había que actuar. No temía ninguna revuelta interna, porque el ejército la disuadiría, pero no era bueno aquel malestar, que podía ser aprovechado por el Rey, por el arzobispo o por las órdenes; entrarían por cualquier grieta que encontrasen. Se dio cuenta de que aún no sabía quién o quiénes podían ser sus enemigos; muchos y ninguno.

Lo mejor sería hablar con los miembros más influyentes de las Cortes y hacerles ver que si permanecían unidos daba igual lo que sucediese en otros países; ganase el que ganase, tendrían que contar con ellos. Le podían las ganas de decirles, además, que la mayor parte del coste del ejército de Gallaecia lo pagaban sus amigos de Europa y que ellos apenas costeaban un sexto del total. ¡Cómo podían ser tan miserables! No eran capaces de ver ni una braza por encima de sus cabezas.

Indalecio se irritó de nuevo. Volverían a ser vasallos de las órdenes y quizá fuese eso lo que se merecían. Si no eran capaces de afrontar la situación en aquel momento difícil, nunca más volverían a ser un pueblo; se convertirían en siervos sin ideales y sin causa. Hablaría con ellos.

Era necesario, además, llevar a cabo una movilización del ejército, que hiciese recordar, como años atrás, que ellos eran el poder y que las Cortes mandaban en Gallaecia. Encargó a Bernardo que realizase ejercicios militares. Decidieron que los ejércitos de Lemos, Salvatierra y la Coelleira se trasladarían a los campos de Terra Chá, en Lugus, para que se viese de nuevo su fuerza. El destacamento de Compostella seguiría allí para darles protección.

-Debes mantener nuevos encuentros con el arzobispo y con las órdenes -aconsejó Raquel.

Los semblantes de Inés y Enric mostraron su desagrado, pero no dijeron nada. Todo lo que sirviese para pacificar era bueno.

Nadie había notado la ausencia de Clermont; toda la ciudad creía que seguía en su casa.

-Nosotros también hicimos lo mismo en tu primer viaje a Estrasburgo y nadie supo que estabas fuera -argumentó Raquel.

-Qué extraño que no me quisiera reconocer, ¿adónde iría? -se preguntaba Indalecio.

-A Estrasburgo -aventuró Raquel súbitamente-, a la casa de Constanzo.

-¿Cómo lo sabéis? -inquirió Enric.

-No lo sé -respondió Raquel.

Enric permaneció en silencio. Si Clermont, tras doce años sin moverse de Compostella, había viajado a Estrasburgo, algo muy importante debía haber sucedido.

-¿Cómo está Josefa? -preguntó Raquel.

-Bien -dijo Bernardo en tono agrio.

Raquel se quedó muy sorprendida. Algo no iba bien. Hacía más de un año que su hermana no se movía de Viveiro y Bernardo sólo se acercaba por allí en fugaces visitas a las tropas de la Coelleira.

Al acabar la reunión, Raquel llamó a Enric.

-¿Qué sucede entre Josefa y Bernardo? Quiero saber la verdad -le pidió.

-Preferiría no contároslo -alegó Enric.

-Os ruego que lo hagáis -Insistió Raquel.

-La relación entre vuestra hermana y Bernardo no va bien. Hace dos

años que viven separados -le confesó Enric.

Raquel se dio cuenta de lo poco que atendía a su hermana. Lo que Enric decía era obvio, pero ella no se había dado cuenta.

-Fue una decisión de vuestra hermana, que Bernardo no tuvo más remedio que aceptar. Él sigue estando enamorado y aguarda a que algún día Josefa lo llame y vuelvan a estar juntos.

-Hablaré con ella -dijo resuelta Raquel.

-Mejor no -le aconsejó Enric-, de algunas cosas es mejor no hablar.

Cuando Raquel se lo comentó aquella tarde, Indalecio pareció muy afectado.

-No me gusta que mis amigos lo pasen mal, y Bernardo y Josefa además no se lo merecen. No sé qué podemos hacer, seguramente nada.

En los siguientes días desarrollaron una intensa actividad.

Los miembros de las Cortes aseguraban su lealtad al proyecto y comentaban lo eficaz que serían las maniobras del ejército para mostrar su fuerza. Las respuestas eran alentadoras. Pero Indalecio notaba un clima artificial y forzado en muchas de aquellas reuniones. No eran cordiales. Se lo confesó a Raquel.

No estaba tranquilo. Algo no iba bien y no sabía qué.

Pediría audiencia al rey de Castilla. Él no tenía que ver con el asesinato; había sido su madre. Debían mostrarle gestos de amistad. Enviaría a Inés. Además se decidió a solicitar audiencia con el arzobispo; no le agradaba, pero tenía que hacerlo.

Aquella tarde, mientras paseaba con Raquel, se sintió más optimista.

-Creo que la situación está controlada, pero debo ver al arzobispo y al Rey.

-¿Por qué no vas a visitar a Clermont? -sugirió Raquel.

Ya lo había pensado varias veces, pero no quería importunar a aquel hombre al que consideraba su amigo.

-Tendría sus razones para no hablarme; cuando él crea que es el momento oportuno, me llamará y me lo contará.

A lo lejos, por el camino del Sar, pasaba una larga hilera de carretas de bueyes, cargados de barriles de uvas, ya en fermentación; eran más de dos docenas.

Librodot

-¡Qué tierra más fértil -se maravilló. Tenemos de todo: vino, castañas, trigo... Siendo dueños de la tierra, nuestra gente no pasará hambre.

El encuentro con el arzobispo resultó puro trámite. No quería intervenir en nada que no fuese su catedral y el Camino de Santiago. Debía obediencia al Papa y la cumpliría, aunque no le agradasen algunas cosas.

-No creo que haya saqueado el convento de Cluny. Son invenciones de sus enemigos.

Pero se veía que lo creía y que no le gustaba. Salió del Palacio de Gelmírez con la creencia de que el arzobispo se inclinaría de nuevo hacia el lado de los ganadores. No sería su enemigo, pero tampoco su amigo.

Aquella tarde la había pasado jugando con su hijo.

-Vas a tener un hermano -le anunció.

-Pues correrá con nosotros -contestó.

Tenía diez años. Era un niño delgado y de una gran agilidad; ya leía y escribía. Se parecía mucho a él. Lo quería muchísimo. Le dejaría una tierra mejor que la que él había recibido, y su orgullo.

A la mañana siguiente, nada más levantarse, se sentó a escribir la petición de audiencia al Rey. Escribió la fecha, 31 de octubre de 1307. Cuando iniciaba la misiva, llamaron a la puerta del despacho; entró el capitán de su guardia, anunciando un mensajero del Temple. Lo recibió inmediatamente.

-El Temple de París ha sido ocupado por el rey de Francia -dijo el enviado tan pronto estuvo delante de Indalecio-. El Gran Maestre y otros ciento cuarenta templarios han sido encarcelados.

Indalecio sintió como un golpe en la cabeza. Aquello era completamente inesperado; el rey de Francia había atacado al Temple.

El mensajero narró todo lo que había sucedido.

-El Papa y el rey de Francia -repitió para sí Indalecio.

Llegaron Inés y Enric, y más tarde Raquel. Se juntaron en el despacho. No daban crédito a lo que el mensajero contaba.

Enric hizo mil preguntas; lo quería saber todo. Consideraron las consecuencias para la Cristiandad y para su causa en Gallaecia.

-Presagia grandes males, porque el Temple garantizaba el orden en muchos territorios -pronosticó Enric en voz casi inaudible-. Ahora las

pasiones y los odios se van a desatar y todo el que tenga una afrenta o una causa pendiente la va a desenterrar. La guerra y la desolación van a cabalgar por el mundo, y con ellas, la muerte.

Inés se acercó a él y le acarició la mano; sabía que después de una vida dedicada al Temple en aquel momento necesitaba de ella; no le iba a fallar. Enric sintió en aquella caricia todo el amor que, desde tiempo atrás, le había fijado a aquella tierra. Ella seguía allí a su lado.

Enric y el Temple habían sido piezas clave en aquella causa de su tierra y ahora estaban siendo atacados. No había mucho que pudiesen hacer. Quisieron dejar a Enric solo. Quizá lo necesitase.

-Nos veremos mañana -los despidió Indalecio-. El Temple tiene muchos amigos -le dijo a Enric cuando éste salía con Inés.

Al día siguiente, después de comer, se fue al patio con su hijo.

Iban a montar cuando Raquel lo llamó.

-Un emisario aguarda en la casa.

Se dirigieron a toda prisa a su encuentro. Serían noticias de París.

Entraron apresuradamente en la sala donde un templario les aguardaba y, con visible ansiedad, preguntaron las nuevas.

-Decidnos -le urgió Indalecio.

-Procedo de la encomienda de Estrasburgo y me enviaron con toda urgencia; el señor Constanzo ha sido asesinado en la tarde del trece de octubre; unos soldados atacaron su casa y le dieron muerte.

Indalecio sintió que el mundo se desplomaba sobre él; Raquel cerró los ojos.

-¡No, Dios mío, no! ¡No puede ser cierto!

-Su esposa y su hijo también pueden haber sido asesinados.

-¡Cobardes bastardos!, ¡los han matado!, ¡asesinos!

Los ojos se le nublaron; no oía nada; a su mente acudió aquella imagen de Blanca y Emmanuel inmóviles delante de la casa blanca y negra, como los había visto por última vez. Lo invadió la angustia. Aquellas muertes eran gratuitas. ¿Por qué los habían matado? Constanzo era un hombre justo que había dedicado toda su vida a la causa de la paz; no había disfrutado de las riquezas ni de los honores; lo había dado todo para conseguir que los pueblos de la Cristiandad viviesen en paz. Y por eso lo habían matado, a él y a su familia.

Blanca y Emmanuel ya habían abandonado su Casa de los Sueños, para no volver más. A Indalecio le costaba fijar la mirada.

Cerró los ojos, pensó en Blanca y en Emmanuel y los abrió. No estaban allí; los sillones seguían vacíos; el juego de los sueños no era verdad en Conpostella, en el pazo de Santa Susana; sólo lo era en Estrasburgo, en la Casa de los Sueños.

Miró a Raquel y vio la angustia en sus ojos. Le cogió la mano y ambos notaron sus almas llenas de dolor.

-La casa del señor de Constanzo -continuó el templario- fue asaltada por soldados y quemada. Recibimos un aviso en la encomienda, pero cuando nuestros hombres llegaron, ya no había nada que hacer. La casa ardía como una tea y la plaza estaba sembrada de cadáveres de los soldados del señor de Constanzo.

No había ni un solo cadáver de los atacantes; los debieron llevar con ellos para no ser reconocidos. De entre los restos de la casa se recuperaron varios cuerpos calcinados; por su anillo, reconocimos el del señor de Constanzo. No identificamos el de la señora ni el de su hijo; algún testigo cree haber visto un carruaje que durante el asalto abandonó el lugar de la contienda. Siento deciros que no parece verosímil.

La señora y su hijo seguramente también han muerto.

-¿Quiénes fueron los autores del asesinato? -preguntó Indalecio.

-El maestre de la encomienda estaba tratando de averiguarlo.

Eran gentes de la guerra. Yo he venido con toda urgencia a avisaros para que os pongáis a salvo. Vuestra vida y la de los vuestros corre peligro.

Indalecio pensó en su hijo; se puso bruscamente en pie.

-¡Inés! ¡Enric! -gritó.

No estaban en la casa. Llamó a su hijo.

-¡Indalecio!, ¡Indalecio!

El niño vino corriendo.

-Siéntate aquí con nosotros.

El templario anunció que pronto tendrían más noticias sobre los asaltantes. Él no sabía nada más. Cuando abandonó el pazo, Indalecio envió a por Inés y Enric. Llegaron al cabo de un rato. Les narró lo sucedido en Estrasburgo. Todos permanecieron en silencio.

-Corremos un serio peligro -dijo por fin Indalecio-. Es preciso poner al niño a salvo en Portugal; el rey don Dinís le dará protección y vosotras os quedaréis allí con él -afirmó dirigiéndose a Inés y a Raquel-. Serán solamente unos meses.

Dentro de muy poco volveremos a estar todos juntos. Enric os acompañará hasta que estéis a salvo.

-Yo no me muevo de aquí -resolvió Raquel en tono firme-. Este es mi sitio y nadie me moverá.

-Tienes que poner a salvo a nuestro hijo -dijo Indalecio gritando.

Enric e Inés se miraron; ya lo sabían.

-No me iré de Compostella -insistió Raquel-. Ni con todos los ejércitos del mundo conseguirás que me marche de aquí.

Todos sabían que nada la convencería.

Dos horas después Inés, Enric y el niño estaban listos para partir. Indalecio salió al jardín con su hijo.

-Pronto nos veremos. Acuérdate de tu madre y de tus abuelos.

Eran nobles y, por encima de todo, buenos. Defendían lo que era justo y por eso mataron a tu madre. Ella cuidará de ti desde el cielo.

Le dio un beso y lo acompañó hasta el carruaje; abrazó a Inés, que tenía sus hermosos ojos azules enrojecidos, y se quedó mirando cómo la comitiva se alejaba por el camino. Raquel a su lado le cogía la mano.

Necesitaba hacer cosas para ocupar la mente. En aquel momento no quería pensar. Apretó con fuerza la mano de Raquel y se dirigieron a su despacho. Escribió la misiva al Rey solicitando la audiencia; iría él personalmente. Escribió el día, 10 de noviembre de 1307, y recordó la fecha en que habían asesinado a Constanzo, a Blanca y a Emmanuel, el 13 de octubre del año 1307, ¿en qué tiempo estarían? Concluyó la carta al Rey y decidió convocar una reunión con algunos miembros de las Cortes, para evitar que cundiera el desaliento. Envió recados a Osorio, Castro, Sarmiento, Traba, Bembibre y Suárez de Deza. Se encontrarían el día 26 de noviembre, allí, en el pazo de Santa Susana.

Firmó los pliegos y se levantó. Por la ventana vio la catedral. El sol aún no la enfocaba directamente; dentro de unas horas, aquel edificio recibiría la fuerza que el cielo le enviaba, guardando el sol durante la noche, entre las figuras de la corte celestial del pórtico. Desde allí el Apóstol la irradiaba a Compostella, a Gallaecia y a la Cristiandad.

Aquella catedral llevaba allí cientos de años; él pasaría, su hijo pasaría, docenas de generaciones pasarían y ella seguiría allí. Aquello también pasaría y vendrían tiempos mejores.

Los dos días siguientes se quedaron, juntos, en el pazo. No les apetecía ver a nadie. Hablaron de Estrasburgo y de la gente que habían encontrado allí; recordaron a Blanca y a Emmanuel. Hablaron de Roma, de París. Agolparon sus recuerdos y eso les ayudó a soportar el dolor y la nostalgia.

-Ya casi estarán en Portugal -calculó Raquel cuando se acostaron.

-Sí, ya casi habrán llegado.

Permanecieron acostados en silencio, durante unos minutos.

-Raquel, quiero casarme contigo. Porque vamos a tener un hijo, pero, sobre todo, porque te quiero. Estoy completamente enamorado de ti.

Raquel se echó encima de él.

-Me casaré contigo porque no me queda más remedio -bromeó.

A la mañana siguiente el capitán templario del destacamento de Santiago, le pidió audiencia.

-Me comunican -anunció cuando estuvo delante de Indalecio y Raquel- que los ejércitos de Lemos y Salvaterra están acampados en Viveiro frente a la Coelleira.

-¿Qué ha pasado? -exclamó Indalecio-. ¡Tenían que estar en Terra Chá!, a veinte leguas de la Coelleira. ¿Qué os dijo el enviado de don Bernardo?

-No tenemos noticia alguna de don Bernardo -respondió el capitán-. Esto me lo ha contado un soldado que se hirió en una práctica y que ha regresado. Están talando gran cantidad de árboles y parece que preparando balsas.

Indalecio no comprendía lo que estaba haciendo Bernardo. No era el momento de hacer ejercicios de asalto en el mar; era el momento de que toda Gallaecia viese su fuerza. Bernardo se estaba equivocando y era mal momento para equivocaciones.

-Le enviaremos recado para que traiga el ejército hacia el centro de Gallaecia y no lo lleve a una esquina -dijo Indalecio indignado.

Bernardo ni siquiera oía lo que el maestre le decía, allí, en el embarcadero de Viveiro; no le atendía. El maestre veía sus ojos inyectados en sangre y llenos de ira; sabía que era imposible hacerlo entrar en razón. Lo conocía muy bien y sabía que cuando se cegaba, se volvía temible. No atendía a argumentos. El maestre Monteforte era consciente de todo lo que

Librodot

podía pasar si no paraba a Bernardo.

-¡Cálmate, Bernardo! Te engañas. Vas a cometer un terrible error que te avergonzará a ti, a tus hijas y a los hijos de tus hijas -le avisaba el maestre.

A Bernardo le costaba oír al maestre. Su mente estaba presa de aquella discusión que había tenido con Osorio, en la torre de Andrade, cuando en una cena con otros nobles argumentaban sobre una táctica de ataque; Osorio no compartía la opinión de Quirós. Se irritaron y el tono subió.

-¡En la Coelleira aprobarían mi táctica! -voceó Bernardo.

-Sí, aprueban vuestra táctica y atienden a vuestra mujer -contestó Osorio sonriendo. Una gran carcajada acogió aquellas palabras.

Bernardo no había entendido bien lo que decía.

-¿Qué queréis decir? -gritó, amenazante.

Se hizo el silencio.

-Lo que todo el mundo sabe, que vuestra mujer tiene un amante en la Coelleira -le increpó Osorio.

Bernardo saltó sobre él.

-¡Os mataré! -bramó.

Los sujetaron y los separaron.

Mientras cabalgaba alejándose de la torre, las palabras de Osorio golpeaban una y otra vez en su cabeza, «Vuestra mujer tiene un amante», «vuestra mujer tiene un amante». No se acostó. Se sentó en una silla en su tienda, mientras repetía, sin cesar, aquellas palabras. Ahora todo encajaba; Josefa se había ido a vivir a Viveiro; se habían ido distanciando sin que él entendiese qué pasaba, hasta que ella le había dicho que tenían que aceptar estar un tiempo separados. Ella se quería dedicar a sus hijas y él tenía que atender sus obligaciones. Cada vez se veían menos y su relación se había ido enfriando. Cuando él visitaba Viveiro, Josefa estaba distante; cada vez más lejos. Ahora ya sabía por qué. Le era infiel, lo traicionaba con otro hombre. Las carcajadas de la gente en la torre de Andrade resonaban en su cabeza: se reían de él. Toda Gallaecia se reía de él. Aquella mujer lo había engañado; ella y su amante lo pagarían. Por la salvación de su alma lo pagarían. Al día siguiente ordenó al ejército moverse hacia la Coelleira.

-No te engaña, Bernardo -repetía el maestre.

Mientras, a su alrededor los soldados montaban los caños de hierro y hacían rampas para su embarque en las balsas. Se estaba preparando el ataque a la fortaleza de la Coelleira y Bernardo sabía córno hacerlo. Moriría

Librodot

mucha gente. Quizás ellos mismos no lo contasen.

-Entregadme a mi esposa y a su amante-reclamaba exaltado Bernardo-. Mi honra exige la venganza. Sólo la muerte me detendrá.

Miró hacia la isla; allí estaba su esposa infiel con su amante. Quizás estuviesen en el lecho. Los mataría; sólo eso borraría las carcajadas que a todas horas resonaban en su mente. No dormía, no comía, no tenía sosiego. Sólo oía las carcajadas de la gente que en todas partes se reía de él. Los nobles del castillo de los Andrade, los capitanes del ejército, las gentes de Viveiro, los pescadores, los labriegos; todos con los que se cruzaba lo sabían, por eso lo veían de aquella forma y a sus espaldas, se reían.

-Entregádmelos o, de lo contrario, iré yo por ellos -repitió Bernardo.

-Dadme un día de plazo -dijo el maestre tratando de ganar tiempo-. Mañana nos veremos de nuevo aquí en el embarcadero.

Había enviado aviso al señor de Avalle y necesitaba ganar varios días hasta que llegase.

-Os doy de plazo hasta la madrugada -concedió Bernardo-. Si al salir el sol no me los entregáis, asaltaré la fortaleza.

-Sabéis que vuestro ejército quedará diezmado en el ataque -le recordó el maestro.

-Y vos que la fortaleza quedará destruida -respondió Bernardo.

-Nos aniquilaremos mutuamente -le advirtió el maestre.

-Sí, pero mi alma descansará y mi honor quedará a salvo -contestó.

El maestre sabía que la batalla era inevitable. Nada convencería a Bernardo y él jamás entregaría a Josefa Murías.

Se dirigió a su barca.

-Maestro -oyó que le decía Bernardo con voz trémula-. ¿Quién es él? ¿Acaso uno de mis antiguos compañeros de armas?

Frey Conrado sintió que la pena le ahogaba el alma. No respondió. Siguió andando hacia la barca, saltó a ella y se alejó del embarcadero. Era de nuevo un trozo de la tierra que se iba a unir a la isla.

-Un mensajero del señor Monteforte de la Coelleira solicita veros urgentemente -anunció la sirvienta a Indalecio.

Supuso que serían noticias de Bernardo que se vendría hacia el sur. Cuando el mensajero entró, lo reconoció de haberlo visto en la Coelleira.

-Me envía el maestre Monteforte para que os diga que el señor de Quirós pretende atacar la fortaleza de la Coelleira -empezó bruscamente.

Indalecio pensó en los ejercicios de guerra y lo dijo.

-No es un ejercicio, es un ataque real -Insistió el enviado.

Le narró la situación. Raquel, tan pronto lo oyó, dispuso su viaje.

-Saldré para allí en este mismo momento. ¡Pobre Josefa! No creo que Bernardo se atreva.

-Sí se atreverá -dijo el templario-, está fuera de sí.

-No, tú no irás -dijo Indalecio mientras mandaba venir a Joseph, ahora capitán del destacamento de Compostella-. En tu estado no puedes viajar; además Bernardo no atiende a razones y menos de la hermana de Josefa Murías.

La situación era extrema. Todo se podía perder si no paraba aquello. Subió al despacho y escribió una orden, firmada y sellada. Cuando bajó, Joseph ya estaba allí.

-¿Reconocerían los capitanes y oficiales del ejército vuestra autoridad sobre el señor Quirós si yo lo ordeno?

-Sin ninguna duda, señor -contestó-, todos me conocen.

-Aquí tenéis una orden nombrándoos general del ejército en lugar del señor de Quirós. Ocupad el cargo, paralizad el ataque a la Coelleira y traed el ejército a Compostella. Que os acompañen todas las fuerzas que tenemos aquí. Para nuestra protección será suficiente con el retén de guardia. Apresuraos y llegad a tiempo de evitar la matanza. Todo depende de vos.

Indalecio y Raquel se quedaron con el alma en vilo. La vida de Josefa corría peligro y el ataque sería una catástrofe que supondría miles de muertos. Indalecio sabía que, de producirse, aquel ataque aniquilaría su ejército. Le parecía imposible que aquello pudiese estar pasando y que Bernardo fuese a destruir lo que más quería: su esposa y su ejército.

Pero así era.

Pasaron los siguientes días anhelando noticias de la Coelleira. Joseph y su ejército tardarían unos días en llegar, pero quizás el maestre enviase otro mensajero. No fue así.

Llegó sin embargo un mensajero de Estrasburgo. No había ni un superviviente de la casa de Constanzo. Habían muerto todos, aunque los cadáveres calcinados no pudieron ser reconocidos.

Librodot

El maestre de la encomienda de Estrasburgo le recalcaba que corrían peligro. No habían sido capaces de identificar a los asaltantes; no llevaban escudos de armas, ni signos distintivos; no identificaron su idioma, pues no había testigos de la batalla. Los que los vieron llegar sólo sabían que eran varios cientos y que llevaban armaduras, petos y cascos negros. Nada más. Se los había tragado la tierra.

Habían indagado en las Cortes reales del Imperio Germano, de Francia y en Aviñón. Nadie sabía nada de tal razzia. Al contrario, todos lo monarcas manifestaron su indignación y enviaron representantes al funeral.

La imagen de Blanca y Emmanuel, inmóviles delante de la casa blanca y negra permanecía en la mente de Indalecio. No había nada que pudiese haber hecho, pero tenía la sensación de culpa. Estaban allí, de pie, débiles e indefensos y él se había ido.

Su vida corría peligro desde hacía muchos años y no le importaba; le preocupaba Raquel.

-Debes irte a Portugal -le repitió.

-Ni hablar de eso. Seguiré aquí hasta el final.

No había nada que hacer, estaba decidida.

Las noticias del Temple de París no eran mejores. La orden templaria iba a ser acusada de herejía, de ritos satánicos y todo tipo de maleficios; aquel asalto resonaba en toda la Cristiandad. El rey de Francia seguía furioso; aún no había encontrado el tesoro.

Visitaría a Clermont, al que ya se había visto en Compostella, para tratar de averiguar algo más. Estaba seguro de que al haber estado en aquellos días cerca de Estrasburgo, algo sabría.

Al amanecer, una barca salió de la isla hacia el embarcadero.

Todas las miradas escudriñaron en la semioscuridad del alba para ver quiénes venían. Cuando la barca se acercó, comprobaron que el maestre venía sólo.

-Volved inmediatamente -le amenazó Bernardo-. Si os acercáis a tiro de flecha, dispararemos.

Una nube de flechas hizo manifiesta su intención. La barca del maestre viró en redondo mientras los soldados empezaban a embarcarse en las balsas. Una hora después toda la ría estaba llena de pequeñas embarcaciones, unas portando los caños de hierro y otras abarrotadas de hombres de la guerra. Dentro de la fortaleza los templarios también se aprestaban al combate.

Fue una batalla sin cuartel. Los caños de hierro disparaban sus bolas de fuego desde las balsas cercanas a la isla, arrancando almenas y abriendo boquetes en las murallas. Desde la fortaleza otros caños de hierro disparaban a las balsas que se acercaban a la isla; cada vez que acertaban a alguna, los alaridos de los soldados apagaban el estruendo de los caños de hierro. La esperanza del maestre de que los asaltantes no tuviesen bastante polvo de fuego fue vana. Durante años habían juntado más del necesario. Aquella precaución había resultado inútil.

Los soldados desembarcaron en la isla mientras los caños de hierro seguían cruzando sus disparos. Arqueros, flechas, silbidos de muerte, escalas sobre los muros de la fortaleza, soldados que entraban por la puerta reventada, ruido de espadas chocando, gritos, alaridos, órdenes... La batalla era desigual, pero los de dentro se resistían con bravura; no se rendían y cuerpo a cuerpo defendían las entradas de la torre decagonal. Los muros de la fortaleza aparecían derruidos por los disparos de los caños de hierro. El aceite ardía por el suelo. La resistencia se fue haciendo menor hasta que ninguno de los defensores quedó en pie.

-Todos muertos -le comunicó el capitán a Bernardo cuando éste entró en la fortaleza-. Ni un solo defensor oculto o herido.

-Solamente hemos necesitado dos días para tomarla. Y decían que era inexpugnable -afirmó Bernardo sin prestarle atención.

-Dos días y un ejército -respondió el capitán.

Pero a Bernardo no le importaba; sólo pensaba en su venganza.

-¿Habéis encontrado a mi esposa -preguntó.

No esperó por la respuesta; apresuró el paso hacia la torre y ordenó descerrajar las puertas: estaría allí escondida.

Recorrió las salas que conocía. No había más que códices y legajos; se adentró en las otras salas; recorrió todas las que fue encontrando: no quedaba nadie. Perdió la noción de en qué lugar de la torre estaba, corrió de una sala a otra; los encontraría aunque se escondiesen en el infierno. Pasó una eternidad, desesperado, vagando por aquel laberinto; se agotó subiendo y bajando a un ritmo frenético aquellas escaleras oscuras. Se encontró de nuevo en la puerta. Corrió hacia fuera y subió las escaleras exteriores: en ninguna sala de lectura había nadie. Volvió a entrar en la zona interior. Tenía que haber una zona aún más adentro de aquélla. Sabía que el maestre tenía acceso a una tercera torre interior. La buscó desesperadamente. Estarían allí dentro. Fue recorriendo como un poseso las salas interiores y contándolas. Perdió la cuenta; volvió a empezar, pero todas le parecieron iguales... El maestre se estaba riendo de él. Comprendió por qué no le dejaron conocer la torre; era un lugar para esconderse. Nunca los encontraría; el sudor le caía por la cara a chorros y le cubría los ojos. Se

Librodot

limpiaba con la mano; ni en mil años los encontraría allí. Siguió subiendo y bajando escaleras. Oyó unas voces; los habían descubierto. Las voces se fueron haciendo más audibles. Desenvainó su espada.

-Señor de Quirós -eran gritos llamándolo.

Se orientó por la dirección del sonido y chocó contra las paredes; respondió a las voces.

-¡Aquí!

Siempre encontraba paredes de piedra; las voces llegaban pero no había huecos; sólo paredes y escaleras; bajó las escaleras y volvió a encontrar una pared. Se angustió; lo llamaban desde algún sitio y allí estarían los traidores; los mataría con sus propias manos... Al final se encontró de nuevo en el patio. Un capitán se acercó.

-Hemos encontrado a doña Josefa Murías -le dijo.

Bernardo apretó con fiereza el puño de la espada y siguió al capitán. Atravesaron el patio; al lado del pozo, en el suelo, cubierto de sangre, estaba el cadáver de su mujer. Iba vestida de blanco y rojo, porque los Murías, allá en Fonte Sacra, eran parte de la familia del Temple. Cerca de ella, Gastón de la Tour yacía muerto con una tranquila expresión en el rostro.

Bernardo gritó como un animal acosado. Subió corriendo las escaleras que conducían a las almenas de la muralla y allí, mirando al mar, continuó gritando. Ya no pensaba, no discernía, no sentía, no veía. Sólo gritaba. No vio que el mar estaba rojo de la sangre de sus soldados. No se dio cuenta de que esta vez no era su imaginación la que volvía rojo un mar azul. No vio los cadáveres de miles de hombres que formaban una lengua entre la isla y la tierra. No vio que la muerte había cubierto su tierra. No vio nada. Sólo gritaba y corría.

Bajó de las murallas y tampoco escuchó al capitán que decía a sus lugartenientes:

-No está el cadáver del maestre Monteforte.

Atónitos, vieron a Bernardo salir de la fortaleza y correr por la isla gritando como un poseso.

-Recojamos los cadáveres y demos sepultura a los caballeros del Temple y a doña Josefa. Todos descansarán en la isla para siempre.

Iniciaron aquella cristiana tarea y no se dieron cuenta que una nube de humo salía de la torre decagonal; al poco rato era pasto de las llamas.

-Qué raro que arda una torre toda hecha en piedra -se extrañó el capitán.

Durante muchos años los gritos de Bernardo de Quirós corriendo por las calles de Viveiro les recordarían a los buenos hombres de aquellas tierras la batalla que había arrasado la fortaleza.

Pasaron los días. Llegaron las noticias de la Coelleira. Doña Josefa Murías y todos los caballeros de la fortaleza habían muerto en el ataque; el ejército había sido destruido. Don Bernardo vagaba enloquecido por la isla.

Raquel rompió a llorar; su hermana Josefa había muerto a manos de su propio marido.

Indalecio se sintió abatido. Aquello era el final de tantos sueños y de tantas ilusiones; la causa que habían levantado un día en las tierras de Lemos se había desmoronado en un ataque asesino de amigos contra amigos, en las tierras de la Coelleira. Tantos esfuerzos, tantos trabajos, tanto empeño y tanto dolor, acababan de quedar aniquilados en aquel trozo de mar que unía Viveiro y la isla Coelleira. Mares de sangre vertida inútilmente por la estupidez humana.

Recordó aquellas palabras de Clermont referidas a Gastón de la Tour, «el destino sabrá para qué»... vagaba por el mundo.

Ahora ya lo sabía, para ser la pieza que había destruido su ejército. A él le atribuían el amor de Josefa; cierto o falso, el destino se había cobrado su ejército y con él fracasaba su causa.

Joseph se haría cargo del resto del ejército superviviente y regresaría lo antes posible. Ya daba igual, pensaba Indalecio; había que volver a empezar de nuevo y él se sentía muy cansado. No tenía fuerzas para seguir. Por su mente fueron pasando los buenos y los malos momentos; su boda en Lemos, el bautizo de su hijo, las Cortes de Santiago, las de Lemos, la Coelleira, Estrasburgo, Toledo, la catedral; habían recuperado el orgullo de ser de Gallaecia y el mundo los había oído. Pero había tenido un alto coste; por el camino se habían quedado Cristina, el conde, Josefa, Constanzo, Blanca, Emmanuel; Bernardo enloquecido; y su hijo, Inés y Enric fuera de la tierra. Sólo continuaban allí Raquel y él. Demasiado costo por el orgullo, demasiado.

Los días siguientes, en medio del abatimiento, no fue capaz de aclarar sus ideas. Tantas cosas sin lógica y sin explicación lo tenían confuso. Siempre había sabido muy bien lo que tenía que hacer, pero en medio de aquel torbellino estaba perdido.

No entendía lo que había pasado. Se limitaba a recibir con pasividad los golpes que iban descargando en su gente más querida, sin saber ni de dónde provenían. Aquella rueda que giraba en todo el mundo tenía su eje allí, en la catedral de Compostella. Pero él no sabía nada más.

Otras veces habían sido otros los que intentaban ganar tiempo; ahora

era él el que lo necesitaba, aunque sólo fuera para sacar a sus amigos de aquella situación y para salvar a los suyos. Después otro cogería la antorcha y seguiría. Su tiempo se había acabado.

Esperaría la vuelta de Joseph y de Enric. Con los restos del ejército y con los nobles que, temiendo represalias, quisieran irse con ellos, se refugiarían en el castillo de Entenza, en sus dominios de Salvaterra. Allí, al lado de Portugal, estarían a salvo. Más adelante ya habría alguien que tomase el relevo.

El día 26 comieron temprano y fueron a dar un paseo mientras aguardaban la llegada de sus invitados. El Pedroso, el Sar, la catedral, los invitaban a la placidez; la serenidad de aquella tierra era capaz de transmitir a sus hijos la sensibilidad de la belleza. En su rostro moreno Raquel mostraba las marcas de la crueldad, de los odios y de las iras desatadas. No era capaz de sobreponerse. Sólo se animaba pensando en su hijo. Entonces se soltaba y volvía a vivir.

Pero pronto otra vez la cubría la sombra de su hermana.

Un soldado vino corriendo hacia ellos.

-Una multitud de gentes armadas, enardecidas y vociferantes avanzan hacia el pazo.

Indalecio, arrastrando a Raquel de la mano corrió hasta la casa y subió a la torre. Un nutrido grupo de soldados a caballo, con armaduras y petos negros, al frente de una multitud, marchaban hacia el pazo. No sabía quiénes eran, pero se disponían a atacarlos.

La situación era desesperada. Él apenas contaba con treinta guardias, y ellos eran más de cien, además de la turba que, portando armas, los acompañaba. Miró a Raquel y lamentó no haberla obligado a irse. Tenían que resistir hasta que acudiese ayuda; el ejército estaría ya cerca de Compostella.

Quizá llegase ese mismo día.

Observó cuidadosamente a los asaltantes. Estaban rodeando los muros del pazo. No querían que se escapasen. La caballería iba a entrar por la puerta principal, que tirarían con un ariete al primer intento; el pazo no era una fortificación militar.

Con frialdad calculó cuánto tiempo podían aguantar el asedio.

Quizá cuatro o cinco horas. Sólo tenían una posibilidad; que alguien saliera y fuese a pedir auxilio a Clermont, que podía movilizar inmediatamente doscientos hombres. No se fiaba del arzobispo.

-¿Sería capaz alguno de vuestros hombres de romper el cerco e ir en

busca de auxilio? -preguntó al capitán.

-Sí -contestó-, mi lugarteniente Rui, que es un gran jinete.

Indalecio le explicaba lo que tenía que hacer, cuando entre los árboles de la robleda, en medio de los soldados atacantes, le pareció ver una figura familiar; la observó con atención y se quedó helado; el corazón se le aceleró hasta martillearle la cabeza; no podía ser; tenía que haber visto mal; prestó atención de nuevo y esta vez ya no tuvo duda. De golpe lo entendió todo; fue como un relámpago que le hiciera ver la realidad que hasta entonces había estado oscura. Allí, entre la caballería asaltante, estaba Sergio Sande, dando instrucciones a aquellos soldados de escudos y corazas negros, como los que acompañaban a Clermont en Sornesons, cerca de Estrasburgo, y como los que habían atacado y dado muerte unos días después a Constanzo, a Blanca y a su hijo. Habían sido, también, soldados profesionales del asesinato los que habían matado a Cristina.

Se tuvo que apoyar en el alféizar de la ventana. La cercanía no le había dejado ver la realidad; Clermont estaba demasiado cerca y era demasiado noble, y eso lo había confundido. Los ruidos de la guerra lo devolvieron a la realidad.

-Vaya en busca del capitán Joseph, que acuda en nuestro auxilio y que cerque la casa del señor de Clermont. Él es quien nos quiere matar -dijo a Rui casi gritando.

-¿Cómo decís, señor? -preguntó estupefacto Rui, mirando con desesperación hacia su capitán.

Indalecio lo agarró del brazo y materialmente lo arrastró hasta la ventana.

-Son hombres del señor de Clermont -gritó señalando la robleda-, y allí está Sergio Sande, su administrador.

Lo vieron. Tampoco lo creían, pero estaba allí.

Traed el ejército aquí y sitiad la casa de Clermont, por los clavos de Cristo -volvió a gritar Indalecio.

Unos minutos después, un jinete saltaba la tapia, cruzaba por delante de unos sorprendidos guardias y escapaba galopando hacia la ruta que seguiría Joseph volviendo de la Coelleira.

Indalecio sabía que al salir su enviado, los atacarían inmediatamente para no dar tiempo a que llegasen refuerzos. Su ejército podría estar ya en las murallas de Compostella o a lo sumo a unas horas de camino. Tenían que aguantar. Arengó a sus hombres.

-Los refuerzos estarán aquí en unas horas -les prometió.

Librodot

Se apostaron en las ventanas esperando el primer asalto.

Indalecio se acercó a Raquel.

-Estáte siempre a mi lado. Nos pueden quitar la vida pero nunca nos robarán el orgullo ni el honor. Los que no son capaces de dar la cara tienen que enviar a sus asesinos emboscados contra nosotros. Nos encontrarán defendiendo nuestra causa y así nos recordarán siempre, Raquel, peleando a pecho descubierto, con la mirada limpia, en el dominio de las causas justas. Eso no nos lo quitarán. Y donde quiera que estemos desde hoy, recuerda siempre que te quiero, amor.

Se besaron, cuando ya los caballos galopaban hacia la casa, en medio de gritos y alaridos. Desde las ventanas los recibieron los silbidos de muerte de las flechas. Ruidos, voces, gritos, choques de armas, estrépito de la puerta de la casa al ser derribada, soldados con espadas desnudas que se hundían en los cuerpos. Indalecio no sabía cuánto tiempo había pasado; estaba bañado en sudor y completamente rojo de sangre. Habían rechazado la primera carga, pero habían quedado solamente media docena de hombres. El siguiente ataque sería fatal; seis contra cien no resistirían.

-Escapad si podéis -les dijo a sus hombres-. Dios os pagará la defensa que hoy habéis hecho. Aprovechad esta calma y ocultaos en el bosque hasta que oscurezca y podáis escapar.

-Permaneceremos aquí -contestaron.

-No hay nada que hacer, escapad, es una orden -gritó Indalecio.

Era un sacrificio inútil que sólo serviría para retrasar su muerte unos instantes.

Se acercó a la ventana de aquel salón donde descansaba Raquel.

Estaba más guapa que nunca. Ella y su hijo vivirían.

-Cuando entren levanta las manos y no ofrezcas resistencia -le pidió Indalecio-. Tienes que vivir y ver a nuestro hijo.

Háblale de mí y dile que te quería mucho...

Los gritos de los soldados que entraban en la casa lo hicieron volverse de un salto y proteger con su cuerpo a Raquel. Varios de ellos corrieron hacia él con las espadas en las manos; y mientras descargaban sus hierros con furia y sonaba el ruido seco del acero entrando en los cuerpos, oyó un silbido de muerte que ya conocía, seguido del golpe seco de la flecha destrozando las entrañas de Raquel, que se dobló y cayó al suelo. La furia lo enloqueció y deseó triturar el corazón de aquellos asesinos; sintió que le abrasaban un costado, un brazo. Un nuevo silbido de muerte y un nuevo

golpe seco en el cuerpo ya muerto de Raquel. Cayó al suelo desesperado, ella no viviría. La habían asesinado. Se arrastró hasta coger su mano y sintió el hierro que lo atravesaba abrasándole el pecho; no sentía dolor, sólo su mano. Los habían matado, pero se iban juntos, llenos de amor y de orgullo. Su honra y su honor seguirían en el mundo y nadie se los quitaría nunca. No podía respirar, no veía.

Oyó unas voces lejanas.

-Todos muertos. Los que huyeron también.

-Está bien.

Reconoció la voz de Sergio Sande.

-Sí, todo ha salido bien -dijo otra voz que le pareció la de Osorio.

Juntó todas sus fuerzas y abrió los ojos; entre la sangre que le resbalaba por el rostro pudo ver, desfiguradas, las siluetas de Suárez de Deza, Sarmiento, Osorio y Fermín.

-Ahí están los dos adúlteros asesinos de doña Cristina de Lemos -decía Sergio-. La asesinaron para poder dar rienda suelta a su pasión. Lo llevó a cabo esa mala mujer, simulando un ataque al de Avalle para justificarse. Pero se aseguraron que a él no le pasase nada. Doña Cristina está vengada y don Indalecio de Avalle y doña Raquel Murías serán maldecidos por su crimen terrible por todas las gentes de Gallaecia, por siempre.

El horror invadió el alma de Indalecio. Les quitaban la vida y les robaban el honor. No les bastaba con matarlos, querían destruir su memoria con la calumnia más horrorosa. Ya al borde de la muerte, deseó no haber nacido, porque aquella ignominiosa mentira sería su herencia al mundo por toda la eternidad. El legado de su apellido y el de Raquel sería tan terrible, que toda Gallaecia los maldeciría. No podía haber un Dios que admitiera que aquel horror cruel e infinito quedase impune. No podía haber un Dios que permitiese que los autores de muertes y calumnias viviesen libres y muriesen sin castigo.

No podía haber un Dios que tolerara aquella calumnia del diablo.

Quería apretar la mano de Raquel para decirle que se librase del horror, pero ya no la sentía. Se sintió apagar, se dormía.

Un súbito relámpago le iluminó la mente: ¡allí estaba la Dama y le hablaba!, ¡aquello era lo que le decía la Dama Bafomética de la catedral de Santiago! Era aquella, como no se había dado cuenta..., y le decía lo que estaba sucediendo; la muerte y la calumnia. Era la mujer con la calavera. El pasado, en la calavera y la muerte, y el futuro, en la fertilidad de la dama que engendraría a sus hijos, se unían en la piedra. Aquella era la Dama que unía el pasado y el futuro en la eternidad de la roca de granito esculpida.

Las fuerzas del mal no querían que el mundo la viese y la conociese y con la calumnia de la esposa infiel y la calavera de su amante, trataban de ocultarla. Con la calumnia transformaban aquel símbolo eterno en la sombra de la degradación y el escarnio. Juntaban la muerte y la calumnia. Ese era el mensaje que la Dama le reservara durante siglos. Igual que él había descubierto la verdad de la Dama, otros descubrirían la suya y la contarían al mundo. Se sabría que aquello era una calumnia. Se sabría quién había asesinado a Cristina. Se sabría de su causa justa. Su honor quedaría incólume y sus apellidos serían respetados por las gentes. Sus descendientes llevarían la frente alta. Sintió la mano de Raquel en la suya; sintió el amor y la dulzura del sueño que lo iba envolviendo mientras, juntos, traspasaban el pórtico. A lo lejos las voces seguían en el reino del infundio, «los asesinos no serán enterrados en camposanto… ».

Enric y su guardia avistaban Santiago desde el monte Milladoiro cuando la tarde ya empezaba a declinar y la oscuridad avanzaba desde levante. Se acordaba de la magia con que aquella tierra lo había recibido doce años antes, allá en el río Sil y de la ilusión que había entrado en su vida cuando, en aquella ventana del castillo de Lemos, había visto por primera vez a Inés. Doce años junto a ella. Habían sido como aquella tierra mágica y maldita, que era capaz de infundir a sus hombres los más altos valores del honor, pero también de hacer que se comportasen siguiendo sus más bajas pasiones. Así era Gallaecia, donde él había decidido vivir el resto de sus días y aun morir. Así se lo había dicho a Inés cuando, al despedirse en Vilanova da Cerveira, le preguntó si quería que se quedase.

-Sí -fue la respuesta-, con toda mi alma, sí -le había dicho desde aquellos ojos azules limpios.

-Cuando todo esto termine, volveré a buscarte.

-Vive para hacerlo.

Sus hombres le señalaron una columna de humo que salía del pazo de Santa Susana. No era de quema de rastrojos; la humareda era intensa. Apuraron el paso. Cuando se acercaban y el olor a quemado era ya intenso, se cruzaron con unos labriegos que corrían alejándose de allí. Los reconocieron.

Trabajaban en las fincas del pazo.

-¿Qué es ese fuego? -preguntó Enric.

-¡Ay, señor! Han matado a don Indalecio y a doña Raquel. Han invadido el pazo y los han asesinado a todos. Nadie se ha salvado -decían en con voz lastimera-. Toda Compostella se esconde en sus casas por el miedo a lo que está pasando.

Enric puso su caballo al galope y, desde la cercanía, pudo ver que la lucha ya había acabado; una multitud de soldados con corazas negras se

movían indolentemente por el patio del pazo.

Poco podrían hacer ellos que eran siete; sintió la angustia de la impotencia. Allí dentro, preso o muerto, estaría Indalecio y él no podía hacer nada. Si los veían no tendrían ninguna posibilidad. Había que buscar ayuda; el ejército no estaba en su campamento, ya lo había notado desde el Milladoiro.

Acudiría a casa de Clermont, que disponía de tropas.

Hicieron el camino con sigilo, pero apresurando el paso, atentos a cualquier emboscada. La ciudad estaba desierta y en silencio. Las voces que se oían en el pazo ya no resonaban en las calles de Compostella; sólo se escuchaban los cascos de sus caballos en las calles empedradas de la ciudad. Cuando llegaron ante la puerta de la casa de Clermont, Enric sintió la misma sensación que en la barca, cuando cruzara por primera vez el río Sil, y cuando llegara a las murallas del castillo de Lemos. Se volvió y notó que, desde el tímpano de la puerta meridional de la catedral, lo observaban; no sabía quién ni cómo, pero desde el friso lo observaban. La piedra y la oscuridad se cernían sobre él desde aquella figura en lo alto.

La Dama lo miraba. Sintió miedo. Recordó veinticinco años atrás. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Quiso echarse a correr y huir de allí...

La puerta se abrió y Denis de Languedoc apareció en el dintel.

-El señor de Clermont os espera, Enric de Westfalia -dijo.

Rui cabalgó evitando el centro de Compostella y se alejó dirigiéndose hacia Lavacolla. A medida que subía la ladera de aquella loma y no divisaba el ejército, su esperanza de poder auxiliar a los del pazo se desvanecía. Cuando alcanzaba la cima sabía que si no los encontraba allí, ya no habría ninguna esperanza. Su alegría fue infinita cuando, ya arriba, ascendiendo por la otra ladera, vio a la caballería del ejército. Descendió a galope tendido; Joseph se adelantó a su encuentro.

-Están atacando a don Indalecio en el pazo -gritó-, cien hombres a caballo y cientos a pie.

Joseph ordenó lanzar los caballos al galope; estaban muy cansados, pero tenían que recorrer las tres leguas que restaban hasta Compostella como una exhalación.

-Las vidas de don Indalecio y de los nuestros están en peligro.

Cabalgaron como diablos; atravesaron por el centro de la ciudad pasando por delante del pórtico de la Gloria. Desde su pedestal Daniel les sonreía. Cuando llegaron al pazo, se quedaron horrorizados. Todo era muerte y desolación, sangre y fuego; allí estaban los cuerpos destrozados de don Indalecio y doña Raquel; guardias muertos por doquier... Sus

Librodot

compañeros, sus amigos, todos inertes en charcos de sangre en los que los pies chapoteaban. El pazo era un gran templo de la muerte. El fuego había prendido en los alpendres y el humo no dejaba ver bien la casa, ahora ya a oscuras. El horror y el dolor dejaron pronto paso a la ira y a la furia. A las frases sordas de espanto, siguieron los rugidos de ira y los gritos clamando venganza.

-¡El señor de Clermont! -bramó Joseph-. Don Indalecio nos ordenó prender y matar al asesino, ¡el señor de Clermont!

Montaron a caballo e iniciaron un desenfrenado galope hacia la plaza de las Platerías, en la puerta sur de la catedral.

-¡Pagará por sus crímenes! -gritaba Rui.

Enric fue conducido a la sala donde lo esperaba el dueño de la casa. Estaba escribiendo. Irradiaba la dignidad y el respeto de siempre. Su rostro, entristecido, permanecía sereno.

-¡Han prendido y quizás asesinado al señor de Avalle y a doña Raquel! -le anunció Enric convulso-. Debemos ir prontos a su rescate, ¡pueden estar con vida!

-Calmaos; ya no hay nada que podamos hacer -le intentó tranquilizar Clermont mientras seguía escribiendo.

-¿Están muertos? -interrumpió angustiado Enric.

Clermont continuó redactando la misiva; cuando hubo concluido, la entregó doblada y sellada con lacre, a Denis de Languedoc.

-Esta es la verdad -dijo a Enric-, y Denis sabrá llevarla a su destino.

-¿Están muertos? -volvió a preguntar Enric.

-Las fuerzas del mal se han desatado y ya no se volverán a calmar en la larga noche de los siglos; «y cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión y saldrá a engañar a las naciones». Es la palabra de los elegidos y se cumplirá.

No hay nada que podamos hacer. Las pasiones de los hombres se desataron sedientas de sangre y beberán de ella hasta que estén exhaustos. Nada los detendrá. Allá en el Gólgota mataron a Cristo y ahora se matan ellos mismos. Vendrán la guerra y la muerte, se acrecentará la ira, se enseñoreará la soberbia y las furias cabalgarán por el mundo sembrando la destrucción.

Reinará el horror, peor aún que la muerte, esclavizando la voluntad de los hombres. El infierno cubrirá la tierra, las naciones se destruirán entre ellas y el espanto de las almas durará toda la eternidad de la vida... Hasta

que vuelva el milenio y cubra al Betilo. Vos lo visteis, señor de Westfalia.

Fuera de la casa se oían ruidos de cascos de caballos y gritos de hombres que golpeaban las puertas con sus armas. Eran soldados llenos de rabia y furia que no significaban nada.

-¿Quiénes son? -preguntó Enric alarmado.

-Las fuerzas del mal que vienen a buscarnos -dijo Clermont poniéndose en pie e indicando con un gesto a Enric que lo siguiese.

Se dirigió a aquella la sala decagonal de gruesas paredes y abrió su pesada puerta de hierro. Enric lo siguió por aquella laberíntica sucesión de muros de piedra. Bajaron por una escalera que partía de una gran abertura en el suelo y entraron, por la bóveda, en una gran cripta; las escaleras bajaban pegadas a la pared. Abajo en el centro, sobre unos pilares de madera y rodeada de antorchas, Enric vio una piedra negra, circular, de braza y media de diámetro y de una cuarta de grosor. Se acercó lentamente, precedido por Clermont y sintió un escalofrío.

-¿La reconocéis? -pregunto Clermont.

Por supuesto; aquella piedra con la Señora esculpida en el centro y con los signos grabados a sus pies, en forma de cruz con las letras N y E en sus extremos, el semicírculo, el vértice y los triángulos, estaba en el principio de su vida templaría. Nunca la había olvidado.

-¿Recordáis dónde la visteis y lo que pasó?

Enric palideció. Recordaba la incursión que aquellos pocos jóvenes y arriesgados templarios habían realizado en las tierras que los cruzados querían conquistar. Dirigía la misión el experimentado templario Bertrán de Clermont, que ya llevaba más de veinte años combatiendo en la cruzada. Había participado en las más peligrosas misiones y nunca había sido ni siquiera herido. «Mi fe me protege», decía. Era un hombre respetado. Aun los reyes y los grandes generales lo escuchaban. Infundía seguridad. Parecía indestructible. Por eso ellos, jóvenes a los que doblaba en edad y experiencia, lo habían seguido en aquella temeraria empresa. Cruzaron las líneas enemigas sin ser vistos y se adentraron en territorio infiel. Clermont sabía a donde iba; no dudaba. Los condujo hacia una loma, en la que había una gruta y dentro un sepulcro. Aquella piedra que ahora tenía delante cubría la tumba. «Esta es», había dicho Clermont. «Hemos tardado siglos en encontrarla, pero ahí está», dijo tocándola. Ninguno le preguntó nada. Todos sabían de qué hablaba. Se quedaron en silencio, roto por los gritos de los sarracenos que los habían descubierto y que caían sobre ellos en tropel. Se defendieron, pero pronto solamente quedaron ellos dos en pie. Sin saber cómo, Enric se encontró al lado de su caballo; miró hacia la gruta, donde Clermont se defendía con fiereza. Oyó cómo lo llamaba, «¡Enric aquí!». Dudó qué hacer; y cuando se dio cuenta huía al galope de aquel lugar. Todavía tuvo tiempo de oír cómo Clermont lo seguía llamándo, «¡Enric, aquí!».

Librodot

Veinticinco años después, en aquella casa, a la sombra de la catedral de Compostella, lo había vuelto a encontrar. El pasado había vuelto a revivir en aquella cena, poniéndole delante a Bertrán de Clermont, exactamente igual que lo dejara abandonado veinticinco años atrás.

Y ahora de nuevo ellos dos solos, delante de aquella piedra; para él habían pasado veinticinco años, en los que cada noche se avergonzaba de su cobardía, mientras que para Clermont había pasado un segundo. Enric lo miró fijamente. Clermont parecía permanecer aún en aquel momento, cuando en la gruta habían hallado la tumba y el Betilo negro. El tiempo no contaba para él.

Clermont lo cogió del brazo y suavemente puso su mano sobre el Betilo.

-Ahora tenéis que volver a decidir, Enric de Westfalia -le dijo-, podéis quedaros aquí con los vuestros o podéis veniros conmigo. Os necesito para continuar mi tarea.

Los demonios del pasado se volvían a poner delante de él.

Sintió terror. Tenía que volver a decidir, pero ahora la decisión era más cruel. No tendría dudas en elegir entre la vida y la muerte. Eso sería fácil y esta vez no se equivocaría. Pero la elección era entre quedarse y reparar su error, o volver a encontrarse con Inés. Sólo serían uno o dos años, se repetía para darse valor, pero sabía que la decisión era para siempre.

Vio los ojos de Inés y recordó tantas noches eternas sin sueño. No soportaba renunciar a ella, pero si no lo hacía, su alma jamás volvería a estar en paz. Se acordó de la Dama de la puerta sur de la catedral. Salvaría su conciencia del horror.

-Iré con vos -contestó.

Los caballeros que estaban en la casa entraron en la cripta y taparon la entrada con una losa.

-Tardarán más de un día en encontrar la cripta.

Cargaron, con todo el cuidado, el Betilo negro circular encima de unos gruesos tablones y entre varios hombres lo levantaron.

Clermont, que dirigía la operación como si la tuviese bien estudiada, se dirigió a una puerta que había en un extremo de la cripta y la abrió. Delante de ellos apareció un túnel.

Entraron en él y recorrieron unas treinta brazas; allí confluyeron con otro túnel aún más amplio, que parecía no tener fin. Enric se dio cuenta de que estaban en aquellos conductos que habían construido para las aguas. Al cabo de un rato se encontraron fuera de las murallas, al aire libre. Dos

templarios, con un tiro de caballos con un armón y varios caballos ensillados, los esperaban. Subieron el Betilo al armón y montaron.

-¿Mantenéis vuestra decisión? -preguntó Clermont.

-Sí -respondió Enric.

-Despedíos de los vuestros -le dijo Clermont mientras ponía su caballo al trote hacia el oeste.

Todos lo siguieron, a excepción de Denis de Languedoc, que partió en dirección al este.

-Nos veremos dentro de un año en Vilanova da Cerveira -le dijo Enric a sus hombres-; decídselo así a doña Inés.

Cuando se incorporó a la comitiva, se dio cuenta de la dirección en que iban. Hacia el mar.

-¿Vamos hacia el oeste? -preguntó extrañado.

-Sí -dijo Clermont, que no se separaba del armón que transportaba el Betilo. Cabalgaron toda la noche, portando antorchas. Al día siguiente, llegaban a la villa de Finisterre. Las gentes del pueblo no se extrañaron de la llegada de aquellos caballeros; los esperaban desde que unos días antes, con sus barcas, cargaran en el barco fondeado en la ría todos aquellos barriles de vino. Pesaban como si estuviesen llenos de metal en vez de líquido. Les habían pagado muy bien para que fuesen muy cuidadosos y no se rompiese ninguno. Les habían pagado tanto, que pensaron que quizá no fuese vino, pero eso no era cosa de ellos. Sí que les había extrañado que también les pagasen espléndidamente por cargar aquel armón, que transportaba una piedra negra plana, parecida a la rueda de un molino; pero tampoco era cosa de ellos.

Cuando hubieron concluido la carga, Clermont llamó a Enric, y bajando de la grupa de su caballo dos pequeñas cajas de hierro, de las que asomaban dos cuerdas muy cortas, se las dio.

-Atároslas al pecho y no dejéis que se mojen -le ordenó.

Enric obedeció.

-¿Qué contienen? -preguntó.

-Polvo de fuego -respondió Clermont mirándole a los ojos; Enric apartó la mirada.

Subieron a bordo. Levaron el ancla y desplegaron las velas, mientras una espesa niebla iba cubriendo toda la ría.

-Rumbo a las tierras de san Barandán -ordenó Clermont al navegante, mientras los remeros bogaban para mover el barco.

Mar y viento estaban encalmados y las velas caían flácidas.

Las gentes del pueblo vieron como el barco, movido por los remos, desaparecía en la niebla, empequeñecido por la silueta amenazadora del cabo del fin del mundo. Transcurrido un buen rato, oyeron dos truenos. Aquellos marineros del Finisterre se extrañaron, porque no había tormenta.

Cuando Nogaret se dio cuenta de que lo habían engañado ya era tarde. El tesoro había salido del Temple mucho antes de lo que les habían hecho creer y ya estaba fuera de Francia. Estuvo escondido en Roncesvalles, a la vista de todo el mundo, en aquella concavidad, durante varios meses. Desde allí lo habían llevado hasta algún puerto del Atlántico y lo habían embarcado hacia las tierras de san Barandán, donde creían que estaría a salvo. Trató de recuperarlo.

Envió a sus agentes a cubrir los puertos de las tierras de Irlanda, pero el barco nunca fue avistado. Le habían ganado. El rey de Francia no se lo perdonó nunca.

Unos años después, Clemente V ordenaba al arzobispo de Compostella que procediera contra el Temple, al tiempo que el concilio de Vienne suspendía la orden.

En 1314, Jacques de Molay fue declarado culpable y condenado a morir en la hoguera. Antes de morir, ya en la pira, gritó su inocencia, EL REGRESO DE LA ELIPSE «voy a morir, Dios sabe que injustamente», y encarándose con los que presenciaban la ejecución, profetizó, «Clemente V, Papa, yo os emplazo ante Dios en cuarenta días y a vos Felipe, Rey de los francos, antes de un año...».

Treinta y tres días después de la muerte del Gran Maestre del Temple, fallecía Clemente V de una infección intestinal. Ocho meses después, en noviembre de 1314, paralítico tras ser derribado por su caballo, fallecía el Rey de Francia, Felipe IV el Hermoso. La maldición de Molay se había cumplido.

Inés de Lemos salía cada mañana a las murallas de Vilanova da Cerveira para ver aquel río Miño que les había dado la fuerza durante tantos años. En la otra orilla, tan cerca, pero infinitamente lejos, estaban las tierras que en otra época habían cabalgado el conde de Lemos, Indalecio de Avalle y su hija Cristina, junto a Raquel y, Josefa Murías, Bernardo de Quirós y Enric de Westfalia. Durante siete años había esperado todos los días que Enric llegase. Ahora, cuando su nieto ya cumplía los diecisiete y se disponía a cruzar el río para tomar posesión de las tierras de su padre, ella sabía que Enric jamás volvería. Cabalgaba con los demás por las verdes montañas redondeadas por el tiempo, detrás del pórtico de la Gloria.

Librodot

SEGUNDA PARTE

Librodot

13. UN BARCO EN LLAMAS EN FINISTERRE

El señor Bohl estaba inquieto; siempre había sido persona calmada, pero sus idas y venidas de un lado a otro del despacho ponían de manifiesto una gran excitación. Llevaba casi un cuarto de hora paseando apresuradamente por el despacho sin decir ni una sola palabra. De vez en cuando se detenía frente a la gran ventana desde la que se veía el centro de Estrasburgo, para pronto volver a recorrer el despacho de arriba abajo.

El señor Bohl presidía el Consejo de Cultura. Se dedicaban a la recuperación de obras de arte, archivos históricos, excavaciones arqueológicas y reconstrucción de castillos y fortalezas medievales. Tenían un especial interés en la Baja Edad Media, siglos X a XIV. Rastreaban documentos en cientos de bibliotecas, desde las más conocidas, como la del Vaticano o la de la Sorbona en París, hasta las privadas de coleccionistas o de familias, heredadas de sus antepasados.

Códices, papiros, pergaminos... eran estudiados con la mayor atención.

Estaba, además, la red de informadores. La integraban expertos que elaboraban informes sobre cualquier documento, excavación o hallazgo que se produjese. Solían ser profesores de universidad, generalmente de Historia medieval, y responsables de archivos y bibliotecas. Estaban orgullosos de poder afirmar que en toda Europa no se producía ni un solo hallazgo arqueológico, bibliográfico o de cualquier tipo, del que ellos no tuviesen conocimiento inmediato. Incluso muchas veces enviaban sus equipos de expertos para cooperar en los trabajos.

Aquella mañana de invierno, Bohl reconocía estar muy alterado.

Lo que Peres había puesto delante de él le había interesado sobremanera. Era muy prometedor, tanto que, después de siglos de búsqueda, resultaba casi inverosímil. Sus sueños corrían libres.

Desde la ventana veía la catedral y la imaginaba a principios del siglo XIV, en plena construcción, con los albañiles y escultores en frenética carrera para subirla hasta las nubes.

Peres lo había trasladado a aquella época.

-Fíjese, señor Bohl; lea, -le había dicho poniéndole delante unos periódicos.

Era algo relativo a un naufragio.

-¿Qué es lo que tiene de interesante? -había preguntado.

Peres había desplegado, entonces, un mapa de Europa y había trazado tres círculos.

-¿No le dicen nada?

Sí, claro que le decían.

-Finisterre, la Coelleira y Cherburgo.

-Un naufragio y un barco que hace el viaje desde Finisterre a la Coelleira y a Cherburgo -dijo Peres señalando la ruta en el mapa.

Bohl aún seguía dando paseos por el despacho. Casualidades y coincidencias, pensaba. Se sentó y releyó atentamente los periódicos.

-Un barco cargado con unos barriles recorre en este momento la ruta inversa a la que, hace setecientos años, hiciera aquel navío templario antes de desaparecer como si se lo tragase la Gran Catarata del fin del mundo, con unos barriles que contenían los tesoros del Temple -dijo Bohl pensando en voz alta-. Sí que es una casualidad.

Cualquiera daría media vida por descubrir aquellos tesoros.

Pero para ellos era aun más importante recuperar el Betilo. Querían encontrar los tesoros del Temple, saber qué había pasado en aquel periodo previo al papado de Aviñón, cuando varios reinos habían intentado la unidad de Europa. Pero sobre todo querían recuperar el Betilo.

-Fíjese en el nombre del barco que hizo el trayecto -insistió Peres-, El galerno.

Bohl, buscó entre los recortes. Efectivamente, era El galerno.

-Otra casualidad -dijo-. El viento y El galerno. La verdad, no sé qué pensar.

Volvió a ponerse en pie frente a la ventana; la catedral resultaba imponente; cada vez le infundía más respeto. Durante siglos habían ido recuperando libros, cartas, otorgamientos, documentos de órdenes... Había sido una ardua tarea que les había permitido conocer mucho de lo que había ocurrido en la Europa del Temple, en el Vaticano, en Estrasburgo, en París y en Compostela en el cambio del milenio. Pero nunca habían sabido de El

viento. Había zarpado de Finisterre hacia las costas del sur de Irlanda y nunca había llegado a su destino.

Creían que sus tripulantes habrían alterado sus planes, arribando a otro lugar. Pero nunca se encontró rastro alguno.

En ningún lugar de Europa o del norte de Africa apareció nunca ninguna pieza de aquel tesoro. Estaban seguros de que El viento no había naufragado. Su tripulación la componían los más experimentados marinos de la flota templaria, que conocían aquellas aguas como su casa. De hecho era su casa. «Se los habrá tragado la tierra, no el mar», siempre decían.

-Parece una casualidad casi cabalística. ¿Quién nos puso en la pista? -preguntó Bohl.

-La señora Martín. Nos dijo además que deberíamos hablar con un profesor de la Universidad de Compostela que sigue muy de cerca este caso.

El rostro de Bohl se contrajo aún más.

-Pide toda la información que sea preciso. Quiero conocer hasta el último detalle de lo referente a este naufragio. Todo. Este asunto es de la máxima importancia.

Al día siguiente tuvieron noticias. El galerno había arribado a Cherburgo. Ni siquiera había atracado; fondeó en la entrada y zarpó. Desde allí se había dirigido a Rotterdam, donde había dejado su cargamento. Ni rastro de la carga El viento. Nada.

Simplemente una nueva casualidad.

Bohl pasó todo el día inquieto. No podía dejar de pensar en todo aquello. Si lo meditaba fríamente, era consciente de que en realidad no había nada. Pero no conseguía quitárselo de la cabeza. Era como una atracción mágica. Además había sido la señora Martín quien los había puesto en la pista, y ella no solía equivocarse.

Todo parecía aclarado, El galerno no transportaba nada que tuviera relación con lo que ellos buscaban. Pero no quería dejar ningún cabo sin atar. Recabarían mas información.

«Del más allá del Finisterre», les habían dicho en la zona, llegaban siglos atrás las huestes que asolaban estas tierras.

Esta vez llegó un barco en llamas. El barco se había descuidado cuando aquel mar se despertó y le recordó su fuerza. Las olas barrieron la cubierta y el fuego y el mar se juntaron en la desolación y la muerte. El barco quedó atrapado en las costas de Finisterre.

Sólo eran casualidades. Y sólo Dios sabía cuándo encontrarían lo que

Librodot

estaban buscando. Aquella vez tampoco había sido. De todos modos, Bohl decidió informar al Consejo, que el día siguiente celebraría su primera reunión del año.

El Consejo de Cultura se componía de un presidente y doce miembros. Gentes de diferentes países de Europa, del mundo de la política, de la cultura, de la universidad..., que tenían en común su bonhomía y su deseo de una Europa sin miseria y sin guerra. Otros lo habían intentado antes y habían fracasado.

Ellos creían que esta vez se conseguiría. Muchos países y muchas gentes lo querían así. El Consejo, al igual que muchos otros, compartía esta causa, pero su objetivo final era la búsqueda de aquel barco y su carga, desaparecidos hacía casi siete siglos.

Sus orígenes se remontaban a casi seiscientos años atrás, en el Papado de Martín V, cuando, concluido el Cisma de Aviñón, el Papa había vuelto al Vaticano. En los documentos nada se decía sobre quién lo había fundado; figuraba «la señora», que había donado los bienes para su funcionamiento y convocado a sus miembros. Su primer presidente había sido el cardenal Roncaglia.

En aquel tiempo se llamaba Consejo de Caridad y hundía sus raíces en aquel grupo de hombres sabios que habían querido evitar que Occidente se desangrase durante mil años; muchos de ellos habían tenido muertes violentas. Durante los últimos cinco siglos ellos habían continuado aquella tarea sabiendo que algún día encontrarían su legado.

Bohl entró en la sala de juntas por la puerta que comunicaba con su despacho. En torno a aquella mesa de caoba rojiza, que había visto el primer consejo quinientos sesenta y un años antes, de pie, ocupando sus sitios, lo esperaban los doce hombres y mujeres que componían el Consejo. Se sentó y los demás hicieron lo mismo.

-Quiero contarles algo que nos ha llamado la atención, y aun cuando ya sabemos que no guarda relación alguna con nuestra búsqueda, todavía sigo dándole vueltas.

Al narrar la historia, Bohl comprobó que no era aquél un caso aislado; los miembros del Consejo siguieron sus palabras con gran atención. Cuando terminó, nadie dijo nada. Permanecieron en silencio un largo rato. Aquello les había impresionado.

Trataron los asuntos del día, pero su pensamiento estaba lejos de allí, en un barco que había viajado hacía siete siglos y otro que lo había hecho la semana anterior. Iban a levantar la sesión, cuando el señor Campalinaud levantó la mano.

-El señor Campalinaud tiene la palabra.

Librodot

-¿Qué va a usted a hacer? -preguntó.

No necesitaba explicar a qué se refería. Bohl los miró a todos.

-No sé qué más puedo hacer -respondió encogiéndose de hombros.

-Pues yo creo que hay muchas cosas que se pueden y se deben hacer -objetó Campalinaud-. Basta con ver nuestras caras cuando oímos su narración para saber que todos creemos que es más que una casualidad. Algo hay en todo esto que no somos capaces de entender, pero creo que estamos tras la pista de El viento.

-Yo opino lo mismo -afirmó la señora Nessi-. El instinto me dice que tras esto está El viento. Es cierto que no lo esperábamos de esta forma casi cabalística. Pero si estas son las circunstancias, hay que adaptarse a ellas. Debemos averiguar todo lo relativo a ese naufragio.

El asentimiento fue general. Decidieron empezar entrevistándose con aquel profesor de la Universidad de Compostela del que les hablara la señora Martín. Recabaron sus datos. En las veinte líneas que contenía la respuesta, aparecía un nombre subrayado, Indalecio Avalle. En verdad estaban tras la pista.

No fue difícil coincidir con él. Además del mar, su pasión era la historia. Su amistad con Cléves, profesor de Historia en la Universidad de Lovaina, gran conocedor de Felipe II y de la guerra de Flandes, fue de gran utilidad.

Se reunirían en Estrasburgo. Cenarían en aquel restaurante blanco y negro, de madera y cal, que hacía esquina en la plaza de la catedral. Cléves acudiría acompañado de dos buenos amigos, el señor Bohl, profesor de Historia en la Universidad de Estrasburgo y la señora Nessi, documentalista de la Universidad de Bolonia.

La plaza, iluminada con luces de color ámbar, estaba desierta.

El intenso frío había congelado la piedra y la luz. Nadie transitaría por allí. Charlaron animadamente. Bohl lo sabía todo sobre la Europa del papado de Aviñón.

-Una época en la que la ambición sin límites de un rey y un Papa impidieron que fraguase una liga de reinos europeos que hubiese cambiado la historia.

A Indalecio aquello le apasionaba; «no se puede entender a un pueblo sin conocer su historia», escuchaba decir a Bohl.

Pasaron horas hablando del nuevo espíritu de Occidente, de la nueva Europa, de la unión pacífica de los pueblos. Lo que siglos atrás había sido un sueño, ahora cobraba forma.

-He leído -comentó a los postres Nessi- que un barco naufragó en las costas de Galicia y que fue preciso evacuar la población de sus inmediaciones. Fue en Finisterre, el terrible cabo del fin del mundo, ¿no?

-Sí, fue un naufragio muy aparatoso -contestó.

-Por lo que he leído, debió de ser un suceso repleto de tensiones. Háblenos de él -le pidió Nessi.

-Creo que les aburriría.

-No -dijo su anfitrión belga-, por lo que yo sé fue un hecho extraordinario.

Bohl insistió también dando muestras de gran interés.

-La historia comenzó en diciembre, cuando un barco embarrancaba en Finisterre. Pronto se supo de él. El casón, en ruta de Rotterdam a Japón. Cuando navegaba por delante de las costas de Galicia, el temporal, con su fuerza imparable, lo abatió contra la costa. Habían despreciado al dios Atlántico, que no tuvo conmiseración. Su furia aquella noche era incontenible. Nada se pudo hacer. Embarrancó en los arrecifes, justo al pie del cabo del fin del mundo. Las gentes de la Costa de la Muerte, que saben de la fiereza de su mar, aquella noche vieron su espuma blanca y supieron que era mejor no contrariarlo; se quedaron al abrigo. El casón, que no lo sabía, acabo allí, cuan largo era, clavado en las rocas y desafiando al mar.

Los intentos de ponerlo a flote resultaron infructuosos. Los rompientes del Finisterre lo habían mordido y ya nunca más lo iban a soltar. Se salvó una parte de la carga, unos bidones que se apilaron en el muelle. Pero la gente los miraba con recelo.

Venían del barco de fuego. La tensión flotaba en el ambiente y de nada sirvió que se asegurase que eran inocuos. El temor había cundido y ya no se podía disipar.

Se convirtieron en una carga maldita. Cuando se quiso retirar de allí a un viejo cuartel en Fonsagrada, las campanas de todas las iglesias del camino rompieron a tocar a rebato. La gente salió a la calle. No pasarían por allí. Los apedrearían. Eran la lepra del siglo XX. Pero al igual que los leprosos mil años antes, tenían que caminar sin parar, aquella carga inició su camino.

El viento y las olas trajeron el fuego. El barco embarrancado había empezado a arder y semejaba una bola de fuego. Lanzaba llamaradas que subiendo por encima del palo mayor querían llegar más alto que el monte. Se convirtió en una inmensa antorcha que en la noche hizo el día. Era una visión infernal. El mar se embravecía, las llamas se enfurecían. El Finisterre parecía la sima del averno. Eran los milagros de la química; del nitrato de plata y del agua de mar salía el fuego. Era la fragua de Neptuno, que había

ocupado aquella noche el lugar de Vulcano.

Eran el mar y el fuego.

El temor surtió efecto. Alguien, ni siquiera se sabe muy bien quién, ordenó la evacuación. La imaginación de algunos vio una nube que a los pocos minutos ya cubría pueblos a cientos de kilómetros. La empujaba el viento del miedo.

La gente huyó de Finisterre y se repartió por ciudades y pueblos. Aquellas llamas dantescas lo habían convertido en un pueblo fantasmagórico, completamente vacío. Lanzando fogonazos y subiendo por encima del monte, las llamas siguieron vivas durante toda la noche, pero ya no tenían a quien asustar. Lo que no había conseguido la Gran Catarata del Fin del Mundo, que los marineros de Finisterre desafiaran durante siglos, lo había conseguido un barco incandescente. Aquellas gentes estaban acostumbradas a enfrentarse al espíritu del mar y sabían cómo hacerlo. Pero nunca se habían enfrentado con el espíritu del fuego y aquel barco, en llamas, les recordaba el infierno. Con el día las llamas se calmaron; no podían competir con el sol.

Entretanto, aquella carga maldita continuaba su penosa marcha por los caminos de Lugo. Fue imposible llevarlos al cuartel.

La gente no los dejaba pasar. Estaban malditos. Era preciso conducirlos a un puerto y embarcarlos inmediatamente.

Decidieron que el mejor sitio era un puerto al lado de Viveiro.

-¿Por qué se eligió ese lugar? -preguntó Bohl.

-Porque allí se efectuaban cargas de hierro a grandes barcos.

Era el puerto más seguro. El galerno, un buque de apoyo que estaba en Finisterre, zarpó hacia Viveiro. Pero el momento no era propicio. Surgió la amenaza. Se pararían las cubas de fundición de la factoría que daba acceso al puerto si la carga apestada entraba allí. Los bidones entraron y la amenaza fue cumplida. Las cubas de fundición se enfriaron y toneladas de metal se solidificaron dejando inservible toda aquella moderna y vulnerable tecnología. El hombre, igual que cientos de años antes, seguía preso de sus temores.

Pero aún habían de suceder más cosas, de piratas y otras. El galerno, con aquella carga en sus entrañas, ya había zarpado rumbo a Rotterdam, cuando su armador acusó al agente y al capitán de haberle robado el barco. Nadie recordaba en este siglo una denuncia por piratería. Pero en esta historia la realidad supera a la ficción. Más adelante se supo que el armador creía que su agente lo engañaba pagándole menos de lo convenido.

Aquel capitán no iba a llegar a su destino. En el Canal de la Mancha

Librodot

resbaló por una escalera y se rompió una pierna. En verdad aquel no era su viaje. Sea como fuere, lo cierto es que hubo que relevarlo en el puerto más cercano, Cherburgo. El galerno estuvo allí el tiempo justo de desembarcar un capitán, embarcar otro y de nuevo a la mar. Un día después llegaba a Rotterdam ante el estupor del capitán de aquel puerto, que no comprendía que por aquella carga hubieran sucedido tales cosas.

-Es una historia fantástica -dijo Bohl-, supera la imaginación.

Un barco en llamas encalla en Finisterre, atemoriza a la gente, produce unas pérdidas cuantiosas y acaba con una historia de piratas y fugas.

-Sí. Fue la conjunción mágica del azar, el temor y lo desconocido -concluyó Indalecio.

A la vuelta, Bohl iba pensativo.

-¿Por dónde empezamos? -preguntó a Nessi-. Ya conocemos la historia. ¿Qué hacemos? Cada vez estoy mas seguro de que estamos tras la pista de El viento, pero es pura intuición. Quizás el deseo de encontrarlo pese demasiado. Están ocurriendo las mismas cosas en los mismos escenarios que hace siete siglos. Pero no hay nada concreto.

-Hay la magia de la que hablaba Enric hace setecientos años -le recordó Nessi-. Las mismas tierras ven hechos fantásticos, casualidades que llevan a los actores a sitios que no estaban en el guión. ¿Qué es lo que une a Finisterre con la Coelleira?

Una fuerza desconocida. Nadie lo podía prever, pero desde Finisterre los hechos se desplazan a la Coelleira. Y esa misma fuerza irresistible, a través de casualidades inexplicables, hace que un barco que se llama El galerno, precisamente El galerno, entre en este escenario y de Finisterre vaya a la Coelleira y a Cherburgo.

-Revisaremos la carga de El casón. Enviaremos gente a rastrear el cuartel lucense. Entraremos en la factoría... No dejaremos nada sin investigar -dijo Bohl.

A medida que pasaban los días, El casón era menos un barco y más un amasijo de hierros; las olas del mar y la descarga en aquellas difíciles condiciones lo habían reducido a aquel estado. Los hombres del Consejo lo recorrieron durante días; entraron en sus bodegas y revisaron la carga. No había nada fuera de lo normal. Las máquinas, el puente, los camarotes, todo fue escudriñado en un esfuerzo inútil.

La inspección del cuartel parecía más prometedora; era una gran explanada en medio de los montes de Lugo. Sin duda el mejor lugar para esconder aquel tesoro. Pero tampoco encontraron nada.

Aunque sabían que allí se había buscado durante siglos, enviaron una

expedición a la Coelleira. Ya no había ni rastro de aquella formidable fortaleza. Las excavaciones y la gente, llevándose las piedras para construir sus casas en Viveiro, habían acabado con aquel castillo que Bernardo de Quirós dejara a medio destruir setecientos años antes. Algunos aún decían oír, en las noches de luna llena, en medio de la oscuridad, el espíritu atormentado del señor de Quirós que recorría el valle de Viveiro dando gritos de arrepentimiento por haber dado muerte a su mujer y a sus amigos.

En la isla sólo quedaban unas cuantas piedras que formaban la base de lo que debía haber sido una gran torre decagonal. Allí tampoco había nada.

Bohl informó al Consejo de todas sus pesquisas. Mostraba su desánimo cuando de nuevo habló Campalinaud.

-Nuestros antecesores creían que Occidente dependía de los tiempos marcados por la Idea. Hace setecientos años la simbología mágica de los tiempos y las Fuentes les proporcionaba la guía para poner en práctica sus ideas. Lo hicieron y lo perdieron todo, hasta la vida. Las Fuentes de la Idea, el tesoro del Temple y el Betilo con los signos de la regencia se perdieron. Nosotros continuamos solamente con la tradición oral que «la señora» nos legó. La búsqueda del Betilo y las Fuentes de la Idea fue nuestra tarea durante siglos. Ahora sabemos que la construcción de Europa no depende de los tiempos de una profecía o de los signos de una sociedad. Depende de los hombres y la lograremos. Pero aquella búsqueda debe continuar. Ya no es una profecía o una guía mítica; es un símbolo. Señor Bohl, ¡busque a El viento y encuéntrelo!

Se despertó sobresaltado; se incorporó en la cama. ¡Allí estaba!

¡Lo había descubierto! Cogió el teléfono y llamó a Nessi.

-¡Lo he soñado! Ya sé donde está El viento. Lo teníamos que haber imaginado. ¡Está hundido debajo de El casón! -gritó excitado.

Nessi se incorporó de un salto en la cama; ni siquiera reparó en que eran las cinco de la mañana. La voz, por el teléfono, seguía hablando.

-El casón embarrancó encima de El viento. No tenemos que buscar dentro de El casón, sino debajo. El viento naufragó en la tormenta que se desató cuando salió del puerto de Finisterre, recuerde que aquella tarde había truenos, y fue a parar a los acantilados; allí está, desde hace setecientos años, esperándonos tranquilamente en el fondo del mar.

-Pero siempre creímos que aquella tripulación conocía bien aquel mar -alegó Nessi con poca convicción.

-Algo debió pasar, que no sabemos. Pero está allí debajo y lo vamos a encontrar -dijo Bohl.

A primeras horas de la mañana, la actividad en las oficinas del Consejo

era febril. Bohl había dado instrucciones precisas.

Contratar el mejor equipo de submarinistas para revisar cada palmo del fondo del mar en los acantilados de Finisterre. Ni un solo metro de aquellos fondos quedaría sin ser escudriñado.

Allí estaba El viento aguardándolos.

La excitación era general. Por fin sabían dónde estaba. Se pusieron con prontitud a la tarea. El tiempo era bueno y había que aprovecharlo.

Desde el barco que daba apoyo a los buceadores se daban por radio noticias a Estrasburgo. Era una búsqueda emocionante.

Bohl no se movía de su despacho. Allí, sobre una carta marina, iban anotando los resultados de la búsqueda. Las zonas que los submarinistas iban recorriendo se marcaban con una cruz roja.

Encontraron los restos de dos pesqueros que habían naufragado recientemente. El mapa del señor Bohl se fue llenando de cruces rojas. Habían dejado para el final la zona cercana a El casón, porque querían estar familiarizados con aquel fondo marino. Al fin y al cabo buscaban los restos de un barco que llevaba allí casi setecientos años y que, además de una gran cantidad de algas, en su mayor parte estaría cubierto de arena.

Las cruces llenaban el mapa. Una larga franja había sido ya escudriñada. Nada. Ni rastro de El viento. Pero Bohl no estaba preocupado. El viento estaría justamente debajo de El casón.

Así lo había soñado.

Era el día. Los buceadores fueron recorriendo el fondo. Era de arena con rocas que salían del fondo del mar como furias amenazadoras. Cuanto más se acercaban al casco embarrancado, más eran las rompientes de roca y menos la arena. El mar era transparente. El fondo se veía como si estuvieran en una montaña. Unos metros delante de ellos, casi de repente, apareció una enorme mole de hierro, llena de grietas y boquetes. Era el casco muerto de El casón. Estaba clavado en unas rocas puntiagudas que se hundían en él. Bucearon alrededor. Arena y rocas. Se metieron en los resquicios que las rocas dejaban debajo del barco. Sólo arena y más rocas. Clavaron sus pértigas en la arena; debajo sólo había roca. Ni rastro de ningún naufragio. Debajo de El casón no había nada.

Vio lo que quedaba de él. Allí estaba, ladeado, roto, quemado y con sus bodegas reventadas. Había sido un barco. A medida que el remolcador se acercaba, el monte del cabo Finisterre se volvía más agreste. Aquel barco, otrora amenazador, yacía ahora allí, minúsculo e indefenso.

La descarga había concluido. Se acercaron a pocos metros; visto desde tan cerca aún parecía fuerte, pero ante las olas del mar se había vuelto frágil

Librodot

y vulnerable. Había resultado una presa fácil de los temporales del fin del mundo. Pero él se había tomado cumplida venganza. Los había atemorizado a todos. Nadie se explicaba cómo podía haber pasado. Aquel amasijo de hierros retorcidos, sin ninguna razón, había provocado el pánico de tanta gente. ¿Por qué sucedió aquello? No había respuesta. El temor, la desinformación, la mala fe, la casualidad..., la fatalidad. Veía el fondo del mar, ahora tranquilo, debajo de ellos; se había empeñado en atrapar aquel barco y lo había conseguido.

Un helicóptero los esperaba en el muelle de Finisterre. El mar estaba como un plato. Seguramente más tarde habría niebla.

Desde el aire, aquel barco volvía a ser minúsculo. La calma era tal que parecía que se veía el fondo del mar. Pero era pura ilusión.

Aquel misterioso mar nunca enseñaba sus entrañas. Nadie las había visto nunca y nadie las vería jamás.

Pusieron rumbo a Compostela. Almorzaría con aquella gente que había conocido en Estrasburgo. Cuando sobrevolaron Compostela, volvió a ver la catedral. Nunca se cansaba de ver la fachada del Obradoiro; le sobrecogía aquella majestuosidad grandiosa. A su lado, el Palacio de Gelmírez. Vio la torre del reloj pegada a la puerta sur de las Platerías. Las figuras de sus tímpanos eran las grandes olvidadas. Tenían que competir con las del maestro Mateo y esa era una tarea imposible. Pero la nueva fachada del Obradoiro había llevado la sombra al pórtico de la Gloria. Le había tapado el sol. Ya no se ocultaba allí al anochecer. En cambio las figuras de la puerta sur, al igual que en el siglo XIII, lo seguían saludando cada mediodía.

Bohl, Nessi y Peres lo aguardaban en el restaurante; Indalecio vendría con su esposa. Bohl estaba desolado. La búsqueda de El viento había fracasado. Lo habían intentado todo. Incluso había llegado a creer en su propio sueño. Ahora le parecía un poco ridículo, pero había sido así. La búsqueda en el fondo de los acantilados de Finisterre no había dado ningún resultado.

-Hemos hecho todo lo que hemos podido -había dicho Nessi-.

Otros, a lo largo de siete siglos, fracasaron también.

Habían decidido hablar de nuevo con Indalecio. No sabían para qué. Ni qué querían saber. Pero antes de desterrar definitivamente sus esperanzas, deseaban tener aquella entrevista.

Llegaron puntuales. Los estaban esperando.

-Cristina, mi mujer -presentó Indalecio.

-Es un nombre muy bonito, ¿se lo pusieron por alguien de su familia? -preguntó Nessi.

-Es un nombre corriente en España -contestó Cristina-, pero me lo pusieron porque mi familia procede de una tierra que se llama Santa Cristina; una señora con ese nombre, en el siglo XIV, bautizó aquel lugar con el de su santa.

-¿Dónde es? -preguntó la señora Nessi.

-En Salvaterra, en la ribera del río Miño -contestó ella.

En la comida charlaron de todo un poco. Hablaron del Temple; «estaban en la Coelleira y en correrías por todas partes, justo antes de su disolución». Hablaron de la catedral, «superior a todo...», y decidieron ir a visitarla. Nessi preguntó a Indalecio por su familia.

-Mi padre falleció hace años. Yo he vivido con mi abuelo; se llamaba igual que yo, Indalecio Avalle.

Recorrieron la catedral. Bohl la conocía como si hubiese pasado toda la vida en ella. Cada arco, cada figura, cada capilla.

Mostraba un visible entusiasmo.

-La joya románica de la Cristiandad -dijo frente al pórtico de la Gloria.

Indalecio y él se adelantaron a los otros y llegaron a la puerta sur, la de las Platerías. Bohl se quedó inmóvil frente a ella.

-El mundo habría sido distinto si en el cambio del milenio aquella idea hubiese fraguado. Pero triunfó Aviñón y fracasó Compostela.

Indalecio no lo entendió. El papado de Aviñón no había sido en el cambio del milenio, sino en 1308, trescientos años más tarde.

-¿A qué se refiere? -preguntó.

-A una leyenda que habla de ilusiones y de muerte -contestó Bohl-. Nació aquí, en esta misma puerta y murió al lado del río Sar, en el valle de Santa Susana.

-¿Qué dice la leyenda?

-He dedicado una parte de mi vida a buscarla y aún no lo sé muy bien. Tiene que ver con la Dama Bafomética que está en el dintel de esta puerta, aquella señora con una calavera. Es la imagen más antigua del pórtico y de la catedral; no se conoce bien su origen.

-¿Qué significa?

-Señala los lugares elegidos. A unas pocas personas les transmite su

Librodot

significado en el momento en que lo necesitan; un mensaje único para cada uno; está en su alma. Creo que usted, tarde o temprano, lo conocerá.

Aquello le intrigó.

-¿Y cómo lo sabré? -preguntó.

-Lo sabrá. Usted descubrirá cuál es el mensaje de la Dama.

-¿Cuándo?

-Eso nadie lo sabe. Puede ser en una hora o en treinta años.

La Dama elige el momento.

-¿Y qué significado tiene para usted, señor Bohl?

-Mi Dama está en Estrasburgo y ya conozco su mensaje -respondió.

Indalecio observó a aquel hombre; no estaba hablando de una leyenda. Estaba hablando de la realidad; creía lo que decía y trataba de comunicárselo. Dentro de una hora se separarían y quizá no se volvieran a ver nunca más. Pero ahora trataba de transmitirle un mensaje que estaba en una figura de la catedral del año 1128.

-Desde aquella fecha guarda su leyenda para cada uno -dijo Bohl.

-Cuénteme la parte de la leyenda que conozca.

Seguían de pie, delante de la puerta de las Platerías.

-Es la historia de un joven que recorrió estas tierras luchando por su libertad; él y los suyos fueron asesinados. Su secreto se fue en un barco que partió de Finisterre en un día de niebla rumbo a lo desconocido, despedido por los truenos y el viento de la tempestad.

-Los días de niebla no hay temporales de viento y truenos afirmó Indalecio, casi para sí.

Al señor Bohl le pareció sentir una descarga eléctrica. Las sensaciones y pensamientos se le agolparon en la mente. Se sintió conmocionado. Se mareaba. Tuvo que apoyarse en la columna. Siete siglos hacía que conocían el mensaje que decía dónde estaba El viento y no se habían dado cuenta. Parecía increíble. Resultaba casi ridículo.

Clermont lo había dejado firmado en sus actos y ellos no lo habían entendido. Ahora lo veía. Clermont sabía que no podía correr el riesgo de que algo tan vital para el mundo como el Betilo fuese a caer en las manos de los enemigos de la Idea. Por eso les había dejado un mensaje en lo que había hecho y no en lo que había dicho y ellos no lo habían comprendido. En lugar

de dirigirse a las tierras de San Barandán, donde sabía que lo estarían esperando los esbirros de Nogaret, había hecho aquello. ¡Estaba allí! Ahora sí que lo había encontrado. Delante de la Dama, aquel hombre le había dicho donde estaba.

-¿Se encuentra bien? -le preguntó Indalecio mientras lo sujetaba por el brazo.

Volvió a la realidad. Había estado a punto de desplomarse; su palidez era extrema y aún temblaba. Se sentó. Acudieron Cristina, Nessi y Peres.

-Se ha mareado.

-Quizá demasiado paseo después de comer -comentó Nessi.

Bohl se recuperó lentamente. La Dama Bafomética de Compostela, a través de aquel hombre, le había hecho llegar el mensaje que había guardado durante setecientos años: el lugar donde se escondía El viento.

-Ya sé dónde está -le dijo a Nessi-. Confío en que sea para bien.

Estaba asustado. El pasado se había vuelto a enlazar con el futuro; otra vez la Dama había cumplido su misión; el mensaje de Clermont había sido desvelado. Sabía dónde se encontraba El viento.

La Dama estaba allí, en la piedra, y allí seguiría por miles de años.

El oro con el símbolo del reino que Clermont depositara en la catedral, no había sido fundido en un candelabro por orden del arzobispo Rodrigo. El señor de Clermont, al que aquellos templarios acusaran de haber ordenado la muerte de Indalecio y Raquel, culpables de crimen y de adulterio, se había convertido también en un asesino. Clermont había matado y nada que proviniese de una persona con las manos manchadas de sangre podía estar en la catedral. La Iglesia se había quedado también su casa, que nadie reclamó. La casa del francés pasó a ser la residencia del deán de la catedral, la segunda autoridad en Compostela, después del arzobispo. La ciudad había recobrado su normalidad después de aquella época convulsionada. Todo estaba como debía. Ahora, mientras rememoraba aquella historia, Bohl sabía que el pasado cobraba forma. La elipse del tiempo volvía a pasar por la catedral de Compostela. Todo volvía a empezar, como cuando Clermont supiera, allá en la cruzada en el año 975, dónde se encontraba el Betilo, que en el año 300 se había perdido. Ahora era él el que sabía dónde estaba; lo había encontrado. La Dama Bafomética había abierto la puerta que daba paso al pasado.

Se quería ir inmediatamente. Nessi se alarmó al verlo tan pálido y quiso llamar a un médico.

-No es necesario; ya estoy bien. Vayamos al hotel -dijo Bohl.

Bajaron las escaleras hasta la fuente de los Caballos; Bohl se volvió y observó aquella fachada en la que la Dama permanecía escoltada por todas las figuras del ábside, que se volvían minúsculas al lado de aquella inmensa torre del reloj que habiendo crecido del suelo tocaba el cielo.

Por qué lo habrá mantenido oculto durante siete siglos?, pensó. Quizá nunca lo sabría. A su lado estaba la casa del francés, desde donde Clermont había iniciado su viaje de siete siglos. La casa ya no tenía nada que ver con lo que había sido, pero si excavasen encontrarían una cripta y los restos de un túnel.

Fueron caminando despacio hasta el Hostal de los Reyes Católicos, donde se alojaban. Bohl imaginó cómo serían las casas que ocupaban aquel lugar cuando Clermont había querido construir el hospital. Casas de una planta, enanas al lado del Palacio de Gelmírez. El Hospital Real se construiría dos siglos más tarde; hasta en aquello, la historia se había retrasado.

El coche los esperaba delante del Hospital Real. Cuando partían hacia su casa, cogió la mano de Cristina al tiempo que miraba una vez más aquella fachada excelsa. Sintió ganas de bajarse del coche, subir las escaleras y pasar una vez más bajo el pórtico de la Gloria. Pero no podía. El trabajo, esperándolo, se lo impedía. Quedaba mucho por hacer.

Librodot

EPILOGO DE LA SEGUNDA PARTE

Librodot

LOS ESCRITOS

La señora Martín era una eminente medievalista. Había dirigido aquel estudio sobre la actividad del Consejo de Regencia en las décadas previas al papado de Aviñón. Trabajaba en la Biblioteca Nacional de Madrid, pero también había estado en las de París, Roma y Estrasburgo. Algunas universidades le habían ofrecido una cátedra. No había aceptado. Su vida era el Consejo y la Idea. Los códices, papiros, pliegos, escritos, signos y textos que, a lo largo de tantos siglos, fueran guardados por el Consejo no tenían mejor conocedor que ella.

Bohl la observó mientras entraba en su despacho; una mujer rubia, delgada, con el pelo rizado, de unos treinta y cinco años. Demasiado joven para tanto prestigio, pensó. Esperaba a una mujer de más de cincuenta.

Nunca hasta aquel momento la había visto, pero allí todos sabían de ella. Su fama la precedía y, cuando él entró en el Consejo, ya se hablaba de ella con gran respeto. Era la mejor colaboradora que tuvieran nunca. Resolvía sin dilación cualquier duda que pudiese surgir. Varias veces le habían ofrecido incorporarse al Consejo y siempre lo había rechazado; «prefiero seguir con mi trabajo. Quiero averiguar lo que sucedió en el Consejo de Regencia en las décadas de su desaparición. Es un trabajo que me apasiona y que llena mi vida», les había contestado. Lo entendían. Todos conocían la importancia de aquella tarea, y por eso la tenían en especial consideración.

-Es usted muy joven -saludó Bohl, sin poder evitar que aflorase su sorpresa.

-Sí -contestó ella sonriendo-, nadie espera que una medievalista sea una mujer joven. Todo el mundo piensa en una señora mayor.

Bohl se dio cuenta de su indiscreción, pero no quiso disculparse y tener que seguir con el tema. La señora Martín había acabado su trabajo y se lo quería entregar. Llevaban mucho tiempo esperando aquellas conclusiones. La recibió en la biblioteca de ébano, a la que sólo él tenía acceso. Ella lo había solicitado; tenía que mostrarle algo muy importante y quería hacerlo en aquel lugar. Sabía más del Consejo de Regencia que él mismo, pensó Bohl.

-Todo lo que le voy a contar está basado en hechos narrados por los propios protagonistas de la historia -dijo la señora Martín-. No hay duda alguna de que esta es la verdad. La firman los propios autores. Eran gentes que anotaban los acontecimientos más importantes de su vida y, sin duda, estos lo fueron. Tuvimos la suerte de que ningún documento importante fuese destruido. Usted conoce una parte de la historia. En estos documentos que le voy a entregar, se reconstruye el resto -dijo poniendo encima de la mesa un voluminoso fajo de legajos y folios.

Le entregó una carta.

-Léala, por favor.

ESCRITO DEL CARDENAL TUSSI AL PAPA BONIFACIO VIII

Roma, Anno Domini 1298, día 23 de octubre
Su Santidad, hemos tenido conocimiento del ofrecimiento que el cardenal Touraine ha hecho al conde Orsini para juntar sus fuerzas contra el Vaticano. El conde Orsini ha rechazado tajantemente tal propuesta. Debemos permanecer vigilantes en el futuro para que tal alianza, que nos pondría en una difícil situación, no llegue nunca a producirse.

La señora Murías, enviada desde Gallaecia para interceder ante nosotros por su causa, ha sido la intermediaria. No vamos a tomar venganza contra ella o los suyos. Es más conveniente que sean fuertes para, así, debilitar a Castilla. De este modo, tanto ellos como la Reina seguirán acudiendo a Vos solicitando vuestra favor. La Reina necesita de Vuestro reconocimiento de su matrimonio con el fallecido monarca Sancho IV. Eran primos y solicitaron dispensa papal para contraer matrimonio. Hasta que la otorguemos, su hijo Fernando, que cuenta diez años, no podrá acceder al trono.

Además, cualquier acción contra ellos nos sería achacada y entonces el cardenal De Goth encontraría aliados en aquellas tierras del reino de Castilla.

Recomendaremos al arzobispo de Compostella que mantenga con ellos una actitud amigable.

-La carta está firmada por el cardenal Tussi -dijo la señora Martín-. Era una forma habitual de comunicarle al Papa los acontecimientos más importantes.

Bohl la leyó atentamente. Era la carta original que el cardenal había dirigido al Papa. Tenía un valor incalculable.

Ahora, por fin, delante de él, la señora Martín mostraba aquel montón de pliegos que habían permanecido cuidadosamente guardados durante siglos. Algunos se los habían enviado ellos, pero desconocía cómo había

recopilado el resto. Cualquiera de sus antecesores hubiera dado media vida por leer aquellas cartas. Pero sólo lo haría el que fuese presidente cuando llegase el momento. Desde su último viaje a Compostela, sabía que era él. Había llegado el momento de descifrar los enigmas.

Aquella carta ya era una sorpresa. El Vaticano no había actuado contra Avalle y los suyos. La señora Martín, sin decir nada, le entregó el siguiente escrito.

ESCRITO DEL ARZOBISPO RODRIGO AL CARDENAL TUSSI

Santiago de Compostella, Anno Domini 1299, día 13 de febrero

Monseñor, con agrado atendemos vuestra indicación. El señor de Avalle gana en ascendiente sobre nobles y pueblo llano. Le transmitiremos nuestro apoyo y los prelados nos incorporaremos a las Cortes de Gallaecia. Es nuestro lugar, al lado de los nobles y el Papa.

-Un año después -dijo la señora Martín-, doña Cristina de Lemos fue asesinada. Aquel terrible crimen nunca fue aclarado.

Gallaecia y Castilla se agitaron; reclamaban venganza.

Le entregó tres cartas.

ORDEN DEL ARZOBISPO RODRIGO DE COMPOSTELLA AL PADRE FERMIN

Santiago de Compostella, año de 1300, día 27 de septiembre

El crimen de doña Cristina de Lemos ha sido horrible y ha conmocionado a todo el reino. Nadie sabe quiénes han sido los autores. Temo que algunos traten de culparnos a nosotros. Es preciso que aparezca el culpable. Si no apareciese, haced correr el rumor de que fue la Reina, enojada por el comportamiento de don Indalecio, llevando su ejército hasta las murallas de la corte real; nadie se había atrevido a tanto. Además mi conciencia me dice que fue ella la responsable de tal crimen.

CARTA DE ALONSO DE GUZMAN A LA REINA MARIA DE MOLINA

Toledo, año de 1300, día 18 de noviembre Señora.

No hemos podido averiguar quiénes fueron los asesinos de doña Cristina de Lemos. Nadie nos creerá. Todos pensarán que la Reina de Castilla sabe quién la asesinó, y que si no lo proclama será porque, en venganza al desafío de venir a la corte con un ejército, fue ella. Es obligado que señalemos al culpable. El arzobispo de Santiago es la persona que tiene más motivos para haber ordenado tal crimen. Si dais vuestro beneplácito, haremos correr ese rumor.

ESCRITO DEL SEÑOR OSORIO AL CONDE DE TRABA

Castrocaldelas, año de 1300, día 8 de diciembre

Conde, todos hemos sufrido por la muerte de doña Cristina, pero además vemos que sus asesinos no pagan por su culpa. ¿Qué otros pudieron ser que no fuesen las órdenes? Han tratado de asesinar a don Indalecio y a su esposa. Deberán pagar por ello. No sabemos cuál de los priores lo habrá

planeado, pero, con toda seguridad, el de San Martín Pinario no será ajeno al crimen.

Deben pagar su culpa y aún nuestra causa puede sacar algún provecho; debemos responder haciendo que don Indalecio autorice nuevas ocupaciones de tierras. Pido vuestra ayuda para hacer saber a toda Gallaecia que las órdenes han asesinado a doña Cristina de Lemos.

-Pero hubo más. Clermont quedó muy afectado por aquella muerte y ordenó a Denis de Languedoc que averiguase quiénes habían sido sus autores. Era un hombre de inclinaciones místicas; odiaba el pecado, y el crimen premeditado y cruel era el peor de ellos. No quedaría sin castigo, aunque lo hubiese cometido su mejor amigo.

ESCRITO DE DENIS DE LANGUEDOC AL SEÑOR DE CLERMONT

Santiago de Compostella, año 1000, día 3 de diciembre

Hemos realizado la detallada investigación que el señor de Clermont nos ha encargado.

La acción ha sido realizada por soldados entrenados en la emboscada. Lo han hecho con precisión y no han dejado rastro alguno.

Sólo hemos sabido que gentes que respondían a la descripción de los asaltantes fueron vistos por nuestros soldados era la plaza de la Quintana.

Siendo gentes entrenadas y duchas en este tipo de acciones, es preciso concluir que no han querido matar a don Indalecio de Avalle. Lo hirieron de flecha en un brazo y en una pierna, y a la misma distancia dos flechas se clavaron certeramente en el corazón de doña Cristina de Lemos. El golpe de espada en la cabeza a don Indalecio no fue dado con el filo del arma, que le hubiese causado la muerte inmediata, sino con la parte plana, lo que fue hecho adrede. El objetivo de la acción era doña Cristina y tuvieron buen cuidado de no acabar con la vida de don Indalecio.

Escogieron el lugar perfecto, donde se podían esconder y actuar por sorpresa. Un recodo donde la guardia, que seguía a don Indalecio a una prudencial distancia, lo perdía de vista.

Los datos y el comportamiento de doña Raquel Murías la señalan como la autora del crimen. Su cercanía a don Indalecio es conocida. Le estorbaba la presencia de doña Cristina y decidió acabar con su vida. Encargó el cometido a soldados extranjeros que vinieron a perpetrar la acción. Su anterior advertencia de que corrían peligro y su aparente preocupación por la seguridad de doña Cristina le proporcionaron la mejor cobertura.

Las razones, pues, fueron personales, pero la acción tendrá una gran importancia en la situación de Gallaecia.

(Debajo de la firma figuraba una anotación.)

El señor de Clermont ha ordenado que nadie conozca el resultado de las

averiguaciones.

(Otra segunda anotación figuraba más abajo.)

A la vuelta de su segundo viaje a Roma, en el año 1003, se la oyó decir para sí misma en voz baja y con arrepentimiento:

«¡Dios mío, fui yo! Yo fui quien la maté». De nuevo el señor de Clermont ordenó mantenerlo en secreto.

(Una tercera anotación figuraba debajo de todo.)

Doña Raquel Murías ha trasladado su residencia a la plaza de la Quintana, donde fueron vistos los asesinos de doña Cristina de Lemos.

-Era la segunda investigación de un atentado que Denis realizaba -dijo la señora Martín-. La anterior había sido para averiguar las causas de las fiebres de don Indalecio, tras su visita a la casa de Clermont. No provenían de ningún envenenamiento; había comido y bebido lo mismo que los demás.

Con seguridad «causas naturales de enfermedad». Los rumores de envenenamiento eran falsos. Sergio oía y contaba cosas; Indalecio no era santo de su devoción, y aquella sociedad era muy dada a las habladurías.

-Ésta también lo es -dijo Bohl.

-Sí, es cierto; en eso las cosas no han cambiado mucho -contestó ella-. Pero remontémonos veinticinco años atrás, a la época de la cruzada, cuando Clermont era un bravo cruzado templario -continuó la señora Martín entregándole dos escritos.

ESCRITO DEL SEÑOR DE CLERMONT AL REGENTE
Año de 976, mes de marzo
Hemos triunfado. La tumba estaba donde la buscábamos y en su lápida negra, el Betilo, se encuentran los símbolos: la señal y la Dama. Ya somos los receptores del legado. En su búsqueda mis acompañantes fueron muertos a manos de los sirios adoradores de Baal, que custodiaban el sepulcro. Yo, creyendo que iba a morir, decidí hacerlo sobre el Betilo; los guardianes, al verme acostado sobre la tumba, rememoraron la resurrección del sol y me consideraron su enviado. Decía su tradición que Baal enviaría a su segundo hijo a buscar el Betilo, al igual que en el siglo III de los cristianos había enviado a su primer hijo para evitar que el emperador Heliogábalo lo trasladase a Roma. Así me hicieron entrega del Betilo, «que José había hecho rodar a la entrada del sepulcro cavado en la peña» que todos buscan. Pero «si el Betilo se separa del enviado de Baal», me advirtieron, «las mayores calamidades se abatirán sobre los hombres».

ESCRITO DEL REGENTE AL SEÑOR DE CLERMONT
Estrasburgo, año de 977, mes de Nadal
Permaneced en Creta, bajo la protección del Temple, hasta que se

Librodot

acerque el momento de la venida del rey. El Betilo permanecerá para siempre bajo vuestra custodia. Vos hallasteis la piedra que toda la Humanidad desearía poder tocar, y con vos permanecerá.

-Aquel hallazgo fue de gran importancia -prosiguió la señora Martín-. Sabían que existía y lo buscaban. Al fin lo habían encontrado. Era aún más sagrado que las Fuentes. Así lo anotó el entonces Regente del Consejo.

ESCRITO DEL REGENTE (Para ser leído por mi sucesor en caso de mi fallecimiento.)

Estrasburgo, año de 977, mes de Nadal

Las Fuentes de la Idea señalan el camino de la unidad de los reinos y las tierras cristianas. Dios ha querido que nosotros seamos los receptores del Betilo del sepulcro. Somos los herederos de aquellos que durante mil años nos legaron su cultura para unirla a la fe.

Ahora sabemos que nuestros antecesores en el Consejo de Regencia estaban en lo cierto. La verdad les asistía. Dos son ahora las claves de la Idea: las Fuentes y el Betilo.

-Ellos sabían lo que el Betilo significaba y de dónde provenía. Las tablillas y el papiro encontrados siglos antes lo decían. Nunca dudaron de su veracidad. Ahora lo comprobaban, el Betilo existía -dijo la señora entregando a Bohl unos folios mecanografiados.

TRANSCRIPCION DE LAS TABLILLAS EN PODER DEL CONSEJO De REGENCIA (EN ARAMEO)

El Dios Baal se levantaba cada día para dar la luz y el calor a los hombres. Ellos lo veían y lo adoraban, aunque no lo podían mirar. Él no se lo permitía. El que lo hiciese sería castigado a no ver nunca más. Un día Baal se enojó porque los hombres se mataban entre ellos. Les advirtió que acabasen las guerras y las muertes. Les dijo que uniesen los pueblos. No le hicieron caso. Siguieron las muertes y las guerras y la destrucción. Baal se enfureció y decidió castigarlos. En pleno día se oscureció hasta desaparecer. Los hombres se aterraron y pidieron perdón. Baal les dijo que dedicasen su vida a unir los pueblos y a acabar con la guerra y para que no lo olvidasen nunca les envió el Betilo tras el que se había ocultado, una gran piedra negra, circular como el sol. Aquella piedra negra les recordaría que si no cumplían con su deber, el sol se volvería a oscurecer y todos morirían de frío y terror.

TRANSCRIPCION DEL PAPIRO HALLADO EN SIRIA EN EL SIGLO III De LOS CRISTIANOS (EN ARAMEO Y LATIN)

Los guardianes del Betilo conocen su cometido. Lo cumplirán aun sacrificando su vida, si fuese preciso. El Betilo los obliga a estar al lado de la verdad y de la justicia. Las causas que defiendan la vida y la paz y la justicia son sus causas. Por ellas combatirán.

Librodot

Durante miles de años, los guardianes vagaron en defensa de las causas justas. Su símbolo era la cruz que unía los cuatro puntos del horizonte, que simbolizaba la unión de las naciones, el sol difuso del amanecer saliendo del horizonte, como símbolo de la fuerza creciente de Baal, el dios sol, y un triángulo de cuatro triángulos, porque Baal lo podía todo, y una flecha señalando el oeste. Las letras N y E, señalaban el norte que es el oeste y el este. Grabaron su símbolo en el Betilo. Recorrerían el mundo marcando sus límites y procurando su unidad. Serían enterrados con su símbolo sobre ellos. Sus tumbas señalarían los límites del mundo, dentro de los cuales no habría fronteras.

Siempre en el dominio de las causas justas. Causa justa fue la de Jacob, el padre de las doce tribus. En el Betilo circular apoyó Jacob su cabeza y soñó con la escalera que lo llevaba al cielo. Lo llamó Bet-el, e hizo de la piedra la casa de Dios.

Causa justa fue la de Aquel que con doce de los suyos recorrió Galilea. Habían llegado tarde. Ya lo habían matado. Sólo pudieron dejar su más preciado tesoro, el Betilo, para que, rodándolo, tapasen la entrada del sepulcro. Se quedaron guardándolo. Pasados tres días descubrieron que el sepulcro estaba vacío. El cuerpo de aquel hombre bueno, sabio y justo, ya no estaba allí. En el Betilo, sin embargo, apareció tallada la cabeza de una Señora que les dijo que les aguardaba el cielo porque eran hombres justos.

Supieron los guardianes que aquel símbolo, la Dama, señalaría para siempre los lugares elegidos y daría mensajes a los justos.

Los guardianes llevaron el Betilo al templo, en Siria, donde sería venerado desde entonces. En el año 300 el emperador Heliogábalo lo mandó buscar para ser llevado a Roma. Viendo los guardianes que no podían evitarlo, pidieron ayuda a Baal, que envió a su hijo, que llevó el Betilo volando hasta una gruta, depositándolo encima de una tumha vacía; «aquí estará mil años hasta que se una el mundo; esperad por mi hermano»; tras lo cual partió.

-Aquellas gentes custodiaron el Betilo y recorrieron el mundo hablando de concordia. Pero fueron olvidados y su obra quedó sin hacer -prosiguió la señora Martín-. Seis siglos después, unos hombres supieron de ellos y dedicaron también su esfuerzo a procurar la unión de los pueblos. De los pueblos de la Cristiandad de Occidente. Compartían su Idea de la unidad y de la justicia. Se organizaron en un Consejo de iguales; participaron en las cruzadas, donde se destacaron por su arrojo y valor. Allí encontraron textos, manuscritos, papiros, tablillas y pergaminos. El Apocalipsis les fue legado por un anciano franciscano que había descubierto los papiros y con él unas tablas de ébano, con una inscripción tallada. Eran una parte de las Escrituras; eran las Fuentes de la Idea.

Acordaron que sólo uno de ellos sabría dónde se escondería aquel legado tan maravilloso. Sería el Regente, que dirigiría el Consejo hasta que llegase el Rey del que hablaban las tablas de ébano.

-¿Donde están las Fuentes? -preguntó Bohl visiblemente ansioso mirando el legajo de papeles.

-Aquí mismo -dijo la señora Martín-. Son los bordes tallados de su biblioteca de ébano. Ahí las tiene. Las puede leer usted mismo. Arameo con símbolos intercalados para que parezca un adorno y no se note que es una inscripción.

Bohl se puso en pie. Las había tenido delante durante años y no las había visto. Sus antecesores tampoco.

-¿Desde cuando están aquí -preguntó.

La señora Martín no le contestó. Le entregó otra carta. Ella marcaba el ritmo de la historia.

CARTA DEL REGENTE SEÑOR AKAL, Al SEÑOR DE CLERMONT
Estrasburgo, año de 994, mes de octubre
Es el tiempo de actuar. Vendrá el Rey. Vos debéis viajar a Compostella y proceder según lo escrito. Los signos grabados en oro con la piedra del azabache símbolo del Betilo deberán ocupar el centro de la catedral de Compostella. Todo está preparado para vuestro viaje.

-Si trazáis aquel símbolo sobre un mapa con la E, símbolo del este, sobre Jerusalén, la N, símbolo del norte, que está al oeste, quedará encima de Compostela. El norte que es oeste, señala Santiago.

-Por eso Clermont eligió Compostela -interrumpió Bohl.

-Sí, era la ciudad elegida. Por el Apóstol y por ellos.

CARTA DEL SEÑOR DE CLERMONT AL SEÑOR AKAL
Compostella, año de 995, mes de abril
Hoy he visto la fachada sur de la catedral de Compostella; y he sentido que es la catedral elegida. En el largo camino por mar he visto Roma, la decadente capital de la Cristiandad; Aviñón, la tierra del cardenal De Goth; Valencia, la ciudad del Cid Campeador, y la Lisboa del rey Dinís. No me cabe duda alguna. Compostella es la ciudad de Dios.

He sentido el impulso y la atracción del monte de Finisterre, el lugar por donde se pone el sol que veneraban los guardianes del Betilo.

CARTA DEL CARDENAL MUSATTI AL REGENTE
Roma, año de 995, mes de enero
El viajero que llegó de Creta y que me encomendasteis, ha partido de Roma. Viaja en un barco de mercaderías con un buen navegante. No hemos querido usar barcos del Temple, porque causaría extrañeza y algunos querrían saber quién era el viajero.

Librodot

-Así fue la llegada a Compostela del místico Clermont -explicó la señora Martín-. Viajaba con la fortaleza de espíritu del que cumple una gran misión. Seguramente en su alma llevaría el viaje que, trece siglos antes, había realizado el Apóstol elegido; ambos habían seguido la misma ruta, por mar. Él sabía que aquella gran causa, la de la paz y la concordia podría triunfar o fracasar. Fracasó. Doce años después Clermont describía su derrota mientras volvía de Estrasburgo a Compostella.

ESCRITO DEL SEÑOR DE CLERMONT

París, año de 1007, día 15 de octubre

Los demonios se han desatado. El mundo se revuelve en su dolor. La profecía no se ha cumplido; aún no era el tiempo; será dentro de otros mil años. El Temple ha sido tomado; hombres justos han sido encarcelados. El rey de Occidente ha sido entronizado en la soledad y en medio de la destrucción.

Sé que es el final. Pero he visto al Rey. Toda la vida esperando y lo he visto. Ya no hay Regente. Hay un rey sin reino. Me ha llamado y he respondido a su llamada. La causa está en un momento desesperado. Me ha confesado su dolor, porque teme fallar. Yo le he confesado el mío, porque sé cuál es mi destino y lo temo. No habrá Papa en Santiago y no habrá reino en Estrasburgo.

Mi obligación es guardar el Betilo y lo haré por los siglos de los siglos. Pero he culminado mi obra. El señor de Constanzo es rey, porque así lo mandan las Fuentes de la Idea, que están ahora bajo mi custodia. El Rey me las ha confiado. «Sólo el que guarda el Betilo puede custodiar las Fuentes.» Cuando los soldados ya avanzaban hacia su casa en Estrasburgo, el Rey me entregó las Fuentes de la Idea. Ese mismo día, moría asesinado. La Idea tendrá que esperar mil años más. El señor de Constanzo, hombre bueno, sabio y justo, supo morir como un rey y el mundo debe recordar su nombre.

-El Regente había recibido la visita de Clermont. Le había confiado las Fuentes de la Idea para que las pusiera a salvo.

El encuentro tenía que ser en el máximo secreto; dada la importancia de lo que le iba a entregar, nadie debería saber nada. Por eso Clermont evitó hablar con nadie durante aquel viaje, ni siquiera con Indalecio, a quien tanto apreciaba. En aquel encuentro, Clermont conoció el mensaje de las Fuentes de la Idea. Supo que el Regente sería el Rey. Y él mismo habló de «la sabiduría de las Fuentes, que no dejaron que los hombres decidieran al primer rey, porque surgirían las disputas, las enemistades y los odios. El primer rey lo decidieron las Fuentes, igual que el primer Papa lo decidió Cristo». Clermont siempre supo que él no sería rey. Su destino era otro -dijo la señora entregando un nuevo escrito al señor Bohl.

-¿Cómo sabéis lo que Clermont afirmó en aquel momento?, ¿está aquí? -preguntó Bohl mientras cogía el escrito.

-No, no está en ningún escrito -respondió ella-. Pero lo sé.

Librodot

CARTA DEL PAPA BENEDICTO XI Al, CARDENAL MISATTI

Vaticano, Anno Domini 1304, mes de junio

Monseñor, atendiendo a vuestra suplica hemos decidido nombrar a Bertrand de Clermont, cardenal de la Iglesia de Cristo. Su cardenalato será Compostella. Pronto firmaremos y haremos público tal designio.

-Clermont iba a ser el Papa de Compostela. Era un hombre más ligado a lo espiritual.

-Sin embargo, las gentes del señor de Avalle lo culparon de su muerte y aun de la del Regente -le recordó Bohl.

Efectivamente había sido así. Estaban aquellos dos escritos de Llull y de Joseph que lo atestiguaban.

ESCRITO DEL SEÑOR LLULL.

Barcelona, año de 1007, mes de diciembre

El señor de Constanzo había tratado de usurpar el trono del señor de Clermont, por lo que éste lo atacó con sus soldados, dándole muerte. No así a su mujer y a su hijo, cuyos cadáveres nunca aparecieron...

ESCRITO DEL, TEMPLARIO JOSEPH, CAPITAN DEL EJÉRCITO DE GALLAECIA, AL MAESTRE TEMPLARIO DE CASTILLA

Compostella, año de 1307, día 27 de noviembre

Maestre general. La muerte de don Indalecio de Avalle nos deja libres de nuestras obligaciones en el maltrecho ejército de Gallaecia. Nuestra última acción fue el ataque a la casa del señor de Clermont, responsable de la muerte de don Indalecio de Avalle. Toda la casa estaba vacía, habiendo huido sus moradores por un túnel excavado desde la casa a las conducciones subterráneas de la ciudad. Enric huyó con el señor de Clermont, sin conocer su fechoría.

Con Enric de Westfalia, hace ya más de doce años, llegamos a Gallaecia diez freires. Muchos han muerto y todos hemos fracasado.

Esperamos vuestras instrucciones para conocer nuestra nueva encomienda.

-Guillaume de Nogaret era un hombre metódico y ordenado -prosiguió la señora Martín-. Guardaba notas de todas sus acciones. Creíamos que sus escritos estarían en Aviñón y eso retrasó nuestro trabajo durante mucho tiempo. Finalmente aparecieron en manos de un coleccionista. Los había comprado al dueño de un castillo provenzal. Los escritos de Nogaret resultaron cruciales para esclarecer los hechos.

ESCRITOS DE GUILLAUME DE NOGARET

París, año de 1296, mes de enero

Nuestros agentes en el reino de Castilla nos han avisado de la presencia en Gallaecia de gentes poco comunes. Un misterioso viajero llegó por mar a

Compostella. Procedía de Roma y se había detenido en Marsella, Valencia y Lisboa. He ordenado atención a su actividad.

En la encomienda de la Coelleira han fundido un gran grifo de hierro. Es un arma nueva que demandaremos del Gran Maestre.

París, año de 1296, mes de julio

El viajero, un extraño caballero templario, es el Conde de Auvergne. Salió a la cruzada en el año 1270 y ha vuelto ahora.

Nadie sabe qué ha hecho en todo este tiempo, ni a qué obedece su presencia en Compostella; la devoción al Apóstol, se dice.

Parece disponer de una gran fortuna.

París, año de 1297, mes de agosto

Los nobles de las tierras compostelanas han reclutado un formidable ejército. Cuentan con la ayuda del Temple. Es preciso que sigamos atentamente todo lo que se mueve en esta tierra. He enviado más agentes.

-Resulta sorprendente comprobar como ya en el año 1295, Guillaume de Nogaret había tejido una gran red de informadores que cubrían toda Europa -afirmó la señora Martín-. Nada parecía escapársele. Sabía los lugares que había visitado Clermont en su viaje a Compostella, porque un agente suyo había estado en el barco que lo había traído; sabía del cañón de la Coelleira, porque sus hombres, desde una barca, lo habían visto.

-¿Había espiado la llegada de Enric a Galicia? -preguntó Bohl.

-No. Nadie se enteró de ella hasta que lo pregonó el obispo de Mondoñedo. Enric había hecho bien su trabajo, aunque siempre creyó que lo habían descubierto.

Cuando De Goth visitó a Bonifacio -continuó la señora Martín-, ya tenía un proyecto para el Papado en Aviñón, y comprobó que el Papa ni siquiera sospechaba nada; sabía de Compostella y Estrasburgo, pero nada de Aviñón. Hacía diez años que Felipe IV el Hermoso reinaba en Francia y se estaba preparando para ser el Rey más poderoso de Europa.

ESCRITOS DE NOGARET

París, año de 1299, mes de septiembre

La atrevida propuesta del cardenal Touraine de pactar con el conde Orsini ha fracasado. No tenía ninguna posibilidad de triunfar. Pero la actuación de la señora Murías, enviada de la Gallaecia, nos puede ser de gran utilidad. Siguiendo mi consejo, el conde de Rouen la ha advertido del peligro que corren los suyos en Gallaecia, al tiempo que le ofrecía nuestra protección. Podemos contar con que, dentro de unos meses, serán nuestros más firmes aliados.

París, año de 1300, mes de abril Agentes franceses han sido enviados a

Librodot

Compostella, como si fueran peregrinos, con el encargo de acabar con la vida de la esposa de don Indalecio de Avalle, hiriéndolo a él también, pero respetando su vida. Culparemos al Papa Bonifacio aduciendo que el Vaticano se cobra de la intervención de doña Raquel Murías. Don Indalecio lo creerá y se convertirá en el peor enemigo del Papa. El señor de Avalle es la voz de Compostella y será nuestro aliado en su derrocamiento. Apoyará también la anexión del reino de Navarra.

La acción ha sido un éxito total. Nadie sospecha de nosotros.

Haré saber al cardenal Touraine que el asesinato fue obra del Vaticano. Él se encargará de hacérselo llegar a la señora Murías, por la que siente gran simpatía. El Papa tendrá un nuevo enemigo.

-¡Fueron los franceses! -dijo Bohl- ¡Qué terrible personaje, Nogaret! Mandó asesinar a doña Cristina de Lemos y presenció impasible la entrevista de De Goth con Raquel Murías en la que le agradecieron su intermediación. ¿Lo sabía De Goth?

-Quizá. Lo hicieron aduciendo razones de estado. La llegada de Felipe IV fue un revulsivo en la política francesa. Todo se justificaba ante la necesidad de ser el centro de Europa. Su influencia y su poder llegaba a todas partes. Hicieron retroceder a los ingleses conquistando los Países Bajos.

Guillaume de Nogaret, que llegó de la mano de De Goth, tuvo carta blanca para organizar aquella red de espías que cubría todo el mundo. Para él, Compostella, el final del Camino de Santiago, era de gran importancia y sus agentes estaban allí.

-Sin embargo, el informe de Denis culpaba a Raquel -dijo Bohl.

-Sí. Pero fíjese bien que sólo se basaba en suposiciones. En su informe no había ni un solo dato objetivo que lo avalase.

Se basaba en que estaba cerca de don Indalecio. Incluso llegó a insinuar que el haberse ido a vivir a la Quintana, donde años antes se había visto a los asesinos, mostraba su culpabilidad.

-Pero Denis afirma que se oyó a Raquel reconocer su culpa...

-Recordad que ella guardaba su secreto y se sentía culpable.

-Creía que el asesinato se debía a su intervención contra Bonifacio VIII.

Bohl asintió.

-¿También espiaban en Estrasburgo? -preguntó.

La señora Martín no contestó; le entregó otra carta.

ESCRITO DE GUILLAUME DE NOGARET AL CARDENAL RATZINGER

París, año de 1292, mes de noviembre

Monseñor, es del máximo interés para nosotros conocer las actividades del Consejo de Caridad radicado en Estrasburgo y cuyo rector es el señor Akal. Tienen una gran influencia en muchos reinos y en el Temple. El cardenal De Goth me encarga que os solicite a vos que nos informéis sobre su actividad.

CARTA DEL CARDENAL RATZINGER A GUILLAUME DE NOGARET

Estrasburgo, año de 1293, mes de junio

Siguiendo vuestras instrucciones, he introducido una sirvienta de mi confianza en casa del señor de Constanzo, uno de los miembros del Consejo de Caridad. A través de ella tendremos información puntual de sus actividades.

-¿Quién era? -preguntó Bohl.

-Catherine, una sirvienta que se ganó la confianza y aun el aprecio de la familia del que después habría de ser regente.

Para hacerlo, Ratzinger hubo de simular ante el arzobispo de Estrasburgo una ayuda que Constanzo no necesitaba. Catherine informaba al cardenal de las reuniones y de lo que oía y veía.

Nunca supo nada relevante, pero la descripción de las gentes y las fechas de las reuniones del Consejo eran de gran utilidad para un hombre con los conocimientos y la experiencia de Nogaret. Pero Ratzinger se enamoró locamente de Blanca; una noche en que ambos se quedaron solos, él le había confesado su amor. Ella lo rechazó. Lo apreciaba, pero amaba a su marido más que a su propia vida. Murió enamorado de ella, tras haberle salvado la vida, después de traicionarla con su espionaje.

Años antes, sin quererlo, Ratzinger les había avisado del peligro. -Continuó entregándole dos escritos.

CARTA DE RATZINGER A NOGARET

Estrasburgo, año de 1296, mes de abril

He trasladado al arzobispo de Estrasburgo el encargo que me hicisteis. La lectura en la ceremonia de la catedral del texto que me enviasteis provocó una violenta reacción de los miembros del Consejo de Caridad.

ESCRITO DE NOGARET

(Figura sin fecha)

El Consejo de Caridad de Estrasburgo ha resultado ser una asociación religiosa. El prefecto de la orden de Cluny me había hablado de un escrito en el que se narraba una lucha entre dos sectas religiosas provenientes de Asia Menor. Aseguraba que aquellas gentes de Estrasburgo eran seguidores de una de ellas, los adoradores del sol, y creían que algunas catedrales,

enarcadas con un signo que él desconocía, regirían el mundo. La lectura de aquel texto que el prefecto de Cluny me diera produjo una violenta reacción. Debemos extremar la vigilancia.

-Ya en aquellas fechas, Nogaret los seguía. Pero también otros, atentos a lo que sucedía en Francia, tomaban medidas.

ESCRITO DEL PREFECTO DE CLUNY AL ABAD DE MARSELLA

Temo la reacción del rey Felipe, cuyas finanzas son muy precarias. Nos debe grandes sumas. Estamos tratando de desviar su atención hacia otras gentes con suficientes riquezas. He puesto al señor Nogaret tras la trama de los de Estrasburgo.

Son muy ricos y podrán satisfacer la avaricia del Rey. Le he leído el papiro de Siria...

-¿Cuánto llegó a saber Nogaret de las actividades del Consejo? -preguntó Bohl.

-Muy poco. Pero supo que habían formado una alianza para elegir a Benito XI, y eso fue fatal para ellos.

CARTA DEL, CARDENAL DE GOTH AL REY FELIPE IV DE FRANCIA

Roma, año de 1303, mes de diciembre

Majestad, los agentes de vuestro reino descubrieron la trama que encumbró a Nicolás Bocasín al solio pontificio. Fue urdida desde una sociedad radicada en Estrasburgo, de la que forman parte el Gran Maestre del Temple, Jacques de Molay, y el cardenal Musatti, que fue el encargado de recabar los apoyos para Bocasín. Hemos sido traicionados por los que deberían ser nuestros amigos.

Sé que debemos calmar nuestra ira, porque aún no es llegado el momento. A su tiempo tomaremos cumplida venganza.

-La tomaron, y con una inmensa crueldad -dijo la señora Martín:

ESCRITOS DE NOGARET

París, año de 1307, mes de octubre

Hoy hemos despachado una formación militar hacia Estrasburgo, sin escudos, ni pendones que los puedan identificar. Deben acabar con la vida del señor de Constanzo, de toda su familia y de los miembros de la sociedad benéfica que se encuentren en aquella ciudad. Actuarán sin que nadie sepa quiénes son, pues se acusaría a Francia de asesinar a gente de bien. La acción se desarrollará el 13 de octubre, el mismo día en que se tome el Temple.

París, año de 1307, mes de octubre

La acción de Estrasburgo ha culminado con éxito. Han sido muertos todos los ocupantes de la casa, incluido el señor de Constanzo. Además la fortuna ha querido que, en aquellas fechas, se encontrase en Estrasburgo el señor de Clermont, de Compostella; viajaba acompañado de soldados, lo que

Librodot

nos permitirá culparlo de las muertes de Constanzo y los suyos.

La toma del Temple no ha logrado su objetivo; no se ha conseguido localizar su tesoro. Fue sacado de allí dos días antes.

-No era cierto. Lo habían engañado. El tesoro había salido del Temple muchos meses antes. Le hicieron creer que estaba en las inmediaciones de París, cuando ya iba camino de Compostella, para ser puesto bajo la custodia de Clermont. Había estado oculto en Roncesvalles.

-El Regente mostró una gran confianza en Clermont -dijo Bohl-.

Sería Papa, custodiaba el Betilo y le entregó los bienes más preciados, las Fuentes de la Idea y el tesoro del Temple.

Clermont era ciertamente digno de ella. Pero ¿por qué asesinó a Indalecio y a Raquel? No era un hombre vengativo y aunque los creía culpables del asesinato de Cristina de Lemos, un crimen así, aunque quisiese que pagasen su culpa, no era propio de él.

La señora Martín tampoco contestó. Le entregó dos escritos.

ESCRITO DEL EMBAJADOR FRANCÉS EN COMPOSTELLA AL SEÑOR NOGARET

Compostella, año de 1306, mes de octubre

La situación en Gallaecia es de una gran inestabilidad. La influencia del señor de Avalle es cada vez menor y empieza a ser cuestionado por algunos de los suyos. Nuestros agentes alientan esta discrepancia.

He recibido visita del deán de la catedral y del administrador del señor de Clermont. Creen que con la desaparición definitiva del señor de Avalle volverían los buenos tiempos a Compostella. Verían con buenos ojos cualquier actuación que mermase su poder, incluso su muerte. Sergio Sande actúa sin el conocimiento del señor de Clermont; creo que ve venir malos tiempos para su señor y para el de Avalle y quiere sobrevivir, aunque no actuará en contra de Clermont. El deán profesa un gran odio al señor de Avalle. Ambos son personas bien situadas que pueden sernos útiles.

ESCRITOS DE GUILLAUME DE NOGARET

París, año de 1307, mes de agosto

Hemos despachado tropas para Compostella. Su objetivo es dar muerte al señor de Avalle y a la señora Murías. Con ello, pondremos al clero de nuestro lado y consumaremos nuestra venganza. Viajarán en grupos separados y deben actuar sin ser identificados. Contarán con el apoyo de Sergio Sande, el administrador del señor de Clermont, el cual no debe ser atacado. Nos interesa conocer su relación con el señor de Constanzo y algunas cuestiones un tanto misteriosas que rodean su vida.

París, año de 1308, mes de enero El azar ha vuelto a jugar a nuestro favor. La acción en Compostella ha sido más fácil de lo que se esperaba. El

ejército de Gallaecia se destruyó en una guerra fratricida, lo que hizo que Sergio Sande pudiese convencer a algunos aliados del señor de Avalle a certificar su muerte, responsabilizándolo del crimen de su esposa. Al perder su poder militar, sus aliados se volvieron contra él, culpándolo de todo lo hecho contra el Rey.

El señor de Clermont huyó, sin duda creyendo que los asaltantes de don Indalecio, que él sabía franceses, lo buscarían y matarían también a él. Su huida nos permitió culparlo de la muerte de don Indalecio.

-También los franceses -dijo Bohl.

-Sí. Fueron los franceses pero contaron con ayuda. Una mente ruin, Sergio Sande, lanzó la calumnia que prendió como el aceite; los enemigos y las deslealtades con el derrotado hicieron el resto -musitó ella pensando en voz alta-. Clermont sabía que los franceses los aniquilarían a todos; así se lo había advertido Constanza. Cuando los restos de las tropas de Indalecio cercaron su casa, creyó que eran los franceses que, muerto el de Avalle, lo buscaban a él. Huyó poniendo a salvo el Betilo. Ni siquiera pudo defender a don Indalecio, al que tanto apreciaba; sabía que les superaban en número y su obligación, por encima de todo, era evitar que el Betilo cayese en manos asesinas.

-El azar jugó contra ellos -dijo Bohl.

-No fue el azar -le contradijo la señora Martín-. Fue el destino y su ingenuidad. Quisieron construir un mundo que era una quimera y no fueron conscientes de que cuando el juego del poder y las ambiciones se desata, aniquila todo lo que se interponga. Ellos creían en el poder de la razón y la justicia y les pudo el de los intereses.

-¿Por qué Clermont le pidió a Enric de Westfalia que se fuera con él?

-Porque para lo que tenía que hacer se necesitaba un hombre de una gran entereza. Clermont sabía que si Enric aceptaba seguirlo, esa vez no fallaría; cumpliría sus órdenes, cualesquiera que fuesen, y usted sabe cuáles fueron. ¿Cuántos lo harían?

Ninguno, Bohl sabía que ninguno.

-¿Cómo ha descubierto usted el lugar donde se hallaban las Fuentes de la Idea? -preguntó.

-Clermont nos lo dijo. Fue lo último que escribió antes de abandonar Compostella. Envió la carta a través de Denis, poniéndola a buen recaudo bajo la custodia de una persona en la que él sabía que podía confiar -contestó ella mientras le entregaba otro escrito.

CARTA DEL SEÑOR DE CLERMONT (NO LLEVA DESTINATARIO)
Compostella, año de 1007, día 26 de noviembre

Librodot

Hoy inicio mi último viaje. Cuando pisé Compostella en el año de 995 sabía que jamás saldría de aquí. Estaba escrito que esta tierra, donde se guarda el sol y donde las brumas y la lluvia oscurecen el día, era el destino del Betilo y, con él, el mío. El Betilo permanecerá para siempre en el lugar donde el sol se hunde cada noche y yo lo seguiré guardando, por mil años más.

Cuando cambie el milenio, otras gentes volverán a intentar nuestro sueño. Así lo dicen las Fuentes de la Idea. Puede que ellos lo consigan; nosotros fracasamos. Millares de millares de hombres, mujeres y niños morirán en los horrores de la guerra y del hambre por la ambición de un Papa y de un rey, y por las miserias cobardes de otros muchos.

Las Fuentes de la Idea deberán estar guardadas hasta que otros hombres buenos, sabios y justos vuelvan a enarbolar la bandera de aquel gran sueño de Occidente. Las encontraréis donde el hijo mató al padre, al lado de éste.

-¿A qué sitio se refería? -preguntó Bohl.

-Era la fortaleza de la Coelleira, donde Bernardo había ocasionado la muerte del maestre, casi su padre -aclaró la señora Martín-. Clermont no volvió de Estrasburgo por tierra.

Regresó en El viento, llevando consigo las Fuentes de la Idea.

Él sabía que a donde iba a llevar el Betilo y el tesoro del Temple, no podía llevar las Fuentes de la Idea. Se destruirían. Las llevó a la Coelleira, donde desembarcó, y las confió al maestre Monteforte, que las depositó en el centro de la torre decagonal, debajo de su base, lugar al que solo él tenía acceso y donde él mismo se encerró y murió con ellas al lado, tras quemar la biblioteca esparciendo aceite. No quería caer en manos de enemigos que lo torturasen y le obligaran a decir lo que sabía.

-Pero Bernardo de Quirós no lo torturaría nunca -dijo Bohl.

-El maestre vio que estaba fuera de sí, atormentado por los celos, y lo creyó capaz de cualquier cosa. Prefirió morir y guardar su secreto. Fueron rescatadas tan pronto los continuadores del Consejo se rehicieron después del Cisma de Aviñón.

-¿A quién confió el señor de Clermont dónde se encontraban las Fuentes de la Idea -preguntó el señor Bohl.

-A alguien en quien confiaba plenamente, que ciento trece años después, cuando el Papa volvió a Roma, las recuperó -dijo la señora Martín-. Pero Clermont no reveló a nadie el lugar a donde llevaría El viento. Usted, siete siglos después, lo ha encontrado, y por eso le corresponde conocer su mensaje y ponerlo en práctica.

Bohl asintió. Él era el presidente del Consejo y heredaba lo que Constanzo y Clermont habían guardado en su silencio de muerte. Allí, en aquella gran biblioteca de ébano, habían estado siempre las Fuentes de la Idea. Aunque alguien entrase y las mirase, nunca las vería. Era cierto; en aquellas tablillas que tenía delante, en los bordes de las estanterías, se podían leer inscripciones en arameo; en verdad parecían adornos. Habían sido talladas trescientos años después del nacimiento de Dios hecho hombre. Las habían hallado al lado de los papiros del Apocalipsis.

Bohl había estudiado arameo. Se puso en pie y leyó:

Cuando pasen MIL años, el Regente será rey y unirá a las naciones y sujetará a los demonios y hará la paz y reinará la concordia. Será Rey de Occidente...

Los demonios batallarán para ser liberados y para romper sus ataduras. Si, transcurridos los mil años, el mal triunfa, Satanás será suelto de su prisión de fuego y azufre y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra.

Transcurridos MIL años más, el pueblo elegirá un rey que unirá a las naciones y sujetará a los demonios y hará la paz y reinará la concordia, y el diablo que engañaba a las naciones será lanzado al lago de fuego y azufre...

-La profecía está escrita en el año 300 -dijo la señora Martín-, cuando el Imperio de Roma se resquebrajaba y su caída era inevitable. La profecía habla de que habían de transcurrir mil años. El Consejo de Regencia contaba su tiempo desde ese momento, con trescientos años menos que el calendario cristiano; coincidía también con el tiempo de la llegada del primer hijo de Baal para salvar el Betilo. Clermont estaba tan metido en este calendario, que incluso equivocaba los tiempos, creyendo que desde la llegada de Santiago a Galicia solo habían transcurrido mil años. El Consejo lo cifraba todo en el año mil, que sería el 1300 del nacimiento de Cristo.

-Pero ¿cuándo se cumplía? -dijo Bohl. «Cuando pasen mil años», ¿contados desde el nacimiento de Cristo o desde el momento en que fue escrita?

-El Consejo interpretó lo segundo.

-Pero ¿y si la hubiesen interpretado mal? -preguntó Bohl.

-Pues entonces el tiempo de la profecía será dentro de cuatro años, en el año 2000 de la Era Cristiana. Significará que el intento actual de unir Occidente triunfará. De lo contrario, tendremos que esperar hasta al año 2300; trescientos años más.

-¿Y cuál es la verdad? -preguntó Bohl.

-No lo sabemos -contestó la señora Martín-. Eso sólo el tiempo lo dirá.

Librodot

Bohl sabía que era así. Ni las profecías del Apocalipsis, ni las Fuentes de la Idea, ni el Betilo dirían jamás lo que sólo los hombres podían decidir. El intento de Constanzo y Clermont

había fracasado y cientos de millones de seres humanos habían sufrido de hambre, tortura y muerte; durante siglos las guerras habían asolado Europa, dejando mares de sangre, tormentas de odio y sufrimientos incontables. Ahora había una nueva oportunidad que no podrían desaprovechar. Deseaba que el Consejo hubiese equivocado su interpretación del tiempo y no hubiera que esperar trescientos años más. Lo deseaba, y lo creía.

El gesto último de Clermont había sido de un valor infinito.

Él sabía que el Betilo era más que un símbolo; era un legado del sol que tenía que volver junto al sol. No podía caer en manos asesinas. Algún día, cuando el mundo estuviese en armonía, transcurridos mil años, alguien lo rescataría y lo llevaría a la cruz del pórtico de la Gloria, al lado de su Señor, como en aquel sepulcro. Para eso lo había depositado el sol en la tierra.

Pero, hasta ese momento, y junto al más inmenso tesoro del mundo, permanecería en la fosa donde se oculta el sol. Sabedor de que el final de su vida había llegado, Clermont condujo El viento hasta la fosa que había descubierto doce años antes cuando llegara por mar, y allí, frente a las tierras del Fin del Mundo, donde ni las olas ni los hombres podían llegar tan hondo, ordenó a Enric que explotase el polvo que ardía y lo hundiese. El mar de Finisterre entró a borbotones por los boquetes que las explosiones abrieron en el casco de El viento y lo depositó en el fondo de aquella sima profunda, llena de rocas, donde ninguna red, ni nadie, había llegado jamás. Pero Clermont había dejado un mensaje con su sello, los truenos de temporal que los marineros de Finisterre oyeron en un día de niebla, cuando la ausencia de viento en las velas no movía el barco que hubo de ser navegado con remos. No eran truenos, era la pólvora al explotar. Setecientos años habían tardado en entenderlo; no hay temporal sin viento.

-El Betilo era tan importante, y tanto el temor a que cayese en manos enemigas, que Clermont no quiso poner por escrito ni decir a nadie el lugar en que estaba. Dejó su sello, que sólo usted adivinó -dijo la señora Martín-. Nadie durante siete siglos lo había entendido.

-No fui yo. Me lo dijeron delante de la Dama, en Compostela -respondió Bohl.

No, El viento no había naufragado, porque sus bravos tripulantes eran diestros marinos, ni se había dirigido a otro destino, porque se acabaría descubriendo. No, Clermont lo había hundido sepultando a toda la tripulación para que nadie jamás pudiese delatar dónde estaba. Algún día lo rescatarían y aparecería el Betilo. Porque Clermont jamás permitiría tampoco que el Betilo se perdiese para siempre, lo que ocurriría si hundiese

el barco en alta mar. Tenía que ser un lugar que permitiese que algún día las gentes del Consejo de Regencia lo hallasen, pero que, ni las olas lo arrojasen a la costa, ni fuese descubierto por azar por pescadores. La sima de Finisterre.

Sus gentes lo habían encontrado. Allí estaba El viento con los tesoros del Temple y el Betilo. Él los había visto en la filmación que habían hecho. Pero había decidido dejarlos allí.

Aquel era su sitio. Aquel era el lugar que Clermont había elegido setecientos años antes para que el Betilo se encontrase con su padre, Baal, cada noche. ¿Por qué habían de sacarlo de allí? Cuando el mundo fuese como Constanzo y Clermont habían ambicionado, lo rescatarían y entonces viajaría por fin al centro del universo, a la catedral de Santiago.

-¿Por qué nunca aparecieron los cadáveres de Blanca y de su hijo? -preguntó Bohl.

-Porque no murieron -contestó la señora Martín.

Compartían ideas, cultura, proyectos... Querían que las cosas fuesen de otra forma. Era tiempo de tomar el relevo. Nuevas ideas recorrían Europa, y su tierra, Galicia, no podía quedar alejada de ellas. Aquello era Compostela, la ciudad que había sido el centro del mundo cristiano, y las nuevas ideas necesitaban de su impulso. Ellos, que habían vivido su universidad, sus calles, su catedral y su espíritu, sabían que la idea de Europa era la idea de Compostela. El Occidente del milenio que acababa no había visto la unión de los pueblos; el Occidente del próximo sí que la vería, y Compostela, y su tierra, Galicia, estarían allí.

Tenían que asumir el reto. Era su deuda con aquella tierra. Lo sabían. Sería el proyecto de todos, de aquellos hombres y mujeres repletos de ideas y entusiasmo. Compostela y Galicia tenían que ocupar el lugar que sus gentes querían y que Occidente, como símbolo, demandaba.

Sería un proyecto de lealtades, en el dominio de las causas justas.

-Va a ser muy duro. Piénsalo -le advirtió Cristina.

Sí. Iba a ser una ardua tarea, pero había que hacerla. y confiaba en los suyos.

Aquella noche, en las calles de Compostela, la conoció. Había oído mucho acerca de ella. Raquel Murías. Morena, de ojos negros, delgada y con las manos largas. Hermosa y atractiva.

Hablaron de sus ideas, de Galicia, pero sobre todo de sus gentes; a ella le interesaba la gente. Parecía vivir cada cosa que decía, de tanta como era la firmeza con la que hablaba.

Librodot

Mientras la escuchaba, Indalecio pensaba en lo valiosa que iba a ser para aquella causa.

Era una mujer joven, rubia y delgada. La piel muy blanca y el pelo algo rizado.

-Por fin nos encontramos -le dijo ella mientras se sentaba.

La señora Martín le había pedido una entrevista por medio del señor Bohl, al que había conocido unos años antes. Hablaron de la historia, de aquellas épocas en el cambio del milenio cuando Occidente se resquebrajaba; hablaron de las nuevas ideas... Las horas transcurrieron en un soplo. No se cansaba de oírla. Ella le hablaba como si se conociesen de siempre.

Lo fascinó. Se volverían a encontrar.

-El señor Bohl me dijo que habías sido muy amable y que, sin saberlo, le habías prestado un gran servicio. Te quiere regalar un libro, de gran valor para él -le dijo ella mientras le tendía un sobre.

Lo abrió y se encontró con un códice. Leyó el título, La Elipse del Tiempo, y su autor, Indalecio de Avalle. Una fecha, año de 1285. Textos, fechas, grabados... sintió la magia irresistible de los pergaminos de un códice. Levantó la mirada y con los ojos la interrogó.

-Algún día lo entenderás -dijo ella mientras un niño de unos seis años, su vivo retrato, entraba corriendo en la cafetería y la abrazaba. Se levantó.

-Es mi hijo. Debo irme. El tiempo ya cuenta para nosotros.

-No sé tu nombre -dijo él-. ¿Cómo te llamas?

-Blanca.

-¿Y el niño?

-Manuel.

Cogió a su hijo de la mano y echaron a andar. Los vio alejarse por la calle. Oyó que Manuel hablaba a su madre.

-Mamá, vámonos a la Casa de los Sueños.